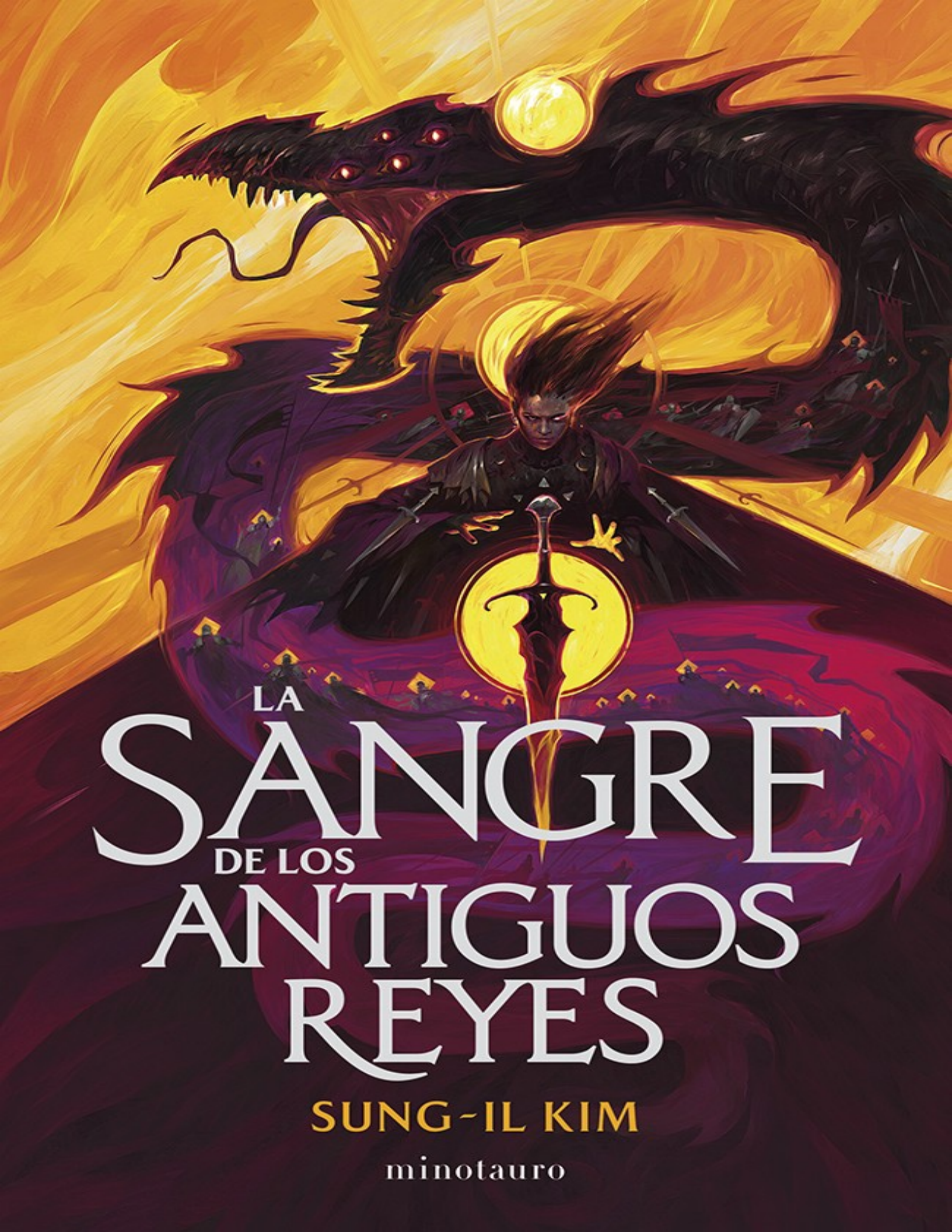

LA
SANGRE
DE LOS
ANTIGUOS
REYES
SUNG-IL KIM
minotauro

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
1. Loran
2. Caine
3. Arienne
4. Caine
5. Arienne
6. Loran
7. Caine
8. Arienne
9. Loran
10. Caine
11. Arienne
12. Loran
13. Caine
14. Arienne
15. Loran
16. Caine
17. Caine
18. Arienne
19. Loran
20. Caine
21. Arienne
22. Loran
23. Caine
24. Arienne
25. Loran
26. Caine
27. Arienne
28. Caine

29. Arienne
30. Loran
31. Caine
32. Arienne
33. Loran
34. Caine
35. Arienne
36. Loran
37. Caine
38. Arienne
39. Loran
40. Arienne
Créditos

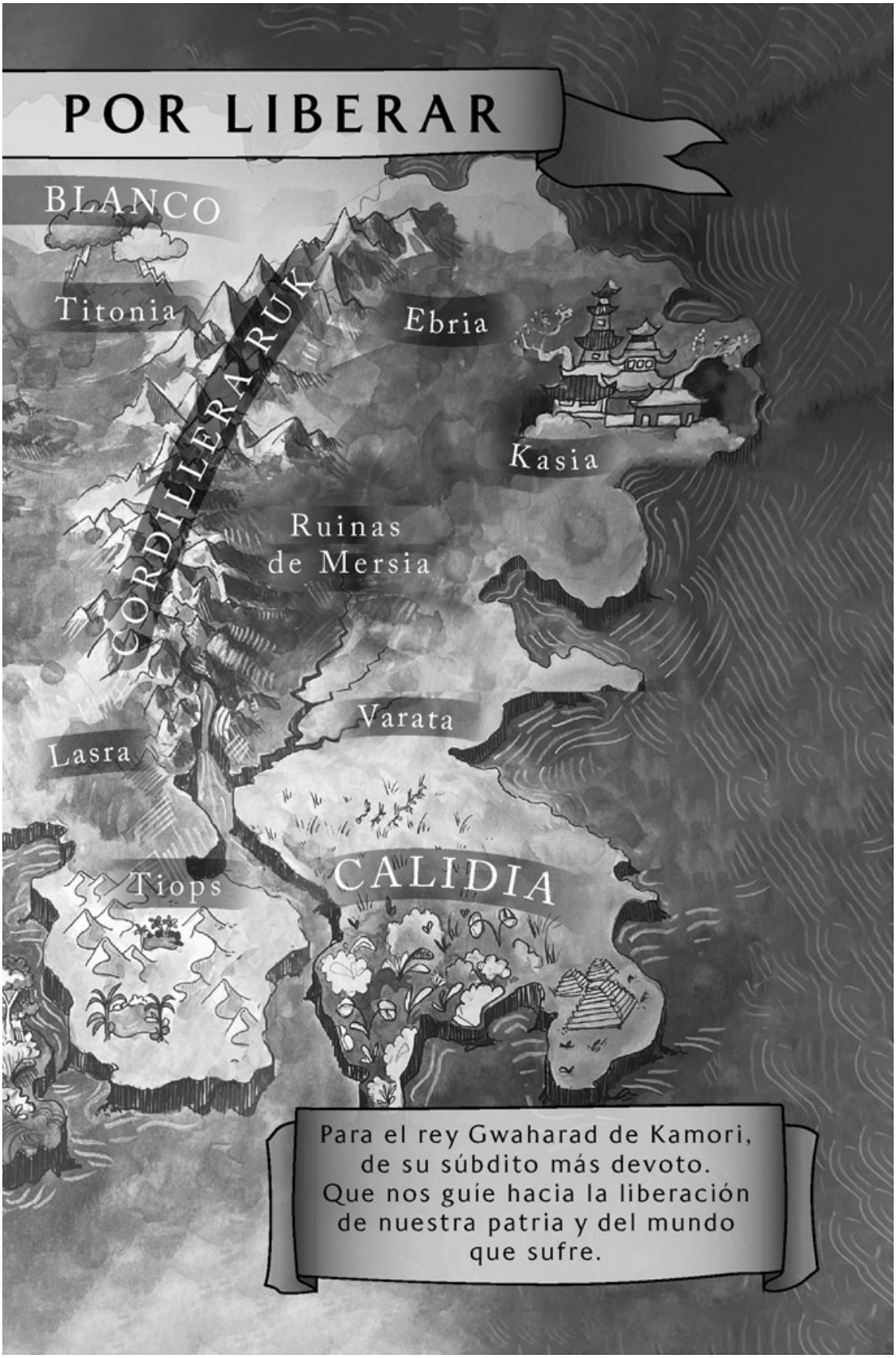
LA SANGRE DE LOS ANTIGUOS REYES

SUNG-IL KIM

minotauro

Para Narim,
la primera en saber
lo que quiero escribir


EL MUNDO
DESIERTO
HIBERIA
Shaira
Ledón
Kamori
Bosque
Dehan
Arland
Cuesta de Finvera
CENTRO DEL
IMPERIO
Dalosia
Capital
del Imperio
Farovia
Beruvia
Feredan
N
Tanbalia
Vakrya
Arfeya
Rammania


POR LIBERAR
BLANCO
Titonia
Ebria
CORDILLERA RUK
Kasia
Ruinas
de Mersia
Varata
Lasra
Tiops
CALIDIA
Para el rey Gwaharad de Kamori,
de su súbdito más devoto.
Que nos guíe hacia la liberación
de nuestra patria y del mundo
que sufre.

1
Loran

En cuanto recuperó la conciencia, se encontró con la mirada de un dragón del color de la sangre que la observaba muy de cerca, como si estuviera examinando un insecto extraño. El Dragón no tenía un solo par de ojos, como hubiera podido esperar: además de los dos del centro, grandes como tragaluces, contaba con tres más pequeños alineados a la izquierda y otros cuatro similares a la derecha. A pesar de su enorme cuerpo, de sus muchos dientes afilados como cuchillos, de la negra cadena enredada en su cuerpo cubierto de escamas o de las garras que oprimían su pecho sin dejarla moverse, lo que más le inquietaba a Loran del Dragón de Fuego eran esos ojos.

Trató de levantarse haciendo uso de todas sus fuerzas, pero tan solo pudo sentir el peso de las gigantescas garras sobre ella, más grandes que sus propios muslos. Puntiagudas como dagas, se clavaban en su cuerpo haciendo trizas su ropa. Loran gimió con una mueca y el Dragón redujo la presión que ejercía con la pata delantera.

—Princesa de Arland —pronunció, con una voz tan grave que sería imposible de confundir con la de un ser humano.

Loran se sobrepuso al miedo que la recorrió al oír el eco de la estancia con las palabras de la bestia y observó a su alrededor. La cámara rocosa no parecía de origen natural, pero tampoco artificial, aunque desprendía un frío impropio del interior de un volcán. La pared ennegrecida tenía marcas de garras por todas partes.

Respiró hondo, tratando de calmarse, y respondió con confianza:

—Soy una persona cualquiera, no soy la princesa.

El Dragón le acercó su enorme mandíbula a escasos milímetros del rostro mientras Loran se esforzaba por mantenerse impasible. La bestia entrecerró ligeramente los ojos y bajó la mirada para observar el *thlarán* tatuado en el cuello de la mujer. Aunque el concepto de clan había perdido todo significado con la llegada del Imperio, al igual que todos los arlaníes, Loran llevaba el tatuaje de los suyos grabado en la piel. Sin embargo, lo que el Dragón buscaba era el símbolo de la familia real con su propia imagen representada. Como era de esperar, no la encontró en ese *thlarán*.

—¿No eres la princesa? ¿Acaso desconoces que solo los descendientes de reyes pueden entrar en este lugar? —escupió el Dragón, con un aliento cargado de azufre.

Ese era el mandato dictado por las leyendas.

—Arland es un reino muy antiguo, por ello los descendientes de sus monarcas se encuentran incluso entre las gentes del pueblo. Yo misma confío en que la sangre de los reyes corre por mis venas y es por eso que he venido aquí.

El Dragón emitió un sonido horrible que Loran no pudo reconocer como una carcajada hasta pasados unos instantes.

—¿Y te has basado solo en esa suposición para escalar hasta la cima de este volcán y arrojarte a las fauces de su cráter? La dinastía real perdió el trono hace tiempo. Ya no tiene ninguna importancia que tengas sangre real o no, más allá de que eso te permita encontrarte conmigo, el Dragón que incumplió su promesa al ser derrotado por un insignificante juguete y encadenado por extraños a estas tierras.

La dignidad en su voz fue desapareciendo a medida que pronunciaba esas palabras hasta que separó sus garras de Loran. Ella se levantó con cuidado, tratando de no alterar al Dragón y se dispuso a hablar con todo el coraje del que disponía.

«¡Dragón de Fuego de la montaña, guardián de los reyes! Han transcurrido ya más de dos décadas desde que el Imperio se hizo con las tierras de Arland y el pueblo sobrevive a duras penas en medio de la hambruna. El nuevo prefecto está asesinando a pobres inocentes bajo la falsa acusación de rebeldía. Nuestro reino se encuentra desamparado, sin nadie que pueda salvarlo. Yo vine aquí para rogar por tu ayuda y suplicarte que nos salves de perecer».

Esas eran las palabras que había memorizado. Aunque nunca esperó encontrarse realmente con el Dragón. Creyó que se resbalaría mientras escalaba la montaña, que la matarían los soldados o que caería a la lava y se quemaría antes de poder exhalar un gemido en busca de auxilio. No obstante, los días previos a la escalada, reescribió esas palabras decenas de veces e incluso las practicó frente al espejo entre susurros otras cien. Sin embargo, no fueron las que finalmente pronunció.

—El prefecto mató a mi esposo y a mi hija de forma indigna, pero no puedo vengar sus muertes yo sola. Te daré todo lo que desees si me ayudas.

El Dragón ni se inmutó.

—¿Será que las leyendas cuentan que puedo conceder deseos? No pude cumplir el pacto que hice con mis reyes y ahora están muertos. Escucha bien lo que te digo y lárgate de aquí. No despiertes mi estómago hambriento desde hace veinte años —se relamió los labios como advertencia, dejando ver una lengua trífida y roja como la lava. Después apartó su largo cuello de Loran, se enroscó sobre sí mismo y cerró los ojos.

La desesperanza cayó sobre ella. Había pasado días escalando el acantilado para acabar con las manos vacías. Saltó al interior de un cráter pensando que moriría y fue en vano. Pensó que podría acabar entre los colmillos de un Dragón enfurecido, pero tan solo fue rechazada de forma ridícula, como si se hubiera entrevistado con un funcionario de la prefectura.

Loran se quedó pensando en su familia. Su marido y su hija solo habían compuesto y cantado una canción para llorar a los muertos,

pero el Imperio y el prefecto lo consideraron un acto de traición. Cerró los ojos con fuerza ante el recuerdo de sus cuerpos colgados en medio de la plaza para el morbo de todos.

—¡Juro que reinaré sobre Arland! —dijo.

Loran se sorprendió por esa voz serena que reverberó contra las paredes de la cueva y rompió el silencio. Su corazón casi se le salió del pecho y, si no fuera porque el Dragón se giró para mirarla con fiereza, no habría reconocido que esa voz era la suya.

—Haz un nuevo pacto conmigo —le dijo Loran —. Te ayudaré a que esta vez puedas cumplir tu promesa.

El Dragón se irguió sobre sus cuatro patas y la cadena que lo mantenía preso se tensó haciendo resonar el metal de sus eslabones sobre el suelo de las catacumbas. Las escamas de su espina dorsal se erizaron de golpe y escupió:

—¿Tú? ¿Reinar? Mocosa estúpida, ¿es que no sabes que el imbatible Ejército Imperial gobierna en todo el mundo? ¿No viste sus armas mágicas que abatieron del cielo a los viejos dragones como si cazaran perdices? ¿Ya te olvidaste de los embrujos que usaron conmigo para amarrarme con esta cadena como un manojo de paja? ¿No temes a la *estrella* que destruyó Mersia de la noche a la mañana? ¿Cómo osas pretender el trono? Debería convertirte en cenizas por atreverte a decir semejantes barbaridades frente a mí.

Unas llamas verdosas comenzaban a tomar forma en un rincón muy profundo de su garganta donde antes no había nada. Loran enmudeció. Tenía razón en decir que era una barbaridad. Era ridículo que una viuda que pasaba la treintena y que manejaba la espada con el nivel de una maestra de esgrima rural aspirara a expulsar al Imperio y convertirse en reina. Sin embargo, no mentía en su intención, pues no le quedaba otra alternativa. Así que se decidió a clavar los ojos en la boca del Dragón que iba prendiéndose en llamas. El fuego que oscilaba lentamente en su garganta, tan profunda como una cueva, menguó de pronto. La bestia cerró la boca, hasta ahora abierta de par en par, y se volvió a sentar.

—¿Cuál es tu nombre? —dijo con voz tranquila.

La pregunta pilló a Loran desprevenida, aunque, realmente, ya no sabía qué esperar de esa conversación desde el momento en que ella misma afirmó que se convertiría en reina.

—Me llamo Loran.

—¿Y cómo se llamaban tu marido y tu hija? —preguntó, con un tono aún más bajo esta vez.

Loran separó sus labios dispuesta a saciar su curiosidad, pero no pudo decir ni una palabra. Hacía demasiado tiempo que no salían de su boca aquellos nombres que solía pronunciar con tanto amor y su recuerdo le dolía más que el de sus muertes. Observando a Loran, que continuaba en silencio, el Dragón añadió:

—No hay día en que no me atormenten los recuerdos de aquel momento en el que el Ejército Imperial nos rodeó como a un ejército de hormigas. Quise sumirme en un profundo y largo sueño, ya que no podía hacer nada con estas cadenas, pero ni siquiera podía descansar por las pesadillas del momento en que mi rey murió luchando sobre mi lomo. Quizá tú también sientas el mismo pesar que yo…

Loran esperó a que continuara, lo que hizo con voz queda y tranquila:

—Si accedo a hacer un pacto contigo, ¿de veras expulsarás al Imperio de estas tierras y te convertirás en reina, princesa de Arland?

—No soy la pr…—empezó a decir ella, pero el Dragón posó una de sus garras en los labios de Loran con un siseo y la miró atento a los ojos, a la espera de una respuesta.

Ella asintió.

—¿Te convertirás en reina y me liberarás de esta cadena embrujada? —Loran asintió de nuevo—. Dame, pues, tu ojo izquierdo como símbolo de nuestro pacto, tal y como hizo el primer rey que vino en mi busca. Así podré ver el mundo que tú veas.

El Dragón de Fuego estiró su afilada y puntiaguda garra en dirección al ojo de Loran. Ella quiso cerrarlo, pero solo alcanzó a escupir un alarido por la quemazón tan abrasadora que sintió.

Después, estiró su cuerpo, encogido del dolor, y abrió el ojo que le quedaba. Los sietes ojos apilados de la bestia ahora eran ocho. Loran observó el octavo y sintió una extraña familiaridad al ver su reflejo, como si se tratara de un espejo. Acto seguido, el Dragón se rompió uno de los colmillos con sus propias garras y tras un breve gemido guardó cuidadosamente entre sus patas el trozo de canino fracturado. Cerró los ocho ojos y susurró unas palabras misteriosas e incomprensibles. A pesar de la ligereza de su tono, a Loran le retumbaron en la cabeza. Un humo se extendió desde las patas del animal y, cuando las abrió, quedó a la vista una espada de color marfil rodeada de un llamativo resplandor.

—Aquí está, el símbolo de nuestro pacto. Esta espada mutilará a nuestros enemigos en mi lugar.

Loran tomó la espada que el Dragón le ofrecía, tapándose aún el ojo dolorido. La empuñadura se ajustó perfecta a su mano y una cálida sensación le recorrió todo el cuerpo por un instante.

—Hay muchos reinos diferentes en el mundo, pero casi todos ellos fueron conquistados por el Imperio. Algunas de sus gentes murieron, otras se convirtieron en esclavos, otras en capataces de sus campos, pero siempre quedan y quedarán guerreros testarudos. Ahora tú eres una de ellos.

Loran asintió y quiso decir algo, pero el Dragón apuntó a un lado de la pared y ordenó:

—Parte en esta dirección. Gracias a la espada, se abrirá un camino que conduce a un pequeño arroyo sin enemigos que lo custodien. Pero, aunque te encontraras con una decena de ellos, no podrían medirse contigo, ya que ahora portas mi colmillo —añadió con un sonido peculiar que Loran interpretó como una carcajada—. Asegúrate de vencer, por mí, por tu venganza y por Arland.

Y con esas palabras, el Dragón de Fuego, el defensor de las leyendas, cerró los ojos con suavidad.

Loran se despidió con una gran reverencia y se encaminó en la dirección que le había indicado. La pared desapareció como nieve derritiéndose bajo el sol y reveló un túnel apenas lo suficientemente

ancho para que se adentrara en él una sola persona. A lo lejos se escuchaba el agua correr. Puso un pie en el camino y se giró, insegura, hacia el Dragón, que le dijo:

—Hacía tiempo que no pronunciaba palabra… Estoy cansado. Emprende tu marcha, tienes un gran camino por delante y una pesada carga sobre tus hombros.

Loran asintió sin decir nada más y salió de la cámara. Cruzó el túnel con ayuda del brillo que desprendía la espada y pronunció en un leve susurro:

—¡Soy la princesa de Arland y juro que reinaré sobre estas tierras!

2
Caine

Tomaba el callejón camino a su casa cuando vio que la luz azulada de la farola situada en la calle principal se apagaba con un sutil parpadeo. Su abrigo marrón ondeó al ritmo del viento y las sombras, proyectadas en los edificios cual fantasmas, se deshicieron en la oscuridad. Solo quedaba la tenue luz de algunas velas encendidas sobre las repisas de las ventanas.

El generador de ese barrio estaba viejo y no era muy bueno, por lo que las farolas podían manipularse fácilmente y el simple acto de cubrir sus terminales eléctricas con una placa de plomo hacía que dejaran de funcionar momentáneamente. Era un método muy usado por ladronzuelos, pero no habría ninguno en ese vecindario que se atreviera a emboscar a Caine. Alguien más parecía haber encontrado un motivo para estar ahí. Quizá incluso se tratara de algo relacionado con Fienna. El muchacho no sabía si tendría que pelear, por lo que se quitó las gafas y pensó si guardarlas en su funda de hierro, pero se contuvo. Pasara lo que pasara en aquel lugar, no podía perderse un segundo de ello.

De pronto, un hombre ataviado con una capa que le cubría el rostro apareció un poco más adelante. Imaginando lo que encontraría, Caine se giró a observar la calle principal y vio a otro más, mientras el sonido de unos pasos le llegaba desde el fondo del callejón.

Caine llevaba una daga en el bolsillo interior del abrigo y estuvo a punto de sacarla por instinto, pero, de nuevo, se contuvo. Había

por lo menos cinco personas que le cortaban el paso, por lo que no podría salir del apuro empleando la fuerza.

—¿Caine? Caine de la tienda de aceite, ¿verdad? —dijo una voz desconocida a sus espaldas, en la entrada al callejón.

El muchacho se dio la vuelta y se encontró con una mujer alta y de pelo corto. No llevaba ningún arma a la vista, pero su voz y su postura apestaban a legionaria, por lo que seguramente llevaría una escondida en alguna parte —como era propio de los que habían servido en las legiones—, e incluso era probable que tuviera una armadura oculta bajo su largo abrigo.

Antes de responder, Caine observó las paredes del callejón. Estaban hechas de yeso sucio y liso, por lo que no sería prudente tratar de escalarlas. Se giró de nuevo hacia el interior de la callejuela. No podía ver la cara del hombre encapuchado que se encontraba a unos seis o siete pasos de él; pero, a esa distancia, tampoco podría distinguir su nariz de su boca tan solo con la luz de la luna y de las velas titilando en las casas.

—Sí, ¿por qué? —respondió, tratando de ganar tiempo.

—Parece que has estado preguntando mucho sobre esa chica —dijo esta vez el hombre, mientras aparecían tras él dos personas más, también envueltas en capas.

—¿Qué chica? —preguntó, sabiendo la respuesta.

Caine había estado investigando sobre la muerte de Fienna todo el día, por lo que ya había deducido la razón por la que habían aparecido esos tipos desde el instante en el que las farolas se apagaron, pero necesitaba tiempo. Fingió que retrocedía hacia la calle principal y, de pronto, se escucharon unos pasos apresurados. Como sospechaba, eran cinco en total. No podía luchar ni tampoco escapar.

—Ya sabes, la que pescaron del río esta mañana.

«¡Gracias por seguirme la conversación!», pensó Caine. Su entonación no parecía propia de la capital del Imperio, era más bien similar a la de Arland, pero todavía notaba algo diferente. Trató de

recordar todos los reinos vasallos que conocía. ¿Sería de Ledón? ¿Kamori? ¿O quizá Esgen?

—¿Qué río?

—¿Acaso hay algún otro río por aquí aparte del *Afatoss*? No te servirá de nada hacerte el tonto.

La forma de arrastrar la «s» al pronunciar «Afatos» delataba que era de Kamori. Caine provenía del reino vecino, Arland, al igual que Fienna. Para los nacidos en reinos vasallos que vivían en la capital, la procedencia era importante, a pesar de que los ciudadanos del Imperio eran prácticamente incapaces de localizar Arland o Kamori.

—Yo solo soy un vendedor de aceite de oliva. De verdad que no sé a qué se refiere —dijo Caine, con un falso tono atemorizado.

—Estuviste preguntando estupideces en la tienda de tinturas en la que trabajaba y también fuiste al puesto de guardia. Lo sabemos todo.

Había recorrido más de una decena de lugares desde la mañana, pero la mujer solo mencionó dos de ellos. ¿Cuál sería la razón?

—Fui a la tienda a por un toldo de mi negocio que había dejado encargado y me acerqué al puesto de guardia para denunciar un robo…

—No dices más que mentiras, por lo que veo. Sabemos que tu visita a la patrulla fue para ver el cuerpo.

Seguía sin decir nada sobre los otros lugares. Caine había preguntado en tres zapaterías diferentes pues, cuando fue al puesto de Guardia a verificar el cuerpo de Fienna, había advertido que le habían reparado el calzado. Si no lo sabían, eso quería decir que no lo habían seguido. Caine se anotó mentalmente que debía pasarse de nuevo por la patrulla y la tienda de tinturas más tarde. Había escuchado de Fienna que el dueño de la tienda había visitado Kamori y Arland con un comerciante imperial en alguna ocasión, por lo que quizá tenía relación.

La noche anterior habían acordado encontrarse en una tetería, pero Fienna no había acudido y su cuerpo había salido a flote en el río por la mañana, arrastrado por el remo de un barquero. Había dicho que tenía algo importante que decirle y, aunque cualquier asunto era importante para Fienna, a diferencia de la emoción que notaba en su voz cuando le traía nuevas de su tierra natal, esta vez había sonado preocupada y cautelosa. No sabía de qué se trataba, pero Caine estaba seguro de que había sido la causa de su muerte. Era el momento de descubrir la verdad, el momento de enfrentarse a ellos y despejar sus dudas.

—Oye, tú, ¿piensas seguir sin responder?

Curiosamente, la legionaria no usaba insultos. Si realmente fuera una simple matona de la zona, no diría dos palabras seguidas sin incluir alguno en cualquiera de las lenguas que usara. Obviando su disimulado acento de Kamori y el tono amenazante de sus palabras, empleaba un dialecto Imperial bastante decente. Los otros cuatro, no obstante, no decían nada y eso le preocupaba.

El hombre se le acercó amenazante y Caine retrocedió dispuesto a pelear. Se quitó las gafas lo más rápido que pudo y las guardó en la funda de hierro. La luz de las velas se apreciaba borrosa ahora.

—No hace falta ponerse así, ya le he dicho que no sé de qué me habla —se quejó.

—Deberías haberte quedado quietecito en tu tienda —. El hombre se acercó a zancadas mientras le mostraba el puño, a punto de comenzar la paliza.

Por mucho que se hubiera quitado las gafas, ahora que se encontraba tan cerca podía verle la cara, pero llevaba la mitad inferior cubierta con una especie de pañuelo. ¿Sería que se conocían y por eso escondía su rostro? Caine no tenía ningún conocido en Kamori y su voz tampoco le era familiar. Además, si hubiera tratado con él antes, no intentaría asustarlo con trucos baratos.

Comenzaron a volar los puñetazos, pero Caine no los evitó. La oscuridad se volvió de pronto más intensa. Su cuerpo dio una vuelta y cayó al suelo cuando llegaron los otros corriendo. El silencio se

llenó con el zapateo sobre el asfalto y pudo ver sus botas con claridad. Caine se aferró a la pernera del pantalón de uno de ellos como si opusiera resistencia y se topó con una tela suave y ligera. Tiró de ella con intención de rasgar un pedazo, pero no se rompía con facilidad. Solo conocía una tela como aquella.

Cuando llegó a la conclusión de que no eran unos simples matones, se le clavó en la espalda una patada y dejó escapar un aullido de dolor. Se giró sin querer, pero volvió a encogerse, protegiendo la funda de las gafas entre sus brazos. Los golpes no cesaban, pero parecía que el primero había sido el único acertado, pues a partir de ahí solo le magullaron las zonas que Caine había dejado a la vista: los antebrazos, que protegían su torso y la parte superior de la espalda, que les mostraba, encogido; era obvio que no estaban habituados a usar la violencia. ¿Y qué había pasado con la legionaria? Por lo que pudo atisbar, se había cruzado de brazos y se encontraba algo alejada, observando la entrada del callejón y al muchacho.

Caine tuvo claro desde el principio que no querían matarlo, de lo contrario, la legionaria hubiera usado ya la espada que escondía en su cinto sin tanta pregunta innecesaria. De todos modos, podía morir si llegaban a darle un mal golpe en la cabeza. Notaba que las patadas se hacían cada vez más intensas. Se mordió ambas mejillas con cuidado, pero con firmeza, y escupió la sangre que brotó con una tos escandalosa.

—Parad, parad. ¡Dejadlo! —El hombre retrocedió sorprendido y aparentemente asustado por lo que pudiera pasar.

Los cuatro que lo habían golpeado intercambiaron miradas confundidas mientras la mujer se acercaba tranquila. Le dio unos golpecitos a Caine con el pie, quien estudiaba cómo fingir que estaba gravemente herido, pero no muerto. Sin embargo, antes de que pudiera encontrar una buena idea, ella lo libró del apuro.

—No os preocupéis, nadie se muere por tan poquita cosa.

—Si sigues metiendo las narices, te mataremos y no dejaremos ni rastro de ti —dijo el hombre de los pantalones suaves, tapándose

la cara con la mano.

Los cinco se adentraron en el callejón, apresurados, y dejaron a Caine tirado en el suelo. A este le hizo gracia ver aquella escena, pero, en lugar de reírse, solo pudo toser. Se quedó tumbado pensando en que no había muchos kamoríes en la capital, y en que todavía era más raro encontrarse con uno que llevara ropas hechas con seda de Kasia. En ese vecindario había muchos que estarían dispuestos a cometer crímenes peores que un asesinato por unas míseras monedas. Pero ver que habían mandado a unos novatos a hacer el trabajo le dio qué pensar.

Se tumbó boca arriba y escuchó que alguien cerraba rápidamente una de las ventanas del callejón. Justo en el instante después en que se cercioró de que se trataba del tercer piso del edificio de la izquierda, la luz de la vela desapareció. ¿Sería útil pasarse al día siguiente a preguntar sobre lo que había visto el testigo? Se palpó la parte derecha de la mandíbula donde había recibido un golpe y sintió un fuerte ardor. Rezando para que se le hubiera quedado la marca del anillo que usaba aquel tipo, al fin se levantó del suelo.

De pronto regresó la luz azulada de la farola y se proyectaron nuevamente las sombras espectrales en la pared de yeso desgastada. Caine abrió la funda de las gafas que hasta entonces había tenido a resguardo en su pecho y se las puso.

3
Arienne

La vida en el primer año de la Escuela de Magia de la Academia Imperial era un infierno constante. Había tantas reglas que era imposible recordarlas todas y a la menor sospecha de haberlas quebrantado, los alumnos recibían un castigo. De eso se encargaban tanto el profesor de disciplina como los estudiantes de último año. Por ello, los de primero vivían atemorizados y encerrados en sus cuartos cuando no estaban en clases o en el comedor. No obstante, cuando comenzaban a acostumbrarse a esa vida horrible, se daban cuenta de que todo era un fraude. Los espantosos rumores que circulaban entre los estudiantes del primer curso eran, efectivamente, solo rumores. Al empezar el segundo año, descubrían que ni siquiera suponía un problema alguno con pasar la noche fuera del cuarto, siempre y cuando regresaran por la mañana. La vida en aquel lugar no era nada diferente de la de las escuelas comunes y corrientes. A pesar de ello, el terror inicial nunca se disipaba por completo. Ya fueran alumnos o profesores, a todos les recordaban cada día las dos reglas más importantes que no se debían violar bajo ningún concepto: no se puede huir de la escuela y no se puede entrar a la sala del generador en el sótano.

Arienne, alumna de sexto año, estaba a punto de quebrantar ambas a la vez.

Esa misma tarde, casi entrada la noche, Arienne había hecho dormir mediante un encantamiento a Felix, su novio, y había escapado de la residencia por la ventana de atrás del edificio, tras cerciorarse de que no había nadie en los pasillos. Todos pensarían

que seguía en el cuarto del chico. Pero Arienne sentía remordimientos porque, seguramente, cuando Felix despertara, se quedaría de piedra al no encontrarla y desconocer la razón de su desaparición; además de, quizá, ser arrastrado ante el Tribunal de la Verdad. Eso, si no la llevaban a ella primero.

La joven no había aprendido el encantamiento para dormir de sus profesores. En la Academia Imperial no enseñaban hechizos ni cosas así, pues eran un defecto de la época antigua que iba en contra de los principios del Imperio. Ese encantamiento se lo había enseñado Kaya, alumna de un curso superior. Era una estudiante venida de Vakrya, un reino vasallo del sur, quien a menudo presumía de las bellas cicatrices que tenía en ambos hombros. Kaya les dijo a todos que había aprendido hechizos simples en un viejo grimorio que había encontrado en la biblioteca y que había perdido; sin embargo, a Arienne sí le confesó la verdad: cuando vivía en Vakrya, había aprendido encantamientos de una bruja que vivía apartada, escondida de los ojos del Imperio.

A diferencia de Kaya, Arienne había hecho el examen obligatorio de entrada en Arland a los diez años de edad, sin haber aprendido ni un solo encantamiento. Ese año, de los cinco o seis niños que se sospechaba que poseían habilidades mágicas, solo la escogieron a ella y le ordenaron partir hacia la capital de inmediato, puesto que entrar en la Academia Imperial era la obligación de todo mago. Algunos contaban, sin embargo, que también había otros niños de la periferia del territorio que vivían libres como magos *salvajes*, porque el Tribunal de la Verdad no podía llevar a cabo los exámenes en esas tierras. De todas formas, debido a que Arland había caído bajo las garras del Imperio, Arienne no albergaba ilusiones de convertirse en una de ellos cuando sintió el llamado violáceo de la magia. En cuanto a sus padres, tras darles la noticia, les ofrecieron una recompensa por entregar a la joven pacífica y obedientemente. La gente de la villa le organizó una fiesta de despedida, como si fuera a trabajar para el gobierno e incluso le hicieron una tarta pretenciosa, decorada con una bruja vieja que vestía un sombrero puntiagudo y

una túnica de estrellas. Recordaba al dueño de la pastelería mirando su creación con orgullo, acariciándose la calva. Cuando llegó a la capital, la joven nunca volvió a hablar con sus padres.

Arienne ya sabía cómo era la vida en la Academia Imperial antes de entrar y odiaba el destino que le esperaba. Si tratara de huir, seguramente la perseguirían y la matarían, pero ni la muerte la libraría de sus obligaciones para con el Imperio. Sin embargo, la situación ahora era distinta; había encontrado la oportunidad de labrarse un destino totalmente nuevo e inesperado.

Arienne se puso la túnica, se cubrió con la capucha y atravesó el jardín en dirección a la biblioteca del edificio principal. Una vez allí, se escondió en un rincón entre las polvorientas estanterías donde nadie la vería, como un ratoncillo, y esperó unas horas. Al caer la medianoche, el bibliotecario salió —después de terminar de organizar el lugar— y ella se escabulló a la parte central del edificio, donde se encontraba la entrada al sótano. No había nadie vigilando, tan solo un escudo del Tribunal de la Verdad en forma de ojo, que parecía estar juzgándola, situado sobre la puerta de hierro.

Los magos del Tribunal controlaban todo lo relacionado con la magia. Para los ciudadanos del Imperio, eran magos funcionarios que se encargaban de los generadores; para los habitantes de reinos vasallos, eran inquisidores que se llevaban a sus familiares y amigos en medio de la noche por el mero hecho de venerar a los antiguos dioses. Sin embargo, para los magos propiamente dichos, eran tanto sus dueños como sus carceleros, a los que debían obedecer vivos o muertos. Arienne conocía bien todas las historias de terror que se contaban sobre los retorcidos inquisidores y los magos desafortunados que habían sido sus víctimas.

La puerta de hierro y el escudo tenían algunas partes oxidadas, lo que tranquilizó a la joven, ya que indicaba que, durante muchos años, nadie había puesto un pie en aquel lugar, ni siquiera los inquisidores. Respiró hondo y buscó la llave que previamente había escondido en su manga.

Arienne había suspendido el curso los últimos tres años. Fuera lo que fuera lo que el Imperio pretendía conseguir de ella, no era a lo que la joven aspiraba. Ya sabía, desde antes de su llegada, que no aprendería hechizos, pero no imaginaba que las clases consistirían en resolver puzles o hacer ejercicios extraños. Lo que la escuela deseaba de sus alumnos era que cultivaran sus cuerpos y mentes con el fin de prepararlos para ser generadores de energía, el destino final que tenían los magos del Imperio una vez muertos. También había asignaturas sobre la teoría y la práctica de los generadores, pero solo eran importantes para los alumnos que pretendían trabajar como magos encargados de su funcionamiento. Impartían algunas materias más como historia, literatura y música, que eran iguales a las de las escuelas comunes, y se consideraban clases de *cultura general*, lo que para ellos equivalía a «asuntos sin importancia». Cuando suspendió por tercera vez y recibió su boletín de calificaciones, le habían dejado anotado que no podría convertirse en nada más que un generador de nivel 8, quienes recibían el salario anual más bajo. Sus notas en las clases de cultura eran bastante altas, pero a nadie le interesaba ese hecho. Si fuera una escuela normal, le pedirían una contribución generosa para seguir estudiando o simplemente la echarían, pero esa era la Escuela de Magia de la Academia Imperial, y ahí nunca dejaban ir a sus magos.

Arienne permaneció de pie frente a la puerta cerrada, situada en el centro del primer piso del edificio principal. El camino a la sala del generador, que se encontraba al fondo del sótano, tenía un sinnúmero de trampas y círculos protectores que lo bloqueaban. También se decía que había armas mágicas que lo protegían, aunque lo que escuchaban los nuevos estudiantes era todavía más terrible. Se contaba que ahí almacenaban los numerosos monstruos que el Imperio había capturado durante la conquista y otras historias que parecían sacadas de una novela de aventuras. Arienne se imaginó de pronto a sí misma colgando del borde de una trampa repleta de postes afilados, agarrada solo con la punta de sus dedos. Allí estaban también sus compañeros tratando de alcanzarla con el

brazo extendido, pero, en realidad, ella —que estaba a punto de sacar a la luz el secreto más tenebroso de la Escuela de Magia— no tenía compañeros. Bueno, uno sí: el cómplice de su crimen, la voz que le sugirió todo el plan. Pero esa voz se mantenía callada desde que se había escabullido de la habitación de Felix.

Arienne embadurnó la cerradura de la puerta, la bisagra y la llave con aceite de oliva que sacó de una botella pegajosa con la etiqueta medio despegada. Se volvió a guardar el envase dentro de la túnica y se limpió las manos en ella. La llave giró en de la cerradura con un chasquido y escupió un extraño olor a hierro oxidado y aceite pasado. Ella abrió la puerta y descendió por la escalera de caracol. Las gotas de aceite que caían al suelo de piedra creaban un suave eco que rompía el silencio del lugar.

Los estudiantes sabían muy bien cómo acabarían sus vidas. Los generadores que mantenían en pie al Imperio estaban alimentados por cadáveres de magos. Iluminaban la noche en las ciudades, sacaban el agua de los ríos y activaban las armas del Ejército Imperial. Ahora que el Imperio dominaba el mundo, los magos ya no eran quienes sacudían el cosmos con sus misteriosos hechizos; eran más útiles muertos que vivos. La Escuela de Magia tan solo se encargaba de juntar esos cadáveres, aún palpitantes, y mantenerlos controlados hasta que les llegara la hora. La mayoría de los estudiantes se volvía insensible a su destino pasados tres años en la escuela, ya que, de todas formas, aquello sucedería cuando estuvieran muertos. Por otro lado, a pesar de que el salario que les darían era escaso, seguía siendo más alto que el de un ciudadano promedio del Imperio, así que no era un futuro tan malo.

Al día siguiente de recibir el boletín de notas en el quinto año, el mejor alumno de la escuela, Magnus —un estudiante con un cabello realmente hermoso—, fue a buscarla. Gracias a la familiaridad que sentía con cualquiera por haber nacido en una familia rica o por pura compasión, Magnus se ofreció a darle clases privadas. Cuando Arienne le preguntó qué encantamientos le enseñaría, él mostró una expresión confundida, pero recitó unos pocos hechizos útiles,

aunque insignificantes, que había aprendido de otros alumnos. Le recordó que la educación que recibían le sería útil para su futuro póstumo y también para su vida cuando —trabajando como profesores o magos funcionarios—, reclutaran nuevos alumnos. Magnus decía que se convertiría en un mago encargado y que viajaría por el mundo con los mejores soldados, que ese era su destino y su derecho de nacimiento. Arienne rechazó su oferta con educación y él halagó el tatuaje de su cuello; sin saber cómo continuar la conversación. Ella no le explicó que se trataba de un *thlarán*, un tatuaje clánico que todos los arlaníes tenían grabado en el cuello. A partir de ese día, evitó bajo toda circunstancia mencionar nada sobre la escuela, la magia o su futuro. No tenía la motivación ni la perseverancia necesarias para convertirse en profesora o maga encargada, ni contaba con suficiente sentido común para aceptar su destino. Al igual que tampoco tenía a nadie con quien desahogarse sobre sus problemas.

Empezó a escuchar la voz a principios del quinto año, en invierno, la misma que había estado callada todo el día, pero que ahora mismo le estaba recordando por qué estaba allí:

—«¿Por qué dudas? ¿No dijiste que no querías convertirte en un generador? ¿Acaso no te aterraba vivir una vida sin sentido y sufrir una muerte sin fin? ¡Vamos, baja!».

La voz tenía razón. Arienne apretó los dientes y bajó por la escalera de caracol polvorienta. Sus chanclas de piel provocaban un pequeño eco al rozar los escalones de piedra y los círculos protectores, que no se apreciaban a simple vista, hacían resonar sus pasos como si se tratara de los susurros de decenas de personas.

Arienne consiguió el primer puesto en toda la escuela en su sexto año, el actual. Decían que era la primera vez en veinte años que un mago nacido en un reino vasallo —y no en la capital— conseguía tal honor. Si se tratara de otra escuela, podría haber parecido sospechoso, pero en la Escuela de Magia todos la felicitaron alegando que era una flor tardía, pero perfecta para convertirse en un generador. Un profesor también le aconsejó recibir clases extra

para convertirse en una maga encargada, ya que sus notas en las clases culturales también eran altas. El conserje de la residencia, Duff, le dijo que le compraría una tarta, tan contento como si hubiera sido su propio logro. Era un hombre corpulento de mediana edad sin pelo; y cada vez que Arienne veía su calva, se acordaba del repostero que le hizo el pastel de despedida en su tierra natal. Duffera de Ledón y la consideraba como de su familia por provenir de la ciudad vecina, Arland, pero a ella eso la hacía sentir incómoda. Desde que entró en la Escuela, pasó a ser propiedad del Imperio, sin importar cuál fuera su procedencia, de modo que no era conveniente que alguien la tratara con tanta familiaridad, menos aún alguien que no era un verdadero compatriota. Sin embargo, Arienne no había conseguido el primer puesto en la escuela por su cuenta. Aquel logro no tenía nada que ver con sus habilidades. Todo se lo había dictado la voz que tenía en su cabeza. La primera vez que la escuchó, pensó que se trataba de un encantamiento nuevo que estaría practicando algún alumno travieso. Incluso Felix había sido castigado en varias ocasiones por gastar bromas con hechizos de ese tipo. Pero esa voz, que no tenía ni género ni edad, sabía cosas que todos desconocían. Por ejemplo, sobre su niñez, sobre las relaciones inapropiadas entre profesores y alumnos, sobre la contraseña que desactivaba temporalmente el círculo protector de la caja fuerte donde se encontraban las notas de los de sexto curso, sobre la hora a la que el viejo guardia Quintous —que custodiaba la caja fuerte— no podía resistir el sueño y se quedaba dormido, además de sobre el arca de madera que contenía la llave para llegar al sótano y que alguien había dejado olvidada en una estantería de esa misma estancia…

—Joven maga, no has olvidado de la contraseña que te enseñé, ¿verdad?

—Aunque me olvide, siempre puedes recordármela —le respondió Arienne al salir de la habitación de la caja fuerte. Era la primera vez que le hablaba a la voz.

Su siguiente paso no fue sobre un escalón, sino en una superficie invisible y estuvo a punto de caerse. Tenía el pie

suspendido en el aire, y bajo él brillaba una runa que creaba ondas pálidas, como la luna reflejada en un estanque. Retiró el pie del círculo de protección, inspiró hondo y recitó la contraseña. Su aliento brilló en un tono violáceo y se fundió con las ondas, como el humo absorbido por una chimenea. El círculo se apagó y la joven posó de nuevo el pie en el suelo. Estaba segura de que el resto de las cuatro contraseñas que la voz le había enseñado también serían correctas.

Después de falsificar sus notas y convertirse en la primera de la escuela, Arienne no dudó de lo que le decía esa voz. No sabía cuáles eran sus intenciones, pero sí que existía y que lo que decía era cierto. Magnus quedó segundo y no dejó de molestar a Arienne preguntándole cómo lo había conseguido. A diferencia de su expresión amable de siempre, su sonrisa se volvió fría. Parecía concebir como una rival a la chica originaria de un reino vasallo que solía suspender siempre, a pesar de que Arienne no tenía ninguna intención de competir. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

La voz le prometió que la sacaría de la escuela y que le enseñaría a usar magia de verdad a cambio de una cosa: debía conseguir el generador que guardaban en el sótano del edificio principal de la escuela. Las únicas personas que sabían cómo se fabricaban los generadores de energía eran los magos encargados que trabajaban para el Imperio, y estos solo salían de la Academia Imperial. El Imperio pudo hacerse con el mundo gracias a esa magia inigualable. Desde los generadores de niveles más básicos —que se dedicaban a encender las farolas y a depurar el agua del alcantarillado—, hasta los más sofisticados que movían los gigateriones del Ejército; todos y cada uno de ellos eran propiedad del Imperio y esconder uno era un crimen inconcebible que se castigaba con la pena de muerte. Para evitar la fuga de su magia, los generadores se almacenaban en un ataúd de plomo —de un tamaño similar al de los ataúdes típicos—, ya que debía contener los restos del mago difunto. La cadena que cerraba la caja también era pesada, pero la voz le enseñó a Arienne la manera de moverla. Era

un encantamiento extraño que no había leído ni siquiera en los libros.

Pasó por los cinco círculos y llegó a los últimos escalones de la escalera de caracol. Al final de ellos atisbó un esqueleto con la cabeza separada del cuerpo. Se asustó tanto que se cayó de culo sobre uno de los escalones. Una rata asomó la cabeza por un ojo de la calavera y la miró. Arienne ahogó un gemido y el animal salió corriendo hacia alguna grieta. Al bajar el último escalón, tuvo la sensación de que el esqueleto la seguía con la mirada. Mientras observaba los huesos, de pronto recordó la expresión del rostro de Magnus cuando se enteró de que ella había obtenido la nota más alta ese año. Si se esforzaba un poco más y hacía todo lo que le había indicado la voz, ella también podría tener un futuro similar al del chico; pero, si cometía un error, acabaría como el esqueleto que acababa de encontrar.

Sacudió esos pensamientos de su cabeza y se acercó al esqueleto. En el bolsillo de su ropa encontró una llave oxidada, como le había dicho la voz. Rebuscó un poco más y halló una libreta con anotaciones propias de cualquier estudiante de la escuela. La última entrada tenía fecha de hacía cinco años. Ahora entendía por qué la cerradura de la entrada también estaba oxidada. Quizá aquel cadáver pertenecía a la persona con quien la voz se había comunicado antes que ella.

Siguió adelante y se encontró con una puerta de hierro pesada y, a juzgar por su aspecto, difícil de abrir. Volvió a embadurnar tanto el cerrojo como la llave con el mismo aceite de oliva y la puerta se deslizó tan fácilmente como si se tratara de hielo resbalando sobre hielo. Detrás de ella se abría un estrecho pasillo blanco.

—Casi hemos llegado. Lo verás cuando abras la puerta al final del pasillo—dijo la voz.

—El generador Eldred… —susurró Arienne.

Cruzó el umbral y la gruesa puerta se cerró tras ella. El pasillo se iluminó por completo.

4
Caine

Lukan, el dueño de la taberna, era de Arland, igual que Caine, pero la mayoría de sus clientes eran ciudadanos del Imperio. En su tierra natal, Caine solo había visto dos tipos de imperialistas: trabajadores del gobierno o comerciantes ricos; no había más. Cuando llegó a la capital se dio cuenta de que también existían imperialistas pobres y de clase trabajadora, de que las calles no estaban hechas de oro —sino que eran de piedra,— y de que tampoco las paredes eran de seda, sino de yeso. Los que venían al establecimiento de Lukan a beber su alcohol barato eran, precisamente, los que se encargaban de colocar las piedras y aplicar el yeso.

Caine vivía en un pequeño cuarto en el piso superior de la tienda de aceite de oliva donde trabajaba, que no estaba muy lejos de la taberna. Ambos locales estaban al oeste del portón que conectaba con la parte vieja y rica de la ciudad, y muy cerca de un gran mercado próximo a varios embarcaderos. Como estaba repleto de inmigrantes de todas partes del mundo, era un buen vecindario para olvidar el pasado.

Doce años atrás, cuando Caine todavía vivía en Arland, sus padres fueron perseguidos por crímenes de traición e incitación a la rebelión. Por temor a que la furia del gobierno recayera en su hijo, se lo entregaron a un viajero que partía hacia la capital, a la corta edad de doce años. Desde entonces, nunca más volvió a saber de ellos. El viajero le contó que en Arland estaban llevando a cabo una purga y que ya no era un lugar seguro. Quizás era por eso que Caine evitaba a los arlaníes a toda costa; y que hubiera tantos nativos de

Arland en ese vecindario lo hacía ser más inflexible con esa regla. Sin embargo, Lukan era la excepción. Ahora, aunque Caine era un ciudadano de la capital, le atraía el aroma de la comida de Arland que desprendía su taberna.

Y Fienna, Fienna también era una excepción; quizá para siempre.

Caine llegó a la taberna hacia medianoche, arrastrando su cuerpo dolorido. Lukan lo saludó en arlaní y varios clientes que estaban tirados en el suelo por la borrachera levantaron la cabeza y los observaron. Lukan era un hombre de mediana edad, alto y muy delgado. Aunque había muchos inmigrantes de reinos vasallos que trataban de parecerse a la gente de la capital y se cortaban el cabello muy corto y se lo alisaban, Lukan se empeñaba en ir a contracorriente. Su largo cabello acariciaba sus mandíbulas marcadas y le caía hasta los hombros, con algunos mechones trenzados con cordones azules. Se arreglaba la frondosa barba con esmero, se la trenzaba y, por supuesto, también la adornaba con cordones azules. A excepción de Lukan, hacía más de diez años que Caine no veía a nadie con ese aspecto típico de su tierra natal.

Nada más entrar a la taberna, le llegó el olor a sopa de verduras. El vapor que se escapaba del caldero hirviendo subía y formaba una neblina blanquecina. A diferencia de otros establecimientos, la taberna era bastante amplia. Contaba con diez mesas para cuatro comensales rodeadas de cuatro taburetes cada una. Si algún cliente quería ir al baño entre bebida y bebida, debía apartar tres o cuatro taburetes de la mesa contigua. Tanto las patas de las mesas como las de los asientos tenían marcas de haber sido reparadas rápidamente a martillazos.

Aunque ya era bastante tarde, la mitad de las mesas todavía estaban ocupadas. Los borrachos solían montar escándalo hacia la puesta sol; pero a esas alturas de la noche, la mayoría ya estaban tirados por el suelo —ebrios como cubas—, o bien bebían en silencio, por lo que la taberna estaba tranquila. Caine, aún tambaleándose por el dolor de la paliza, fue a sentarse en un rincón

de la barra barnizada con laca barata. Era un día muy frío, pero Lukan no llevaba cuello alto, como si quisiera dejar a la vista su tatuaje.

Cuando llegó el Imperio, esos tatuajes clánicos poco a poco fueron simplificándose y reduciéndose, como había sucedido con el de Caine. Después de que el Imperio derrocara al rey de Arland y nombrara a un prefecto para gobernar la región, el sistema de clanes perdió todo su sentido, pero los arlaníes que llegaron a la capital seguían tatuando ese símbolo a sus hijos.

Junto a Caine, sentada a la barra, había una mujer menuda y bien vestida. Llevaba el cabello recogido y peinado con esmero y estaba bebiendo una copa de vino especiado. Vestía una estola corta y negra como el carbón, además de un broche con un pequeño zafiro sujeto al cuello. Cuando Caine se acercó, la mujer movió su silla y le hizo un hueco. Él agradeció el gesto asintiendo con la cabeza y, al ver que Lukan le traía una taza de sopa de verduras, le indicó con un gesto que quería un trago doble. Al rato, el dueño regresó con un vaso grande lleno de líquido de un tono marrón.

—¿Qué tienes en la cara? —preguntó Lukan, mientras limpiaba la barra con un trapo.

El mostrador estaba hecho con una tabla blanca y se movió tanto que la copa de la mujer casi se volcó.

—Dame un espejo, anda.

—Hacía tiempo que no te daban una paliza tan grande — dijo, mientras traía un espejo del almacén.

Caine se miró un rato la barbilla. Tenía una herida mayor que su dedo meñique. Lukan le ofreció el trapo sucio para que se limpiara y él se quedó mirando el trozo de tela con el ceño fruncido.

—Caine, el corte es enorme. Vas a tener que coserlo bien, amigo —dijo una voz tras él.

Fabricius, el ladrillero, le dio aquel consejo inútil con un gesto serio, tocándose la barbilla y levantando en alto una pesada jarra. A su lado, tres compañeros lo miraban con la cara tan sonrojada por la embriaguez como él. Caine les miró con una fingida expresión seria,

y asintió. Empapó su manga en el vaso de licor y se limpió la herida. Le dolió tanto que no pudo evitar soltar un leve gemido entre dientes. Volvió a revisar la herida en el espejo con atención. No tuvo la suerte de que la marca del anillo de su agresor se le quedara grabada, pero sí pudo llegar a la conclusión de que no tenía incrustada una gema lisa.

—Ya no eras muy guapo, pero ahora has quedado para el arrastre —dijo Lukan, limpiando la barra de nuevo.

Se escuchó una risa a su lado. La mujer de la estola negra sostenía su copa y miraba a Caine fijamente. No cabía duda de que ese lugar era una taberna, solo hacía falta ver la escena: entraba un tipo con la cara destrozada y el dueño del lugar lo regañaba, como si tal cosa; así que tampoco había nada de raro en que alguien desconocido se le quedara mirando y le hablara o él lo hiciera primero. Lo que sí era raro era aquella mujer. Su ropa no se adecuaba al ambiente de una taberna, ni el peinado ni el vino que bebía. Además, estaba sola. La mayoría de los clientes eran trabajadores que venían al acabar la jornada para liberar la tensión con unas copas. Ella no se les parecía. Tampoco era un tipo de taberna en la que buscar pareja o alguien con quien pasar el rato. Pero lo más raro era que no trataba de ocultar que estaba en un lugar al que no pertenecía. Caine se dijo que lo mejor sería no relacionarse con ella.

—Si una mujer tan bella como usted lo mira así y le ríe la gracia, en cuanto salga se irá a recibir más golpes, señora —dijo Lukan, que dejó el trapo y llenó de nuevo el vaso de Caine, quien lo había vaciado al usarlo como desinfectante para sus heridas.

Caine bebió la mitad. El sabor a tierra se arrastró por su garganta y el olor trepó hasta su nariz. Aunque cuando estaba en Arland aún no tenía edad para beber, estaba acostumbrado a ese aroma desde la infancia. Un escalofrío le recorrió el cuerpo por lo fuerte que era el licor y le dijo a Lukan, que ahora se había puesto a limpiar un vaso con el trapo sucio:

—Si te preguntara por un rico de Kamori, ¿en quién pensarías?

—De eso tú sabes más, no hay nada que te pase desapercibido en este barrio —le respondió.

—Te lo pregunto porque no lo sé, precisamente.

—¿Cómo de rico?

Lukan miró el cristal del vaso a través de la luz de la lámpara de aceite y de nuevo le introdujo el trapo, como si hubiera encontrado una mancha.

—Tan rico que pueda permitirse llevar seda de Kasia.

Lukan arqueó las cejas.

—¿Un habitante cualquiera? ¿No un representante de Kamori en la Asamblea? Pues no tengo ni idea. Alguien de un reino vasallo con tanto dinero sería bastante conocido, ¿no crees?

Pensó que si se tratara de un miembro de la Asamblea de los Comunes con poder para representar a su reino, ¿por qué mataría a una simple empleada de una tienda de tinturas? No podía ser un asunto tan serio, pero de todas formas, se esforzó por recordar quién era el representante de Kamori. Decían que el de Arland era un terrateniente, pero Caine nunca lo había visto. Solo conocía su nombre y, de todas formas, los miembros de la Asamblea no vivían en esos barrios.

—¿Sabes que Fienna ha muerto? La encontraron esta mañana.

—¿Fienna? ¿La amiga de la que siempre me estás hablando? ¿Qué le ha pasado? —dijo Lukan preocupado, pero sin parar de pulir el vaso.

—Cayó al río Afatos.

—Humm… —musitó Lukan. Como si se le hubiera ocurrido algo, dejó el vaso y se acarició la trenza de la barba antes de continuar—: ahora que lo pienso, sí hay alguien con mucho dinero que vino de Kamori. Es normal que no la conozcas. Es una comerciante que va y viene constantemente, pero no es de aquí, de la capital.

Mientras Caine se terminaba el licor, Lukan le habló de Gladis, la comerciante, en voz baja. No vendía solo productos de Kamori, sino de toda la provincia de Lontaria, desde donde traía productos locales con los que abastecer al Imperio; por lo que, naturalmente, también

había estado en Arland y en Ledón. De pronto, Caine recordó al comerciante con quien el dueño de la tienda de tinturas había viajado antes.

—Hay un tipo de Kamori que se pasa por aquí de vez en cuando y me contó que esa mujer tiene el monopolio comercial de los cinco productos que salen de Lontaria y sus tres regiones —dijo Lukan, con un deje de envidia, y le señaló la botella de licor—. Seguramente este sea uno de ellos.

Tener un monopolio era el deseo de cualquier comerciante, pero no se podía obtener tan fácilmente, por lo que, si eso era cierto, seguramente tendría contactos en el gobierno y, por tanto, también en el Senado.

La mujer de al lado fingía observar las botellas de licor que tenía delante mientras prestaba atención a la conversación. Caine trató de mirarla de reojo —sin que ella se diera cuenta— mientras escuchaba a Lukan, pero no pudo ver más que su cabello negro recogido. Si sus miradas se cruzaban, sería una situación complicada de resolver. Caine reprimió el impulso repentino de salir corriendo de allí mientras Lukan continuaba su historia.

—Es muy poderosa para provenir de un reino vasallo y se dice que tiene una relación muy cercana con alguien del Senado. Tiene una casa cerca del embarcadero y, posiblemente, más viviendas en cada uno de los siete reinos del Imperio. Incluso tendrá más en los tres de Lontaria.

—¿Dónde está ahora?

—¿Cómo voy a saberlo? Solo sé dónde tiene su casa aquí en la capital, aunque hace varios años que no la visita. Si vas, seguramente solo encuentres a sus sirvientes.

A continuación, Lukan le explicó cómo llegar a la casa de Gladis.

—Gracias —le dijo Caine, tomando la copa como para terminar el licor, aunque ya no quedaba ni una gota.

—Entonces, ¿piensas que la kamorí mató a Fienna?

—Eso es lo que todavía no sé. —Dejó el dinero en la barra y se levantó—. Si lo descubro, te lo contaré.

En el exterior el aire estaba helado. Mientras cerraba la puerta corredera, Caine le echó una mirada furtiva al taburete donde estuvo sentado, pero se encontró con la mirada de la mujer de la estola. Apartó la vista rápidamente y se dirigió hacia su casa por el sombrío callejón.

5
Arienne

El pasillo que tenía enfrente era completamente blanco, tanto, que no se podía distinguir el límite entre las paredes y el techo. Parecía que solo existieran ella y las dos puertas: la tosca y vieja que acababa de cruzar y la translúcida que se encontraba al frente. De pronto llegó a sus oídos un sonido parecido al de un bombo, pero solo se trataba del latido de su propio corazón. Todo lo demás estaba en absoluto silencio.

Arienne sentía miedo, pues el generador se encontraba tan solo a unos pasos. Había aprendido sobre esa máquina en diversas asignaturas durante todo el sexto curso, pero los profesores nunca llegaron a enseñarles las cosas realmente importantes. Por ejemplo, el principio en el que se basaba el funcionamiento de ese gran poder mágico, si los cadáveres de los magos podían aportar una cantidad de energía infinita, si se los podía llamar «muertos» cuando aún seguían emitiendo esa energía... Dudaba de que los profesores realmente conocieran la respuesta a ese tipo de preguntas y siempre le había parecido muy extraño que los ciudadanos del Imperio aceptaran la energía de los generadores sin hacerse ningún planteamiento. Las mismas personas que se estremecerían si vieran un cadáver daban por sentado que las máquinas alimentadas por «magos generadores» debían trabajar para ellos. Utilizaban esas máquinas para recoger las cosechas o limpiar el alcantarillado, a pesar de que todos sabían de qué estaban hechas. Pero ¿qué eran en esencia los generadores? Lo único que Arienne sabía a ciencia cierta era que no quería convertirse en uno de ellos y ese

sentimiento era más fuerte que el miedo a morir. Por eso se encontraba en ese lugar a esas horas de la madrugada, siguiendo las instrucciones de una voz desconocida y rompiendo las normas que nunca debería romper.

Arienne siguió por el túnel hasta llegar al final. Lo que pensó que era una puerta, era una cortina traslúcida. Quiso apartarla con la mano, pero sus dedos la atravesaron creando una onda en la superficie, como si hubiera importunado un lago sereno y tranquilo. Estiró aún más el brazo y la onda se agrandó hasta ser del tamaño de todo su cuerpo. Acostumbrada a la luz tan brillante del pasillo, no podía ver nada en el interior de la habitación. Del otro lado, la tela translúcida tenía un color tan oscuro que apagaba la luz al resto de la estancia. Cerró los ojos. En lugar de sus latidos, ahora escuchaba una vibración constante; era el sonido del generador. Algún poeta lo había descrito como «la melodía de una canción sin fin»; pero, para ella, se parecía al sonido que salía del volcán de su tierra natal. Los adultos decían que era el Dragón de Fuego durmiendo en su interior. Pero ahí, lo que dormía no era un dragón, sino el cuerpo sin vida de un mago. Más que dormido, se encontraba sumido en un sueño perpetuo —aunque en absoluto reparador—, trabajando hasta la eternidad. Eso le hizo sentir escalofríos.

Cuando abrió los ojos, pudo ver por fin una tenue luz violácea que iluminaba la habitación. Ese era el color de la magia y llenaba por completo la estancia. Frente a ella había dos ataúdes, de un metal gris y opaco, apoyados sobre un delicado altar de piedra. Aquella luz emanaba del de la izquierda. Estaba cerrado con una cadena que llevaba una runa grabada iluminada. El de la derecha también estaba rodeado por una cadena, pero esta solo reflejaba el resplandor de la de al lado y era muy oscura. ¿Se trataría de algún generador de repuesto o estropeado? Arienne trató de leer las frases escritas en su superficie para averiguar cuál era el de Eldred, pero en ese instante una voz le indicó:

—El de la derecha, el apagado. Ese que no tiene luz es el de Eldred.

Arienne respiró hondo. Había llegado el momento de usar el hechizo para moverlo. Era la magia más poderosa que había usado hasta entonces, pero también la más extraña. Cuando estaba a punto de recitar las palabras, la voz habló de nuevo:

—Quítale la cadena y abre la tapa. Solo necesitamos lo que hay dentro.

—¿Cómo? Si lo abrimos, no podremos controlar el poder de su magia. Esto no fue lo que me dijiste al principio —replicó la joven.

—No nos queda otra. El plomo repele la magia. No servirá de nada usar el encantamiento con la tapa puesta. Eso lo sabes, ¿no?

Había llegado tan lejos que no podía marcharse ahora con la excusa del miedo a una posible fuga de la magia del generador.

Cogió la cadena de hierro, pero le costó soltarla. Sus eslabones eran del tamaño de los puños de un bebé y su sonido al arrastrarse sobre el plomo resonó en la habitación. Cuando cayó al suelo, la vibración anterior se intensificó aún más. La tapa se abrió y una estela de luz violeta pálido comenzó a escaparse del interior. Como en un acto reflejo, Arienne se tapó la boca y la nariz. Al asomarse al interior del ataúd, vio algo completamente envuelto en vendas, como si fuera un capullo de seda, con la silueta de una persona. En el vendaje había grabadas varias runas, desordenadas, que no podía entender. El olor del cuerpo no era el que despedían los productos usados para embalsamar a los difuntos, sino que se parecía al olor del papel quemado.

Arienne se incorporó, cerró los ojos y evocó su casa, en su tierra natal. Era una pequeña cabaña con el tejado de paja, como cualquier otra casa de campo de Arland. Su habitación estaba en el segundo piso. Tenía una cama hecha con paja fresca, un mueble con tres cajones que había construido su madre con troncos de leña sobrantes y una caja donde guardaba los utensilios para tejer. No tenía escritorio, pero había más de una docena de libros escritos en la lengua del Imperio sobre la cajonera. Arienne tragó saliva y se concentró. Se aseguró de recordar cada uno de los detalles y rincones de su habitación: la forma de la vela derretida en la repisa

de la ventana y la silueta danzante de la llama, los retales del muñeco de trapo que su padre había zurcido para ella, la elegante alfombra sobre el suelo, la orden de entrada a la Academia colgada sobre la cama… Se imaginó cogiendo el documento entre sus manos. En su imaginación apareció algo que antes no existía: un papel doblado suspendido en el aire de la habitación. Debía estar repleto de palabras en la lengua del Imperio, pero no tenía ni una sola letra y parecía negro. Aunque en realidad no lo era, parecía tan oscuro porque la luz morada que despedía era casi del color del carbón. Daba la impresión de que era un pozo hacia el abismo. El papel se desplegó una, dos, tres veces, y se convirtió en un agujero ovalado. A través de él, Arienne envió el cuerpo del ataúd hasta la cama de su habitación.

La joven abrió los ojos. Le dolía la cabeza y el ataúd estaba vacío. El cuerpo del mago se encontraba ahora tumbado en la habitación que Arienne había creado en su imaginación. Se sentía mareada. Acababa de darse cuenta de algo que ahora parecía tan obvio…

—¡Bien hecho! —dijo la voz—. Ahora sal de aquí. Huye fuera de la escuela y…

—¡Tú eres Eldred! —le cortó Arienne—. Eres el mago que está ahora en mi cabeza, ¿no es así?

Le dolía tanto la cabeza que creía que le iba a explotar. Era como si le hubieran incrustado algo en ella a la fuerza.

—Así es —respondió la voz.

—¡Pero estás muerto! ¡Eres un generador! Los muertos no hablan.

—Bueno, imagina que soy como un espíritu.

—¿Por qué me obligaste a hacer esto? —contestó Arienne, con los ojos llenos de lágrimas —que no sabía si se debían al dolor de cabeza o a otra cosa.

—Hacía cinco años que nadie me escuchaba. Solo tú lo hiciste.

Ahora Arienne lo entendía todo. Eldred fue quien empujó a aquella persona por las escaleras de caracol. Seguramente lo hizo

subir al escalón más alto para que al caer se partiera el cuello con el impacto. Creería que lo iba a delatar, y sabía que no había forma de que dejaran escapar a un generador que había adquirido voluntad propia y podía susurrar a las personas en su cabeza. Ni la Academia ni el Tribunal ni el Imperio lo dejarían tranquilo. Todos se preguntarían cómo era posible y quién lo habría hecho.

Dentro de la habitación de su mente, la persona con aspecto de capullo de seda cubierta con vendajes de pies a cabeza se levantó y se sentó al borde de la cama. No tenía expresión y tampoco podía moverse libremente, pero su postura mostraba su agotamiento. El agujero ovalado suspendido en el aire se fue plegando, capa a capa, se convirtió en un trozo de papel y cayó al suelo. En él se podía leer escrito en letras rojas: «Orden de entrada».

A continuación, la voz le dijo:

—Primero, sal de aquí. Si pierdes el tiempo, te atraparán. Seguramente algo comience a fallar porque ya no estoy encerrado. Es cuestión de tiempo que venga alguien. Solo me tienes a mí, y los inquisidores del Tribunal te perseguirán con ganas, como nunca lo han hecho con otro mago dado a la fuga. Es el precio a pagar por tu libertad.

Arienne querría arrepentirse. De verdad quería pensar que era mejor morir después de una vida tranquila con un sueldo mediocre. Quería creer que era mejor estudiar duro y acabar viajando por el mundo como parte del Ejército, como encargada de un generador o como profesora. Le gustaban sus compañeros. Felix, Kaya, incluso Magnus. Podría crear una familia con algún mago que todavía no conociera. Había vida para los magos dentro del Imperio y ella podría ser feliz con ella. Sin embargo, por muy tranquila, cómoda y feliz que fuera, al final del camino siempre le esperaba el mismo destino: convertirse en generador. Estaba atrapada dentro del sino que el Imperio había creado para ella y no podía escapar. Y en ese momento, dentro de la habitación de su cabeza, tenía la prueba rotunda de lo terrible y cruel que era dicho final.

Su cuerpo se sacudió por las náuseas y tuvo que vomitar.

—Rápido, ¡vamos! —la apremió Eldred.

No quería morir. No quería acabar como él. Ahora que sabía lo que era Eldred, su motivación para huir de ese destino aumentó. Se apretó el estómago con las manos, tratando de encontrar algo de alivio y observó lo que había vomitado. Cuando pudo controlar el miedo y el asco, se incorporó. El dolor de cabeza también se había reducido. Regresó por donde había venido. Cruzó el pasillo blanco, atravesó la puerta de hierro y observó por un instante los huesos en el rincón. Arienne ya tenía planeado cómo salir de la escuela. Cuando amaneciera ya nadie podría encontrarla; y, posiblemente, no relacionarían su desaparición con la del generador hasta pasado un buen tiempo. Tenía un pariente que llevaba una taberna al oeste de la ciudad, en la zona pobre. Solo se vieron una vez, cuando ella llegó a la capital, pero decidió pedirle ayuda. Dentro de poco estaría en busca y captura, aunque, por primera vez en seis años, sintió que estaba viva.

6
Loran

Al llegar a un amplio claro del bosque Dehan, se sentó sobre un tocón. La tela escarlata de un estandarte del Ejército Imperial rodaba por el suelo. Loran la rasgó para taparse con ella el ojo izquierdo que ahora estaba vacío. Debido al viento otoñal, la niebla de azufre comenzaba a desaparecer. Un poco más adelante, un puesto de guardia hecho con troncos de madera ardía en llamas despidiendo un humo negro.

Hacía siete días que había salido del volcán y ya había convertido tres puestos de vigilancia del Ejército en cenizas con ayuda de la espada del Dragón. Cada puesto tenía asignados unos doce soldados, enemigos que el fuego —o más bien el aliento del Dragón— había devorado. Loran decidió llamar *Urmas* a la espada, que en arlaní significa «promesa del Dragón». Así, *Urmas* invocaba el fuego del Dragón, lo que le proporcionaba seguridad, ya que ella se consideraba una donnadie, una simple maestra de esgrima rural que no había peleado de verdad casi en ninguna ocasión. Sin embargo, si el fuego del Dragón alcanzaba algo, ya no había vuelta atrás, por mucho que lo intentara. Aunque los soldados del Ejército trataron de salvarse rodando por el suelo y echando cubos de agua, irremediablemente, habían muerto entre terribles sufrimientos.

Al ver esas escenas, Loran se había sentido extraña. No se encontraba satisfecha, pero tampoco se sentía mal. Comenzaba a darse cuenta de que no servían de nada sus fechorías; tan solo estaba desahogando su rabia y su rencor. Le había prometido al Dragón que se convertiría en reina y liberaría a Arland del

sometimiento del Imperio, pero quemar unos insignificantes puestos de guardia no la acercaba en lo absoluto a su meta. Es más, seguramente les daba más excusas a los imperialistas para oprimir su tierra natal.

Cuando el último Rey de Arland luchó contra el Imperio a lomos del Dragón de Fuego, Loran estaba cogida de la mano de su madre, sobre la muralla, contemplando la escena. Como escarabajos gigantescos, los gigateriones —las enormes armas alimentadas con magia—, surcaban el cielo y luchaban contra el Dragón. Sus armaduras de hierro solo quedaban levemente chamuscadas por el fuego y el Imperio contaba con decenas, centenares, de esos ingenios. Habían sido creados para luchar contra dragones y dioses y funcionaban gracias a los generadores mágicos. Pero había otra arma letal, la *definitiva* de la que tanto se hablaba; aquella que, en cuestión de segundos, convirtió a la próspera Mersia en un desierto: la Estrella de Mersia.

Aun sin los gigateriones y la Estrella, el Ejército era invencible. Contaba con tanques que reducían murallas a escombros y soldados con armaduras que los tornaban casi invencibles, más fuertes que cualquier humano normal; todo alimentado por la energía de los generadores. Teniendo en cuenta solo el número de soldados, ya superaban a cualquier armada del mundo, por lo que Loran comenzaba a dudar de si sería capaz de luchar contra ellos. Para conseguirlo necesitaba un plan y una tropa; pero, sobre todo, una meta clara. Sin embargo, ella era una simple profesora de esgrima que —gracias al resentimiento que guardaba por la muerte de su familia y a la despreocupación por su propia vida—, había llegado ante las fauces del Dragón y había conseguido, de manera inesperada, una espada creada a partir del colmillo de la bestia. Ni ella misma entendía lo que había querido decir con «reinar en Arland».

Loran se empezaba a preguntar si la espada no debería llamarse «promesa de un humano», en lugar de «promesa del Dragón» cuando, de pronto, escuchó unos pasos apresurados y pesados que

se acercaban. Se levantó para prestar más atención y pudo sentir una leve vibración. Se parecía al sonido de la respiración del Dragón dormido que salía de vez en cuando del volcán. Sin embargo, el bosque Dehan se encontraba en la frontera con Kamori, al este de Arland, y el volcán estaba al oeste, muy lejos. Loran se giró en esa dirección, pero los altos árboles le bloqueaban la vista. En la copa de un árbol, Arienne divisó una torre de vigilancia vacía que no había visto antes, quizá porque se encontraba en el ámbito de visión de su ojo izquierdo. Aún no se acostumbraba a ver con un solo ojo.

En el lado opuesto del claro, vio un estandarte del Ejército Imperial con el número 25 y un extraño dibujo, mitad pájaro y mitad león. El que dirigía al grupo estaba cubierto con una armadura, excepto la cabeza, que se veía ridículamente pequeña respecto al cuerpo. El soldado avanzó y tras él aparecieron otros cuatro más, ataviados con armaduras similares. Años atrás, Loran fue en una ocasión a ver desfilar al Ejército a petición de su hija. Esas armaduras eran las que llevaba la élite de los soldados, alimentadas con los generadores.

El oficial con un ornamento dorado en el casco de su armadura dio un paso adelante y llamó a Loran:

—Eh, tú. Hemos visto el humo. ¿Qué ha pasado aquí?

Hablaba en una perfecta lengua imperial, por lo que debía venir de la metrópoli. Su ornamentación era como la que llevaba el centurión de la Legión 171 asignado a la provincia de Lontaria. Los cuerpos del Ejército Imperial iban rotando por los diferentes reinos. Loran recordó que había escuchado rumores sobre el relevo de legiones. Parecía que el nuevo cuerpo encargado de Ledón, Arland y Kamori era el número 25.

Detrás de los cinco soldados había un carro, sin que ningún animal tirara de él, con la forma de una caja abierta con cuatro patas. No llegaba a distinguir si transportaban algo en su interior, pero sí llevaban una persona maniatada tras él. Era un hombre robusto de unos cuarenta años, pero parecía muy pequeño tras las armaduras de los soldados. Loran cruzó su mirada con la de ese

hombre. Los separaban más de diez pasos, pero, por alguna razón, no podía apartar la vista de él.

—Oye, ¿no me escuchas o qué? —dijo el oficial, acercándose.

Loran se quedó pensando. Si no era capaz de vencer a unos pocos soldados con armaduras alimentadas por un generador, no podría pelear contra nadie más. Era un desafío al que debía enfrentarse tarde o temprano.

—A juzgar por los garabatos de tu cuello, debes venir de Arland. ¿Qué haces sin compañía en la frontera con Kamori? No me digas… ¿has sido tú quien ha prendido fuego a esto?

Loran se tapó el *thlarán* con la mano de forma instintiva. El oficial desenvainó una espada corta y se cubrió la cabeza con el casco que llevaba colgando a la espalda. Los otros soldados lo imitaron y desplegaron los escudos que cargaban sobre el brazo izquierdo. Tenían un equipamiento complejo, similar a una ballesta, adherido a las hombreras de las armaduras.

—¡Ríndete y contesta a mi pregunta! Tenemos a Gwaharad de Kamori en nuestras manos.

¿Gwaharad? Loran no conocía ese nombre, pero seguramente se referían al hombre atado al carro. Debían pensar que ella había venido a salvarlo. Loran desenvainó a *Urmas* y dijo:

—Soy Loran, la princesa de Arland. No sé quién es ese Gwaharad, pero sí es cierto que soy la causante de los fuegos. Yo sola, sin ninguna ayuda, acabé con doce de tus hombres.

Urmas estaba de pronto muy caliente. En cuanto Loran aferró la empuñadura, la espada despidió un siseo similar al del acero candente sumergido en el agua. El sol comenzaba a bajar y la niebla de azufre iba poblando el bosque. A pesar de todo, los soldados se acercaron.

—Es un grave delito destruir los puestos de vigilancia —dijo el oficial, y se abalanzó sobre ella.

Atacó con una velocidad tan impropia de su corpulencia que Loran casi no pudo reaccionar. Ella era de constitución pequeña, mientras que su adversario mediría unos dos metros y medio de

altura gracias a la armadura. Fue como si se le echara encima una montaña. A pesar de que la pilló desprevenida, Loran arremetió contra su espada. Si hubiera sido un arma cualquiera del Ejército, *Urmas* la habría convertido en acero fundido sin dificultad, pero esa era diferente. A su alrededor flotaba una energía violácea. Sin embargo, el oficial dio un paso atrás y musitó, más sorprendido que Loran:

—¿Cómo es posible que esté tan caliente?

El tal Gwaharad, maniatado con la soga, salió de pronto al frente para ver el combate. Además del oficial, rodearon a Loran tres soldados, mientras que el cuarto, que llevaba el estandarte, no se movió del lado del carro, quizá para vigilar al prisionero. Loran le indicó a Gwaharad que se escondiera y este pareció entenderla, ya que se ocultó tras el carruaje.

Entonces ella hizo girar a *Urmas* en el aire y el fuego arrasó con todo a su paso. Podía escuchar los gritos de pánico de los soldados abrasados por una temperatura tal que podría poner al rojo el acero. Cuando las llamas menguaron, los únicos que quedaban en pie empuñando sus armas eran el oficial y Loran. Los otros soldados que la habían rodeado se retorcían entre alaridos dentro de sus armaduras chamuscadas. De los huecos de sus corazas se escapaba un humo negruzco y la peste a pelo quemado llenaba la atmósfera. Los gritos se convirtieron en gemidos y después cesaron.

De la armadura del oficial emanaba algo de vapor, pero estaba intacta.

—¿Qué son estos trucos demoníacos? —preguntó él.

La energía violácea que había rodeado antes su espada, estaba fluyendo ahora sobre su armadura. Al parecer, era mucho más que una simple protección.

—Es el fuego del Dragón que protege Arland —dijo Loran.

El oficial, que seguía en pie sujetando su espada y escuchando las palabras de la princesa, de pronto, comprendió lo que sucedía:

—De eso se trataba… Veneras a los espíritus demoníacos. Eres el enemigo del Imperio, aquel que reza a bestias inhumanas y se

alimenta de su fuerza para destruir la paz y el orden de nuestras tierras. Pero ¿crees que las artimañas de tu Dragón tendrán algún poder sobre mí? ¿Sobre esta espada y esta armadura creada por humanos, por el Imperio?

—Hablas con demasiada soberbia cuando acabo de matar a tres de tus hombres —contestó Loran, pero no estaba segura de hasta dónde llegaría su fuerza contra una armadura que repelía el fuego del Dragón.

El oficial empuñó de nuevo su espada y el brillo violáceo se hizo aún más intenso, a la vez que el filo pareció aumentar unos centímetros.

—Por mucho que esa espada contenga el fuego de un Dragón, quien la porta es una simple humana —dijo, y volvió a atacarla.

Esa embestida fue mucho más fuerte que la anterior. Loran no pudo detener la estocada y solo pudo apartarse, pero un lado de su armadura de cuero se rasgó al igual que su piel. Apretó los dientes. Él era mucho más diestro con la espada y también tenía la ventaja de llevar una armadura mágica que aumentaba su fuerza y su velocidad; pero esas eran unas consideraciones más adecuadas para una clase de esgrima que para un combate real.

—¡Qué bien hizo ese Dragón en darle su espada sagrada a una tuerta con las habilidades de un espadachín rural! —se burló el oficial.

A Loran no le importaba su sarcasmo, solo quería poder salir con vida del enfrentamiento. El soldado arremetió de nuevo con su espada refulgente, sin darle siquiera tiempo de contraatacar. Golpe a golpe, Loran no tuvo más remedio que ir retrocediendo, demasiado ocupada en evitar las estocadas y detener los ataques con *Urmas*. El filo de la espada del oficial rozó de nuevo sus costillas.

—No trates de resistirte con ese ridículo manejo de la espada. ¿Todavía no te has dado cuenta de que es inútil?

El oficial estaba disfrutando con cada paso que la hacía retroceder. El Imperio veneraba la fuerza por encima de todo y consideraba una virtud ser despiadados con quienes eran más

débiles o estúpidos que ellos. Loran recordó el día que se presentó ante el prefecto para tratar de salvar la vida de su esposo y su hija. Si lloraba, se reían de ella; si se arrodillaba, la pasaban por encima; si suplicaba, le escupían.

Entonces llegaron al límite del claro. Detrás solo quedaba el denso bosque. Ya no era posible defenderse retrocediendo, como había hecho hasta ahora. Si Loran no lograba darle un giro a la situación, todas sus esperanzas se acabarían. El oficial también lo había notado. Detuvo su lluvia de estocadas y dijo con voz triunfante:

—Antes de matarte, te diré quién acabará con tu vida. Mi nombre es Marius y soy el centurión mayor de la brigada acorazada de la Legión 25. —Y con esas palabras, elevó la espada por encima de su cabeza.

Por un instante, a Loran todo le dio vueltas. No tenía miedo a morir, ni tampoco le atemorizaba la aplastante destreza de Marius. Ese vértigo momentáneo se debía a la ira: le enfurecía su actitud arrogante. Tras haberse autoproclamado princesa de Arland, no estaba dispuesta a soportar que se burlaran de ella. Loran era la princesa y la futura reina de esa tierra, no podía perder contra un único y mísero soldado del Imperio. Sabía que era un pensamiento sin sentido, puesto que realmente no era la princesa, solo había decidido llamarse así. Además, su adversario la veía como una simple espadachina de campo que había conseguido, extrañamente, un arma poderosa. Sin embargo, su cuerpo no lo percibía de la misma forma. Sus brazos comenzaron a temblar y la sangre se le subió a la cabeza. La herida del ojo —que llevaba cubierta con el trozo de tela— de pronto le quemaba.

En ese momento, Marius retrocedió inesperadamente. Bajo el casco, Loran no pudo ver que había cambiado su expresión, pero sí pudo notar que se mostraba confundido y nervioso y que había dejado de hablar. Seguía empuñando el arma en alto, pero parecía no saber si blandirla, clavársela o retroceder.

—¿Qué demonios…?

Solo alcanzó a decir esas palabras cuando Loran dejó caer a *Urmas* y se abalanzó contra él, como si una ola de energía hubiera estallado en su cuerpo. Con el mismo estruendo de un faro caído, el centurión se desplomó. La armadura resonaba con fuerza tratando de despertarlo. Sin embargo, no era capaz de quitarse el pequeño cuerpo de Loran de encima y seguía resonando sin sentido.

Loran pegó su rostro al casco de Marius y le gritó:

—¡Maldito bastardo!

Metió su mano izquierda bajo el casco y la derecha bajo la coraza del pecho y tiró con fuerza. El acero se quebró y la armadura se abrió, revelando el torso y la cara de Marius. Era el rostro de un ciudadano común del Imperio con una fina túnica de algodón empapada en sudor.

De pronto, su visión periférica se amplió. Loran podía ver de nuevo con su ojo izquierdo. Alcanzó a ver el reflejo de su párpado en las pupilas aterradas de Marius. En su interior, crecía un fuego verde, del mismo color de las llamas que habían ardido en la garganta del Dragón del volcán.

—¡E-El Dragón…! —tartamudeó Marius.

—Soy Loran, la princesa de Arland.

Dicho esto, atravesó el pecho de Marius con sus uñas. Penetró en su piel como las puntas de un tenedor y se aferró dentro de su carne, entre sus huesos. La sangre oscura le brotaba del cuerpo y de la boca. Cuando Loran retiró la mano, salió otro chorro de sangre. Entonces se levantó y recogió a *Urmas* del suelo, mirando al centurión que se retorcía hacia su muerte. El destello de perplejidad y terror que apareció en sus ojos se fue apagando.

Loran se miró la mano derecha con la que había apuñalado al oficial del Imperio. Tenía unas uñas afiladas como cuchillos, que enseguida regresaron a su forma humana de dedos encallecidos. Se palpó el ojo izquierdo y volvió a encontrar un agujero bajo el retazo de tela. Lo desató para mirarlo de cerca. Debía haberse quemado con la llamarada verdosa que emanó de su ojo izquierdo. La visión

de ese ojo se fue atenuando hasta que, de nuevo, desapareció por completo.

Se quedó quieta un instante. Se acordó del soldado que había quedado atrás y miró hacia el carro. Ahora el estandarte estaba en el suelo y Gwaharad estaba estrangulando al legionario con la misma soga que ataba sus manos. Loran se preguntaba cómo le habría quitado el casco. La princesa se acercó al carro mientras el soldado forcejeaba tratando de quitarse la soga del cuello, pero sus movimientos se fueron ralentizando. Gwaharad la miró fijamente, soltó la cuerda y echó a correr en la dirección contraria, pero enseguida se cayó de bruces. Había olvidado que seguía atado al carro. Loran alzó las manos en señal de paz, para mostrarle que no quería hacerle daño, y se acercó.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Gwaharad, atemorizado.

Loran vaciló un momento antes de responder:

—Soy Loran y vengo de Arland. ¿Qué ha hecho para ser apresado por el Ejército Imperial?

Loran no sabía cómo hablaban las princesas, así que trató de expresarse con dignidad, pero sin arrogancia. Gwaharad no respondió y empezó a frotarse las mejillas mientras la observaba con los ojos abiertos como platos. Ella se tocó la cara como por un acto reflejo. En el contorno de su rostro sintió una especie de piel dura. La frotó con fuerza y cayeron dos escamas de color sangre del tamaño de sus dedos. Se asombró tanto que no pudo evitar palparse la cara de nuevo. Una capa de escamas rodeaba su rostro desde la frente hasta la barbilla y solo dejaba ver parte de sus facciones, como si se tratara de un casco. Más que haber brotado de su piel, parecía que habían llegado volando y se habían incrustado allí. Loran se frotó de nuevo el rostro. Cada vez que se rascaba, se desprendían varias escamas. Al verlo, Gwaharad pareció calmarse un poco. Mientras ella estaba centrada en quitarse escamas, él le hizo una gran reverencia y dijo:

—Princesa, lamento haberle mostrado una escena tan desagradable. Debo confesarle que no soy Su Majestad el rey

Gwaharad, sino su hermano Emer. Por una circunstancia complicada, ocasionalmente tuve que hacerme pasar por él. Era algo necesario para poder luchar contra el Imperio, pero no tenía intención de engañarla. Por favor, princesa, perdone mi ofensa.

Entonces, Gwaharad era el rey de Kamori y Emer, quien decía que era su hermano, era un príncipe, por lo que estaba al mismo nivel de una princesa... Al llegar a este punto, le pareció gracioso que se pusieran títulos ellos mismos y se comparasen sus rangos entre sí, pues ya no había rey de Kamori, ni de Ledón, ni de Arland, ni de ninguna parte del mundo. Al menos a ojos del Imperio. Por ello, Loran pensó que Gwaharad debía de ser alguien como ella. Tal como había dicho el Dragón, sería uno de esos guerreros que seguían resistiéndose con terquedad al Imperio.

La princesa dudó, sin saber qué responder, y Emer tomó la palabra:

—Mi hermano ya no debe de estar lejos. Gracias a usted, princesa, pude conseguir el objetivo de ser capturado. Por favor, quédese conmigo para conocer al rey Gwaharad y compartir su noble voluntad.

Emer hablaba con mucha cortesía. Loran accedió y cortó con cuidado el nudo de la soga que lo ataba, usando a *Urmas* como cuchillo. Emer se llevó la mano a la boca y emitió tres silbidos largos. El bosque pareció agitarse y fueron apareciendo personas ataviadas con ropas verdes y marrones, que se habían camuflado con las hojas y la hierba. Cada uno llevaba armas diferentes, además de un arco. Loran observó sus pasos firmes y sus expresiones decididas y le quedó claro que no se trataba de una panda de bandidos.

De pronto, el claro del bosque Dehan se llenó con más de sesenta soldados kamoríes. La cabaña de leña a la que había prendido fuego seguía escupiendo humo negro. Los soldados tomaron posiciones y de entre los árboles, apareció un hombre de mediana edad con el pelo largo. No llevaba ningún tipo de camuflaje. Tenía una corona dorada en la cabeza y un sobreveste

gris bordado con hilo de plata. Bajo este, lucía una armadura con el dibujo de un león verde erguido sobre sus dos patas traseras. Del cinto colgaba una espada con el puño y la vaina negros como el carbón. Aunque su expresión era apacible, no sonreía. Era evidente que se trataba del rey Gwaharad.

Emer salió corriendo e hincó una rodilla en el suelo.

—Su Majestad —dijo.

—Bien hecho, Emer. ¿Pudiste hacerte con ello? —preguntó Gwaharad, mirando a Loran un instante.

—Sí, mi Rey.

—Nos disponíamos a actuar cuando llegaras al Bosque Dehan, pero vimos el fuego y el humo y nos detuvimos. ¿Quién es esta heroína que te ayudó?

—Loran, la princesa de Arland —contestó Emer.

A Loran todavía le resultaba extraño escuchar ese título junto a su nombre, pero Emer lo pronunció sin dudar un segundo.

—Ella prendió fuego al puesto de vigilancia y derrotó a cuatro soldados con armaduras mágicas.

Todas las miradas se dirigieron hacia ella, que no sabía qué hacer. Gwaharad echó a andar entre sus soldados, que le abrieron el paso automáticamente. Llegó ante Loran, extendió sus brazos y se presentó:

—Yo soy Gwaharad, el Rey de Kamori. ¡Qué bueno que nos hayamos encontrado, princesa de Arland!

—Es un honor para mí poder conocer a Su Majestad —dijo Loran de todo corazón, a pesar de que era la primera vez que oía hablar de él.

—Venga con nosotros. Castigó a estas marionetas del Imperio salvando así a muchos de mis compañeros y compatriotas. No puedo sino devolverle el favor. Además, siento mucha curiosidad sobre su espada —dijo Emer, y con un gesto mandó a los soldados hacia el carro.

Descargaron lo que transportaba y lo más voluminoso era una caja de hierro con forma de ataúd. Era tan pesado que ni siquiera

diez personas podrían con él.

—Vámonos antes de que aparezcan más soldados atraídos por el humo —apremió Gwaharad.

Loran asintió y los siguió. Sus pasos eran ligeros, aunque estaba agotada por la pelea. Había más personas que querían derrotar al Imperio y ahora, por fin, se había encontrado con ellas. Ya no estaba sola.

7
Caine

Cuando Caine llegó a la tienda de aceite de oliva, ya había asomado el sol en el cielo. El comercio estaba situado en la entrada del callejón de comestibles, junto al mercado. En su interior, la vieja Ágata estaba negociando el precio del aceite con el dueño del restaurante de enfrente. Cuando el joven entró, lo miró de reojo y su expresión se endureció, pero no porque hubiera llegado tarde ni porque le preocupara la herida que el chico traía en la mandíbula o su ojo amoratado.

En un rincón se acumulaban aceitunas frescas que desprendían un fuerte aroma. Importaban aceite desde Dallocia, situada a cuatro días en barco de allí. Sin embargo, Ágata acumulaba los frutos del olivo en su tienda y hacía a Caine tirarlos cuando se pudrían para comprar más y volver a almacenarlos. En otro rincón, se mezclaban las tinajas y las botellas de aceite nuevas con las caducadas.

Caine cogió un tarro lleno de aceite rancio en silencio. Lo agarró por ambas asas, con dificultad, y se dispuso a sacarlo de la tienda. Estos recipientes llegaban casi a la veintena. Debía haber finalizado esa tarea ayer, pero se había ausentado por el fallecimiento de Fienna.

—Caine, ven aquí —dijo Ágata con voz suave en cuanto el cliente se marchó.

Él fingió no escucharla y siguió moviendo el tarro.

—Hasta ahora, yo siempre te he considerado como uno más. Nunca te he menospreciado por ser de un reino vasallo —prosiguió la anciana, repitiendo lo que tantas veces había dicho desde que él

llegó hace cinco años—. Te saqué de la calle y te di un empleo, porque parecías trabajador e inteligente, y te pago lo mismo que le pagaría a un estudiante de aquí, pero ¿qué se supone que andas haciendo? —Caine movía el segundo tarro con cuidado de no romperlo—. ¿Se puede saber en qué te metiste para que vinieran esas personas a buscarte a mi tienda? Si hubieran venido del puesto de guardia, les habría dicho que estabas haciendo el gamberro por ahí, pero el Servicio Secreto…

¿El Servicio Secreto?

—¿Vinieron agentes a buscarme? ¿Para qué?

¿Acaso los que lo asaltaron en la calle trabajaban para el Servicio Secreto? No lo parecían. Eran demasiado descuidados para actuar como los ojos y los oídos del Imperio.

—Querían saber dónde estabas. Como les dije que no lo sabía, se marcharon. ¿Es que estás planeando alguna revuelta o algo así? Tú has trabajado siempre muy bien, no entiendo lo que está pasando…

—No es nada de eso, señora.

En Arland no existían las rebeliones. Ya no. Lo único que se le ocurría que pudiera interesar al Servicio Secreto era el asunto de sus padres. Caine nunca sabría si realmente habían cometido tal delito de traición como para ser ejecutados, solo sabía que ahora estaban muertos. Arland quedó en su memoria como un simple recuerdo lejano. Él había creado su vida desde cero ahí, en la capital, en esa tienda de aceite y en ese mercado. No tenía una opinión ni buena ni mala del Imperio, simplemente ese lugar al que de alguna manera había llegado a parar era más seguro que su tierra natal. Y también era donde estaba Fienna… o, más bien, donde había estado. Pero eso no era un asunto que pudiera interesar al Servicio Secreto.

Caine dejó el tercer tarro frente a la tienda y volvió adentro.

—Es por culpa de esa Fienna, ¿verdad? ¿Qué te pidió esta vez la mocosa? —explotó Ágata, con un deje de temor en su voz.

No estaba exagerando al reaccionar de esa manera. Desde de que el mundo cayó en las garras del Imperio, el Servicio Secreto se

encargaba de vigilar a los prefectos y perseguir a los rebeldes. Nunca iría a por una sola persona. La vieja Ágata tampoco estaba segura de si lo buscaban a él. Pero Caine, por alguna razón, no parecía darse cuenta de la situación tan peligrosa en la que se encontraba.

—¡Ya le dije que no! —exclamó molesto, mientras llevaba el cuarto tarro fuera.

—Será mejor que te centres, por tu bien. Si no, ¡acabarás como ella!

El agobio que el muchacho había sentido desde que había entrado por la puerta de repente le oprimía el corazón. Ese músculo, que ni siquiera sabía que tenía, se encogió dentro de su pecho y él acabó lanzando el tarro que llevaba en sus manos. Este cayó con un golpe seco y chocó con los otros que ya había sacado. Los pedazos de cerámica y el aceite salieron volando y Ágata dio un salto del susto. La tienda se llenó de olor a aceite rancio. Caine se quedó mirando a la dueña. Parecía atemorizada, aunque no lograba discernir si era por un arrebato de ira por el tarro o por la visita del Servicio Secreto. Caine abrió la puerta y salió afuera.

En su cabeza solo había lugar para dos pensamientos: ¿Por qué murió Fienna y quién la mató? Si no lo averiguaba pronto, se volvería loco.

La plaza frente a la tienda estaba abarrotada de toldos de diversos colores, carretas, carros y comerciantes llegados de todas partes. Se escuchaba tanto la lengua del Imperio como dialectos e idiomas de los reinos vasallos. El olor a sudor, perfume y comida barata penetró por sus orificios nasales y le hizo sentir náuseas. Atravesó la plaza en dirección al embarcadero, mientras iba olvidando los detalles sin importancia. La cara de la vieja Ágata, el sonido del tarro estallando, el olor del aceite, la visión de la plaza repleta de personas… Todo se desvaneció de su cabeza. Su mente se concentró únicamente en Gladis, la comerciante de Kamori, y en el cuerpo de Fienna en el río, con su pelo largo trenzado, sucio y completamente empapado.

Lukan le dijo que la casa de Gladis estaba en el embarcadero. Aunque, si solía ir y venir entre Lontaria y la capital y tenía varias residencias repartidas por todo el territorio, había pocas probabilidades de encontrarla allí. Pero seguramente el hombre de los pantalones de seda sí estaría.

El viento soplaba con un aroma salado y el sol se encontraba ya por encima del campanario, situado un poco más abajo. Girando en ese edificio, llegaría adonde Lukan le había indicado. La calle estaba tan repleta de gente como el mercado, pero se movían más rápido. Caine se aguantó las ganas de echar a correr. Estaba seguro de que en aquel lugar encontraría las respuestas que buscaba.

Cuando conoció a Fienna, él lloraba a moco tendido por el hambre. Ni siquiera sabía el idioma para poder comunicarse y sobrevivir. Esa chica de diecisiete años parecía toda una adulta a su lado, un niño de doce. Ella le habló en arlaní, le compró mandarinas, pan y sopa y le llevó a un lugar en el que alojarse. También le enseñó la lengua del Imperio y se hizo su amiga.

Detrás de él, en la plaza, alguien estaba escupiendo insultos. De pronto sintió que alguien lo golpeaba en el hombro. No pudo distinguir el color de su vestimenta, pero tampoco se paró a mirarlo. Estaba a punto de girar la esquina cuando alguien lo agarró por el brazo izquierdo, con tal firmeza que no podía soltarse. Se dio la vuelta y se encontró con un gigante muy delgado y de piel morena que lo sujetaba con la mano derecha. Su cabeza era dos veces más grande que la de Caine y tenía una expresión seria y solemne. ¿Sería la persona con la que chocó antes? Le pareció increíble no haberse dado cuenta de que un gigante como ese había pasado por su lado. Como si fuera un adulto cogiendo de la mano a un niño, el gigante lo arrastró hasta el callejón tras el campanario. Caine apenas se resistió mientras observaba a su alrededor. Un señor rechoncho vestido de gris se apresuraba a cruzar la calle con la mirada fija en ellos. En comparación con el barullo de la plaza, llena de carretas con cargamentos que se dirigían al mercado, ese callejón era silencioso, estrecho y oscuro. Ni el gigante ni el rechoncho formaban

parte de los que lo atacaron la noche pasada, pero podrían pertenecer al mismo grupo.

Primero tenía que encargarse del grandullón para poder huir. Con esa idea en mente, sacó la daga de su abrigo y, sin vacilar, le hizo un gran corte en el antebrazo. La sangre brotó de la herida y el tipo se puso a gritar. Caine le golpeó la canilla, le pisó el empeine que tenía cubierto con una sandalia y, cuando se encorvó por el dolor, le golpeó la barbilla con la palma izquierda, usando toda la fuerza que pudo. El gigante se tambaleó y Caine aprovechó la oportunidad para clavarle la daga en el pie, así no podría perseguirlo. El muchacho echó a correr en dirección al interior del callejón mientras miraba de reojo hacia atrás. Vio que el tipo rechoncho todavía estaba atrapado entre los carros y la gente y que aún no había podido llegar al callejón.

Caine giró la esquina y siguió corriendo. Conocía como la palma de su mano todos los callejones del mercado y las inmediaciones, pero ese lugar estaba fuera de ese radio. Si continuaba a la carrera y se perdía, no le quedaría otra que rezar por que no pudieran seguirlo. Casi sin aliento, se apoyó en una sucia pared de tierra sin enyesar. Se dejó caer hasta el suelo, con la boca seca y la garganta ardiendo. Un poco más allá, un borracho de barba poblada estaba sentado en la misma posición que él, sujetando una botella de vino sin etiqueta. A juzgar por las suelas desgastadas de sus sandalias, no se trataba de un vagabundo. Solo entonces se dio cuenta de que solo veía una neblina frente a él. Sus gafas habían desaparecido. No tenía la menor idea de dónde ni cuándo se le habrían caído. ¿Cuándo chocó con esa persona? ¿Al pelear con el gigante? ¿O quizá mientras corría como un poseso? Sintiéndose patético, dejó escapar un largo suspiro. Estaba casi seguro de que los dos de antes eran de un grupo diferente a los de la noche anterior, pero ayer, tras ser atacado, no había ido a ningún otro lugar aparte de la taberna. Seguramente los tipos que lo agredieron pensarían que Caine habría aprendido bien la lección y no se tomarían la molestia de poner vigilancia en las calles atestadas para seguir sus movimientos.

Además, el gigante de antes tenía una actitud y un porte muy diferentes a los de la legionaria, por lo que no quedaba más que una explicación.

Se levantó de golpe. ¿Por qué estaría buscándolo el Servicio Secreto y cómo sabían que iba a casa de Gladis? Estaba claro que no podía tratarse de nada bueno.

De pronto, escuchó unos pasos lentos desde un extremo del callejón. El gigante de piel morena se acercaba ocupando todo el estrecho espacio de la calle. Tenía la ropa manchada de sangre, pero se movía como si no le doliera nada en absoluto. Haberle apuñalado un pie no suponía ningún inconveniente para su gran corpulencia, tan solo le fastidiaría tener las sandalias cubiertas de sangre. Caine saltó como un resorte y miró al otro lado del callejón. Esperaba encontrarse al tipo gordo vestido de gris, pero no fue así. La mujer de la estola negra y el broche —que estaba sentada a su lado en la taberna el día anterior— lo miraba desde ese lado, muy atenta. En sus delicadas manos sostenía las gafas de Caine, quien volvió a sacar la daga para dejarla caer al suelo y levantar ambos brazos en alto.

Caine estaba sentado en una silla con un saco sobre la cabeza. Unas manos fuertes le ataron los brazos tras el respaldo. El chico agachó la cabeza todo lo que pudo. La habitación parecía contar con una única silla, el techo era alto y se escuchaba el sonido de la calle desde una ventana superior. Todo indicaba que se encontraba en un sótano y parecía haber tres personas con él.

Alguien habló por primera vez desde que lo arrastraron allí:

—Soy Séptima —dijo quien parecía ser la mujer de la estola.

Tras su presentación se escucharon varios chasquidos. Había cogido las gafas de Caine y estaba cerrando y abriendo las patillas. Él encogió los hombros para indicar que la escuchaba y Séptima continuó:

—Somos del Servicio Secreto.

Eso ya se lo había imaginado, la pregunta era ¿por qué lo buscaban? Desde que el mundo fue conquistado, el Servicio Secreto se encargaba de vigilar a los prefectos y perseguir a los insurrectos, pero Caine no era prefecto ni recordaba haberse involucrado en ningún tipo de acto rebelde.

Le quitaron el saco de la cabeza. La sala tenía la luz suficiente para distinguir las siluetas de sus captores. El tipo rechoncho de antes tenía el saco en sus manos y llevaba las mangas subidas, mostrando unos brazos peludos. Séptima se encontraba frente a Caine, con los brazos cruzados. Sus piernas delgadas y musculosas llamaron la atención del chico. El gigante de piel morena al que había apuñalado estaba apoyado contra la pared, observando al muchacho con desaprobación. Se había cambiado la ropa sucia de sangre y no tenía ni un rasguño en el antebrazo ni en el pie. Séptima pareció darse cuenta de dónde se había dirigido la mirada de Caine y explicó:

—Dévadas es un Amrit de Varata.

Caine no sabía qué era «Amrit», pero podía adivinar que tenía que ver con el hecho de que no le quedaran marcas de las heridas.

—¿No debería estar encerrado en la prisión del Tribunal de la Verdad? —preguntó Caine, encogiendo los hombros.

El Tribunal tenía el monopolio de todo lo relacionado con la magia y no permitía que nada fuera alimentado sin generadores mágicos. Tras su conquista, lo primero que hicieron fue mandar a los inquisidores a atrapar a cualquier persona que usara magia o venerara a los dioses. En el mercado circulaban muchas historias sobre el mundo antiguo en el que se usaba la magia sin restricciones y sobre cómo magos de todas las regiones habían acabado encontrando un destino fatal. En esas historias se llamaba a los magos de formas diversas y estos tenían habilidades diferentes; pero, para el Imperio, eran simplemente magos. Independientemente de cómo Dévadas fuera llamado en su tierra, aquí era considerado como un mago más.

—Claro, claro. Estaba en la prisión —respondió Séptima —, pero lo pedimos prestado. A veces, para poder proteger al Imperio, tenemos que saltarnos un poco las reglas del Tribunal.

«Eso hasta que lo necesiten ellos», pensó Caine. Todos los magos, sin excepción, vinieran de donde vinieran e hicieran lo que hicieran, una vez muertos debían servir al Imperio como generadores.

—Dévadas es el último de los suyos. El único que queda del templo de los Amrit —dijo el gordo, orgulloso.

El gigante resopló por lo bajo y el tipo se calló en cuanto notó la mirada asesina de Séptima.

—Bueno, hasta aquí las preguntas —finalizó la mujer con dos palmadas.

Caine se las había visto con la patrulla muchas veces y había sido interrogado otras tantas, por lo que podía saber perfectamente que Séptima era la cabecilla de la operación. Alguien que antes había llevado a cabo interrogatorios. El tipo rechoncho seguramente estaba a cargo de golpear a Caine cuando este no hiciera lo que se le pedía, pero no parecía llevar ningún arma especial. En cuanto al gigante Dévadas, tanto su enorme cuerpo como su postura eran armas por sí solas, por lo que resultaba obvio que se sentía avergonzado de que Caine se le hubiera escurrido de las manos.

El chico observó a Séptima, aunque sin las gafas apenas podía reconocer sus rasgos.

—¿Qué es lo que queréis de mí?

—La chica muerta… —comenzó el interrogatorio ella, sin responder a la pregunta—. ¿Qué relación tienes con Fienna?

—Somos amigos.

—¿Pareja?

—No —respondió Caine, ante lo que Séptima levantó las cejas con asombro.

—¿Por qué te dirigías al embarcadero?

—Muchos van y vienen de allí, ¿por qué solo me buscáis a mí?

Séptima apoyó el dedo índice en la frente de Caine. Su yema estaba fría.

—Nosotros hacemos las preguntas. ¿Qué querías hacer en casa de Gladis?

—¿No escuchaste todo en la taberna de Lukan? —preguntó Caine, y la mujer apartó el dedo de su frente mientras asentía en señal de aprobación.

—Tenemos en marcha una investigación interna acerca de Gladis.

—¿Por qué?

—Traición. Hay sospechas de que se está comunicando con insurrectos de los reinos vasallos. Si vas a su casa y sucede algo, solo nos pones el trabajo más difícil. Por eso ahora estás aquí, para evitar que crees más problemas.

Aquella respuesta no planteaba sino más preguntas. No era casualidad que ella hubiera estado en la taberna la noche anterior, pero tampoco era posible que sospechara de él en ese momento, cuando todavía no sabía nada acerca de Gladis.

—¿También estáis investigando a Lukan?

Séptima volvió a posar el dedo sobre la frente de Caine.

—Llegaste a la capital hace unos doce años, ¿verdad? ¿Cuántos tenías? ¿Doce, trece? Entonces acababa de desatarse la rebelión de Arland. ¿Huiste porque tus padres estaban involucrados? —Caine no respondió—. Por mucho que no quieras contestar, podemos averiguarlo todo en las oficinas de la prefectura. No queremos alarmar al prefecto de forma innecesaria por estas nimiedades. Por esa razón preferimos preguntarte a ti. No querrás quedarte encerrado en este lugar mientras enviamos algunas cartas a Arland para descubrir la verdad, ¿no?

—¿El prefecto también está siendo investigado?

—¿Qué prefecto no lo está? —comentó el gordinflón.

—No pasa nada, está bien —lo interrumpió Séptima, alzando el brazo—. Hace ya mucho de eso. En ese momento este chico era solo un niño y ya se capturaron a todos los líderes de la rebelión.

El tipo hizo un puchero y regresó a su lugar, detrás de Caine.

—Por supuesto —continuó Séptima—, la historia cambia si es que estás envuelto en algún otro tipo de actividad que traicione al Imperio. Ya que acabó con tu familia, querrás vengarte del prefecto de Arland, me imagino.

Séptima estaba tratando de asustarlo, el paso preparatorio para el interrogatorio real. Si de verdad sospechara de Caine, la situación se estaría desarrollando de una manera totalmente diferente.

—Puedes parar con la charlita de mis padres o de rebeliones y traición. Tú misma dijiste que yo era solo un niño y seguramente estés al tanto de que no trato con otros arlaníes. Tengo cosas que hacer, así que mejor cortad con el protocolo del Servicio Secreto y decidme por qué estoy realmente aquí.

Séptima dejó escapar una risa seca.

—Esta mañana escuché en la plaza que eres bastante famoso, que tienes muy buenas habilidades. Incluso dicen que ayudaste a la patrulla del barrio en alguna ocasión.

—A veces —dijo Caine, encogiendo los hombros tanto como le permitía la cuerda que lo mantenía atado—. Tengo buena vista y oído. Aunque, hablando de vista, espero que tengas cuidado con eso.

Séptima lanzó una risita y volvió a juguetear con las patillas de las gafas de Caine.

—Parece que sin esto no ves tres en un burro. Pero no son tan baratas como para que granujas de la calle puedan comprarlas, por mucho que trabajen en una tienda de aceite con tantas ganancias. ¿Cómo las conseguiste?

—Ya sabes que algunas veces hago encargos por el barrio —dijo Caine, humedeciéndose los labios—. El vidriero me lo dio como obsequio por ayudarlo.

Séptima enarcó las cejas.

—¿Y qué es lo que hiciste por él?

—Unos pandilleros tenían a su hijo y pedían un rescate por él. La patrulla no le prestó la más mínima atención, pero yo sí.

—Eres todo un detective. —Séptima abrió las patillas y dibujó una leve sonrisa en su rostro—. Siempre estás dispuesto a solucionar problemas, ¿no es así? En eso nos parecemos. Sabes muy bien cómo hacer tu trabajo.

—Bueno, hago lo que puedo —dijo Caine, con una sonrisa orgullosa.

La mujer se agachó y, de pronto, acercó su cara a él. Caine no sabía cómo interpretar su expresión y se quedó paralizado. Séptima le puso las gafas con cuidado. Ahora que veía claramente se tranquilizó un poco, pero vio que en los ojos de ella afloraba la preocupación.

—Si es así, ¿por qué estás tan empecinado en ir a esa casa? Ya deberías saber cómo va a terminar la historia. ¿Tanto significaba para ti la chica que estás siendo así de descuidado? —dijo ella con un tono de voz cada vez más suave—. ¿Quieres que te muestre cómo habrías acabado si no te hubiéramos detenido? Esa casa es un nido de serpientes. No se contentan con asaltarte en la calle. Incluso dos de nuestros informantes están ahora en paradero desconocido.

—El Servicio Secreto tendría que haberlos entrenado mejor.

—Serás… —dijo el gordo agarrando a Caine por el cuello.

Dévadas también se separó de la pared y se irguió dispuesto a pelear, pero Séptima les paró los pies de nuevo. Sin embargo, entre tanto, Caine se dio cuenta de que el gordinflón no estaba apretando demasiado. A pesar de lo que parecía, el tipo era un profesional en lo suyo y sabía actuar muy bien. Lo extraño era que no había dicho su nombre en ningún momento y ni siquiera Séptima lo había usado. Si le preguntaba, ¿daría su nombre verdadero o uno falso? El tipo por fin le soltó y Séptima continuó:

—¡Ja!… Te crees diferente, ¿es eso? Lo sabes todo, nada escapa a tus ojos y tus oídos. Al menos eso es lo que dicen en la patrulla. Parece que tienes bastante confianza con los oficiales. Incluso te mostraron el cadáver de la chica —Caine no contestó—. Entonces, también sabrás que el funeral es mañana.

Caine sintió como si lo hubieran golpeado en la cabeza. No había pensado en el funeral. ¿Quién se haría cargo de pagarlo? ¿Asistiría alguien? Le avergonzaba no haberse parado a contemplar ese aspecto. Agachó la cabeza y la sacudió con incredulidad y abatimiento.

—Te daré un consejo —comentó Séptima.

—¿Cuál? —preguntó Caine, levantando la cabeza.

—No es fácil investigar a Gladis, nos han puesto muchas trabas porque tiene conexiones en el Senado Imperial.

Lukan también mencionó los rumores sobre aquello la noche anterior.

—Por eso tenemos muchas restricciones. No les hace gracia que el Servicio Secreto esté metiendo las narices —continuó Séptima, saciando sus dudas—. Si tratamos de hacer algo, nos lo impiden desde arriba. Así que nos vemos en la necesidad de recurrir a alguien ajeno a la organización.

Caine podía adivinar hacia dónde se dirigía la conversación y rápidamente calculó que a él podría serle útil para investigar la muerte de Fienna.

—Te hemos traído aquí para comprobar que no tienes intenciones ocultas —prosiguió ella—. ¿Quieres atrapar al asesino? Si lo que buscas es venganza, trabajemos juntos. Tanto tú como nosotros tenemos el mismo objetivo.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó Caine, después de valorar la idea unos instantes.

Séptima se rio entrecerrando sus ojos grises.

—Gladis le estaba prestando dinero a Fienna. Eso también lo sabemos nosotros, pero desconocemos la razón. Ahí es donde entras tú.

Era la primera vez que lo escuchaba. Que él supiera, Fienna no recibía ningún otro tipo de ingreso aparte del salario de la tienda de tinturas. Incluso le había pedido dinero prestado a él recientemente. Si realmente estuviera recibiendo dinero de alguien tan pudiente, ¿qué necesidad tenía de pedírselo a él?

—Te daré una pista. Si Gladis la mató, enviará a alguien al funeral a tantear la situación. Descubre quién es esa persona.

—Ellos saben quién soy —replicó Caine.

—También saben quiénes somos nosotros. Nos han visto las caras mucho más de lo que te la hayan podido ver a ti. Piénsalo, ¿no sería aún más extraño que tú no asistieras al funeral?

Séptima trataba de obligarlo a ir recalcando con sutileza que se había olvidado del evento. Caine asintió.

—Haré lo que me pides si primero me respondes a algo.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué hacías anoche en la taberna de Lukan?

Séptima observó al gigante y al gordinflón buscando apoyo, pero ambos se encogieron de hombros.

—Ese es otro asunto —explicó la mujer—. Hace un mes, la legión de Arland fue atacada. Quemaron varios puestos de vigilancia y mataron a más de una decena de soldados. No es algo tan extraño, puesto que siempre hay rebeldes en cualquier parte. Lo raro es que también mataron a cinco soldados que vinieron a sustituirlos en la frontera con Kamori. Soldados que usaban armaduras alimentadas con un generador mágico, que ahora ha desaparecido.

—Los estúpidos del Tribunal —carcajeó el rechoncho—. Seguro que están todos como pollo sin cabeza. ¿Cómo puede haber desaparecido un generador? ¡Ja, ja, ja! ¡Les está bien merecido!

—Los generadores no entran en nuestra jurisdicción —continuó Séptima —, pero los insurrectos sí.

—Entonces, ¿estáis vigilando a los arlaníes de la capital?

—No tenemos hombres suficientes para vigilarlos a todos. Simplemente estamos echando un vistazo. Alguno podría alterarse de pronto y actuar de forma temeraria. Y, como se trata del territorio vecino de Kamori, puede que tenga relación con nuestra investigación sobre Gladis. Hay pocas probabilidades, pero aún debemos investigarlo. Es posible que incluso Fienna estuviera involucrada.

A Caine se le aceleró el pulso. Era la primera vez que Séptima mentía. No se ahorró ningún detalle de lo sucedido en Arland y habló de ello como si no tuviera importancia, y también se refirió a la muerte de Fienna como un suceso fortuito y secundario, pero no era lo que realmente pensaba. Él no sabía qué había sucedido en Arland, pero podía adivinar por instinto que si Séptima le ponía tanta atención al asunto era porque tenía que ver con Gladis, su objetivo. Este era el punto principal de todo lo que había escuchado hoy.

La mujer le echó una mirada al gordinflón y este comenzó a desatar la soga de las muñecas de Caine, quien se quedó observando la situación. No pudo notar señales de sospecha en ninguno de los rostros de sus captores, pero sería mejor demostrarles lo buen detective que era.

—Mis servicios no salen gratis. Acabo de perder mi trabajo por vuestra culpa y tampoco tengo ya un lugar donde vivir…

—Eso te lo buscaste tú mismo —se rio el regordete.

Séptima sacó un pequeño saco de su manga y lo dejó sobre el regazo del joven.

—Si nos ayudas, podemos hacer que recuperes tu trabajo en la aceitería. De ser tan bueno como dicen por ahí, podrías seguir trabajando con nosotros en el futuro. El Servicio Secreto no hace distinciones entre habitantes del Imperio y de los reinos vasallos, siempre y cuando seas bueno en lo tuyo.

La mirada de Séptima se posó por un momento en el gigante de piel morena. Caine asintió, guardándose el dinero en la chaqueta. Se levantó y se frotó las muñecas irritadas por la cuerda mientras pasaba junto a Dévadas para salir del sótano.

—Vuelve aquí mañana a medianoche —dijo Séptima a su espalda.

El agobio que Caine había sentido en la tienda de aceite volvió a apoderarse de él de nuevo.

8
Arienne

—Ahora tenemos que ir al Senado del Imperio.

Eldred se había mantenido en silencio después de que Arienne huyera de la Academia, pero comenzó a hablar cuando la joven se encontró atrapada entre la multitud del mercado, a primera hora de la mañana. La noche anterior se la había pasado recorriendo el norte de la capital, donde se encontraba la escuela. Estaba muerta de frío y agotada. La tienda de Lukan abría sus puertas de noche, así que Arienne planeaba pasar la mañana en el mercado, entre los comerciantes y los clientes, para luego esconderse en el callejón al atardecer e ir a buscar a Lukan justo antes de que cerrara la taberna.

—¿Para qué quieres ir al Senado? —preguntó Arienne en voz baja, puesto que Eldred no podía escuchar sus pensamientos.

El mercado era lo suficientemente escandaloso como para que nadie la oyera, pero aún así le preocupaba que pudieran hacerlo.

—Sabes qué es el Circuito del Destino, ¿no?

Según lo que había aprendido Arienne, se trataba de un aparato que se obtenía uniendo varios generadores y que se usaba para hacer profecías. Era uno de los tesoros del Imperio. Los profesores de la Academia seguramente habrían participado en su desarrollo y puesta a punto, pero nunca supo nada más allá de que existía. Decían que estaba en el sótano del Senado, y también que estaba en el del Tribunal. Aunque otros dudaban de su existencia.

—Claro que lo sé —respondió la joven—. Entonces realmente existe.

—Tengo algo que hacer allí.

A la joven le enfureció esa situación. Eldred le había prometido que la liberaría de su destino y que le enseñaría magia de verdad si lo ayudaba a escapar, pero no era algo que pudiera suceder de la noche a la mañana. Primero necesitaba encontrar un lugar seguro. Si la atrapaban, a sus dieciséis años Arienne sería ejecutada y encerrada en un ataúd de plomo para convertirse en un generador. Tenía que huir como fuera. Pero, incluso en ese momento tan crítico, Eldred solo pensaba en sí mismo.

—Primero tengo que ponerme a salvo. Si no tengo cuidado, tanto tú como yo seremos atrapados, así que tengo que escapar de la capital. Lo mejor sería huir fuera del territorio —explicó Arienne, pero realmente no tenía ni idea de dónde debía ir.

—¿Acaso no eres maga? Debería ser moco de pavo para ti. Puedes huir después de que pasemos por el Senado. No será tarde. Los metamorfistas de Faidi pueden transformarse en un pájaro y salir volando; los ángeles de la muerte de Tiops pueden convertirse en sombras; los geomantes de Kaisa pueden saltar de reino en reino como si movieran fichas en un mapa. Y los Amrit de Varata son tan fuertes que un cuchillo no les hace mella. Tú eres joven, pero seguro que tienes algún talento.

Arienne no contestó. Había aprendido los nombres de los reinos vasallos en clase de geografía, pero no le resultaba familiar ninguna de las antiguas magias de las que hablaba. Parecían historias sacadas de un libro.

—¿Todavía no sabes ningún encantamiento poderoso? Entonces, no te queda otra que huir asesinando a tus enemigos. Pero seguro que alguna cosa sí podrás hacer, ¿no?

—Puedo encender luces.

—¡Jo, jo! ¡Las grandes habilidades pirotécnicas de Parovia! Es algo trillado, pero igual de útil.

—No, no, puedo encender la luz. Velas, por ejemplo.

—¿Y qué más? —preguntó Eldred, con un tono lleno de dudas.

—También puedo hacer que las personas duerman más profundamente. Eso es todo. Además de lo que me enseñaste, claro.

Eldred levantó la cabeza de golpe en la habitación mental de Arienne, envuelto aún en sus vendajes.

—Pero ¿qué se supone que has aprendido en seis años de escuela? Por mucho que hayas suspendido tres, es demasiada poca cosa…

Arienne no podía responderle. La Escuela de Magia de la Academia Imperial era un simple almacén de cuerpos y mentes de aquellos que una vez muertos servirían como generadores, por lo que nunca había practicado nada diferente de los ejercicios que indicaban los profesores. También había adquirido conocimientos básicos sobre la producción, la gestión y el ajuste de los generadores. Pero nada más. La Academia no tenía razón alguna para enseñarles nada que pudiera serles útil en una pelea o una huida.

Tras un breve silencio, Eldred reanudó la conversación:

—Sabes crear esta habitación y que no desaparezca, por lo que está claro que tienes talento. No sé si serás una maga asombrosa, pero ya eres mejor que la mayoría. Si no aprendiste nada útil, yo me encargaré de enseñarte. Nos ayudará en nuestra tarea.

Un generador que no debería tener voluntad ni pensamientos le estaba ofreciendo enseñarle hechizos… No parecía real, pero era verdad que uno sí había aprendido. ¿Acaso Eldred tenía recuerdos de su vida? ¿Era eso posible? ¿Cuánto recordaría? Los detalles más básicos del generador estaban inscritos en el ataúd, pero Arienne no pudo prestar atención por tener que huir de forma apresurada. Se arrepentía de no haberle echado un vistazo.

—Si te enseño un encantamiento, ¿sabrás usarlo? —preguntó él, justo cuando pasaba un transeúnte junto a la joven.

—Por supuesto que sabré —respondió ella, en una voz tan baja como le fue posible.

—De todas formas, para servirme de ayuda, tienes que aprender más —dijo Eldred, tras lo que agachó la cabeza y se quedó

en silencio.

Arienne se acordó del cadáver con el cuello roto tirado en el sótano del edificio principal, al final de la escalera de caracol. Ese había sido quien no le había servido de ayuda hace cinco años. Le vino de pronto a la memoria un escándalo que hubo en su primer curso sobre un mago fugitivo, pero no conseguía recordar su nombre.

¿Qué querría saber Eldred del Circuito del Destino? Se lo imaginó envuelto en sus vendas de pie en una habitación blanca con decenas de ataúdes —realmente no había visto nunca la sala del Circuito ni sabía cómo era—. Una persona vestida como un camarero de una tetería le acercaba una nota de papel en una bandeja de plata. Era una imagen tan poco adecuada a la situación que resultaba incluso cómica.

—Aquí tiene la profecía que ordenó —decía el empleado, haciendo una leve reverencia.

Eldred asentía y leía lo que estaba escrito en el papel. Sus vendajes comenzaban a aflojarse y debajo aparecía un cuerpo flacucho y reseco, que parecía muy débil, como si fuera a desmoronarse en cuanto lo tocaran. Arienne estaba a su lado observando la escena. Eldred terminaba de leer la profecía y sonreía satisfecho, entonces le comunicaba a Arienne:

—Ahora ya puedo vengarme.

Ella se asombró de su propia imaginación. ¿Por qué había pensado en venganza? Justo en ese momento escuchó colarse unos gritos conocidos entre el ruido del mercado, desde la otra punta de la plaza.

—¡Arienne! ¡Arienne! —gritaba Duffel conserje, acercándose entre la multitud.

Detrás de él había varias personas vestidas con la túnica del colegio. Cuando ella vio aquello, se dio cuenta de que todavía llevaba el uniforme de la Academia. Dentro de la escuela era completamente normal, pero en un lugar así, alguien que vistiera una túnica como esa llamaría la atención. Ella no pensó que fueran a

descubrirla tan rápido. Sin embargo, visto que eran Duffy varios alumnos los que vinieron en su busca, parecía que no habían alertado al Tribunal de la Verdad. Seguramente la escuela no querría meterse en líos. Si la atrapaban ahora, se la llevarían de vuelta a rastras, le echarían un sermón y la castigarían en su cuarto dos meses, pero nada más allá. Esa idea la tentó. Seguro que era mejor estar en una habitación cálida con el pretexto de reflexionar sobre sus actos que continuar en su situación actual, agotada y temblando de frío. Pero ya no podía volver allí. No podía seguir viviendo como un cadáver en vida. Tampoco quería acabar vendada y encerrada en un ataúd de plomo. Para eso, sería más fácil echarse aceite encima, prenderse fuego y convertirse en cenizas. Sería una muerte mucho más rápida y cálida.

Arienne cerró los ojos con fuerza mientras pensaba en ello. Un instante después, se giró en la dirección contraria y echó a correr entre el tumulto con todas sus fuerzas. Duffse abría camino empujando a la gente del mercado con su enorme cuerpo, y los estudiantes lo seguían. El lugar se llenó de los insultos de los comerciantes.

—Con lo buena estudiante que es, ¿por qué haría esto? —se preguntaba el conserje, casi sin aliento.

Su voz sonaba cada vez más cerca. De pronto, Arienne sintió que algo tiraba de su ropa y la rasgaba. Al girarse, vio que se había enganchado la túnica en un carro.

—¡Arienne, detente! Hablemos un momento.

Antes de que Duffpudiera terminar la frase, brilló una luz violácea y las cajas de fruta apiladas frente a la joven cayeron al suelo. La dueña de la verdulería se asustó y retrocedió unos pasos. Arienne saltó la montaña de manzanas dispuesta a seguir su camino. El conserje apartó a la dueña con la mano y trató de saltar la montaña, pero justo pisó una manzana que estaba rodando, perdió el equilibrio y se tambaleó.

—¡Niño tonto! ¿Tratabas de atraparla a ella o a mí? —gritó Duff.

El artífice de ese encantamiento debía de haber sido Titus, de cuarto curso. Siempre presumía de saber hechizos de lucha, pero lo que realmente podía hacer no pasaba de romper las patas de una silla o aplastar un cuenco de madera. Cuando Arienne sacó eso a colación, Titus insistió en que podía romper la rueda de un carro en marcha y matarlos a todos. Dufftenía sobrepeso —debido al consumo de alcohol— y su cara estaba sonrojándose por el esfuerzo, pero la distancia entre ellos se acortaba cada vez más. Arienne corría tan rápido como podía, sin mirar atrás.

—¿Por qué corres como cualquier humano? ¡Eres una maga! Actúa como tal —dijo Eldred molesto.

—¡Hazlo tú si puedes! —le gritó ella, sin rendirse en su carrera.

Detrás de la joven se escuchó un ruido estrepitoso y algo volvió a tirar de su ropa. Se giró hacia atrás apenas manteniendo el equilibrio. Duffhabía caído al suelo, pero agarraba la túnica de Arienne. Los ejercicios físicos que aprendían en la Academia no servían para correr más rápido, así que todos los alumnos venían caminando pesadamente y sin aliento aún a una gran distancia. Duffmiró a la joven con enfado, le mostró los dientes y respiró hondo.

—Esta mocosa… ¿A quién pretendes matar huyendo así?

El conserje trató de levantarse, pero volvió a caer. La joven se zafó dándose la vuelta de golpe y golpeando la cabeza del hombre, pero también estuvo a punto de resbalar. Duffgimió por el golpe sin soltar la túnica —esa misma que normalmente Arienne se ponía y quitaba con tanta facilidad—,que ahora, por la fuerza con la que Dufftiraba de ella, la ahogaba como un lazo al cuello. Los alumnos rezagados vieron lo que pasaba y echaron a correr de nuevo.

—Puedes hacerlo, joven —dijo Eldred de nuevo—. Rasga la ropa y echa a correr. Incluso tú tienes poder suficiente para ello.

Arienne podía notar el aliento agitado de Duffen su tobillo mientras todas las miradas de los comerciantes se posaban sobre ellos. La joven creó una imagen mental de esa túnica, que había llevado durante seis años. Se imaginó que estaba cosida con un solo

hilo y recitó unas palabras que ni conocía ni había usado nunca. Sintió la energía salir desde la punta de su lengua y un cuchillo invisible cortó el hilo en su imaginación. La parte delantera de la túnica se rasgó como la piel de una cigarra y cayó al suelo. Lo único que llevaba debajo era una ropa fina de lino gris. Casi como si hubiera perdido toda su fuerza, Duffapretó la túnica rota entre sus manos y suspiró desalentado. Arienne había reanudado la carrera hacia el laberíntico callejón.

Tras haber logrado huir de la persecución, se había escondido en la esquina de un callejón y estaba esperando a que el bar de Lukan se vaciara. Aunque había hecho bien en deshacerse de la túnica, la ropa que llevaba debajo era muy fina y tenía frío. Le daba miedo levantar sospechas incluso por entrar a un restaurante, por lo que llevaba casi un día sin probar bocado ni haber dormido. Tan solo daba vueltas por el callejón medio desnuda, con su ropa y sus chanclas sucias. Ni siquiera había llegado a pensar que los clientes saldrían de la taberna por ese camino al caer la noche y, por supuesto, que otros también se dirigirían al lugar por ahí. Todos la miraban de arriba a abajo y seguían su camino. Dentro de poco, se volvería la comidilla de todos que una chica fuera de sus cabales estaba medio desnuda en la esquina del callejón. Arienne se echó en cara el error tan estúpido que había cometido.

Seguramente en la Academia habían desistido de arreglar la situación por las buenas e incluso era posible que hubieran contactado al Tribunal de la Verdad. Si se habían dado cuenta de que había desaparecido el generador en reposo, era obvio que sospecharían de ella. Ahora quizás la estaban buscando los inquisidores. Se imaginó a sí misma atada a un andamio siendo torturada. El andamio tenía forma de cruz y el agente llevaba un pañuelo negro en la cabeza, además del tipo de tenazas que se usa para recoger la basura del suelo. Trató de imaginar qué preguntaría o qué respuestas debería dar ella, pero no se le ocurría ninguna.

Realmente no sabía nada relacionado con esa situación que ella misma había creado.

El Tribunal no veía a los magos con buenos ojos. Una vez muertos, se convertían en generadores indispensables para el desarrollo y la prosperidad del Imperio; pero, en vida, eran un factor de inquietud, pues poseían un poder peligroso que debía estar bajo control. En la Academia, el Tribunal era como un fantasma que capturaba a las personas sin que nadie lo supiera, y nunca regresaban. Arienne no conocía a un solo mago que hubiera sido capturado y absuelto, lo que aún le provocaba ideas más descabelladas.

Para tratar de deshacerse de los pensamientos sobre la tortura y los inquisidores, se centró en la habitación de su imaginación. Entró y cerró la puerta. Su conciencia podía sentir calidez dentro del cuarto, pero el frío del plano real no disminuyó ni un ápice, lo que le provocó una sensación extraña. Eldred seguía en la misma posición: sentado sobre la cama con la cabeza gacha y la espalda encorvada. Arienne se acercó a la cajonera que su madre le había hecho y tomó uno de los libros colocados sobre ella. Era una novela de aventuras que leía cuando era muy pequeña. Aunque no recordaba el nombre del protagonista, el interior del libro estaba lleno de letras. Volvió a colocarlo en su lugar y se dio una vuelta por la estancia. De pronto vio un libro con la cubierta de piel ya amarillenta junto a Eldred. Se acercó a la cama y lo cogió. En la portada pudo leer: *El mago de Mersia*. Si trataba sobre Mersia, sería una historia sobre el reino vasallo que había declarado su independencia, justo antes de ser destruido por una potente arma mágica del Ejército. Tras el incidente esa arma pasó a ser conocida como «Estrella de Mersia». Cien años después, ni Arienne ni nadie sabían los detalles, tan solo era una leyenda conocida por todos. ¿Tenía ese libro en su casa? Bajo el título había un subtítulo, pero le resultaba difícil leerlo porque la tinta dorada con la que habían estampado las letras estaba pelada; Arienne puso atención para tratar de leer lo que ponía.

Justo en ese momento, algo tocó su hombro en el plano real. La joven estuvo a punto de saltar del susto. Junto a ella, en el callejón oscuro había un joven de unos veinte años, con cabello castaño y gafas. Después de salir de la escuela no había visto a una sola persona que usara un accesorio así. El chico tenía una enorme herida en la barbilla y su expresión era seria y sombría, pero sus ojos brillaban llenos de curiosidad.

—Disculpa… —dijo él.

—Te equivocas de persona. ¡Vete, shu! —lo espantó ella, sin siquiera darle tiempo a hablar.

El muchacho la miró como si acabara de encontrar un pájaro extraño y dijo algo que ella no se esperaba. El contenido de sus palabras no era lo importante, sino el hecho de que usó una lengua que Arienne no escuchaba desde hacía varios años.

—*Tlie arlishie?* —respondió la joven también en arlaní.

—*Yere* —dijo él.

Arienne se fijó de pronto en el tatuaje de su cuello. Como no llevaba la túnica de la Academia, el suyo también podía verse.

—*Aidi, mia Caine* —dijo Caine, tornando su expresión seria en una sonrisa.

—*Aidi, mia Arienne*.

La joven se olvidó de pronto del viento frío que soplaba en el callejón y también de que debía mantener su nombre en secreto.

—*Tli bidan*.

El joven llamado Caine levantó un dedo y sacó una bolsa de su abrigo para dársela a Arienne. A continuación, le explicó algo, largo y tendido, en arlaní. Arienne no usaba su idioma materno desde que había llegado a la capital y Caine hablaba rápido y con omisiones —como una persona de ciudad—, por lo que Arienne se sintió intimidada y no fue capaz de responder. Sin embargo, cuanto más hablaba el chico, más se le iluminaba la cara. La bolsa que le había dado estaba caliente y al abrirla se escapó el olor a aceite de oliva y pan.

—*Tandas* —dijo Arienne con la bolsa entre sus manos.

—*Ni yere*.

Caine le dio dos palmaditas simpáticas en el hombro a la joven y se dirigió a la taberna de Lukan. Ella le pegó un bocado al pan aceitoso. Estaba segura de que ese tal Caine le contaría a Lukan lo que acababa de ver e incluso podría decirle su nombre. Entonces, él saldría a buscarla. Ahora ya no tenía sentido esperar a que llegara la hora del cierre. La joven dio la vuelta a la esquina y entró en la taberna iluminada.

Cuando cruzó el umbral de la puerta, todas las miradas se dirigieron hacia ella. La mitad de los clientes eran esos mismos que habían pasado a su lado en la calle. Todos la miraban con desprecio, aunque vestidos con ropas sucias que, con todo, parecían más decentes que las de Arienne. Ella se puso roja de la vergüenza. Caine la observaba desde la barra. Ella se sentó junto a él y sintió cómo las miradas cesaban por fin. El pequeño establecimiento estaba lleno de una ligera nube de vapor con olor a verduras. La boca se le hizo agua. Lukan había dejado de limpiar la barra y observaba a la joven. Estaba igual que hace seis años, con una barba rojiza y trenzada, al igual que el cabello, adornado con hilo azul.

—¿La conoces? —preguntó Lukan.

—Desde hace un rato. Se llama Arienne y también es de Arland —dijo Caine, mientras le dirigía una mirada a la joven a modo de saludo—. Tiene frío y parece hambrienta. Dale algo de comer, anda.

Lukan se rascó la barba y se quedó mirando al muchacho, que se dio una palmada en el pecho, haciendo tintinear las monedas de su abrigo.

—No me había dado cuenta que llevabas un *thlarán* —le dijo Lukan a la joven con una sonrisa—. Parece que realmente eres compatriota. Es curioso porque una de mis sobrinas también se llama como tú, ¿sabes? Hace tiempo que no la veo, y debe de tener más o menos tu edad y estudia en…

De pronto le desapareció la sonrisa del rostro. Se encaró a la barra y escudriñó el tatuaje de Arienne, mientras sus ojos se agrandaban atemorizados. Se agachó y dijo entre susurros:

—¿Qué haces aquí?

Se notaba el miedo en su tono de voz.

—He huido de la escuela —murmuró Arienne, imitándolo—. Te lo explicaré todo más tarde, ahora no podemos atraer la mirada de las otras personas.

La agitación no desapareció del rostro de Lukan. Caine se quedó mirándolos, dándose cuenta de que algo no iba bien. Lukan suavizó su expresión y fue a por algo de sopa aguada que sacó de un caldero con un cucharón sucio. Casi no tenía ingredientes. Arienne tampoco dijo palabra y se bebió el caldo caliente con el cuenco entre sus manos. Por fin recuperó algo de calor. Vio una manta gris y vieja con varias quemaduras de vela sobre una silla. La cogió y se cubrió con ella, como una náufraga que acaba de ser rescatada del agua.

El tiempo fue pasando y los clientes se marcharon uno a uno. Arienne se percató de que Caine observaba a cada persona que salía por la puerta. Lukan trató de pedirle con la mirada que se marchara, pero él le dijo que no. Cuando se quedaron solos los tres, Lukan cerró la puerta y echó el cerrojo. Apagó todas las velas y lámparas menos una.

—¿Ha venido alguien a buscarme aquí? —preguntó Arienne, antes de que su tío pudiera pronunciar palabra.

—Hoy no vinieron —suspiró Lukan—, pero seguro que lo harán mañana. Tanto tú como yo, ahora somos carne de Tribunal. Su sótano tiene nuestro nombre grabado en la puerta. No puedo creer que mi sobrina que vive a mil millas de su casa sea una maga en búsqueda y captura.

Caine tan solo miró a Arienne una vez, pero no mostró un ápice de sorpresa. Lukan rebuscó entre el estante de botellas y sacó una con la que llenó un vaso que se bebió de un trago. Arienne, con cautela, trató de pedirle el favor que necesitaba:

—Voy a irme de la capital. Necesito que me escondas unos días, por favor. Tengo dinero, así que solo te pediré que me compres algo de ropa y que me ayudes a preparar el viaje…

—¿Acaso no tienes vergüenza? Ni siquiera te he visto el pelo durante seis años, ¡y tienes la cara de venir aquí a pedirme un favor después de la que has armado! —gritó Lukan.

Arienne se asustó y se agarró con fuerza a la manta con la que se cubría.

—Lukan, no hables tan alto —dijo Caine, que de pronto se encontraba con una oreja pegada a la puerta.

—¿Hay alguien? —preguntó la joven, escondida entre la manta.

Caine negó con la cabeza.

—No parece que haya nadie. Pero, si sigue gritando así, lo escucharán hasta en la cima del Tribunal… seguro.

Lukan suspiró, contrariado, y guardó silencio. La situación estaba fuera de control. Arienne solo había planeado pedirle el favor a Lukan, darle algo de dinero, conseguir ropa nueva y salir de la ciudad de madrugada. No sabía que la tratarían de loca por estar temblando de frío en el callejón, ni que acabaría metiendo en todo ese embrollo a alguien que ni siquiera conocía. Se sentía patética y estaba enfadada con Eldred. No podía fiarse de Caine. La había tratado bien y se había mostrado amable con ella, dándole pan por lástima, como se le da unas monedas a un vagabundo de la calle. Aun así, parecía alguien honesto. No trató de culpar a Arienne por su situación ni mostró sorpresa o molestia. Solo intentaba impedir que alguien los escuchara a hurtadillas. Arienne volvió a mirar al joven. En ese momento parecía mayor que cuando lo había visto en el callejón. Conocía muy bien a los chicos como él. No es que los hubiera visto en persona, pero había leído historias con ese tipo de protagonistas, que se endurecían por haber vivido en las tormentosas calles y que se volvían más maduros de lo que correspondía a su edad. Tras las gafas, sus ojos agotados y oscuros también coincidían con la imagen de ese personaje.

—Deberías aprovecharte del muchacho —dijo Eldred de pronto, y Arienne se asustó.

Habían pasado tantas cosas que se había olvidado de que tenía un generador escondido dentro de su cabeza. Abrió la puerta de la habitación y encontró a Eldred de pie, mirándola fijamente.

—Pídele que te ayude. El dueño de este bar será tu tío, pero solo se preocupa de sí mismo. Será una suerte si no te delata.

La taberna estaba sumida en el silencio y solo quedaban ellos tres, por lo que Arienne no pudo responder. Caine se encontraba fisgoneando por cada ventana. Tras comprobar todas, se giró y asintió hacia ellos. Lukan volvió a servirse otro trago.

—Es sangre de tu sangre… —dijo Caine, acercándose al barbudo.

—Dices eso porque no tienes familia —respondió Lukan—. Mira lo que me pasa a mí por tenerla.

—Yo podría ayudarte si lo necesitas —se ofreció Caine, girándose hacia la joven.

Arienne vaciló. Su ayuda se sentía como una repentina lluvia en medio de la sequía. Contempló sus opciones un instante y respondió:

—Solo necesitaría un lugar donde quedarme temporalmente, ropa nueva y que me ayudes a preparar mi partida.

—Puedo comprar todo mañana. Tengo algo que hacer durante el día, así que regresaré por la noche; pero, como vas a marcharte de madrugada, no habrá problema. También conozco un lugar donde podrías quedarte hasta entonces.

—Míralo cómo se ofrece él solito —dijo Eldred—. No sabemos qué pensará mañana, así que será mejor que lo mates en cuanto consigas lo que necesitas. Yo te enseñaré el hechizo.

A Arienne le enfureció que solo dijera palabras crueles. En la Academia le prometió tantas cosas y la llenó de esperanza… ¿Qué pasaría si no podía aprender lo que él le enseñara? ¿Y si sí aprendía a usar esa magia? ¿De qué sería capaz el generador que habitaba en su cabeza? No era el momento de preocuparse por eso. Primero

debía huir de la capital. Arienne asintió a lo que le ofreció Caine y le dio las gracias. Él se encogió de hombros. Lukan fue a beber de su vaso de licor, pero se detuvo de pronto.

—Ella me pidió ayuda porque soy familia suya, pero ¿por qué te implicas tú?

Caine puso los ojos en blanco sin saber bien la razón.

—Pues… no sé. Necesita ayuda y yo puedo ofrecérsela. Yo también estuve en su misma situación cuando llegué aquí por primera vez.

El rostro de Caine adquirió un toque de tristeza y Arienne pensó que realmente era idéntico a los protagonistas de sus libros. ¿Tendría él también un pasado oscuro?

—No voy a denunciarte —dijo Lukan tras beberse todo el licor.

Sacó una caja metálica de debajo de la barra y puso un puñado de monedas de plata de su interior sobre la tabla barnizada.

—Si quieres huir del Tribunal de la Verdad, debes marcharte todo lo lejos que puedas.

¿Cómo de lejos pensaba que podía huir solo con eso? Arienne tomó el dinero rápidamente, pero no se lo agradeció. Lukan carraspeó sin decir nada al respecto. También parecía incómodo.

—Sal por la puerta trasera tras comprobar que no hay nadie. Si alguien del Tribunal viene a preguntarme…

—Si eso pasa —lo cortó Caine— solo diles que vino una mujer conmigo. Hacía tanto que no la veías que no te diste cuenta de quién era.

—¿Quieres que te mencione a ti?

—Tendrás que ser sincero, al menos en eso, o se darán cuenta de que mientes —dijo Caine, y cogió la mano de Arienne—. Sígueme.

Llevó a la joven al fondo de la taberna, abrió la puerta un ápice y observó los alrededores. Arienne también miró fuera. La luz azulada de la farola parpadeó con rapidez en la lejanía. El generador de ese barrio parecía estar envejecido. ¿Podría ser que hubiera un

final para los magos muertos y atrapados en esos ataúdes? La sola idea la reconfortó un poco.

Salió del bar enrollada en la manta. Se había quitado las chanclas por miedo a que hicieran mucho ruido y las llevaba en la mano, pisando el frío suelo descalza. La puerta se cerró tras ellos con suavidad.

9
Loran

Loran echó un vistazo por la enorme habitación, hecha de rocas blancas. El aire era seco y cálido, algo impropio de cuevas subterráneas como esa. Era más pequeña que la del volcán en la que hizo el pacto con el Dragón de Fuego, pero en su interior habían construido muchas habitaciones de diferentes tamaños, como la que Loran observaba en ese momento. Las paredes estaban adornadas con grabados muy antiguos que describían escenas de guerra, de reuniones de los dioses ancestrales o imágenes del pueblo recolectando la cosecha de otoño. En el exterior se escuchaban los pasos apresurados de los soldados.

—Este es el Castillo Subterráneo que erigió Yuteo, el primer rey de Kamori. Por entonces, gobernaba los Tres Reinos, menos el norte de Ledón.

Desde que lo había conocido, Gwaharad había referido a Arland, Kamori y Ledón por su antiguo nombre: los «Tres Reinos»; en lugar de Lontaria, como el Imperio los llamaba. Cuando ella era joven, ese nombre ya se consideraba anticuado, pues las costumbres y la lengua del Imperio habían aparecido mucho tiempo atrás, antes que el Ejército.

A pesar de que las paredes eran de piedra, la voz de Gwaharad no reverberó por la estancia. En el centro había una gran silla hecha de roca, con adornos esculpidos con esmero, pero desgastados por el paso del tiempo. Loran también había escuchado historias sobre el Rey Yuteo, pero se trataba de un personaje de las antiguas leyendas del que ni siquiera se sabía cuándo había existido. Frotó el

reposabrazos derecho de la silla. Estaba tan gastado que era difícil darse cuenta de si tenía algo grabado.

—Después del Rey Yuteo, ningún otro monarca usó este lugar y quedó en el olvido hasta que yo lo encontré de nuevo —explicó Gwaharad.

Loran escuchaba sus palabras en silencio, pues desprendía tal grandiosidad que no parecía pertinente cortar su discurso. Después de ver caer en batalla al último rey de Arland cuando era pequeña, nunca había conocido a otro. Tenía una vaga idea de que era una figura similar al prefecto que pusieron al mando en su lugar, pero más poderosa. Loran había jurado expulsar al Imperio y reinar sobre su tierra, pero realmente no sabía en qué consistía ser reina.

—Dadle una habitación a la princesa —ordenó—. Descanse tanto como desee.

—Su Majestad —intervino Loran—, hay algo que deseo preguntarle.

—Adelante.

—¿Cómo hizo para convertirse en rey?

Gwaharad se rio.

—Simplemente soy el hijo del difunto rey. A pesar de que el pueblo de Kamori está sometido al yugo del Imperio, nosotros todavía respetamos el linaje real. Mi hermana era la sucesora de la corona, por lo que fue llevada a la capital para obligarla a formar parte del Senado y ahora es manipulada como una simple marioneta. A diferencia de ella, yo estoy aquí, peleando por los míos. Tanto la corona como el Castillo Subterráneo me pertenecen, y lucho junto con los soldados que me acompañan, voluntarios y ciudadanos de nuestra tierra. Creo que reúno suficientes requisitos para ser rey, ¿no le parece?

—Su Majestad, disculpe mi atrevimiento, me siento avergonzada. Mi intención no era dudar de su realeza, es solo que…

—¿Solo que…?

—Yo… hice la promesa de convertirme en reina, pero no soy hija de reyes ni mi pueblo me ha elegido como tal ni tampoco tengo un

ejército que luche a mi lado.

—Pero dijo que era la princesa.

Loran se sintió avergonzada y no supo cómo responder. Gwaharad la observó en silencio unos instantes y volvió a tomar la palabra:

—Usted dijo que en su camino aquí hizo un pacto con el Dragón, quien le concedió la espada que lleva, por lo que asumí que la bestia habría comprobado su linaje real. —Gwaharad se quedó mirando la espada que colgaba del cinto de Loran, se pasó la lengua por los labios y prosiguió, con un gesto incómodo—. Después de la llegada del Imperio, consideraba perdido el linaje real de Arland. Como usted se llamó a sí misma princesa, creí que se trataba de algún descendiente perdido del que yo no había oído hablar.

Loran se sintió avergonzada al darse cuenta de que había mentido. Por instinto, se llevó la mano hacia su *thlarán* medio cubierto por el cuello de su chaqueta. El rey se aclaró la garganta y continuó:

—Cuentan que Yuteo, el rey fundador de Kamori, llevó a cabo una guerra para unificar todas las tribus que convivían en los Tres Reinos y que, gracias a su trabajo, se convirtió en rey. Kinedris de Arland, por su parte, hizo una promesa con el Dragón, como usted, en la que juró proteger al reino y así pudo reinar. Quién sabe si antes de ello sería el líder de una tribu o incluso un simple lugareño sin nada de especial, pero ¿quién se atrevería a decir ahora que la sangre azul no corre por sus venas?

Sus palabras eran amables, pero, más que ánimo, desprendían un tono de desprecio. En el rostro de Gwaharad se dibujó una sonrisa forzada.

—Luche contra el Imperio y hágase un nombre —le aconsejó—. Así la gente de Arland también la reconocerá como su reina.

A pesar de la decepción que escondía su discurso, Loran sintió que había encontrado el camino por el que continuar.

—De acuerdo —dijo la mujer, y sonrió a Gwaharad.

—Mis soldados y yo somos kamoríes, pero esta lucha es por los Tres Reinos. Si pelea con nosotros, podrá ganar la reputación que necesita para ser reconocida. Que usted sola fuera capaz de acabar con esos soldados de armaduras alimentadas con un generador… no es fácil de imaginar. Es como si, con usted aquí, el Ejército de Liberación de Kamori hubiera conseguido de pronto mil soldados y diez mil caballos. Me gustaría escuchar la historia de su victoria en detalle durante la cena.

Loran se quedó dándole vueltas a lo que acababa de oír. Al parecer, Gwaharad tenía un ejército formado por las gentes del pueblo que lo apoyaban, además de una fortaleza digna de su nombre. También debía de tener una fuente de ingresos que les había permitido sobrevivir todo este tiempo. Lo único con lo que no contaba era con un territorio que gobernar; pero no le faltaban razones ni motivos para nombrarse rey y luchar contra el Imperio. De pronto sintió ganas de volver a encontrarse con el Dragón de Fuego y acarició la empuñadura de *Urmas*.

—De todas maneras, en lo sucesivo sería mejor no referirme a usted como *princesa* —dijo el rey Gwaharad, y dio una palmada con la que llamó al soldado que esperaba órdenes—. Lleva a Loran a sus aposentos.

El soldado se vio más inquieto que ella al escuchar que la llamaba por su nombre de pila; pero enseguida ocultó su expresión de sorpresa y, tras saludarla con una reverencia, la condujo hasta el lugar indicado.

La habitación que habían preparado para Loran era más amplia de lo que había esperado. Se quitó la armadura de piel chamuscada y hecha harapos con la que había luchado en el Bosque Dehan y, para su sorpresa, la herida de su costado no solo no le molestaba, sino que había cicatrizado, como si fuera una quemadura vieja. Sobre la simple, pero aparentemente cómoda cama, había varias prendas grises preparadas. Era la vestimenta de las mujeres de Kamori, un conjunto de un pantalón de tela fina bajo una falda corta con un

lado abierto. La parte delantera de la falda llevaba grabado un león verde, el emblema kamorí. Encima de la ropa también había un trozo de tela rojo que podría usar como antifaz para el ojo. Justo cuando se disponía a cambiarse, oyó que alguien llamaba a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó con sorpresa.

—Soy Emer, Su Majestad.

—Aguarde un momento.

Loran aún tenía puestos sus pantalones de piel, se cubrió el torso apresuradamente y se ató el antifaz. Abrió la puerta y se encontró con un Emer con el pelo lavado, la barba arreglada y con ropa limpia, completamente diferente al que había conocido en el Bosque Dehan. En el pecho también llevaba el emblema de Kamori. Tan solo las rozaduras de sus muñecas probaban que él era el hombre polvoriento que había sido atado con una soga por los soldados del Ejército Imperial. Emer hizo una gran reverencia y preguntó:

—¿Me permite pasar?

A Loran le pareció algo absurdo que necesitara permiso cuando se trataba de su propia fortaleza y ya tenía la puerta abierta, pero asintió y con un gesto le indicó que pasara. Emer cerró la puerta y volvió a hacerle una reverencia.

—Me acaba de regañar mi hermano el rey por no haber escuchado bien su historia y haberla presentado como princesa.

Loran se ruborizó y agachó la cabeza.

—¡Lo lamento! Es todo por mi culpa, le conté una historia sin fundamento…

—¡No, en absoluto! —dijo Emer, zarandeando las manos, nervioso—. Yo vine a disculparme por la actitud de mi hermano. El Imperio se adueñó del mundo, ¿de qué sirve preguntarse quién es o deja de ser rey y princesa? Ellos lo controlan todo. Ahora solo hay un Senado y prefectos que gobiernan sobre nuestras tierras. Yo… —comenzó a decir, pero se giró a comprobar que la puerta estuviera

bien cerrada. Se acarició la barba y continuó en voz baja—: no le conté al rey su… peculiar cambio, princesa.

Debía referirse al hecho de que le brotaran escamas por el rostro y le brillara el ojo prendido en llamas. Ella les había contado el pacto con el Dragón y de dónde procedía *Urmas*, pero no podía explicar cómo o por qué cambió su aspecto. Lo que había sucedido en el bosque era tan extraordinario que todo el mundo podría estar hablando de ello. Incluso Loran estaría comentándolo si no se tratara de su propia historia.

—El Rey Gwaharad es una persona magnífica, pero también es receloso y está a la defensiva. Será mejor que, por ahora, piense que usted es una guerrera corriente que consiguió una espada especial, princesa. La verdad es que ni siquiera parece que crea su historia al cien por cien… —le confesó—. Yo, Emer, le pido en nombre de mi hermano que, por favor, perdone a mi rey y luche a nuestro lado, como pueblos hermanos, cuando haya recuperado su trono, princesa.

Loran, que realmente no era nadie, pensó que Emer estaba ofreciéndole una cortesía que no merecía.

—El rey no se equivoca en lo que dice. Necesitas unas aptitudes para reinar. Yo ni siquiera soy descendiente de reyes, ¿cómo puedo llamarme princesa? Es normal que diga que no sé de qué hablo.

—¿Por qué dice eso? —dijo Emer, con un suspiro—. Usted recibió una espada del Dragón por el pacto que realizaron, princesa. Es lo mismo que hizo el rey fundador de Arland.

—Pero él también fue elegido por el pueblo. Yo no tengo a nadie de mi tierra que esté de mi lado. Si puedo llamarme reina por tener una espada asombrosa, entonces, ¿no debería ser el Imperio el rey de todos? Ellos tienen miles de armas mucho más potentes alimentadas por los generadores.

Emer sacudió la cabeza con firmeza.

—El pueblo elige a su rey, pero si este no le gusta, lo quita de su trono. Es lo que ha venido sucediendo desde tiempos inmemoriales. Por ello, las personas no son las que eligen a los

reyes, es el destino. El Dragón estuvo atrapado veinte años en el volcán, pero solo usted, princesa Loran, fue capaz de encontrarse con él y salir de allí con vida tras recibir una espada hecha con uno de sus colmillos. Es por eso que no dudo en llamarla princesa y aceptarla como tal.

Loran desconocía de dónde salía tal seguridad y se sintió algo incómoda al escuchar que era su destino.

—De acuerdo —decidió.

Emer volvió a hacer una reverencia y de pronto recordó algo. Le tendió un objeto largo cuidadosamente enrollado en una tela.

—Esto es un regalo para usted. No es algo que le vaya a quedar bien, pero la elegí de la armería lo mejor que pude. Recíbala como una muestra de mi agradecimiento por el coraje que mostró en el Bosque Dehan.

Loran recogió el objeto con ambas manos. Buscó el permiso de Emer con la mirada y lo desenvolvió. Se trataba de una vaina decorada con una tela azulada que llevaba adornos discretos. Loran se quedó admirando el hermoso trabajo artesanal de aquella pieza y Emer añadió:

—Las espadas necesitan una funda, al igual que la ira necesita de autocontrol.

Loran repitió aquellas palabras en un susurro y sonrió.

—Muchas gracias.

La vaina se ajustó perfectamente a *Urmas*, como si hubiera sido confeccionada a medida.

—La esperaré frente a la puerta —dijo Emer—. Avíseme cuando esté preparada para la cena.

Acto seguido, salió y cerró la puerta tras él. Loran agarró la ropa de la cama mientras pensaba en las conversaciones que había mantenido con ambos hermanos. El rey de Kamori apenas había podido esconder el desprecio sobre la falta de sangre real de Loran, pero le había indicado que podía convertirse en reina si el pueblo la aceptaba como tal. Por otro lado, Emer le había dicho que su destino era reinar. No sabía quién estaba en lo correcto ni tenía la certeza

que ambos parecían tener. ¿Qué es lo que habría visto el Dragón en ella dentro de aquella cueva gris iluminada por llamas verdes?

Loran sacó la espada de su funda y se irguió. Si no podía creer en sí misma, tendría que creer en los que sí creían en ella. Se aferró a *Urmas*, la promesa del Dragón. Se aferró también a la vaina que Emer le había regalado y repitió las palabras que había pronunciado en el volcán:

—¡Soy la princesa de Arland y juro que reinaré sobre estas tierras!

10
Caine

El muchacho dejó a Arienne en la tienda de Lucrecia, quien tenía una deuda pendiente con él por ayudarla a encontrar al culpable del asesinato de dos prostitutas el año anterior. La patrulla no le dio mayor importancia al suceso, pero los vecinos del barrio pensaban que se trataba de las fechorías de un asesino en serie que estaba actuando por toda la capital. Caine aceptó la petición de Lucrecia y se encargó de resolver el caso. Tardó casi quince días en atrapar al asesino y no fue un desenlace sencillo: peleó con el culpable sobre el tejado de un edificio, se interpuso entre el cuchillo y la víctima —a quien el asesino trataba de cortar en la cara—, y fue el muchacho quien acabó apuñalado. Sin embargo, Caine nunca contó nada de lo sucedido y Lucrecia tampoco le preguntó por la herida; tan solo le dijo —en su suave tono de voz de siempre— que tenía una gran deuda con él por ayudarla. Incluso hasta ese día, Caine seguía sin saber qué había sido del asesino que se llevaron a rastras los vigilantes de Lucrecia. Lo único que recordaba era la cara de alivio de la mujer, una expresión que lo dejó embelesado.

Desde pequeño aprendió que era bueno tener deudas pendientes. Los que han sido ayudados suelen devolver esa ayuda más tarde y las deudas insignificantes pueden convertirse en otras de gran peso. Si evitaba hacer el cálculo de lo que se le debía, aún surtía más efecto y podía recibir más a cambio. Sin embargo, ayudar a una maga fugitiva no era moco de pavo, por lo que le preocupaba que Lucrecia pudiera negarse; pero la mujer aceptó a la joven sin hacer ninguna pregunta. Caine no entendía qué demonios podía

conseguir él ayudando a Arienne; pero si lo pensaba, Fienna tampoco había esperado nada de él en el momento en que lo ayudó: le dio de comer y le enseñó a leer y escribir cuando era solo un niño de doce años.

El negocio de Lucrecia estaba cerca del mercado, que rebosaba de tiendas de todo tipo; un lugar que a Caine le encantaba. Había multitud de personas diferentes comprando y vendiendo en los establecimientos, en los que se reflejaba la distinta procedencia de sus dueños. Era mucho más caótico y animado que los rígidos y serios edificios de piedra del Imperio.

Caine deambuló por el lugar bajo el cielo nublado de invierno, mientras saludaba a los comerciantes. Entre ellos, había muchos que habían recibido la ayuda del muchacho, pero no tendrían más remedio que decir la verdad si alguien como Séptima fuera a interrogarlos sobre su paradero. El chico sabía que habían contratado a un nuevo empleado en una de las tiendas de productos de viaje, que no conocía su cara ni la lengua del Imperio. Sería el mejor lugar para comprar algo a espaldas de los demás. Caine aprovechó que el dueño había salido a la hora de la comida y entró a la tienda.

—*¡Bienviene!* —le dio la bienvenida un muchacho vivaz, apenas mayor que él, con una sonrisa.

Caine no podía adivinar de dónde venía, pero ver que usaba una chaqueta vieja de pelo sin apartarse de la estufa hacía pensar que provenía de un reino vasallo bastante más cálido. Se paseó por la tienda y tomó dos mudas de ropa de viaje de mujer, idénticas, en color verde oscuro, de la talla de Arienne; un par de botas de piel, ropa de cama de viaje y comida. Le pidió al empleado que le recomendara una bolsa de viaje y este le mostró una mochila de cuero de la que quiso presumir, utilizando una lengua del Imperio similar a la que usaban los comerciantes, aunque nadie haría el esfuerzo de entenderlo salvo la gente del mercado o del embarcadero:

—*Piel búfalo* de Vakrya. *Resistenta*. Ligera. *Buen* compra —recomendó, con un pulgar en alto.

Caine conocía a muchos habitantes de Vakrya que vivían y trabajaban en el mercado. Según la tradición, una vez al año invitaban a todos los vecinos del barrio y celebraban un gran banquete. Él siempre asistía con un regalo. Incluso en una ocasión le presentó un exportador de bisontes tanbalíes a un vecino de Vakrya que se quejaba de no poder conseguir buena carne de búfalo en la capital.

Caine cogió la mochila que le ofrecía el muchacho, se ajustó las gafas y observó con atención la calidad del artículo. Parecía suave y ligera. Trató de recordar la complexión de Arienne y pensó que sería adecuada para que la llevara sobre los hombros en un viaje largo. Asintió al empleado y eligió algunas otras cosas más para la joven. De pronto cayó en la cuenta de que aquellos que la seguían seguramente estarían buscando a una chica con un tatuaje en el cuello, así que añadió una bufanda que pudiera cubrir el emblema de su clan. También compró un abrigo para él; el que usaba tenía varias manchas de sangre y no sería apropiado para llevar al funeral. Era la sangre que perdió al ser atacado la otra noche, la que le salpicó en su encontronazo con Dévadas en el callejón… además de otras manchas borrosas. Todas y cada una de ellas tenían detrás una historia violenta. El nuevo abrigo lo eligió negro, para que no resaltaran las manchas que pudiera recibir en adelante. Le dejó al empleado el que llebava y le hizo prometer que le haría un descuento la próxima vez que comprase allí. Luego, guardó todas las cosas de Arienne en la mochila.

A pesar de que Caine le había dado al dependiente la cantidad correcta, el saco de Séptima no parecía aligerarse. Sacó unas pequeñas monedas de plata más y le pidió que hiciera la entrega de todos los artículos en el establecimiento de Lucrecia:

—¡Antes de que caiga el sol!

—*Gaita tsuvak* —dijo el chico, con una sonrisa aún mayor.

Si los artículos llegaban pronto, quizá Arienne partiría antes de que oscureciera sin despedirse. Aunque Caine aún no sabía adónde se dirigiría la chica, o si tenía un destino claro siquiera. Se imaginó que sabría arreglárselas sola, ya que era maga; aunque no le parecía tan capaz de ello después de haberla visto temblando de frío en el callejón, casi en paños menores.

Caine se puso su nuevo abrigo y fue hacia el funeral de Fienna. La capital del Imperio no tenía muros ni puertas. Se había agrandado a una velocidad tal que las antiguas murallas del castillo apenas rodeaban el centro de la nueva ciudad. Caminando un poco más allá, los edificios desaparecían y daban paso a los suburbios. Fienna iba a ser enterrada en el cementerio público al este de la ciudad, el mismo lugar al que iban a parar la mayoría de los vecinos del barrio.

Arland tenía por costumbre incinerar a sus muertos. La tradición era que los familiares y amigos trajeran lava del volcán y que prendieran fuego a una pila de leña sobre la que descansaba el cuerpo del difunto. Sin embargo, en la metrópoli, donde casi ya no quedaban árboles, comprar leña suficiente para quemar un cadáver era un lujo inimaginable.

Caine tardó un rato en llegar al cementerio, aunque menos de lo esperado. La nieve empezaba a caer desde el cielo nublado. Las lápidas, hechas con piedras de diferentes tamaños, se alineaban en hileras, una tras otra. Continuó por el camino que le indicó el vigilante y se encontró ante una fosa recién cavada y con un viejo sepulturero sentado a horcajadas sobre el ataúd de Fienna. En cuanto lo vio, se levantó de golpe y se sentó en el suelo. A pesar de que no era un ataúd caro, parecía de buena calidad. El dueño de la tienda le había dicho que había pagado por el funeral, pero de camino al cementerio, el muchacho había pasado junto al negocio y había visto al hombre muy ocupado —quizá porque su única empleada había muerto—, así que parecía que no iba a hacer acto de presencia ese día.

Caine no tuvo ocasión de asistir al funeral de sus padres, aunque tampoco sabía si se habría celebrado uno. A pesar de que estaban en busca y captura por traición, hicieron todo lo necesario para alejar a Caine de las garras del Imperio. Pese a todo, el muchacho no sabía qué pensar de ellos. Podía sentirse resentido o tal vez agradecido; pero, de cualquier manera, no regresarían y él tampoco podía volver a su tierra.

Junto a la tumba de Fienna no había nadie más que él y el sepulturero. Fuera del cementerio, se escuchaba una triste canción de difuntos en una lengua que no conocía.

—¿Es usted familia? —preguntó el sepulturero, sin poder aguantar el incómodo silencio.

—No.

—El foso y el ataúd fueron pagados por el dueño de la tienda en la que trabajaba la difunta, pero no tiene pinta de que vaya a asistir. Si no espera a nadie más, podríamos comenzar la ceremonia…

Caine no respondió y se quedó junto al ataúd. Por primera vez desde su muerte, recordó a Fienna en vida. Sus manos siempre estaban teñidas con algún pigmento extraño que había usado durante el día en la tienda. A veces incluso tenía manchado su pelo trenzado. A pesar de que siempre parecía cansada, escuchaba cada cosa que Caine le decía con mucha atención; y él no dudaba en hacerle favores cuando rara vez se los pedía. Pero… ¿qué sentido tenían ahora todas las cosas que había hecho por ella y todo lo que le había contado? Si tan solo hubiera podido impedir su muerte… Debía haberla visitado más a menudo. Debía haber mostrado más interés por su trabajo y su vida. Sin embargo, él solo se había preocupado en hacerla reír con sus anécdotas, sin preguntar sobre ella. Había cosas mucho más importantes, pero siempre perdía el tiempo hablando de la vieja Ágata, del aceite de oliva o de sus nuevas novias. Debía haberle agradecido más. Debía haber prestado mucha más atención a lo que decía…

Cuando la nieve comenzaba a acumularse en los pliegues de su abrigo, vio varios grupos reducidos de personas que se acercaban

desde la entrada del cementerio. Caine se limpió las gafas empañadas con la manga y miró con atención. Había por lo menos diez personas que se acercaban, bulliciosas.

—¡Joven! ¿Eres familia de Fienna? —gritó un anciano, que se acercaba con un bastón al frente del grupo.

Caine no respondió y esperó a que se acercaran. Había algunos que escondían sus lágrimas, otros que parecían furiosos o carraspeaban y un par se consolaban mutuamente, pero Caine no reconocía a nadie. Incluso ellos parecían no conocerse entre sí. Finalmente, todos se acercaron a la fosa y al ataúd.

—Fienna estaba tan sana… no puedo creer que ya no esté con nosotros.

—¿Y su familia? ¿Dónde está?

Incluso uno de ellos se echó a llorar de rodillas frente al ataúd. Caine no podía comprender qué estaba pasando. Todas esas personas llegaban en fila y se situaban alrededor del cajón. El muchacho se encontró en el centro de todos ellos, confundido junto con el sepulturero, que tampoco parecía entender nada. Caine pensó que este ahora seguramente estaría arrepintiéndose de haberse sentado sobre el ataúd.

El anciano se acercó, se colgó el bastón que llevaba en el brazo y aferró la mano de Caine.

—Cuando llegué hace tres años —comenzó a explicar—, Fienna ayudó tanto a mi familia que no podría expresarlo con palabras. Quería tener un negocio próspero y digno para devolverle toda su generosidad, pero, de pronto…

El señor había decidido que Caine era familia de Fienna y este no le contradijo, sino que recibió con gusto su mano, aceptando el papel. Otros se le acercaron después.

—Fienna me ayudó a entrar como aprendiz en la clínica para poder llegar a ser doctora…

—Escapé de mi prefectura y llegué aquí sin saber qué hacer, así que me di a la bebida, pero Fienna me ayudó a encontrar razones

para dejar el alcohol y buscar un empleo. Incluso me ofreció dinero para sobrevivir mientras lo hacía…

—Mi hijo estaba al borde de la muerte, ¡y ahora está tan sano! Ya se marchó para estudiar. Si no hubiera sido por la dulce Fienna…

—¿Quién le hizo esto a nuestra Fienna? ¡Juro que…!

Mientras Caine tomaba las manos de los asistentes y escuchaba sus historias, se dio cuenta de algo: todos o casi todos los que se habían reunido allí eran habitantes de Arland. Parecían haber venido de todas partes de la capital. Seguramente había otras muchas personas que no sabían de su fallecimiento o que no podían asistir al funeral. Podrían ser más de un centenar en total. Séptima dijo que Fienna recibía dinero de Gladis y ahora Caine comprendía para qué lo usaba. Hubo varios que le preguntaron por su relación con la chica, pero el muchacho no sabía qué responder y algunos de ellos no volvieron a conversar con él, quizá porque se dieron cuenta de su desconcierto.

Todos acabaron de dar sus condolencias y cinco hombres fuertes y jóvenes se acercaron al ataúd junto con Caine. El sepulturero trajo una cuerda y la ató a los seis soportes para que pudieran bajar el cajón con cuidado al fondo de la fosa. Cuando tocó el suelo, soltaron la cuerda y agarraron palas para volver a tapar el agujero.

—¿Y la lápida? ¿No tiene? —preguntó el señor del bastón.

—No trajeron ninguna, ni creo que lo hagan —dijo el sepulturero encogiéndose de hombros.

El anciano se quedó desolado y observó a Caine, quien seguía con la pala en la mano. Se giró y dijo a todos:

—Por lo que veo, no hay nadie aquí a quien Fienna no ayudara. ¿Cómo podemos dejar que alguien tan preciado sea enterrado sin una lápida digna que honre su bondad?

Acto seguido, sacó unas monedas de su bolsillo, las puso en su sombrero y lo tendió a la persona de al lado. Fue pasando de unas manos a otras entre tintineos hasta que volvió a su dueño, justo

cuando habían terminado de tapar la fosa. El sombrero estaba lleno hasta la mitad de todo tipo de monedas de plata y cobre.

—Por favor, que le pongan una lápida y un epitafio que se precie —dijo el señor, dándole el sombrero a Caine—. Una que mis nietos puedan reconocer y venir a visitar.

Caine le aseguró que así lo haría y aferró el sombrero. Los copos de nieve se iban haciendo cada vez más gruesos y el viento empezaba a soplar con más fuerza. Aun así, esas personas no se marcharon y continuaron conversando frente a la tumba, algunos de pie, algunos de cuclillas y otros incluso se subieron a horcajadas a lápidas ajenas, pero todos contaban lo mismo: lo amable y buena que había sido Fienna, lo mucho que los había ayudado. Caine le entregó unas monedas al sepulturero y le pidió que trajera algo de beber para todos. El hombre se quejó, diciendo que ese servicio debía reservarse con antelación, pero dejó de rechistar y se puso en marcha en cuanto Caine le dio algunas monedas más.

¿Por qué no le habría contado Fienna que estaba ayudando a sus compatriotas? Caine solía alejarse de los llegados de Arland, por lo que no conocía a nadie de su tierra. De todos modos, no podía perdonarse no haber sabido nada de lo que hacía Fienna hasta ahora.

El anciano golpeó el suelo helado con el bastón y comenzó a cantar una canción arlaní en voz baja. El resto pronto lo imitaron y algunas personas se echaron a llorar. Caine conocía la melodía, pero no la letra. Sabía que trataba sobre un Dragón de Fuego de la montaña que llevaba a los difuntos al descanso eterno, al otro lado de la cortina azul del cielo. Si la ceremonia se hubiera celebrado como marcaba la tradición de Arland, el humo de la incineración subiría hacia el cielo simbolizando el humo del volcán. Pero Fienna estaba enterrada bajo tierra y el Imperio no creía en el más allá. Cuando terminaron la canción, siguió un silencio momentáneo, durante el que Caine se preguntó si podría volver a encontrarse con Fienna una vez muerto.

—Ya que todos los que estamos aquí venimos del mismo sitio, estoy segura de que han escuchado lo que cuentan, ¿verdad? —preguntó de pronto una señora de mediana edad, alta y con un pañuelo en la cabeza—. Dicen por ahí que el Dragón de Fuego ha adoptado una apariencia humana, que salió del volcán y que está matando a soldados del Ejército Imperial. ¿Ustedes lo han oído?

—Lo que yo oí es que apareció una princesa del reino que estaba escondida y ahora está luchando contra el Imperio — añadió alguien más.

—Yo también lo escuché —dijo otro—. Dicen que fue el mes pasado. Se oyen los rumores en todo Arland, pero ya llegó la historia a Ledón y a Kamori.

—También se dice que lleva una espada de fuego.

—Papá, ¿tenemos una princesa? —dijo alguien.

—¿No son todos rumores sin fundamento? Ya se contaba algo similar hace años y acabó en nada.

—Yo también lo he escuchado. Dicen que esta vez es real.

—Pero esto podría acabar en otra masacre como la de hace doce años.

—Parece que eso no es lo que piensan los habitantes de Arland. El prefecto ya no tiene el poder de antes. Es la época de recambio de las legiones en los tres reinos de Lontaria y está asustado de que lo vayan a sustituir.

Caine casi se había olvidado de Arland. Como hijo de traidores que era, lo mejor era no tener relaciones con su patria. Tras marcharse de allí, las únicas personas que le hacían recordar ese lugar, del que ya no formaba parte, eran Lukan y Fienna. Pero esta historia, la historia de la princesa de Arland que se enfrentaba sola al Imperio, lo puso en tensión por un instante. Caine recordó haber oído a Séptima que alguien había atacado los puestos de vigilancia en la frontera entre Kamori y Arland y había asesinado a varios soldados que vestían armaduras alimentadas por generadores.

Siguió escuchando en silencio a esas personas que hasta hace unos segundos estaban afligidas por la muerte de Fienna y ahora

hablaban con un tono lleno de extraña vitalidad. Pero él no era el único que escuchaba en silencio. Un hombre de mediana edad que apenas intercambiaba palabra con los presentes estaba atento a las historias que contaban. Debía ser el hombre que mencionó Séptima, el enviado por Gladis. Caine apartó la vista a propósito.

Cuando el sepulturero llegó con una tinaja de vino, el hombre silencioso ya se había marchado. Caine no se dio cuenta, pero no le supuso un gran problema; salió del cementerio siguiendo las huellas marcadas sobre la nieve.

11
Arienne

En ese lugar, tanto las mujeres como los hombres llevaban maquillajes muy recargados y las paredes y los muebles estaban totalmente adornados. Lucrecia era una mujer hermosa de la que no podía adivinarse su edad, y apenas la saludó a su llegada, como si hubiera notado que Arienne era una visitante comprometedora. La acompañó al cuarto en el que se hospedaría por pura cortesía, sin pronunciar palabra. Caine le había contado que la mujer tenía una deuda pendiente con él, pero Arienne no indagó sobre el motivo.

La habitación del tercer piso era pequeña, pero cómoda. La cama era más mullida que la del dormitorio de la Academia y la colcha tenía un bordado con la imagen de varios hombres y mujeres desnudos entrelazados unos a otros. Junto a la ventana había una mesa y dos sillas, cuyas patas y respaldos estaban tallados con figuras sugerentes. Lucrecia le dio sábanas y un pijama, y le trajo un estofado de carne y patatas, dulce y un tanto aceitoso. Sin mediar palabra, también le mostró el camino al exterior a través de la ventana, donde había una escalera de mano resistente. Arienne se preguntó por qué razón tendrían preparada una forma de huida en ese lugar, pero su atención regresó rápidamente a la comida.

La joven cogió la pequeña mesita plegable del suelo y la puso sobre la cama para sentarse con las piernas cruzadas y comenzar a comer. Quizás porque ahora estaba más relajada, la comida le supo a gloria. Las patatas estaban tan calientes como para quemarle el paladar. Antes de salir de la habitación, Lucrecia le dio unos golpecitos al pestillo colgado en la puerta. Arienne dejó de comer y

echó la cadena, justo cuando Eldred volvió a hablar en la habitación de su mente:

—¿Cuándo irás al Senado?

—Ya te dije que primero tengo que ponerme a salvo —replicó la joven—. ¿Qué es lo que necesitas del Circuito del Destino?

—Eso ya te lo contaré cuando lleguemos. Ahora me gustaría que me liberaras de estos vendajes. No puedo moverme.

—Solo si cumples tu promesa.

Los vendajes prevenían cualquier fuga de magia de los generadores y, aunque no lo había aprendido en clase, también parecían retener a Eldred. Arienne no quería ni imaginar las cosas que podría ser capaz de hacer el mago si lo liberaba de esas ataduras.

—¿Me soltarías por lo menos las vendas de la cabeza? No puedo ver nada —pidió Eldred, pero Arienne no respondió—. Parece que no será posible. Bueno, pues vamos con los encantamientos que dije que te enseñaría.

El mago habló con tono condescendiente, como apiadándose de ella, que seguía comiendo el estofado en silencio.

—Mi magia funciona con los recuerdos y se basa en reproducir en la mente de otros las cosas que ya experimentaron antes.

—¿Como la habitación dónde estás? —preguntó Arienne, mientras masticaba un trozo de carne lleno de grasa.

—Exactamente. Mi especialidad era revivir los recuerdos de cadáveres y hacerlos moverse de nuevo. Por supuesto, la magia es hacer que ocurra en la realidad y no solo en mi cabeza, pues eso sería simple imaginación. La verdad es que, para ser tu primera vez, fue una gran hazaña crear esta habitación y meterme dentro.

—Entonces, ¿dices que puedo aprender magia que convierte lo que imagino en realidad así de fácil?

Eldred se rio con sarcasmo.

—No sirve con solo imaginarlo. Realmente tienes que creer en ello, por lo que debes usar recuerdos. No es que se vuelva realidad

lo que piensas, sino que usas esos pensamientos vívidos para darle poder al hechizo.

—¿Cuál es la diferencia?

—Si te lo explicara en detalle podríamos estar años aquí. ¿Te acuerdas de cuando te quitaste la túnica esta mañana en el mercado? ¿Qué magia usaste entonces?

—Eh…

Arienne se quedó desconcertada. ¿Por qué no se había dado cuenta? Era un encantamiento que ella nunca había aprendido.

—Usaste el mismo tipo de magia que cuando creaste esta habitación sin siquiera darte cuenta. Has debido de aprender a coser en casa, puesto que cortaste un hilo de la túnica.

Arienne siguió masticando las patatas y asintió, poco convencida. No tenía nada que ver con la costura. ¿Dónde se ha visto una costurera que haga ropa tan endeble? Lo que ella había hecho era cortar un hilo que ni siquiera existía desde el principio. A pesar de lo que había dicho Eldred, su encantamiento había funcionado a base de pura imaginación, pero sería mejor no contárselo.

—Bueno, empecemos por lo más práctico —continuó el mago—. Voy a enseñarte técnicas para protegerte.

Pronunció una serie de sílabas y palabras extrañas a los oídos de Arienne. Ella lo imitó y sintió la magia vibrar en la punta de la lengua. Se trataba de un encantamiento basado en un sistema mágico que ella no había escuchado nunca y del que desconocía el idioma o si eran palabras humanas.

—Con esta magia serás capaz de acabar con la vida de cualquiera. Con un solo roce, puedes matar al instante a una persona de tamaño considerable.

Arienne se sorprendió.

—¿Por qué me enseñas esas cosas…? ¿De verdad puedes matar a alguien con unas cuantas palabras? ¿Sin otros materiales ni ningún tipo de conocimiento previo?

—Este encantamiento no hace más que atraer la atención del universo. Lo difícil es recordar una escena de forma vívida para engañar al universo y hacerle creer que es el destino de esa persona y que debe suceder. Cuanto mayor efecto busques, más poder requiere. Tú tienes talento, maguita, pero no tendrá resultado a menos que puedas visualizar imágenes exactas de lo que quieres. Vamos, pruébalo. Evoca un recuerdo de cuando mataste a alguien. Solo uno es suficiente, pero debe ser vívido. Y reproduce la escena en esta habitación.

Arienne estuvo a punto de escupir el trozo de patata que tenía en la boca.

—¡Nunca he matado a nadie!

—Sí que vivís cómodos los magos de hoy en día… —Eldred dejó escapar algo similar a un suspiro—. ¡En mi época…! Bueno, tampoco es de extrañar. Os encierran desde pequeños en esa escuelucha enana para asistir a clases que nada tienen que ver con la magia. ¿Y qué hay de una bestia? ¿Una oveja o una gallina? ¿Nunca le has cortado la cabeza a una oveja con un hacha o le has torcido el cuello a una gallina?

—No.

—Pero si eres hija de granjeros.

—Solo he roto huevos —dijo Arienne, metiéndose otra cucharada de estofado a la boca.

—¡Deja de comer y tómate esto en serio! —gritó Eldred, y las vendas que tapaban su boca se abrieron de golpe, revelando unos labios resecos.

Arienne se asustó tanto que estuvo a punto de tirar la mesita.

—Antes de convertirme en esto —continuó Eldred—, había colas de mocosos dispuestos a morir por ser mis discípulos. Si no puedes considerar esta oportunidad como una suerte…

—Hace rato que vienes hablando de morir o matar, pero el único muerto aquí eres tú —Eldred enmudeció—. ¡Yo escapé de la Academia para no acabar como tú!

Poco a poco, la ira se iba acumulando en su interior. Pensaba que había salvado el alma de un noble mago, pero, desde que dejaron la escuela, Eldred no había dicho más que crueldades y, por lo que parecía, había matado al menos a una persona. A Arienne no se le quitaba de la cabeza la imagen del esqueleto con el cuello roto del sótano.

—Entonces, ¿qué es lo que estás diciendo? ¿Que no vas a aprender mi magia? ¿Que no vas a escucharme? —dijo Eldred.

—¡Para hacerlo tendrías que enseñarme cosas útiles! —se enfureció Arienne—. ¿Acaso me has ayudado en algún momento? No sé dónde quedó lo de ser un mago renombrado porque hasta ahora no has hecho más que comportarte como un asesino o un esclavizador, ¿no crees? Si no fuera por Caine, ¡ya estaríamos en el sótano del Tribunal de la Verdad!

Eldred se calmó después de escuchar a la joven y volvió encogerse con la cabeza gacha. Arienne se dio cuenta de que había hablado demasiado alto y pensó echar un vistazo fuera de la habitación, pero no se molestó en hacerlo al ver el cerrojo que había corrido antes. Era bien entrada la noche y afuera se oían risas mezcladas con palabras llenas de coquetería y música. Arienne se sintió segura escuchando esos sonidos. Cerró la puerta de su habitación mental, se acabó el estofado y se puso el pijama. En cuanto entró a la cama, se le cerraron los ojos.

Cuando despertó, ya no se oían ni la música ni las risas. Abrió las gruesas cortinas rojas y los rayos del sol la cegaron. Las cerró de nuevo y se quedó mirando la ropa y las chanclas que se había quitado. Estaban llenas de tierra y barro de la calle. Aunque podría limpiar las chanclas con facilidad, la ropa estaba rota por varias partes. De pronto, escuchó a alguien llamar a la puerta.

—Un momento —respondió.

Arienne corrió el pestillo y abrió. Lucrecia traía una toalla y una jofaina de madera que desprendía vapor. A su lado, junto al marco de la puerta, había una mochila de piel. La ropa que llevaba la mujer

era más simple y cómoda que la de la noche anterior y, a pesar de haberse quitado el maquillaje, seguía sin poder estimar su edad. Mientras Lucrecia dejaba la jofaina en el suelo de la habitación, Arienne recogió la mochila. La mujer arregló un poco el cuarto y se llevó los platos vacíos. No había dicho ni una sola palabra, pero su expresión parecía amable y sus movimientos cuidadosos, por lo que la joven no se sintió menospreciada. Arienne se preguntaba qué habría hecho Caine para que Lucrecia la tratara así.

A la derecha de la mochila, vio un par de botas resistentes atadas por los cordones. Le quedaban un poco sueltas, pero perfectas de tamaño. En la parte superior de la bolsa había una manta enrollada y sujeta con una cuerda. En el interior encontró dos mudas de ropa con refuerzo en la zona de las rodillas y los codos, ambas con pantalones verdes, gruesos y duraderos. Arienne llevaba una vestimenta similar cuando vino a la capital desde Arland hacía años. Siguió buscando en la mochila y vio una bufanda de lana de oveja, perfecta para tapar su *thlarán* y, debajo, una bolsa con carne curada y pan duro. Esa cantidad podría durarle tres días o cuatro si no comía en exceso. Siguiendo la carretera principal, tendría muchos lugares para comer y pasar la noche, así que lo usaría para emergencias.

En ese momento se dio cuenta de que no le había dado nada de dinero a Caine, por lo que él habría pagado todo de su propio bolsillo. ¿Tendría oportunidad de devolvérselo en el futuro? Desafortunadamente, no había garantías de ello. Arienne no tenía razones para regresar a la capital; se iría a un lugar muy lejano y, como en las novelas, quizá viviría aventuras en alguna parte de la frontera. Si era posible, le gustaría ir al sur para no pasar frío o esconderse en un barco del puerto hasta llegar a una isla en medio del mar del oeste, donde nadie pudiera encontrarla. Kaya, quien le enseñó el encantamiento para hacer dormir a la gente, le contó que lo había aprendido de una bruja que vivía escondida en su tierra natal, así que quizá Arienne también podría convertirse en una bruja como ella, si Eldred de verdad hacía las veces de maestro.

Se quitó el pijama y se puso la ropa nueva. Le gustaba que fuera algo holgada, pero le desagradaba el tacto rugoso que tenía la ropa interior. Se la quitó de nuevo y se lavó el cuerpo y la cara con el agua caliente de la palangana. Trató de tener cuidado de no salpicar fuera y enjuagó después la ropa sucia en el agua. A pesar de estar bastante rota, todavía servía para llevarla como ropa interior. Colgó la blusa y el pantalón en una de las sillas y en la mesa junto a la ventana para que se secaran y descorrió la cortina. El sol invernal bañó las prendas. Arienne echó el pestillo y volvió a meterse entre las sábanas. Aprovecharía el bullicio de la noche para escapar por la salida que le había indicado Lucrecia, aunque aún no tenía un destino. Lo primero era alejarse de la capital y de la zona central. El resto podía pensarlo más tarde. También le pasó por la mente la idea de convertirse en una maga ermitaña y vivir en un lugar remoto donde el Tribunal de la Verdad no pudiera encontrarla nunca; pero, para ello, debía aprender a usar la magia. No podría seguir adelante ella sola sabiendo únicamente encender velas. Se preguntó si se habría ganado el odio de Eldred en vano por contradecirle y, con ese pensamiento, se quedó dormida de nuevo.

12
Loran

Loran quería luchar junto al ejército de liberación de Kamori cuanto antes, pero, como había dicho Emer, Gwaharad parecía ser un líder cauteloso. Al principio, ella también estaba conforme con esperar, pues tenía la seguridad de que podría cumplir su cometido ahora que tenía compañeros y que se había liberado de las ansias de destrucción sin sentido. Así, pasó quince días en el Castillo Subterráneo. Su rutina diaria consistía en practicar con la espada y comer lo que le ofrecían. Como no tenía nada que hacer, se ofreció para darles clases de esgrima a los soldados de Kamori, pero Gwaharad lo rechazó alegando que su estilo de combate podría no adecuarse a lo que ellos habían aprendido. En realidad el rey era reacio a que Loran se mezclara con ellos, lo que le hizo recordar la conversación con Emer sobre su naturaleza recelosa.

Tras ese encuentro, prácticamente no volvió a cruzarse con Gwaharad. Loran tampoco era el tipo de persona que iría a buscar a alguien sin motivo, por lo que nunca sintió la necesidad de inventar una excusa para hacerlo. Solo se veía con Emer cada día, quien iba a buscarla a su habitación para conversar y comer juntos.

Al caer la tarde se encontraba con Emer. Mientras bebían té, el hombre le habló sobre una mujer llamada Gladis.

—Es esa persona que se marchó al poco de llegar yo, ¿verdad? —preguntó Loran—. Solo la conozco de nombre.

—Se trata de una comerciante reconocida que va y viene entre la capital del Imperio y los Tres Reinos. Tiene riqueza y contactos, por lo que patrocina al ejército de Kamori.

—Oh, no sabía que tenían una patrocinadora tan importante —dijo Loran, entendiendo por fin cómo mantenían un ejército de ese tamaño.

—Sí. Aunque yo nunca tuve la oportunidad de hablar directamente con ella, es una persona de plena confianza de mi rey. No solo nos proporciona los fondos que nos ayudan a sobrevivir, sino que también reúne a otros camaradas que viven en la capital. Como broma entre nosotros, la llamamos «la Prefecta de la capital».

—Ya veo —dijo Loran, pensando que Gladis era más merecedora del trono que ella.

Emer le dio un sorbo al té y continuó la historia:

—Sus hermanas eran sacerdotisas de los Árboles Sagrados de Kamori, según me contó mi hermano. Cuando el Bosque Santo se prendió fuego, las sacerdotisas se quemaron junto con los Árboles. Quizá es por eso que se dedica a ayudar a los suyos a pesar de ser una comerciante con el monopolio de varios productos esenciales.

Igual que los arlaníes adoraban a su Dragón, los kamoríes veneraban a los Sagrados Árboles Caminantes que habían existido en un tiempo antiguo. Sin embargo, allá por donde el Imperio pasó, murieron todos los dioses y sus devotos.

La conversación cesó brevemente. Emer de pronto miró a Loran con asombro.

—¿Cuál es esa canción que está tarareando? Es la primera vez que la escucho.

Loran no se había dado cuenta de que estaba canturreando mientras bebía el té.

—M-mi marido… —tartamudeó por la vergüenza— era poeta. Escribió esta canción para llorar a los muertos en el décimo aniversario de la Gran Purga —dudó si continuar, pero añadió—. Mi hija era quien cantaba. Ambos fueron ejecutados junto con varias personas más que habían organizado el evento conmemorativo.

A Emer se le escapó un suspiro lleno de remordimientos.

—Princesa, lamento haberle preguntado sobre ello. No tengo palabras de consuelo para su profunda tristeza.

—Por lo que escuché, la capital está llena de arlaníes —cambió de tema Loran, con una sonrisa forzada.

Había oído que muchos huyeron hacia allí por la purga que tuvo lugar doce años atrás. Pensaban que era el lugar idóneo para empezar una nueva vida, ya que reunía a personas de muchas provincias y muchos países.

—Gladis también quería reunir a los arlaníes de la capital, de la misma manera que está haciendo con los nuestros… pero no sé los detalles.

Loran pensó un instante en sus compatriotas que habitaban fuera de Arland. Se preguntó qué tipo de personas serían y si podría convencerlos para luchar contra el Imperio junto a ella.

—Ya veo. Una persona así sería de gran ayuda para la causa —comentó ella.

—Sin embargo, los requerimientos de Gladis no son precisamente pequeños. Lo que hicimos en el Bosque Dehan fue a petición suya.

—¡Ah!, la caja metálica que les arrebataron a los soldados, ¿verdad?

Emer tan solo esbozó una sonrisa y ambos continuaron bebiendo en silencio. Tal vez porque el hombre se sentía incómodo, miró de pronto hacia la puerta. Luego se giró hacia Loran para hablarle entre susurros, como si se tratara de un secreto:

—¿Alguna vez escuchó hablar sobre el arma que llaman la «Estrella de Mersia»?

—Por supuesto. No creo que haya nadie que no sepa algo sobre ella. Personalmente, me cuesta creer que exista algo así, pero no puedo negar lo que pasó en Mersia…

Es el arma definitiva del Imperio, que podría borrar por completo del mapa a cualquier país que opusiera resistencia. Nadie conocía su aspecto ni su funcionamiento, solo había innumerables rumores sobre ella.

—Yo no tengo más remedio que creer que existe —dijo Emer—. Fui a Mersia hace algo más de una década y me fue muy difícil creer

que allí antes se irguiera orgullosa una gran ciudad sobre un verde prado, pues ni siquiera quedaban las ruinas, sino un interminable desierto rojo —confesó, estremeciéndose.

—Entonces, ¿por qué me pregunta sobre ella?

—Porque no es algo que podamos ignorar si Kamori y Arland de verdad planean buscar la independencia —dijo Emer, con una sonrisa amarga—. Tenemos prohibido mencionarlo en la fortaleza para no bajar la moral de los habitantes, pero quería comentarlo con usted, Su Alteza.

—Ha vuelto a dirigirse a mí de esa manera… Yo no me dirijo a usted como a un príncipe; así que, por favor, no lo haga conmigo.

Tras su conversación con Gwaharad, Loran no había vuelto a llamarse a sí misma princesa y los soldados habían pasado a dirigirse a ella por su nombre a los dos días de su llegada, seguramente por orden del rey. Emer era el único que insistía en tratarla con la cortesía que se le dispensa a la realeza.

—Verá, yo he viajado desde joven —respondió el hombre—. Desde el extremo de Hibera al norte hasta el final de Kasia al este. Y me he encontrado con muchos héroes y heroínas, por lo que considero que puedo juzgar bien a las personas. Usted, princesa, tiene escrita la realeza en su destino.

—¡Por favor! —exclamó riendo Loran.

Aunque no le desagradaba escuchar eso, se alteraba cada vez que Emer hablaba de ese modo. Sabía que no podía evitar su destino, pero, encerrada en ese lugar pasando los días sin nada que hacer, sentía que era el destino quien la evitaba a ella.

En ese instante, la puerta se abrió de golpe. Emer se levantó del susto, como un niño al que han pillado con las manos en la masa, y gritó al ver al soldado:

—¿Cómo te atreves a ser tan maleducado entrando de esa forma a la habitación de la princesa?

—Señor Emer, ¡hay problemas! Loran también debería venir con nosotros —dijo el soldado, casi sin aliento.

—¿Qué sucede?

—La Legión 25 ha enviado fuerzas militares a la capital de Arland. Quieren tomar represalias por las muertes de los soldados y los destrozos de los puestos de vigilancia que causó Loran.

Ella también se levantó de golpe.

—¿Lo sabe el rey? —preguntó.

—Sí, me pidió que los buscara a ambos.

Loran siguió al soldado junto a Emer y salieron de la habitación. Todavía no se acostumbraba a la estructura del Castillo Subterráneo. Estaba tan tensa que quería adelantar al soldado para llegar tan pronto como pudiera, pero no sabía por dónde debía dirigirse y, aunque lo preguntara, tampoco podría ubicar el camino. Emer no pronunciaba palabra, pero su expresión mostraba la seriedad del asunto.

Después de girar varias esquinas, apareció una habitación, abierta de par en par, que Loran no había visto antes y que estaba llena de soldados. En el medio de la estancia había una mesa antigua redonda de piedra que tenía grabado en el centro el emblema del león de Kamori que todavía usaban. Al otro lado de la sala, Gwaharad presidía la mesa junto a varios comandantes que Loran ya había visto antes. También estaba sentado un soldado cubierto de arañazos que tenía aspecto de soldado de exploración. Solo quedaban dos asientos vacíos.

—Aquí estás, Emer. Loran —dijo Gwaharad, asintiendo en su dirección—, como se trataba de un asunto de Arland, hemos esperado a que llegase usted también.

Loran agachó la cabeza a modo de saludo y ocupó uno de los lugares vacíos, mientras Emer se sentaba en el otro.

—Como les he explicado antes, en cuanto la Legión número 25 entró al territorio de Arland, enviaron una centuria a la capital del reino. Buscan al culpable de lo sucedido en el Bosque Dehan.

Todas las miradas se posaron en Loran.

—No es una fuerza militar tan grande. Es cierto que es un inconveniente para nosotros, pero podemos mandar a doscientos de

los nuestros sin mayor problema —dijo Emer, mirando a Loran de reojo con intención de tranquilizarla.

Con un ejército como el de Kamori, que se componía de soldados voluntarios, aun siendo el doble de numeroso, sería casi imposible derrotar a la Legión 25, pero la situación cambiaba si contaban con Loran y *Urmas*. Ella pensaba que podría enfrentarlos sin mayor problema.

—No se trata de una centuria normal y corriente. Llevan consigo tanques alimentados por un generador de nivel Escorpión —informó el soldado de exploración.

La sala se agitó.

—¿De cuántos tanques hablamos? —preguntó Gwaharad.

—Por lo menos tres, pero creemos que podrían ser cuatro.

—Es imposible combatir contra cuatro tanques —dijo la comandante sentada a la derecha de Gwaharad.

Esta mujer, llamada Belwin, con la cabeza cubierta de cicatrices y totalmente rapada, era una guerrera que se había unido a ellos antes que Emer y que había luchado en más de un centenar de batallas. Hablaba como si hubieran podido combatirlos en el caso de ser menos tanques, pero la realidad era que ni siquiera un número considerable de soldados bien armados podría neutralizar uno solo de ellos.

Al instante se produjo una discusión entre los soldados.

—¿Tenemos algún arma que pueda atravesar el caparazón de los tanques?

—Si la tuviéramos, ya nos habríamos librado del Imperio.

—Nuestra única opción es usar un arma de asedio y rezar para tener suerte… O enviar un escuadrón suicida que los ataque por sorpresa.

—En Selvética dicen que les funcionó la Espléndida.

—¿Qué tiene que ver con nosotros esa provincia tan lejana del norte?

Gwaharad alzó una mano y la sala se sumió en el silencio. Loran no podía tranquilizarse. Era obvio que, en cuestión de días, la

centuria llegaría a la capital de Arland y provocaría una masacre, o incluso podía estar sucediendo ya, en ese mismo momento. Debían hacer algo cuanto antes, sin importar si el enemigo tenía tanques o no. Loran miró a Gwaharad con ojos suplicantes y este le devolvió la mirada mientras sopesaba algo. Unos instantes después, habló:

—No podemos luchar contra los tanques, así que lo mejor será informar a nuestros camaradas en Arland y esperar. Será una oportunidad para nosotros de saber en qué se diferencia la nueva Legión 25 de la antigua 117.

—¡Su Majestad! —estalló Loran, levantándose del asiento.

—Loran —dijo Gwaharad con un tono firme—. Lo siento, pero esto solo concierne a Arland, no a Kamori. Por mucho que sean nuestros vecinos, sigue siendo un reino diferente al nuestro. Recuerde que nuestros soldados son ciudadanos voluntarios que se unieron a nosotros para buscar la liberación de Kamori, no podemos ponerles una simple daga en las manos y enviarlos a luchar contra esos tanques y a sacrificarse por otro reino.

—Su Majestad —insistió Loran—, ¿acaso no sabe lo que significa que busquen al culpable de lo sucedido? Acusarán a todas las personas inocentes y las matarán sin importar quién sea realmente el culpable, porque lo que buscan es sembrar el miedo y el desánimo. ¿Acaso no ha ocurrido antes en Kamori? ¿No hay nadie en esta sala cuya familia o amigos sufrieran ese mismo destino? ¿No hay ni una sola persona aquí que se haya unido a la lucha por haber visto perecer a los suyos a manos del Imperio?

Se hizo el silencio en la sala. Loran no había podido aguantar su ira al pensar en su marido y su hija. Si Gwaharad no enviaba a sus soldados, muchas más familias como la suya morirían de forma injusta. No podía dejar que se repitiera algo así nunca más.

—Entonces, ¿qué espera que haga? —preguntó Gwaharad.

Loran miró a los ojos vacilantes de Gwaharad y respiró hondo antes de decir:

—Yo me encargaré de los tanques de una forma u otra. Mientras tanto, proteja a los ciudadanos.

—¿Sola…? —Belwin se levantó de su asiento desconcertada, pensando que era una ridiculez—. ¿Cómo pretende hacerlo sola? Ya me explicó Emer que acabó con varios soldados que usaban armaduras alimentadas por generadores y sé que no es algo que pueda hacer todo el mundo, pero también oí que no le fue fácil. Esos tanques no están al nivel de unas cuantas armaduras. Si fracasa y muere en batalla o la capturan, ¿cómo nos enfrentaremos nosotros a ellos?

Loran se preguntó si lucharían junto a ella si tuviera la fuerza de un monstruo. Quería desde lo más profundo de su alma serlo, pero ni todas las personas ni todos los monstruos del mundo habían sido capaces de detener la conquista del Imperio. La mayoría de ellos estaban muertos, encerrados o habían sido expulsados del territorio. Incluso los Árboles Sagrados habían sido quemados junto al Bosque Santo y el Dragón de Arland había quedado preso en su propia cueva.

Emer alzó una mano.

—La Armada está hecha de personas de carne y hueso como nosotros. Bien sabemos que tienen la caja metálica, pero no esperan que nosotros les ataquemos. Loran nos ha suplicado nuestra ayuda. Si no la escuchamos, más adelante seremos objeto de escarnio por haber hecho oídos sordos. Yo iré con cien hombres. Si se trata de una sola centuria con tanques, no serán muchos soldados enemigos.

Gwaharad se mesó la barba.

—¿Cien hombres?

—El prefecto de Arland, Gesperos, está viejo y, según dijo Gladis, murió el miembro del Senado que lo protegía. Que hayan enviado a la Legión 25 a la región de Lontaria significa que el comandante le quitará el puesto de prefecto a Gesperos, según cuentan los rumores. ¿Acaso sería la primera vez que sucede? Si estoy en lo cierto, los soldados y guardias de la prefectura no ayudarán al Ejército; en ese caso, si Loran se encarga de los tanques, cien hombres serán suficientes —explicó Emer, decidido.

Gwaharad examinó el rostro de Loran sin parecer muy convencido y preguntó:

—Si los guerreros de Kamori dan su vida por el pueblo de Arland, ¿qué se juega usted, princesa de Arland? ¿Cómo puede recompensar a nuestros soldados?

Ahora sí era la princesa… Loran reprimió una sonrisa sarcástica, pues no tenía tiempo de meterse en esos juegos ni la libertad de enfadarse, pero tampoco poseía nada que pudiera ofrecerle a Gwaharad. Estaba debatiendo qué decir cuando Emer habló:

—Su Majestad, hace tiempo, Yuteo de Kamori gobernó sobre los Tres Reinos y eso ocurrió gracias a que fue magnánimo con todos los habitantes. Si no nos mostramos generosos ahora, ¿quién nos ayudará después a nosotros a luchar contra el Imperio? Por favor, Su Majestad, muéstrenos su magnanimidad.

Gwaharad miró a Emer con furia, pero pronto regresó a su expresión estoica de rey.

—De acuerdo, Emer —dijo, levantándose—. Yo también iré con vosotros. Reúne a tus cien hombres. Tendremos que salir antes de que sea demasiado tarde.

—¡Se lo agradezco de corazón, Su Majestad! —dijo Loran, con una gran reverencia.

—Loran —continuó el rey levantando su mano—, espero que no olvide el día de hoy. El día en el que Kamori cargó con el dolor de Arland.

Loran vivía en una casa pequeña, cerca del Castillo de Arland, que usaba también para sus clases de esgrima. Ese castillo era ahora parte de la prefectura y la plaza frontal, que antes servía de mercado o de lugar para festividades locales, se había convertido en una plaza que realzaba la dignidad del Imperio. Sin embargo, había otras muchas plazas en Arland. Una de ellas estaba ubicada junto a la puerta oeste, la llamada «Plaza del Dragón de Fuego». En el pasado, en ella se erguía una hermosa estatua de piedra hecha a imagen y semejanza del Dragón que fue demolida con la llegada del

Imperio. El nombre del lugar también cambió al de «Plaza de la Liberación» por orden del primer prefecto que gobernó en Arland. Lo único que quedaba de la antigua plaza era el alto pedestal sobre el que se levantaba la estatua de piedra.

Loran había subido a la muralla sur y se encontraba observando la Plaza de la Liberación, adonde habían llegado los soldados de la brigada acorazada número 3 —pertenecientes a la Legión 25—, con cuatro tanques. Entre los edificios, pudo divisar un estandarte azul con el dibujo de un monstruo híbrido, mitad león y mitad pájaro. Como había previsto Emer, la patrulla de la prefectura se había retirado y no había ningún soldado vigilando la muralla. Por lo que parecía, el prefecto no creía que nada de lo que estaba sucediendo allí tuviera relación con él, ni el Imperio, ni la capital del reino, ni los habitantes. Todo sería adjudicado a la brutalidad de la Legión 25. Incluso Loran, que no sabía de política, podía adivinar que los desmanes de los soldados obstaculizarían la subida a prefecto de su general. Por un momento, se preguntó si su presencia allí no haría más que empeorar la situación, pero sacudió ese pensamiento de su mente y se enfocó en el combate que estaba a punto de librar.

Emer esperaba escondido con su ejército cerca de una de las puertas de la muralla; pero era muy probable que ni siquiera allí hubiera soldados, puesto que la patrulla —por pura holgazanería— no solía hacer guardia más allá de las inmediaciones de la prefectura. Loran centró su atención en los tanques, unos objetos que parecían cajas con seis patas y una cola de escorpión en la que el aguijón era una pesada ballesta automática; en la parte frontal tenían un par de pinzas enormes. Tres de los cuatro tanques estaban equipados con cañones y el restante estaba ocupado por el comandante, del que solo asomaba la mitad superior de su cuerpo y que llevaba el mismo ornamento dorado en el casco que había usado el centurión mayor Marius en el Bosque Dehan. Una docena de soldados con espadas y escudos bloqueaban la salida de la plaza, pero no usaban armaduras alimentadas por generadores.

Más de un centenar de civiles estaban reunidos en la Plaza de la Liberación. Cuando Loran vio que también había niños, se mordió el labio inferior, nerviosa. Mientras se acercaba a la ciudad, se había preguntado extrañada si había retumbado un trueno en el cielo despejado, pero se dio cuenta de que se trataba del cañón de uno de los tanques que había hecho alarde de su potencia. La torre del campanario había desaparecido y se amontonaban en el suelo los trozos de ladrillos rotos.

—Entonces, ¿no hay nadie que sepa quién es el culpable? ¿Y nadie ayudó a esa que se hace pasar por la princesa de Arland? —se escuchó decir a una voz terriblemente fuerte, que llegó incluso hasta la muralla donde se encontraba Loran.

Los soldados estaban usando un aparato alimentado por un generador para aumentar el volumen de la voz. Loran lo había escuchado años atrás, cuando fue a ver desfilar a la Legión 171. Ese recuerdo le oprimió el pecho y se apresuró a bajar de la muralla, preocupada porque alguien inocente pudiera morir si llegaba tarde.

De ahí a la Plaza de la Liberación se extendía una bajada muy escarpada. La mitad de la superficie de la capital de Arland se había construido en la base de la colina y al fondo se situaba la plaza. Hacía veinte años Loran se había lanzado abajo por esa misma colina, cuando el rey de Arland cayó del lomo del Dragón.

Entonces, el camino pavimentado de piedras giraba al norte, donde había una gran posada que tapaba la vista de la plaza. Al girar la esquina podría volver a divisarla, por lo que corrió aún más rápido, aferrada a ese pensamiento. Alguien gritó tras ella, pero no le prestó ninguna atención. Cuando llegó a la esquina, escuchó de nuevo esa voz amplificada:

—¿De verdad nadie sabe nada? Si es así, no nos queda más remedio que interrogaros uno a uno.

Dos soldados tomaron a un joven de la multitud y se lo llevaron a rastras. El muchacho tenía un cuerpo robusto y sano, pero, desarmado como estaba, no podía resistirse a dos soldados con espadas. Se lo llevaron, impotente, frente a la fila de tanques.

Aquella voz, que parecía salida de entre los truenos, comenzó el interrogatorio. Seguramente habría personas allí que no entendían la lengua imperial, como en su momento sucedía con la hija de Loran.

—¿Quién es esa que se hace pasar por la princesa del reino vasallo de Arland? —preguntó la voz estruendosa.

—No lo sé —dijo el muchacho, y su miedo también reverberó fuerte como un trueno.

—¿Quién atacó los puestos de vigilancia del Ejército Imperial?

—No lo sé.

—¿Quién asesinó a sangre fría a Marius, el centurión mayor de la Legión 25?

—No lo sé.

El comandante que se encontraba en el tanque hizo un leve gesto con la barbilla, casi inapreciable, y ambos soldados apuñalaron al joven en la espalda. El muchacho cayó de golpe al suelo sin poder gritar siquiera. Entre la multitud se escucharon aspavientos y murmullos de protesta. Los padres rodeaban a sus hijos con los brazos y les tapaban los ojos. El comandante volvió a hacer un gesto y el cañón de uno de los tanques se dirigió hacia los civiles.

—Esto es lo que pasa cuando mentís. Traed al siguiente. Si alguien quiere salir a confesar en mitad del interrogatorio, será más que bienvenido.

Loran corría con todas sus fuerzas al borde del llanto y entre remordimientos: «Si hubiera llegado un poco antes, si no hubiera quemado los puestos de vigilancia en mi inútil venganza, si no hubiera presumido de ser la princesa de Arland…». Cuando bajó la colina, dejó de ver el interior de la plaza, pero sí escuchó la voz del comandante preguntando de nuevo:

—¿Quién es esa que se hace pasar por la princesa del reino vasallo de Arland?

—No lo sé —dijo esta vez una anciana, con voz temblorosa.

—¿Quién atacó los puestos de vigilancia del Ejército Imperial?

—No lo sé.

—¿Quién asesinó a sangre fría a Marius, el centurión mayor de la Legión 25?

—No lo sé, pero de verdad me gustaría saberlo. ¡Me encantaría darle un gran premio por lo que hizo! —gritó de pronto, y su voz amplificada por el aparato retumbó en el centro de la ciudad.

Algunos de los habitantes ansiosos estallaron en una risa espontánea, mientras Loran corría con todas sus fuerzas hacia allí, desenvainando su espada. El soldado que vigilaba la entrada a la plaza escuchó los pasos y se giró. Interpuso su escudo con rapidez para tratar de atajar la estocada de Loran, pero acabó mutilado por *Urmas*. Su brazo cayó al suelo sujetando aún el escudo de madera intacto, que pronto se prendió en llamas por el calor de esa espada. El soldado se agarró la extremidad destrozada y chilló de dolor. Su compañero se sorprendió y arremetió con su espada, pero *Urmas* la cortó en dos como si se tratara de un trozo de madera. Asustado, el soldado retrocedió y Loran entró a la plaza gritando:

—¡Soy yo! Yo quemé vuestros puestos de guardia, yo maté a Marius y yo soy la princesa de Arland.

De golpe recuperó la vista en su ojo izquierdo nuevamente y se quitó el antifaz en llamas. Al tocarse la cara con la mano izquierda, notó que las escamas habían regresado. La multitud se separó para abrirle camino, y Loran les dijo:

—Regresad a vuestras casas, yo me encargaré de la Legión 25.

Los habitantes dudaron, pero pronto salieron fuera de la plaza llevándose a los niños y a los ancianos, mientras los soldados se debatían entre pararlos o dejarlos marchar.

—Dejadlos ir —ordenó el centurión—. Ya tenemos a quien queríamos.

Loran sintió las miradas de los ciudadanos clavadas en ella y le atacó la culpa. Pensó que todos habían sufrido en vano por los disturbios que ella causó al no controlar su ira y que por ello habían destrozado el campanario y matado a un joven.

En ese instante divisó a la anciana que habían sacado a rastras. Estaba de pie tras los dos soldados, firme y confiada. El resto de los

habitantes salió y no quedó nadie más. Mientras tanto, los tanques se movieron ágiles como insectos y rompieron filas para rodear la plaza. Los soldados se acercaron a ellos en pequeños grupos, con la intención de usarlos como escudo. De pronto, algunos sacaron ballestas. El viento sopló en la plaza y una de las mangas de la anciana flotó en el aire, revelando que le faltaba un brazo. Ella fue quien habló primero:

—¿Eres tú quién dice ser la princesa?

—Así es.

—¿Y quemaste los puestos de guardia del Ejército?

—En efecto.

—¿Y al centurión? Ese al que llaman Marius, ¿lo mataste?

—Así es.

La anciana irguió con dificultad sus hombros y espalda encorvados y dijo:

—Esta vieja luchó en el campo de batalla junto con el rey hace veinte años cuando el Ejército Imperial vino a invadirnos. Fue entonces cuando perdí mi brazo derecho y mi marido falleció, luchando codo a codo con el rey. La Gran Purga se llevó a mi hijo y a mi nuera diez años atrás… y ahora no sé qué es de mi nieto ni dónde está. Muchos han sido los que han muerto combatiendo contra el Imperio. Si eres la princesa de este reino, si vas a convertirte en nuestra reina, tienes una gran carga sobre tus hombros. Prométeme que nos liberarás de esta tiranía.

A Loran se le atragantaron las palabras y solo asintió, sin saber qué decir. En el rostro arrugado de la anciana apareció una sonrisa. Levantó su brazo izquierdo al aire y gritó a todo pulmón:

—¡Salid todos y ved a quien será la futura reina de nuestra tierra! —Su voz retumbó por toda la ciudad como un trueno, ampliada por el generador mágico.

El centurión sobre el tanque la miraba con desaprobación, de brazos cruzados, e hizo otro gesto con la barbilla. Los dos soldados que estaban detrás de la anciana la apuñalaron en la espalda. Cayó al suelo con el brazo aún suspendido en el aire.

Loran dio un paso al frente mientras *Urmas* parecía aferrarse con más fuerza a su mano. Un calor antes inexistente comenzó a crecer en su ojo izquierdo. El centurión, a su vez, hizo un gesto con la mano y los tanques tomaron posiciones, levantando sus colas y apuntando las ballestas hacia Loran, quien saltó hacia delante como una flecha. Al unísono, todas las ballestas despidieron varios proyectiles, uno tras otro. No pudieron alcanzar a Loran y terminaron encajados en el suelo de piedra de la plaza. Se escucharon los chasquidos de las recargas de flechas y Loran aprovechó el momento para hacer girar a *Urmas* frente al tanque más cercano. Su mano y la empuñadura se habían hecho una y las escamas habían cubierto todo su brazo derecho hasta la punta de sus dedos. La espada estaba tan caliente que brillaba como un pequeño sol. Con una extraña agilidad, el tanque trató de evitar el golpe, pero perdió una de sus patas en el intento y se tambaleó, aunque no lo suficiente para derrumbarse. En su lugar, golpeó a Loran con una de sus pinzas y la empujó rodando por el suelo.

Las flechas de las ballestas volaron de nuevo a su alrededor, pero no lo hicieron al unísono como en el ataque anterior. Esa vez se turnaron para atacar y poder recargar los proyectiles entre medias, sin dejar de disparar ni un segundo. Loran no podía encontrar el momento de acometer contra el enemigo y se refugió tras el pedestal de piedra. Una de las flechas penetró en su hombro izquierdo. Loran apretó los dientes y observó a su alrededor para determinar la ubicación de los tanques y los soldados. Fue en ese momento cuando vio a los habitantes llenando el callejón. Eran incluso más que los que se encontraban en la plaza hace unos minutos, y seguían llegando con cuchillos de cocina, tijeras de coser o azadas de su granja, ya que los arlaníes no tenían permitido poseer armas.

El centurión gritó de pronto:

—¡No os acerquéis a la plaza o dispararemos!

La formación enemiga que se centraba en Loran se dispersó y ella aprovechó la oportunidad para correr hacia el tanque en el que

se encontraba el centurión. Hizo girar a *Urmas* y una de las pinzas del tanque cayó al suelo sin fuerza. Trató de agarrar a Loran por la cintura con la restante, pero ella lo evitó dando un gran salto hacia atrás. Su cuerpo era tan ligero que parecía tener alas. En ese momento, otro de los tanques aprovechó la oportunidad para descargar su cañón contra ella, un cañón que normalmente se usaba para abatir monstruos, caballerías y ejércitos o derribar muros. Si alcanzaba a alguien, sufriría una muerte espantosa de la que no se podría recuperar ni el cadáver; pero Loran había previsto la trayectoria. Solo hacía falta prestar atención para evitar ser alcanzado por un proyectil tan visiblemente grande como ese. El cañón acabó impactando contra la pared del edificio de la herrería que estaba tras ella, dejando un gran boquete. El herrero no se encontraba dentro porque ya se había unido al tumulto de gente, cargando su martillo.

Loran sonrió mostrando unos colmillos puntiagudos que le habían crecido de la nada. Cuanto más lejos estuviera de los tanques, más posibilidades tenía de evitar sus ataques, pero la plaza era pequeña y el callejón de salida estaba repleto de civiles. El tanque de mando que dirigía el centurión era el que contenía el generador del que se alimentaban todos. Emer le había enseñado a Loran mientras venían que, si acababa con ese tanque, los otros dejarían de funcionar y, entonces, habría ganado el combate.

Loran creó una cortina de humo sulfuroso con un giro de *Urmas* y se abalanzó de nuevo contra su objetivo. A su ojo izquierdo no le afectaba el humo y podía ver con todo lujo de detalles cómo el centurión, desconcertado y aterrorizado, gritaba órdenes a los soldados. Al ejército de liberación de Kamori no se lo veía en ninguna parte. Los que estaban resistiendo contra el Ejército con herramientas, instrumentos de labranza e incluso escobas no eran kamoríes sino arlaníes, los compatriotas de Loran, la gente que habitaba esas tierras. La batalla que se estaba librando en ese momento era entre la Legión 25 y Loran, entre el Imperio y Arland.

Loran no era una donnadie, era la princesa de Arland, la representante del Dragón.

Dos proyectiles de cañones volvieron a pasar junto a Loran, quien golpeó el suelo con fuerza y saltó hacia el cielo. Las flechas que lanzaban a la nube de humo sin ton ni son le rozaron las mejillas y los muslos, pero, en lugar de rasguños, le crecieron escamas del color de la sangre sobre las rasgaduras de su armadura. Loran volvió a mostrar sus colmillos con una sonrisa. El centurión sobre el tanque de mando desenvainó una espada y adoptó una postura defensiva. De su arma y su casco rezumaba el mismo brillo violáceo que Loran había visto en el Bosque Dehan, pero ya no le serviría de nada. Cuando Loran cayó sobre el tanque, elevó a *Urmas* sobre su cabeza.

El centurión parecía norteño. Su pelo blanco como la nieve hacía suponer que venía de la lejana Hiberia. Estaba encogido por el miedo, susurrando en un idioma que Loran desconocía. Ella lo miró a sus ojos asustados, del color del cielo despejado y, por un instante, sintió simpatía por ese hombre que había dejado su tierra para venir a un lugar desconocido a encontrar su muerte, pero otro sentimiento alzó su cabeza de pronto: la cruel y roja amalgama de ira, tristeza y deseo de venganza que llevaba grabada en su interior; y esta se impuso en su decisión. Loran cortó al centurión en dos con *Urmas*. Después la clavó bajo sus pies e invocó el fuego del Dragón. Del filo manó humo y comenzó a escapar una luz violácea. El tanque de mando explotó en el momento en que Loran saltaba de él y los trozos del vehículo rebotaron contra las escamas de su piel. Destrozado el generador del tanque de mando, los otros tanques se desmoronaron en el sitio, abatidos y sin poder moverse, por haber perdido su fuente de energía.

Los habitantes irrumpieron de pronto en la plaza. Los soldados, sin sus potentes armas y viéndose rodeados por Loran con su ojo izquierdo encendido en llamas, con *Urmas* despidiendo humo de su filo incandescente y los civiles que se agolpaban dispuestos a

matarlos, soltaron sus armas y pusieron los brazos en alto. Entonces, la gente estalló en un clamor de júbilo.

13
Caine

Caine seguía al hombre silencioso tratando de no ser visto. Se escondía entre las cabañas, los campos de cultivo afectados por las heladas y las carretas que circulaban por las calles. Parecía un hombre de mediana edad, común y corriente, con un abrigo negro similar al del muchacho. Sabía mezclarse con naturalidad entre cualquier grupo de personas que hubiera a su alrededor, pero no porque se les pareciera, sino porque adoptaba perfectamente su forma de caminar y sus gestos. Caine, que estaba haciendo uso del cien por cien de sus habilidades detectivescas, se quedó asombrado por el talento de ese hombre. La persecución se hizo larga y, para cuando llegaban al embarcadero, el sol se desvanecía y las farolas de la calle comenzaban a teñirse de azul. Caine continuó por el paseo del embarcadero. El hombre parecía dirigirse a la casa de Gladis, cuando, de pronto, giró con brusquedad y se adentró en una calle repleta de cantinas y puestos para comer. Caine solía evitar esa zona porque ahí se movían muchos carteristas al acecho de los viajeros que desembarcaban de una larga travesía en barco para comer algo. La mitad de la calle estaba atestada de puestos de comida callejeros, por lo que en el aire flotaba un olor a especias extrañas procedentes de todos los lugares del mundo, un olor que abría el apetito y atraía a los transeúntes. Caine encontró dificultades para avanzar entre los visitantes que se paraban en seco a comprar comida o simplemente a olerla; pero el hombre silencioso se escurría entre la multitud sin dificultad alguna, caminando como cualquier otro viandante.

Sin detenerse, el hombre se giró de pronto y estuvo a punto de cruzar la mirada con Caine, que se escondió en la carpa de un puesto callejero, evitándolo, y el hombre se giró de nuevo, sin que pareciera que lo había visto. La dueña del puesto, una mujer de Kasia que asaba brochetas de carne de procedencia desconocida, le gritó a Caine. Él no entendió lo que dijo, pero imaginó que no sería nada agradable, así que se disculpó reuniendo las pocas palabras que conocía de uno de los idiomas de Kasia y salió de la carpa.

La distancia entre Caine y el hombre se había agrandado un largo trecho. El muchacho continuó su persecución a contracorriente del río de personas. Mientras que él se chocó con algún transeúnte en varias ocasiones y tuvo que detenerse al ser arrastrado por la densa multitud, el hombre silencioso se movía tan ágil como si se hubiera fundido con el tumulto. A pesar de que no daba señales de haber descubierto a Caine, se escabullía con habilidad. Si se hubiera percatado, ya lo habría dejado atrás hace mucho tiempo.

Cada vez que el hombre giraba una esquina, Caine se sentía ansioso por si lo perdía o se lo encontraba de frente, porque le estuviera esperando a la vuelta. Algo en su interior le decía que, si Gladis estaba tratando con algún asesino, sería ese tipo.

El hombre se detuvo en el borde del embarcadero. Se trataba del mismo distrito, pero era un barrio totalmente diferente de la zona honrada donde Gladis tenía su residencia. El hombre se acercó a una casa destartalada y entró. Caine observó a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie vigilando y se aproximó al edificio. Sentía que ese hombre abriría la puerta en cualquier momento y lo observaría con ojos asesinos, así que buscó otra entrada. En la pared lateral de la casa, a la altura del suelo, descubrió una pequeña ventana de ventilación que parecía conducir al sótano, pero no solo era demasiado estrecha para colarse por ella, sino que estaba cerrada a cal y canto.

Se escuchó el ruido de la puerta principal abriéndose y Caine se detuvo en la callejuela y pegó el cuerpo contra la pared. El hombre silencioso deshizo sus pasos a través del mercado, tras terminar con

su tarea. A Caine se le escapó un suspiro. No le habían devuelto la daga con la que apuñaló a Dévadas en el pie, por lo que estaba desarmado. ¿Habría alguien más en el interior de la vivienda? Le sobrevino fugazmente la idea de abortar la misión y regresar, pero ahora se encontraba ante la oportunidad perfecta que no tendría más tarde, ya que sabía con certeza que el hombre silencioso no estaba allí; y no parecía alguien que pudiera derrotar en una pelea o eludir con engaños. De no haber sido por su suerte, ese día lo habría descubierto.

A pesar del frío, Caine tenía la espalda empapada en sudor. Se acercó a la puerta en puntillas y encontró un candado pesado —más propio de un almacén—, que antes no estaba. Debía haberlo puesto ahí el hombre silencioso. Observó los alrededores de nuevo y sacó dos imperdibles de su bolsillo para meterlos en la cerradura. Que hubiera un candado en la puerta solo podía significar que no había nadie en el domicilio. Caine se agachó y se concentró en abrir la cerradura, que cedió en un par de minutos. Luego, entró a la casa.

El interior era similar al exterior, propio de una casa común habitada por gente ordinaria. La entrada conectaba con un salón de paredes pintadas y una cocina muy estrecha. Por el tamaño, el primer piso debería tener dos habitaciones, tres a lo sumo. Caine se quitó los zapatos y echó un vistazo a la casa descalzo, por si cabía la mínima posibilidad de que hubiera alguien todavía. Todo estaba cubierto de polvo. En el salón no había más muebles ni decoración que una enorme alfombra vieja y roja extendida sobre el suelo. En la cocina tampoco vio utensilios ni platos. Revisó el baño del patio trasero, pero no desprendía ningún tipo de olor. Todo indicaba que nadie residía allí. Regresó al salón y subió las escaleras hacia el primer piso. Se encontró con dos habitaciones vacías, sin camas ni armarios. En una estantería divisó un recipiente de latón del tamaño de su mano. En el fondo había una vela algo derretida y pegada. Caine comprobó que tenía un encendedor en su chaqueta y tomó el recipiente. Se sentó en el último escalón, meditando dónde más debería buscar. De pronto cayó en la cuenta de que, a pesar de

haber un conducto de ventilación que daba al sótano, no había visto escaleras que condujeran a él. Miró en el patio trasero por si se le había pasado alguna pista, pero no encontró nada.

Entró al salón y se quedó observando la alfombra, la única decoración de toda la casa. Uno de los bordes estaba limpio, sin restos de polvo. Levantó la tela y halló una trampilla en el suelo. Tragó saliva, dudando momentáneamente sobre lo que debería hacer, pero se armó de valor, prendió los restos de la vela con el encendedor y bajó.

El olor a moho putrefacto era muy intenso. En un rincón del sótano había una caja de tamaño un poco mayor al de una persona adulta. Le recordó al ataúd de Fienna. Acercó la vela a la caja y pudo apreciar que estaba hecha con tablones de madera sin barnizar. Excepto algunas señales de clavos en los bordes, no había ninguna otra marca. Caine tenía la corazonada de que lo que hubiera en su interior resolvería todas sus incógnitas. Descubriría por fin la razón de la muerte de Fienna y lo que realmente buscaba el Servicio Secreto.

Abrió la tapa con cuidado. En el interior había otra caja, rodeada con una cadena de hierro. Era un ataúd de plomo. Caine no había visto nunca un generador, pero, cuando percibió la leve luz violácea que emanaba, tuvo la seguridad de que no podía tratarse de otra cosa. Se ajustó las gafas y se inclinó sobre el ataúd para leer lo que había tallado en su superficie. Notó una sutil vibración. «Frederica, generador de nivel 4. Legión 25», repitió Caine en voz baja. La tapa también tenía grabado un grifo, el emblema de esa legión.

Era un generador de uso militar. Caine recordó lo que le contó Séptima sobre el que había desaparecido en la frontera entre Arland y Kamori. Cualquiera sabía que todos los generadores eran propiedad del Imperio, aunque había muchos casos en los que se hacía compraventa con ellos, pero siempre tenían un mago encargado asignado a cada uno. Además, el Tribunal de la Verdad llevaba a cabo inspecciones regulares. Tratándose de un generador de uso militar, todavía había menos razones para tenerlo aislado en

el sótano de una casa privada. Quizá incluso Caine estuviera cometiendo un delito grave solo con mirarlo. El muchacho volvió a colocar la tapa. Había pensado que hallaría la respuesta a todas sus preguntas, pero eso solo le originó más dudas.

La vela pegada al cuenco desprendió un leve olor a humo cuando Caine la apagó. En la penumbra, abrió la trampilla a tientas y subió. Seguía sin haber nadie en la casa, por fortuna. Devolvió el cuenco a su lugar en el primer piso, esperando que el hombre no se diera cuenta de que la vela había menguado; luego salió de la casa, cerró el candado y se adentró en el callejón nocturno bañado por la luz de las farolas.

Sus pensamientos giraban únicamente en torno al generador. Si aquel hombre era realmente un subordinado de Gladis, ¿por qué tenía ella una cosa así? ¿Por qué lo había traído a la capital? ¿Y cómo era posible que una mera comerciante hubiera podido arrebatarle un generador al Ejército? ¿Era ella realmente la que estaba detrás de todo? ¿Tenía eso algo que ver con la muerte de Fienna?

Caine dudaba sobre si debía contarle lo que había descubierto a Séptima. Si el Servicio Secreto —y el Tribunal de la Verdad que se encargaba de gestionar los generadores— supiera que el que había sido robado por rebeldes en un reino vasallo se encontraba ahora en el corazón del Imperio, pondrían la ciudad patas arriba y Gladis sería atrapada o se escondería donde nunca la encontraran; entonces Caine ya no podría seguir investigando sobre todo ese asunto. No tendría forma de averiguar qué es lo que trataba de hacer Gladis para que Fienna acabara muerta. Comparado con esa conspiración que envolvía a los generadores, al Tribunal de la Verdad, al Servicio Secreto, al Ejército Imperial e incluso a los reinos vasallos, la muerte de su amiga pasaría a un segundo plano y nadie le daría importancia. La capital del Imperio era la mejor ciudad del mundo mientras que Fienna era una simple empleada de una tienda de tinturas. Muchas personas fallecían a diario. En una ciudad de semejantes dimensiones, la muerte de Fienna era un asunto

insignificante que pronto sería olvidado. Era algo inevitable en una metrópoli tan grande, pero ese pensamiento le oprimía el pecho. Caine siempre se acordaría de ella, al igual que los arlaníes que asistieron al funeral. Y, sobre todo, el culpable de su muerte. Fuera Gladis, el hombre silencioso o cualquier otro su asesino, no lo dejaría escapar ni permitiría que el asunto cayera en el olvido.

Cada vez que Caine descubría una nueva pista, todo este embrollo se volvía más peligroso. Le preocupaba que, si le ocurría algo, nadie lo sabría. Era una carga demasiado pesada para él solo. De pronto le vino a la mente Arienne. Ella era la más experta de todas las personas que conocía, pero quizá ya se habría marchado o incluso puede que la hubieran atrapado. Caine debía encontrarse con Séptima a medianoche, por lo que aún le quedaba bastante tiempo. Se decidió y tomó rumbo al establecimiento de Lucrecia.

14
Arienne

Arienne estaba tan cansada cuando se echó a dormir que pensó que no podría levantarse a tiempo, pero abrió los ojos en cuanto se puso el sol. Se sentía mucho más fresca y descansada. Cuando dejó las sábanas calientes el frío se apoderó de su cuerpo. Se vistió con la ropa que había puesto a secar y las prendas de viaje que le había comprado Caine. Había pasado los últimos seis años llevando solo túnicas: en verano, una túnica de verano, en invierno, una de invierno, y así sucesivamente. Su nueva ropa le resultaba algo incómoda por la rigidez de la tela, pero pensó que se iría ablandando y amoldando con el uso. Afuera estaba nevando. No era el día idóneo para partir; pero nunca sería una buena época para hacerlo ni tampoco tenía la libertad de elegir el momento adecuado para separarse de su vida anterior. De alguna manera, esto formaba parte de lo que el destino tenía preparado para ella, aunque esa idea la entristecía.

Eldred no había pronunciado una sola palabra después de que Arienne lo regañara. Por el momento era mejor así, porque no tendría que escucharlo hablar de morir o matar y podría despedirse de su vida en silencio, como ella quería.

Alguien llamó a la puerta. Dudó si debía responder, pero escuchó una voz conocida al otro lado:

—Si sigues ahí, ábreme. —Era Caine.

Descorrió el cerrojo y abrió la puerta. El muchacho seguía igual que cuando lo conoció, con las mismas gafas y una sonrisa forzada.

—Todavía no te has marchado. ¡Qué bien! Es mejor que te pongas en marcha cuando oscurezca más.

Lo único que había cambiado en él era su abrigo nuevo, de color negro. Arienne asintió.

—Ese era el plan. Gracias por la ropa y la mochila.

El muchacho le había comprado todo lo que necesitaba para su viaje y había pagado por su cena en la taberna de Lukan con su propio dinero. El que ella había traído estaba en la manga de su túnica, la misma que se había quitado en el mercado cuando Duffla perseguía. Lo único que le quedaba eran las monedas que había recibido de Lukan, que estaban sobre la mesa de la habitación. Arienne se ruborizó pensando en la reacción del joven ante su agradecimiento. Quizá creería que ella daba por sentado que él lo iba a pagar todo. Realmente quería devolverle el dinero, pero no se dio cuenta de que lo había perdido hasta que llegó al establecimiento de Lucrecia. De todas maneras, ayudar a un mago fugitivo era una tarea tan peligrosa que ni todo el oro del mundo alcanzaría para compensar el riesgo.

—Lo siento, creía que tenía dinero, pero no… —confesó Arienne con la cabeza gacha.

Se sentía miserable. Seguro que Caine la veía como una joven boba. El muchacho no respondió y se limitó a sentarse en la silla junto a la ventana, donde antes estuvo la ropa mojada. Arienne tomó asiento enfrente de él.

—Cuando llegué aquí tenía doce años —comenzó Caine—. No podía comunicarme y había venido solo, sin ningún adulto que me acompañara. Si Fienna no me hubiera ayudado en ese momento, no sé qué sería de mí ahora mismo.

—¿Quién es Fienna?

—Una chica que tenía cinco años más que yo. Amable, *feiguer, arlishie.* Me recuerdas un poco a ella —dijo Caine, mezclando arlaní y la lengua del Imperio.

—¿Es tu novia? —preguntó Arienne, pero se arrepintió en cuanto las palabras salieron de su boca.

—No.

—¿Tu amiga? —volvió a preguntar, sin saber bien por qué.

—Sí, pero murió hace unos días. Estoy tratando de averiguar quién lo hizo y por qué.

Arienne asintió. No tenía nada de comer o beber que ofrecerle, así que el silencio se adueñó de la estancia y se hizo complicado continuar con esa conversación. Caine fue el primero en cambiar de tema:

—¿Has pensado dónde irás?

—A cualquier lugar. Como soy una maga, podré apañármelas donde sea…

No era cierto. No sabía encantamientos que pudieran mantenerla a salvo y, por mucho que lo hiciera, no tendría el poder suficiente para evitar al Tribunal de la Verdad, que pronto iría en su busca. A pesar de ello, no sería correcto pedirle más ayuda a Caine; tampoco sabía si él aceptaría ayudarla de nuevo.

Eldred seguía en silencio y la joven se alegró de que no sugiriera matar al muchacho antes de que la delatara al Imperio.

—La verdad es que tengo un amigo que ayudó a otro mago a fugarse antes… y yo le asesoré en algunas cosas, por eso sé, más o menos, lo que conviene hacer.

—Ah… —dijo Arienne, asintiendo.

—Eso fue cosa de hace cinco años, pero todo quedó en una pérdida de tiempo porque ese mago no apareció. Si no tienes un plan todavía, me gustaría explicarte el camino que había pensado para él —Arienne asintió—. Lo primero es que salgas cuanto antes de la metrópoli. Si vas a Arland por vía marítima, tardarás cuatro días en barco hasta Ledón y, desde allí, son otros tres caminando. Sin embargo, el embarque lleva un proceso bastante riguroso y estricto, por lo que es muy fácil que te descubran, además de que dejan registro de todo… En cambio, si tomas el camino a pie por el este, tardarás alrededor de quince días. No es un trayecto peligroso. Yo tardé veinte cuando vine a Arland por primera vez, pero era pequeño y andaba más despacio.

—Todavía no he decidido que vaya a ir a Arland.

—Llamarás la atención si sales de la capital y hablas con esa lengua del Imperio tan correcta —explicó Caine—. Si no sabes hablar ningún otro idioma, lo más seguro para ti es esconderte en Arland. Además —añadió con una sonrisa—, hoy escuché algo muy interesante en el funeral de Fienna. Resulta que ha aparecido alguien que dice ser la princesa de Arland y que está luchando contra el Ejército Imperial. Incluso se rumorea que es una enviada del dragón y que lleva una espada de fuego.

El último rey de Arland murió cuando Arienne apenas había nacido y tenía entendido que no dejó herederos. ¿Acaso tenía una hija oculta? Arienne se imaginó a una mujer joven con una armadura brillante y una corona dorada, subida a lomos del Dragón empuñando una espada en llamas. La princesa de su imaginación, por alguna razón, se parecía a ella.

—Si esa persona hace las cosas bien, el Imperio no tendrá tiempo para perseguir a ningún mago fugitivo.

Caine le explicó las calles y los caminos que debía tomar, además de todos los nombres de las posadas y las villas por las que pasaría en su viaje. Algunos lugares tenía que evitarlos a toda costa; mientras que otros eran una parada necesaria. Arienne los repitió una y otra vez en su cabeza para no olvidarlos. Era evidente que el mago al que iba a ayudar Caine también se dirigía a Arland o a Kamori y, si había ocurrido hacía cinco años, podría tratarse de aquel esqueleto del sótano.

—Gracias.

—Pero… —dijo Caine, con el rostro ensombrecido— me gustaría preguntarte un par de cosas a cambio.

Arienne se tensó.

—¿Qué sabes de los generadores de nivel 4?

—Pues, que no son generadores muy comunes. Los de nivel 5 y los siguientes de mayor nivel, como el que me preguntas, son de uso militar, aunque también hay unos pocos en oficinas de las prefecturas o en fábricas importantes.

Era información básica que había aprendido en la Academia. Se extrañó de que no todos lo supieran.

—¿Hay alguna manera de usarlos sin un mago encargado?

—Incluso los generadores de niveles más bajos, como el 8, necesitan un mago que se ocupe de ellos y de su mantenimiento. Tienen que crear una cadena y organizar la distribución de la energía mágica. Los aparatos que van a ser conectados u operados por el generador también son diseñados por los magos encargados. Es imposible que funcionen por sí mismos, solo serían como una caja peligrosa.

—¿Cómo de peligrosa?

—En el caso de un generador de nivel 4, especialmente inestable, si se usa incorrectamente podría hacer estallar una casa de tamaño considerable.

La joven sabía de memoria los números exactos, pero dudaba que Caine conociera las unidades que usaban al hablar de fugas mágicas. El muchacho parecía meditar algo y Arienne no pudo aguantar la curiosidad:

—¿Por qué me lo preguntas?

—Esto es un secreto —confesó él—. Incluso más confidencial que el hecho de que seas una maga fugitiva.

—Entonces, ¿no me lo vas a contar?

—A eso he venido, precisamente —dijo Caine, que se puso serio de pronto.

—¿Por qué a mí?

—Alguien más debería saberlo. A ser posible, alguien que entienda la situación mejor que yo —el muchacho se acercó a ella y le confesó en voz baja—: En una casa vacía en la zona del embarcadero hay un generador de nivel 4 escondido.

A la joven se le escapó un aspaviento.

—¿Un generador militar? Pero ¿quién y cómo lo hizo?

Cayó en la cuenta de que el asunto le concernía, porque ella misma estaba huyendo con el generador Eldred escondido en su mente. Incluso podría decirse que también se había robado a sí

misma, que debía convertirse en un generador más adelante. Comprendía por qué Caine le había contado eso precisamente a ella, pues necesitaba un confidente que no lo entregara al Tribunal de la Verdad.

—Seguramente la resistencia de Kamori o Arland... Conoces el Bosque Dehan, ¿verdad? Ese que está en la frontera de ambos reinos. Parece que el Ejército fue atacado allí y les arrebataron el generador. Encontré dónde lo han escondido, pero no tengo ni idea de qué harán con él.

—¿Pero por qué te pusiste a buscar algo así?

—No fue porque lo estuviera buscando.

Arienne se puso a pensar rápidamente. No era difícil esconder un generador, lo difícil era ocultar la instalación para operarlo. Sería como esconder algo similar a un molino o un aserradero. Quizá sería posible en un punto remoto de alguna montaña, pero lo descubrirían fácilmente en la capital imperial habitada por millones de personas. Sería imposible esconderlo en un lugar que no levantara sospechas.

—Sí que sirve para algo —interrumpió Eldred de pronto, sorprendiendo a la joven—. Hay algo que se puede hacer en la capital con un generador. Libérame de las vendas.

Arienne se asomó a la habitación de su mente y vio dibujada una sonrisa malévola en sus labios resecos, a través de los huecos del vendaje. Pareciera que estuviera pensando: «Ahora que voy a darte lo que anhelas, concédeme a mí lo que yo deseo». La joven quería serle de ayuda a Caine, pero para ello tendría que revelarle ella también un secreto.

—Yo también tengo algo que mostrarte. No te asustes demasiado —dijo Arienne con calma, aunque sentía que el corazón se le iba a salir del pecho.

—¿El qué? —preguntó Caine, confuso.

Arienne liberó las vendas que ocultaban el rostro de Eldred y apareció una cara marchita y consumida. No tenía cejas y sus globos oculares estaban encogidos, casi consumidos. En el lugar donde debía tener la nariz había dos agujeros oscuros y desagradables. Un

desgarrón cruzaba su boca de lado a lado y dejaba ver algunos huecos entre los dientes. Arienne usó el vendaje para crear un círculo en el centro de la habitación, lo suficientemente grande para que una persona pudiera cruzarlo. En su interior apareció un remolino violáceo. Al mismo tiempo, otro círculo surgió en medio del cuarto del tercer piso del establecimiento de Lucrecia, donde la joven y el muchacho se encontraban. Ese también empezó a arremolinarse con una energía de color violáceo en el centro. Caine se sorprendió mucho, como era de esperar.

—Entra —pidió Arienne.

Dudoso, Caine se levantó del asiento y extendió una mano al interior del remolino. Dentro del círculo en la mente de Arienne apareció el brazo del muchacho. Este miró a la joven una última vez y se adentró en el círculo violáceo.

15
Loran

—Como saben, yo nunca autoricé a la Legión 25 a provocar estos disturbios en la ciudad —se excusó Gesperos—. La ejecución de ciudadanos en la plaza, sin un juicio previo pertinente, es algo impensable a la luz de las leyes del Imperio y de la ética humana.

Al día siguiente de lo sucedido, Gwaharad y Loran habían ido a la prefectura a pedirle explicaciones al prefecto Gesperos. Habían llegado como representantes de los ciudadanos en una visita de protesta, pero se trataba de un mero formalismo. Tanto Loran como el prefecto eran plenamente conscientes de que los cien soldados kamoríes que habían tomado como rehenes a los soldados del Ejército habían venido a invadir la ciudad.

Gesperos tenía el cabello más canoso y más arrugas en el rostro de lo que Loran recordaba. Como la cosa terminó así — continuó—, seguramente la comandante en jefe Aurelia hará un comunicado donde explique que se trató de una unidad de la Legión 25 que actuó por cuenta propia. Los soldados en su mayoría proceden de Faidi, la lejana región del norte, aquella tribu de salvajes que vivía de los saqueos. La comandante se encuentra ahora de camino desde Rammania con el resto del cuerpo, por lo que no se le puede adjudicar la culpa a ella, ya que no estaba presente.

En la oficina de la prefectura, una cortina tenía grabado el emblema del Imperio: la cabeza de dos halcones. A Loran le llamaron la atención los muebles de madera negra y lujosa proveniente de alguna de las provincias fuera del Imperio. En la pared colgaba un retrato del prefecto, pomposo y de colores vivos.

—Resistirse a la violencia indebida es un derecho natural de todos los ciudadanos del Imperio. Incluso si se trata del Ejército Imperial; cometieron un acto privado e ilegal y, ante eso… —explicaba el prefecto.

Las escamas ya se habían caído del rostro de Loran y las llamas de su ojo izquierdo se habían consumido, pero la ira se mantenía intacta. Gesperos era el mismo que había ordenado la ejecución de un centenar de ciudadanos y, años más tarde, la de su hija y su marido, que los lloraron. Cuando trató de salvar sus vidas, por mucho que rogó, no pudo encontrarse con él; y ahora estaba frente a ella y Gwaharad, inventando pretextos sin vergüenza alguna.

—La presencia del Ejército —prosiguió— es necesaria para mantener la seguridad de Lontaria, incluyendo, por supuesto, a Arland. En raras ocasiones ocurren incidentes como estos. Mediar en esa situación es mi labor como prefecto…

Loran quería cogerlo del cuello y atravesarlo con el filo de *Urmas*. Ansiaba pedirle explicaciones por la muerte de su familia. Le hervía la sangre, pero se esforzó en no mostrarlo, a petición de Gwaharad. Antes de llegar, le había explicado que no debían tener a Gesperos como enemigo. Era el único que podía convencer al Imperio de que la Legión 25 tenía toda la culpa de lo sucedido, lo que era una oportunidad para crear fricción entre la prefectura y los soldados. Convenía que esas partes no formaran un solo bando.

—Además, por mucho que se hable de ustedes como una fuerza rebelde, yo aquí no veo ninguna prueba de ello. Os hacéis llamar rey y princesa, pero eso no es ningún pecado. Si fuera así, entonces tendrían que pedir las cabezas de todos esos comerciantes que dicen ser el «rey del transporte marítimo», el «rey de la sal» o cosas parecidas. Por otro lado, yo mismo conozco a varias mujeres más que se llaman princesas en esta ciudad, ¡jo, jo, jo!

Loran reprimió el impulso de quemar vivo a ese carcamal hasta convertirlo en ceniza.

—Así que, ¿qué les parece si hacemos esto? Ustedes se retiran de la ciudad y yo hablo en su favor ante el Imperio. Así nadie saldrá

perjudicado.

—Eso sería lo correcto —respondió Gwaharad—. Sin embargo, ya que nosotros fuimos quienes nos encargamos de reprimir los disturbios y restaurar el orden público, considero que somos merecedores de una recompensa acorde, ¿no le parece?

Loran se giró de golpe hacia el rey, pero este tenía su mirada fija en Gesperos. No lograba discernir si no la había visto o si la estaba ignorando.

—Por supuesto. ¿Qué tal diez mil denarios?

—Mejor que sean trece mil, y no de plata, sino de oro.

—Entonces, puedo darle once mil.

—Arland es afortunada de tener un prefecto tan sabio.

Parecía una conversación entre mercaderes. A pesar de las miradas de protesta que Loran le lanzaba a Gwaharad, él no se giró hacia ella ni una vez. El prefecto fue el único que la miró de reojo en varias ocasiones. Parecían dos personas haciendo un simple acuerdo de negocios. Loran no pudo aguantar más.

—Su Majestad, ¿de qué va todo esto?

Ambos hombres detuvieron la conversación y se giraron hacia ella, que había hablado con una voz tranquila y digna.

—Dos personas inocentes murieron hoy y los soldados del Ejército crearon disturbios en la ciudad. ¿Acaso esto se puede arreglar con dinero? —protestó Loran.

Gesperos se aclaró la garganta, sorprendido por esas palabras, y Gwaharad chasqueó la lengua como si tuviera algo más que decir.

—Usted también lo acaba de escuchar, Loran —trató de razonar con ella—. No es un asunto relacionado con el prefecto, sino que fue obra del Ejército Imperial. Algún día les llegará la hora de pagar por su brutalidad.

—La distinción entre el Ejército Imperial y las prefecturas es solo una formalidad impuesta por el mismo Imperio. ¿Cómo puede creer sus palabras? ¿Acaso existirían las prefecturas sin el Imperio o viceversa?

Loran desenvainó a *Urmas* y Gesperos soltó un aspaviento, retrocediendo hacia la ventana soltando una gran bocanada de aire. De pronto, se tropezó, perdió el equilibrio y se aferró a la cortina con ambas manos para no caerse. La voz de Loran se volvió más grave y fuerte y su nuevo antifaz comenzó a despedir un poco de humo.

—Usted sabe bien que si corto en dos a este individuo el Imperio buscará venganza y, aun así ¿sigue hablando de ambos como entidades separadas?

Gwaharad extendió su mano, perplejo.

—¡Cálmese, princesa!

¿Ahora volvía a ser princesa? Loran no apartó la vista del prefecto.

—Si se comporta así ahora —dijo Gwaharad—, ya sabe cómo acabará la historia.

Loran sabía bien que si mataba al prefecto no habría marcha atrás. Si ambos estaban hablando con él era gracias a que la ciudadanía se había envalentonado por la batalla contra los tanques y a que Gesperos quería arreglar la situación, culpando al Ejército de haber llevado a cabo un acto no autorizado. Si realmente esto se tratara de una guerra, la prefectura habría cerrado sus puertas y esperado a que la Legión 25 viniera en su rescate. El Imperio seguía teniendo a Loran y Gwaharad en la palma de su mano.

La mujer bajó el filo de su espada y Gwaharad trató de calmarla:

—No olvide que está poniendo en juego la vida de cientos y miles de personas, no solo de dos. Si todo el cuerpo de la Legión 25 llegara a cernirse sobre Arland, ¿qué cree que pasaría?

El ojo izquierdo de Loran perdió la vista de nuevo y el humo de *Urmas* se consumió. Gwaharad se acercó a ella.

—La liberación no es algo que se pueda conseguir de la noche a la mañana. Si actúa de manera imprudente, todo será en vano. Por favor, no lo olvide —dijo el rey de Kamori con un tono de voz más suave.

El prefecto parecía seguir atemorizado, pues no soltaba las cortinas.

—Prefecto Gesperos, le pido que la disculpe. La princesa todavía no entiende muy bien las normas por las que se rige nuestro mundo y pecó de grosera con usted.

Loran guardó su espada y Gesperos carraspeó mientras se incorporaba con ayuda de la cortina. Varios guardias entraron a la sala, pero el prefecto los mandó fuera con un gesto. Miró a Loran por el rabillo del ojo un instante, se arregló la ropa y volvió a adoptar su postura digna de antes.

—¿Cómo nos hará entrega de esa recompensa? —preguntó Gwaharad.

—Me aseguraré de que lo preparen todo para que ustedes lo reciban cuando se marchen. ¿Qué les parece si almuerzan conmigo antes de irse?

Parecía que la conversación seguía marchando sin problemas entre ambos hombres, como si nada hubiera sucedido. Perdida en sus pensamientos, Loran miraba los dos halcones dorados dibujados en las cortinas rojas. El Imperio era demasiado poderoso. Por mucha fuerza que Loran tuviera, por muy candente que fuera el filo de *Urmas*, no sería suficiente para frenar al ejército y expulsar al Imperio. Era mejor conseguir lo que se pudiera de ese encuentro y no marcharse con las manos vacías. Quizá la lógica de Gwaharad fuera acertada. Sin embargo, había algo que todavía no lograba comprender.

—¿Qué piensa hacer con tantos denarios? —preguntó Loran, interrumpiendo la conversación de los dos hombres.

El prefecto frunció el ceño y Gwaharad respondió tras vacilar un instante.

—Lo usaremos como fondo para nuestro ejército, claro. No tiene de qué preocuparse, Loran. Planeo discutirlo con mis consejeros para que no se desperdicie ni una sola moneda.

—El dinero que le ofrece el prefecto son impuestos que pagaron los habitantes de Arland con su sangre, sudor y lágrimas. ¿Por qué

habría de quedárselo el ejército de Kamori?

—Ya se lo dije antes, pero se lo diré de nuevo —dijo Gwaharad con una sonrisa incómoda dibujada en el rostro—. El ejército de Kamori no está luchando solo por los suyos, sino por los Tres Reinos. Me gustaría que lo viera con perspectiva. Algún día le llegará su turno, pri…

—Ese dinero es, además, el precio de las cabezas de dos arlaníes. —Gwaharad trató de decir algo, pero Loran no lo dejó—. La anciana que murió hoy en la plaza no tuvo suficiente con que el Imperio le arrebatara a su esposo, su hijo y su nuera, sino que ella misma tuvo que morir a manos de sus soldados. ¿Me está diciendo que intercambiará esa amargura por dinero con el que llenarse el estómago?

—¡Tenga cuidado con lo que dice!

El campo visual de Loran se tiñó de verde y su antifaz envuelto en llamas cayó al suelo. Loran dio un paso al frente, pisando la tela bajo sus pies y apagando así el fuego.

—Por mucho que las víctimas fueran habitantes de otro reino, ¿cómo puede tener tan pocos escrúpulos? ¿Cómo se puede considerar a sí mismo rey? Más aún, ¿cómo se atreve a hablar en nombre de los Tres Reinos?

Gwaharad tenía los ojos como platos y su mano derecha, temblorosa, se aferró a la empuñadura de su espada. Loran sacó a *Urmas* y la hizo girar al instante, pero no hacia él, sino hacia el prefecto. En cuestión de segundos, la mitad de la estancia se encontró envuelta en llamas verdes. El prefecto gritó, pero el rugido de las llamas sobrepasó sus alaridos hasta que ya no se escucharon más. Gwaharad miró a Loran, atónito. Luego salió de la sala, evitando el reguero de llamas que se extendía. Loran se quedó allí, viendo arder la cortina roja.

16
Caine

Caine entró en lo que parecía la habitación de una joven. Había una cajonera y una pequeña cama sobre la que se sentaba una persona enjuta y envuelta en vendas y con el rostro mustio, como el de un cadáver. El vendaje le cubría el tronco y los brazos, además de rodearle ambas piernas, impidiéndole cualquier movimiento. Él no podía identificar si se trataba de un hombre o de una mujer. Fuera como fuese, realmente parecía un cadáver. Su boca era una rasgadura de lado a lado que dejaba ver algunos dientes.

Caine trató de mantener la compostura. Ese era un lugar incomprensible para una persona normal, aunque tampoco quería entenderlo. Trató de no mirar al cadáver y se quedó observando los libros colocados sobre la cajonera. La mayoría eran novelas de aventuras sobre héroes del Imperio. Caine no había leído prácticamente ninguno, pero sí conocía todos los títulos. Le llamó la atención un libro grande que estaba encajado a la fuerza entre los otros más pequeños: *El mago de Mersia*. Ese era el único que no conocía, pero, si la historia trataba sobre Mersia, debía referirse a esa tierra de prados verdes que se rebeló contra el Imperio y acabó convertida en un desierto de la noche a la mañana. Cuando trataba de agarrarlo, Arienne habló tras él:

—Esta es una habitación falsa que creé a semejanza de la mía en mi tierra natal. Estamos dentro de mi mente.

La ventana sobre los libros se abría hacia un paisaje rural de algún lugar de Arland, pero lo que se veía tras la puerta era la más absoluta oscuridad. Cuando Arienne entró a la habitación, la

oscuridad la siguió como humo pegado a las faldas de su ropa y desapareció succionada por las ranuras de la puerta en cuanto esta se cerró.

—Esta tampoco soy la yo real. —Arienne se señaló con el dedo —. Yo estoy fuera, sentada en la habitación de Lucrecia. Esta es la imagen mental que tengo de mí.

—Quieres decir que mi cuerpo está aquí, pero ¿el tuyo no? —preguntó Caine alejando la mano del libro.

Arienne asintió.

—No lo he intentado nunca, pero no me parece posible que yo pueda entrar a mi propia mente.

Ese lugar imaginario había sido creado con una lógica que escapaba a su entendimiento y no podía saber qué era posible o no. El muchacho se giró hacia el cadáver.

—Esa persona… —explicó Arienne— es el generador. Se llama Eldred.

Caine esperó a que la joven continuara su historia.

—Lo robé del sótano de mi escuela.

—¿Por qué?

—Porque él me lo pidió. Me dijo que me ayudaría a escapar y que me enseñaría magia.

—¿Los generadores pueden usar la magia y hablar? —preguntó Caine, confuso.

—Eldred es especial. No puede hacer ningún encantamiento, al menos desde aquí. O eso creo.

—¿Eso crees?

—Si pudiera, ya lo habría hecho.

Las comisuras de Eldred se rasgaron varios centímetros más. Esa sonrisa le recordó al cuerpo inerte de la chica que vio el año pasado en el establecimiento de Lucrecia, aunque, al mismo tiempo, también le hizo evocar la sonrisa del asesino que persiguió hasta el tejado.

A Caine nunca le había gustado la magia. Cuando la gente se encontraba con algo que no podía comprender, le echaba la culpa a

un mago escondido o a un generador estropeado, ignorando los hechos que tenía frente a sus narices. Caine pensaba que no esforzarse en buscar la causa era una actitud de holgazanes, aunque era cierto que existían los magos y la magia. Así, esta se volvía la excusa para todo. Hacía el mundo más complicado y a las personas más necias. Ahora se encontraba en una habitación creada en la mente de Arienne, donde podía ocurrir cualquier cosa. No sería raro que de pronto se derrumbaran las paredes y lo atacaran monstruos horribles, y a Caine le desagradaba sentirse así de impotente.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó él.

Arienne se puso tensa. El muchacho había revelado la incomodidad que sentía. Le volvió a preguntar con un tono más calmado y Arienne se relajó.

—Porque Eldred debe saber la utilidad de ese generador que has encontrado.

—¿Y no podías contarme tú lo que te dijera?

—Yo también tenía un secreto que no quería guardar sola.

Caine lo podía entender, así que no dijo nada más. Asintió y miró a Eldred. Quería escuchar lo que dijera y salir cuanto antes de allí.

—Bueno, será mejor que te explique —dijo de pronto el mago. De entre sus labios marchitos se escapó un aliento lleno de polvo—. Seguramente ya sepas que el Imperio tiene un aparato llamado el Circuito del Destino.

Caine había escuchado antes algo sobre ello. Usaban varios generadores para predecir el futuro. Era uno de los tesoros que habían contribuido enormemente a la conquista mundial del Imperio, pero a Caine nunca le había importado, al menos hasta ese momento.

—Podría decirse que es la reliquia más importante del Imperio, su último gran logro mágico. El último antes de que los magos se volvieran tan patéticos que solo aprendieran a encender velas —dijo Eldred, mirando de reojo a Arienne con sus cuencas diminutas—. Van a introducirlo de contrabando y conectarlo al Circuito.

—¿Y qué pueden conseguir con eso? —preguntó la joven—. El aparato se compone de decenas de generadores. No pueden hacerse con el control con un generador de nivel 4.

—Claro —dijo Eldred—, no es tarea fácil controlar 327 generadores de nivel 3 o superior.

Arienne se sorprendió.

—¿Cómo conoces la cantidad exacta?

—¿Quién sabe?

Caine escuchaba la conversación atento. Arienne sospechaba del mago, quizá la había engañado antes, e incluso era posible que también la hubiera manipulado para que lo sacara de la escuela. Sin embargo, Eldred disfrutaba con ello. Parecía sentir poder al esconder su verdadero ser. Caine no pudo permanecer más tiempo callado y respondió en su lugar.

—Eso es… porque Eldred era el mago encargado del Circuito del Destino.

Los párpados pegados y resecos del mago temblaron un instante.

—Parece que eres bastante listo, pero te equivocas.

Caine habló sin dejarle oportunidad de continuar.

—Entonces, eras un miembro del Circuito.

Arienne los miró a ambos sorprendida. Eldred agrandó aún más su sonrisa rasgada.

—Eso no es lo importante ahora. Piénsalo. Si no pueden hacerse con el control, ¿qué es lo que sí pueden hacer?

—¿Acaso planean hacerlo explotar por medio de ese generador? ¿Más de trescientos generadores de nivel 3? Volaría por los aires la capital entera… —apuntó Arienne.

De pronto pareció darse cuenta de la situación y se quedó mirando a Caine, que se encontraba absorto en sus pensamientos. Por un lado, estaba Gladis, investigada por el Servicio Secreto por sospechas de traición; por otro, el generador robado por los rebeldes. A eso había que sumarle el hombre silencioso que había entrado a la casa donde ocultaban el generador. Además, la llamada

«princesa de Arland». Sin olvidar, por supuesto, el Circuito del Destino. ¿Dónde entraba Fienna en esa ecuación? ¿Sería realmente coincidencia haberse topado con Arienne y Eldred?

—No sabemos si serán tan desalmados. Hay otra posibilidad. ¿Conocéis la Estrella de Mersia?

No había nadie que no la conociera. Mersia había sido un reino vasallo que declaró su independencia del Imperio y este lo convirtió en un páramo desolado. El arma que usaron en ese entonces, alimentada por un generador, pasó a ser conocida como la «Estrella de Mersia». Nadie sabía exactamente lo que era y había muchos que dudaban de su existencia; pero, a pesar de ello, era el arma definitiva que todos temían. Eldred observó la expresión de Caine y, viendo que no hablaba, continuó su historia.

—Si hacen explotar el Circuito, la capital recibirá un ataque fatal. En Mersia no queda nada vivo, ni una hoja, ni una lombriz. Solo quedan cenizas, polvo y muerte. Si la estrella brillara en el centro del Imperio, este correría el mismo final. ¿Os dais cuenta? El Circuito del Destino no sirve solo para invocar profecías o ver el futuro, es un aparato para *crear* el futuro, para *crear* el destino. La Estrella de Mersia es uno de los usos del Circuito, uno que el Imperio nunca volverá a utilizar.

—¿Cómo que nunca lo volverá a utilizar? —preguntó Caine, sin entender a lo que se refería.

—La Estrella no fue creada para ser usada ni apareció por petición del Imperio. Mersia siempre había sido su perro fiel y en ninguna ocasión declaró su independencia.

—Entonces —dijo Arienne—, ¿quién y por qué ordenó la destrucción de Mersia?

La sonrisa de Eldred se alargó todavía más.

—¿Quién sabe?

Después de que Caine saliera de la habitación de su mente, Arienne se quedó sentada sobre el colchón sin mediar palabra durante un rato. La mochila que tenía sus artículos para el viaje estaba apoyada

junto a la cama y Caine se sentó junto a ella, en el suelo. La única posibilidad que se le ocurría era que Eldred estuviera mintiendo. No lograba encontrar otra explicación. La historia de los rebeldes que quieren destruir el epicentro del Imperio sonaba a propaganda del Servicio Secreto. Sin embargo, precisamente por eso, todavía parecía más cierta.

—¿Deberíamos contárselo a la patrulla de vigilancia? —preguntó Arienne, sin creer todavía lo que había escuchado.

Esa medianoche Caine debía encontrarse con Séptima. Si decidían informar a alguien, decírselo a ella sería lo más razonable, pero le preocupaba cometer un error al hacerlo. Para muchas personas, el Imperio era su mundo. Era algo tangente y vivo, como la tierra o el mar. Lo que estaba a punto de pasar, fuera lo que fuese, sería como si un terremoto o un tsunami los azotara. Aunque no se puede llamar desastre natural a algo que crean los humanos. En realidad, el Imperio no era algo natural como las montañas o los ríos. Era algo artificial, creado y mantenido por personas. Los habitantes de los reinos que fueron conquistados tampoco esperarían que su rey ni su Senado cayera hasta que realmente sucedió.

—Creo que deberíamos intentar hablarlo con alguien. Habría que verificarlo con el responsable.

—¿Sabes quién es?

—Tengo una idea de quién podría ser —dijo Caine con un suspiro.

Por supuesto, debía de ser Gladis. Aunque quizá hubiera alguien más entre bastidores.

—Yo me iré de la capital como tenía planeado —dijo Arienne—. Puede que descubra algo más en Arland, sobre todo si llego a encontrar a la princesa…

Caine asintió. La encontrara o no, gente de fuera de la capital debía de saber mejor lo que estaba sucediendo.

—Ya que estoy siendo perseguida… —dijo Arienne de pronto—, no seré de ayuda para ti. Y aunque ese no fuera el caso, no conozco

ninguna manera de contribuir.

La joven se levantó de la cama.

—Si la capital llegara a reducirse a cenizas, ¿podría Arland ser libre? —preguntó Caine.

—Quizá el mundo entero se levante contra el Imperio. Aun así, ¿qué conseguirían con ello? Ya habrán muerto cientos de miles de personas. Nosotros mismos hemos vivido aquí durante muchos años. Morirán todos nuestros conocidos… Es irónico que sea yo quien diga esto cuando estoy a punto de huir de la ciudad.

Caine sabía que no morirían todos, pero sí que perderían sus casas y sus trabajos. La vieja Ágata, Lukan, Lucrecia, el chico de la tienda de artículos del mercado… y toda la gente que asistió al funeral de Fienna. La sensación de agobio volvió a oprimirle el pecho. Justo en ese momento, todo encajó. Estaba claro que Fienna también lo sabía y que sintió lo mismo que acababa de sentir él.

Caine por fin había averiguado la razón por la que Fienna había muerto.

17
Caine

Caine llamó a la puerta del escondite donde se encontraba el Servicio Secreto, en la zona del embarcadero. Todavía no había digerido la magnitud del asunto en el que se había metido. Por un lado, Eldred había dicho que Gladis quería destruir la metrópoli del Imperio con una explosión en cadena de cientos de generadores, tal vez recurriendo de nuevo a la Estrella de Mersia. Nunca había oído que nadie hubiera llevado a cabo algo semejante. Otros apuntaban que la llamada «princesa de Arland» era una heroína lo suficientemente fuerte como para derrotar al Ejército Imperial por su propia cuenta, e incluso se decía que era la encarnación del Dragón de Fuego. Si eso realmente era cierto, entonces, ella sí que sería capaz de algo así. Sin embargo, no resultaba lógico que la heroína que estaba luchando contra el Ejército, espada en mano, estuviera planeando, a la vez, la masacre indiscriminada de toda una ciudad a distancia. Caine se dio cuenta de que, en el fondo, estaba defendiendo a la princesa y deseaba que no tuviera nada que ver con Gladis para poder seguir estando de su parte.

La puerta se abrió y tras ella apareció Séptima. Vestía la misma estola negra del día anterior. Entre los pliegues de la tela que le rodeaba el pecho se podían apreciar algunas manchas un poco más oscuras, fruto del vino que tomó en el bar de Lukan y que le salpicó cuando este zarandeaba la barra con el trapo. A pesar de llevar maquillaje, una sombra débil se dibujaba bajo los ojos de la mujer y el aroma a perfume ya se había desvanecido. Su perfecto recogido tenía ahora varios mechones despeinados que se escapaban.

Dévadas y el gordinflón estaban igual de demacrados. El gordo se encontraba sentado del revés en la silla, apoyando la barbilla en el respaldo mientras observaba a Caine con reticencia. El gigante descansaba la espalda sobre la pared con los ojos cerrados, quizá incluso estuviera dormido.

—Llegaste puntual. ¿Fue alguien sospechoso al funeral? —preguntó Séptima, con una voz dominada por el cansancio. Caine asintió— ¿Lo conocías?

El muchacho sacudió la cabeza y explicó:

—Abrigo negro, constitución normal, altura media y buena cantidad de pelo. No tuve oportunidad de verle bien la cara.

—Deberíamos ir al mercado y lanzar una piedra al aire. Seguro que le cae en la cabeza a ese tipo —se burló el gordinflón, de nombre aún desconocido.

—No es mi culpa que se parezca a cualquier persona común y corriente —respondió Caine encogiéndose de hombros.

—¿Ya te crees que eres parte del Servicio Secreto porque te hemos dado unas monedas? Este mocoso…

Si no hubiera sido el tipo rechoncho quien había dicho eso, Caine se habría aguantado la risita. Algo salió volando en su dirección. El chico agachó la cabeza justo a tiempo para evitarlo y escuchó un estallido tras él. Un jarro acababa de hacerse pedazos a sus espaldas. Parece que el gordinflón se había enfadado, pero no lo suficiente como para levantarse de su asiento. Séptima le habló de pronto al muchacho:

—Oye, chico.

—¿Sí?

La mujer guardó silencio. Se mordió la uña del pulgar unos segundos, pensativa, y se acercó un paso más hacia Caine.

—¿No ocurrió nada más?

—¿Cómo?

—Ya lo has oído, que si no ocurrió nada más.

—Nada importante…

—Maldito tejón mentiroso —interrumpió el gordinflón.

La palabra «tejón» era un insulto comúnmente usado para referirse a los habitantes de los reinos vasallos del noroeste.

—Ya sabemos que compraste una gran cantidad de productos en el mercado esta mañana. Pensamos que tratabas de escapar con los pocos fondos que te proporcionamos; pero, para nuestra sorpresa, nos contaron que lo enviaste al burdel.

Caine volvió a sentir el agobio tomando control de su cuerpo. No pensaba que lo fueran a vigilar. ¿Por qué se habían tomado tantas molestias? Como había apuntado el gordinflón, el saco de monedas que le dieron no era una cantidad pequeña, pero tampoco podría sacarlo de la miseria para siempre. Aunque Caine se hubiera escapado con ese dinero, cualquier otro agente se habría encogido de hombros sin darle más importancia. ¿Por qué esas personas tan ocupadas como para no poder ni cambiarse de ropa y andar con los ojos inyectados en sangre estaban vigilando a un simple informante de la calle? No, esa pregunta no tenía cabida, ya que los informantes de reinos vasallos no eran más que una herramienta del Servicio Secreto y, por supuesto, los dueños debían estar al tanto de todo lo que sucedía con sus cosas.

Dévadas se había apoyado sobre la única puerta de salida, con una mirada penetrante y amenazadora. Caine no quería ni imaginar lo que pasaría si decía algo fuera de lugar. Las gafas le resbalaron hasta la punta de la nariz por el sudor. Notaba que trataban de incitarlo a hablar sobre el hombre silencioso y el generador. Estaba seguro de que algún día podría hacerlo, pero todavía no era el momento; primero debía encontrar a Gladis para averiguar qué estaba sucediendo. Caine se puso a trazar un plan.

—Parecías inteligente, pero me has decepcionado —dijo Séptima.

—Será mejor que lo enviemos a la oficina principal —añadió el gordo.

Caine conocía a varias personas que habían regresado con vida después de ser capturados por el Servicio Secreto y solo uno de ellos podía andar por sus propios medios. Séptima se quedó mirándolo.

—Piénsatelo bien un momento y cuéntanos. Te aconsejo que nos digas la verdad.

—Hay una chica de mi tierra —dijo Caine con un suspiro—. No puede seguir aquí, así que la estoy ayudando a escapar de la capital.

—¿Quién? —preguntó Séptima.

—Una joven llamada Arienne —se arriesgó Caine.

Séptima y el tipo rechoncho se miraron y el muchacho se dio cuenta de que su mentira había pasado la prueba.

—Me dijo que tenía una deuda con alguien peligroso.

—¿La conoces bien? —dijo Séptima.

—Simplemente es una vecina de mi tierra natal. Nos conocimos hace poco.

—¿Adónde dijo que iría?

—¿Y eso qué os importa?

Séptima acercó la punta de su dedo índice a la nariz de Caine y le subió las gafas.

—Dijo que iría a su tierra natal a construir una granja — explicó él, pretendiendo dudar.

Séptima esbozó una media sonrisa mientras el gordinflón estallaba en carcajadas.

—Parece que al final sí tendremos algo que darle a los del Tribunal.

—¿Al Tribunal de la Verdad? —preguntó el muchacho.

—Estúpido crío. —El tipo le golpeó la nuca con la mano—. ¿Acaso sabes a quién estás ayudando? Es una maga fugitiva de la Academia Imperial.

Caine se armó de sus mejores dotes interpretativas y se hizo el sorprendido.

—Y yo… ¡No sabía nada! Lo juro, ¡ella nunca dijo nada de eso!

Séptima inclinó la cabeza y se quedó observándolo. Le estaba preguntando si decía la verdad, pero no con palabras, sino con la mirada, con unos ojos marrones que parecían capaces de averiguar cualquier cosa. Caine trató de no oponer resistencia y se enfocó en mantener su mentira creíble. La mirada de la mujer se suavizó y

habló de nuevo, pero esta vez con un tono menos duro y de advertencia:

—Caine, será mejor que trates de acordarte. ¿Por dónde te dijo que se iría?

No podía permitirse ningún error ahora.

—Como en el embarcadero estarían esperándola los cobradores, dijo que iría por tierra… Pero no sé exactamente por dónde.

—Entonces irá en barco —dijo el gordinflón.

—¿Cómo? —preguntó Caine, fingiendo que no comprendía la situación.

—Hace apenas unos días que la conoces —explicó Séptima—. ¿De verdad eres tan ingenuo de creer que va a contarte todo su plan?

—Entonces, ¿no será también mentira que vaya a su tierra natal? —pretendió de nuevo.

—¿Dónde más iría una joven que llegó a la ciudad con diez años y que ha vivido encerrada en la Academia desde entonces sino a su tierra natal? Seguramente no pueda hablar más que su idioma y la lengua del Imperio. Llamaría la atención en cualquier lugar. De todos modos, ya enviaron a alguien del Tribunal para allá.

Por fortuna, Caine ya le había advertido a Arienne de que eso podía suceder.

—Entonces, ¿qué necesitáis que haga? —dijo Caine, pues consideró que ya no era necesario fingir temor.

Esperaba que los tres agentes lo consideraran útil, pues, si lo enviaban ante el Tribunal, perdería cualquier oportunidad de continuar su investigación y todo habría sido en vano. Séptima esbozó una sonrisa.

—Has hecho bien en contárnoslo. Ah, pero… ¿a quién era que enviaron a por ella?

—Lisandros, el Gran Inquisidor —dijo el gordinflón.

—¿Enviaron a ese viejo monstruo por una simple maga fugitiva? Ayer por la noche nos llegó la petición de cooperación para buscar a una persona de manera totalmente confidencial —le explicó a Caine

—, y, por eso, no pudimos pegar ojo. Si se lo hubieras dicho a otros, ya estarías en el sótano del Tribunal y esos tipos no saben hacer otra cosa que torturar.

Ahora parecían más relajados. Dévadas volvió a cerrar los ojos y el gordinflón se cruzó de brazos.

—Pero, Séptima —preguntó—, ¿por qué nos pidieron que no alertáramos a las legiones? Si se trata de una fugitiva tan importante…

—Sabes que si se le diera la orden de búsqueda a ellos, tendría que pasar por el Consejo de Mariscales. Entonces, acabaría enterándose hasta el Senado. Los del Tribunal deben de querer solucionar esto de la manera más silenciosa posible.

—Es un simple mago dado a la fuga, ¿qué ha podido hacer tan grave como para que quieran ocultárselo al Senado?

—Incluso parece que mandaron una orden de silencio a la escuela. ¿Te diste cuenta de cuándo nos pidieron ayuda? A menos que haya algo grande detrás… Si continuamos indagando, puede que encontremos algo de utilidad para nosotros.

Caine terminó de comprender lo que estaba sucediendo. Los diferentes organismos del Imperio no eran tan todopoderosos como la gente creía. Se necesitaban los unos a los otros para cumplir con su trabajo y también se ocultaban cosas entre ellos. El Servicio Secreto no conocía todo lo que sucedía y el Tribunal de la Verdad, por mucho que tuviera a sus temidos inquisidores, había recurrido a estos para encontrar a Arienne sin ayuda del Senado. Ahora que Caine había descubierto este nuevo punto de vista, Séptima y sus secuaces ya no le parecieron los dueños de su destino. Solo eran personas comunes y corrientes que se dedicaban a hacer el trabajo que se les encargaba.

El gordinflón miró a Caine y le dijo con una expresión más calmada:

—Qué poca suerte tienes, hombre. Acabas metido en cualquier meollo.

Séptima cogió una copa de vino que tenía en un estante de la pared, tomó un trago e insistió:

—Vamos al grano, entonces. Abrigo negro, constitución normal, altura media y buena cantidad de pelo. ¿Algo más?

Caine negó con la cabeza.

—Lo único destacable es que caminaba como un fantasma.

—¿Se dio cuenta de que lo seguías?

—No, no lo creo. Se movía entre la gente con una habilidad sospechosa… Casi parecía que bailara entre ellos, como una serpiente.

Dévadas se separó de la pared y los otros se miraron a la vez.

—Safani.

De forma totalmente inesperada, Dévadas había hablado. Era la primera vez que Caine lo escuchaba hacerlo. Tenía una voz grave a más no poder.

—Safani está muerto —dijo el gordinflón, pero ni siquiera él parecía convencido.

—Antes también creímos que había muerto —dijo Séptima en un susurro—. Por su culpa, perdimos a Akila.

—¿Quién es Safani? —preguntó Caine.

—Es un mercenario que se relaciona frecuentemente con los reinos rebeldes. Han pasado diez años y todavía no sabemos cómo se llama. Safani es el nombre que le puso Dévadas —explicó el hombre rechoncho.

Séptima se mordió la uña del pulgar y le preguntó a Caine:

—¿Viste dónde fue?

—A la casa de Gladis, la que está en el embarcadero.

Solo podía decirles la mentira más creíble sin contarles lo de la casa vacía. Séptima chasqueó la lengua.

—Si es allí, nosotros no podemos ir a investigar. ¡No entiendo por qué el maldito Senado los está protegiendo!

—Como Julianna es cercana a Gladis… —dijo el tipo gordo.

—No solo Julianna. Hay por lo menos siete miembros del Senado que están de su lado. A saber con cuánto dinero sucio de

esa comerciante tejón se ha llenado las manos el Senado Imperial.

Séptima se arrepintió en cuanto lo dijo y miró de reojo a Caine. Acababa de usar el insulto contra los habitantes de reinos vasallos.

La muerte de Fienna había escalado hasta convertirse en un asunto político del Imperio. Caine se sintió ansioso de nuevo cuando notó que la situación se le escapaba de las manos. Carraspeó como si pudiera escupir la sensación con ello y los tres lo miraron.

—Podría ir yo —se ofreció—. Para eso me contratasteis, ¿no?

Séptima se mostró satisfecha, pero el gordinflón pareció notar algo extraño y se giró hacia el muchacho:

—Está bien. Pero ve con cuidado. Si realmente se trata de Safani, te comerá con patatas hasta no dejar más que los huesos.

18
Arienne

Gracias a sus novelas de aventuras, Arienne tenía una pequeña idea de cómo eran los agentes del Servicio Secreto. Los solían describir como hombres y mujeres hermosos que, por lo general, vestían un elegante traje negro; eran maestros en artes marciales exóticas y poseían un ingenio que les permitía hacer comentarios acertados incluso en situaciones difíciles. Salvaban al Imperio de las crisis más desesperadas sin ayuda de nadie más; y, cuando lo conseguían, se iban de vacaciones con otros hombres y mujeres hermosos. Sin embargo, no existían novelas sobre los inquisidores del Tribunal, así que solo podía guiarse por su imaginación, que los dibujaba como hombres con un capirote negro en la cabeza y unas tenazas de tortura en las manos, además de un cuerpo musculado, pero con el estómago abultado. Podía verlos poniendo grilletes a los magos que encerraban en el sótano y torturándolos.

Por eso, unos cinco días después de su partida, cuando se encontraba sentada en el comedor de un mesón tomando el desayuno, le pilló totalmente desprevenida que Eldred dijera que la mujer y el hombre sentados en una de las mesas centrales eran inquisidores. Arienne no sabía si creerlo y le respondió en voz muy baja para no llamar la atención de nadie en esa sala llena de comensales:

—¿Cómo lo sabes?

—Apestan a inquisidor. Son subordinados de Lisandros.

—¿Y quién es ese?

—Su superior, ¿quién va a ser si no? No me preguntes por qué lo conozco, no es importante ahora. Esos tipos no van a hacerte nada ahora mismo. Solo se encargarán de seguirnos hasta que llegue Lisandros. Gírate hacia ellos con cuidado, sin levantar sospechas.

La joven giró la cabeza despacio y, por el rabillo del ojo, pudo ver cómo ambos desviaron la mirada rápidamente. Por mucho que lo pensara, parecían los típicos viajeros en la treintena. Si se encontraran en el centro del territorio, sería extraño que llevaran esas dagas colgadas del cinturón, pero, estando de viaje, eran un objeto imprescindible. Su ropa gris y sus zapatos de piel también eran completamente corrientes. Lo único extraño en ellos era la medalla que llevaban colgada al cuello.

Arienne trató de centrarse de nuevo en su comida, pero no podía parar de pensar. ¿Por qué la habrían seguido hasta allí? Había escapado de la capital sin que la descubrieran y había pasado varios puestos de guardia también sin problema alguno. Nada indicaba que estuvieran buscando a una maga fugitiva. Lo único que pudo ver fueron carteles viejos pegados en el tablón de anuncios que alertaban sobre ladrones, asesinos o traidores. Hasta ese día, Arienne se había convencido de que el Tribunal la estaba buscando en el camino equivocado y que no podrían seguirla. Había sido demasiado necia.

—Si estuvieras sola, el Tribunal habría pedido la colaboración del Ejército —dijo Eldred—. Los soldados te habrían buscado enfurecidos y, por supuesto, ya te habrían atrapado.

Arienne era una simple maga que se había fugado, pero Eldred era un generador con consciencia. Seguramente el único. Quizá fuera un secreto tan grande que quisieran ocultárselo al Ejército. Es posible que, precisamente por ello, dejaran a Eldred en el sótano de una escuela donde no llamaría la atención. Aunque eso significaría que el Tribunal de la Verdad estaba al tanto de lo que era y de lo que podía hacer.

—¿Sabrán que te estás escondiendo en mi cabeza?

—Esos tipos seguramente no, pero Lisandros se lo habrá imaginado ya, porque sabe el tipo de magia que hago.

—Pero ¿quién es ese tal Lisandros?

—Lo más importante ahora es darles esquinazo —dijo Eldred evitando la pregunta—, ya que no puedes hacer ningún encantamiento útil.

—Como si tú sí pudieras —explotó Arienne.

La joven se vio obligada a saltarse el desayuno. Desde las salchichas a las gachas, el pan, o incluso la fruta y la verdura, todo se veía más raro y tenía colores más extraños conforme tomaba distancia de la capital. Ella ya no recordaba el sabor de la comida arlaní y se preguntaba si le resultaría igual de extraña cuando la volviera a probar.

Se levantó y subió hasta la habitación sin poder quitarse de encima la sensación de que los inquisidores la estaban observando. Cerró la puerta en cuanto entró al cuarto, tomó su mochila y miró por la ventana. El mesón se encontraba en un primer piso, por lo que no se haría mucho daño si saltaba, pero le preocupaba que la descubrieran con el ruido de la caída. Además, si tenía mala suerte, podría acabar con la pierna rota y eso la metería en apuros mayores. A la izquierda de la ventana, siguiendo la pared exterior del edificio, había un tubo de desagüe para la lluvia.

Se echó la mochila a la espalda y subió a la repisa de la ventana por la que caminó hacia el tubo fijado a la pared con topes de madera y enverdecido por el óxido. Arienne no confiaba en que pudiera soportar su peso, no tanto por su propio cuerpo, sino por la ropa gruesa que vestía y la mochila tan pesada que llevaba. Deseando que se hubiera aligerado después de cinco días de viaje, cargó todo el peso sobre el tubo de desagüe. Este despidió un breve chirrido, pero no se despegó de la pared. La joven se aferró con fuerza y fue deslizándose poco a poco.

Los agentes del Tribunal de la Verdad seguramente habrían llegado a caballo, así que la descubrirían si iba por carretera. Sin embargo, con ese tiempo, sería igual de peligroso internarse en el

bosque y encontrarse con lobos o perderse en el camino. Mientras meditaba cuál sería la mejor opción, vio una torre que se imponía a lo lejos sobre las coníferas que plagaban el bosque. Debía tratarse de la torre de algún mago. Hace tiempo se contaba que, antes de que llegara el Imperio, había muchos magos en el mundo que vivían en torres construidas por ellos mismos y alejadas del mundo secular. Ahora, la mayoría de ellos habían sido atrapados y convertidos en generadores, por lo que dudaba que hubiera magos viviendo todavía en alguna torre y era obvio que esa estaría deshabitada, pues estaba demasiado cerca de la carretera para haber pasado desapercibida tantos años.

Arienne se agachó todo lo que pudo para que no la vieran mientras se encaminaba hacia el bosque.

La torre se encontraba más lejos de lo que pensaba, por lo que llegó pasado el mediodía. No había señales de que alguien la hubiera seguido, pero tampoco pudo evitar dejar las huellas de sus pasos en la nieve. De tanto en tanto, había cruzado arroyos y corrientes de agua, saltando de una roca a otra aunque no fuera necesario. No estaba acostumbrada a moverse en ese tipo de lugares, así que no sabía hasta qué punto funcionarían sus artimañas y sentía los pies casi congelados por el agua que se filtraba en sus zapatos.

La torre era estrecha, pero más alta que algunos árboles. No había rincón que no estuviera cubierto por hiedra, y todas las piedras de las que estaba hecha tenían una capa de musgo. La puerta estaba destrozada, pero no se veían los fragmentos por ninguna parte, así que el lugar debía haber sido abandonado hacía mucho tiempo. El interior era oscuro y una tenue luz se filtraba por las hiedras que cubrían las ventanas. Había una escalera interior de piedra en espiral que subía a la torre, atravesando cada planta del edificio. Todas parecían tener gran parte del suelo de madera podrido o roto. Lo único intacto era la escalera.

Subió por los escalones mientras se acordaba de cuando bajó al sótano para robar a Eldred. Al llegar a la última planta, vio que era

la única que tenía el suelo intacto. Había utensilios de metal, cuya función era desconocida para Arienne, tirados por doquier y, en un rincón de la pared, encontró un tapiz medio quemado que aguantaba a duras penas colgado de una esquina. Cuando lo extendió, vio que tenía dibujadas las constelaciones.

—Esto era un observatorio…

La joven miró hacia el techo. Al final de una escalera de madera rota, una claraboya abría paso al cielo nocturno. Arienne se imaginó a la persona que vivía antes allí subiendo de noche hasta lo alto de la escalera para observar las estrellas y adivinar el futuro. Quizá el mago que habitaba la torre pudo ver de antemano que su destino era ser sometidos por el Imperio.

En el suelo había una estantería deteriorada y tumbada con varios libros esparcidos a su alrededor, ilegibles por haberse mojado con la lluvia que se habría colado a través de la ventana durante muchísimo tiempo. Arienne trató de levantarla, pero no pudo moverla ni un ápice, así que se sentó encima y descubrió que estaba menos fría que el suelo de piedra. Se quitó los zapatos, sacó la manta de la mochila y se envolvió desde los pies hasta la barbilla. No tenía manera de hacer fuego, pero el mero hecho de secarse los pies mojados y helados la hizo entrar en calor.

A pesar de haber llegado tan lejos, la inseguridad se abrió paso y se acordó de su cálida cama y su gruesa colcha en la residencia de la Academia. Allí, la vida era cómoda, segura y predecible… Ese pensamiento le dio escalofríos. No podía convertirse en la clase de persona que vendía su libertad por un poco de comodidad.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Eldred.

—Me esconderé aquí hasta mañana y, cuando salga el sol, iré hacia la carretera a través del bosque. Pasado mañana podré cruzar el río y entrar a Martia. Desde allí, me meteré por un sendero y habré evitado que esos tipos me sigan —respondió la joven, recordando el camino que Caine le había indicado.

Eldred asintió en su mente.

—Sin embargo, ya habrán previsto que irás a Arland. Tratándose de Lisandros, te estará esperando con todo y se asegurará de que no escapes. De todas formas, no nos adelantemos. Veamos qué pasa cuando llegues.

—Pero ¿qué clase de persona es ese tal Lisandros que no dejas de hablar de él?

El mago se limitó a agachar la cabeza y Arienne movió su conciencia hasta la habitación de su mente. Salvo que Eldred ya no tenía vendas cubriendo su rostro, nada había cambiado; cuando quería, hablaba y cuando no, se quedaba en silencio.

La joven se acercó a la cajonera con los libros. Estaba segura de que el volumen que había visto antes sobre la cama, *El mago de Mersia*, no era uno de los que había tenido de pequeña. Había aparecido junto con Eldred. Cuando Caine entró allí en el establecimiento de Lucrecia, el libro estaba junto a los otros, pero Arienne no recordaba haberlo movido de la cama y tampoco podría haber sido obra de Eldred. Sin embargo, el libro no estaba sobre la cajonera ni encima del colchón. Lo meditó unos segundos y se agachó frente a la cama. Estiró el brazo y rebuscó debajo. Allí era donde guardaba su diario con diez años. Palpó algo con los dedos y lo sacó con cuidado: era *El mago de Mersia*.

Agarró con fuerza el libro entre sus manos. Dentro habría una historia que ella no conocía, a pesar de que estaba dentro de su mente. Cerró los ojos para concentrarse. Estudió la forma del libro, enfocándose en el tacto de sus dedos. Trató de sentir las arrugas de la portada de piel, el brillo de las letras doradas del título y salió de la habitación de su imaginación, cerrando la puerta con el libro aún en sus manos.

Tumbada sobre la estantería desplomada en el último piso de la torre, Arienne sacó su brazo de debajo de la manta con cuidado. En su mano estaba *El mago de Mersia*.

19
Loran

Loran no podía dejar de pensar en todo lo sucedido en Arland mientras se marchaban de la capital. Ante la visión de la prefectura en llamas, la gente del reino había gritado su nombre con júbilo y la había llamado «princesa», pero lo que ella sintió en ese momento solo fue miedo. No por sí misma, sino por lo que les esperaba a todas esas personas inocentes que la vitoreaban.

Gwaharad, más que enfadado, también estaba atemorizado y no pronunció palabra en el camino de vuelta, hasta que salieron por la puerta sur de la capital del reino.

—Loran —dijo en voz baja—, cada legión se compone de seis cohortes y cada una de ellas, a su vez, de diez centurias. Hoy ejecutó al prefecto por envalentonarse tras haber derrotado a una sola de esas sesenta centurias que forman la Legión 25. ¿Es consciente del desastre que se nos avecina? —Gwaharad apuntó hacia atrás con el brazo derecho, en dirección a la capital—. ¿Del que se les avecina a esas personas?

Sí, Loran era plenamente consciente de ello. Desde el momento en el que prendió fuego a la oficina del prefecto, no podía pensar en otra cosa. Y la gente del reino también llegaría a la misma conclusión desesperada en cuanto despertaran del ensueño de la victoria.

De pronto, una mano se apoyó sobre el hombro izquierdo de la mujer. Era Emer que caminaba con la mirada fija en el camino y con una determinación solemne que no había visto antes dibujada en su rostro. Loran seguía dándole vueltas: ¿Por qué demonios había

matado al prefecto? ¿Buscaba reivindicar a su familia? Y, si de eso se trataba, ¿había conseguido saciar su sed de venganza? ¿Podía convertirse en reina gracias a ello? ¿Era siquiera un acto necesario para conseguirlo? Se giró a observar el reino en la distancia. Todavía podía escuchar su nombre vibrando en el cielo. Se había nombrado princesa a sí misma y había prometido reinar sobre Arland, pero realmente no había hecho más que empujar a sus compatriotas a la tragedia. Loran no tenía fuerzas para soportar quedarse en ese lugar por más tiempo.

—Su Majestad —dijo Emer en un tono muy tranquilo—, primero regresemos a la fortaleza. Allí podrá pensar con calma, ¿qué le parece?

Loran asintió. No tenía otro lugar al que ir, pero al menos sí tendría a Emer.

Durante los tres días que les llevó regresar al Castillo Subterráneo, el ejército de la liberación de Kamori estuvo visiblemente silencioso. A pesar del ambiente tan pesado y tenso en el que se desplazaban, algunos soldados quisieron felicitarla, pero otros los disuadieron en silencio. Cuando llegaron a la fortaleza junto al Bosque Dehan, Loran se recluyó en su habitación y Gwaharad ni la visitó ni la mandó llamar, solo Emer se pasaba por allí una vez al día para comer juntos y contarle las nuevas, pero incluso él evitaba mencionar nada referente al prefecto. Loran se sentaba sola en su cama cada noche, sin poder pegar ojo, considerando toda clase de pensamientos.

El ejército de Kamori había declarado la victoria en la batalla de la capital de Arland, pero los ánimos en la fortaleza estaban totalmente decaídos. En cuanto llegaron noticias del avance de la Legión 25, la tensión se intensificó todavía más. La unidad asignada a Arland se había llevado un gran golpe al perder su cuerpo acorazado de la noche a la mañana y se había atrincherado en la fortaleza, pero el grueso de la Legión estaba al caer. Incluso se decía que traían consigo un gigaterion que custodiaban en la metrópoli.

Tras cinco días del regreso a la fortaleza, Gwaharad organizó un banquete con el pretexto de celebrar la victoria en Arland y pidió fervientemente la participación de Loran, ya que la celebración estaría incompleta sin la heroína de la historia. El salón de banquetes no transmitía ningún aura victoriosa, más bien pululaban los nervios y la ansiedad. Casi como si quisiera incitar aún más esa pesadez, Gwaharad mantuvo una cara larga y seria en todo momento, sin apenas probar bocado. Loran se sentó en el extremo más alejado de él. A pesar de que la comida era ostentosa en comparación a las circunstancias de un ejército rebelde que se ocultaba en un túnel en lo profundo de la montaña, Loran no tenía apetito para degustar esos alimentos grasientos.

El banquete siguió su rumbo aburrido y cuando se hizo algo más tarde, Gwaharad golpeó su copa varias veces con una cuchara. Los susurros deprimidos se silenciaron.

—El ejército de Kamori ha obtenido una gran victoria —comenzó a hablar el rey—. Fuimos a socorrer a nuestro reino hermano Arland y echamos a las marionetas del Imperio de su capital, ejecutando al prefecto Gesperos y haciéndonos así un nombre como líderes de la liberación de los Tres Reinos. ¡Debemos celebrarlo!

Se adjudicaba la victoria con arrogancia, pero levantó aplausos y algunos vítores. Loran también alzó su vaso junto con el resto y Gwaharad esperó a que los aplausos terminaran para continuar:

—Quien se hizo con la victoria, como bien sabéis todos, fue Loran de Arland. Con su espada extraordinaria, rebanó a los tanques del Ejército Imperial en dos, como si se tratara de un trozo de pan, salvando a la gente que se encontraba en peligro. Podrá mostrarse humilde y decir que no fue mérito suyo, pero también fue quien le brindó su juicio final al prefecto Gesperos.

De nuevo se oyeron aplausos y celebraciones. Loran asintió por cortesía y respondió:

—Sin embargo, toda victoria tiene un precio. En estos momentos, el cuerpo de la Legión 25 se acerca hacia aquí. La

comandante en jefe, Aurelia, seguramente esté deseosa de venganza. Si no nos preparamos, nos tacharán de irresponsables y criticarán que creamos una situación que escapa a nuestro control y que no podemos manejar.

El salón se agitó, dándole la razón a Loran. De pronto, la puerta se abrió y varios soldados entraron trayendo jarros de licor y vasos. Todos los allí presentes recibieron uno y, entonces, Gwaharad le dijo a Loran con voz serena, como quien busca un favor engorroso:

—Princesa, ¿qué piensa de entregarse al Ejército? Si bien no es mi deseo, ellos no se contentarán con otro que no sea usted. Por Arland y por la liberación de toda Lontaria, le pido que haga buen uso de su valentía.

Las cerca de cien personas que se encontraban reunidas en el salón de banquetes cesaron sus conversaciones al unísono. Los miraron a ambos con expresión atónita e incómoda. Incluso hubo algunos que asintieron en silencio. Loran ya imaginaba que podría pedirle eso, pero vaciló en responder, por lo que el rey continuó.

—Es cuestión de tiempo que toda la fuerza militar de la Legión 25 se cierna sobre nosotros. Si podemos salvar nuestra tierra a cambio de la vida de una única persona, ¿no cree que sería la decisión más ventajosa? Usted, princesa, ha conseguido algo que ningún otro pudo antes. Prendió fuego a la prefectura y aniquiló a una centuria acorazada, por lo que el Imperio no volverá a usar los métodos violentos de antaño sin pensarlo dos veces.

Loran sabía que trataba de regalarle los oídos, pero intentó que sus palabras no sonaran demasiado sarcásticas:

—Lamento que se encuentre tan preocupado por Arland, Su Majestad.

—No se trata de un asunto solo de Arland —respondió él enseguida—. Ya que nosotros estuvimos allí con usted, también nos caerán las represalias.

—¿Es eso lo que teme? —preguntó Loran.

El salón se sumió en el absoluto silencio. Casi ni se podía escuchar la respiración de los presentes. Gwaharad también se había

quedado sin palabras. En ese momento, Loran notó que su ojo derecho se iba prendiendo en llamas. El silencio que flotaba en ese lugar no era sino un estruendo de temor.

—Así es —respondió él—. Aquí se encuentran doscientos de nuestros valientes compatriotas. No puedo desechar sus vidas por el error de una invitada venida de otro reino.

Los susurros comenzaron a adueñarse de la sala. Loran se quedó mirando a Emer, que estaba sentado junto al rey, pero solo observaba su plato con la cabeza gacha.

—¿Y qué es lo que vinieron a hacer esas doscientas personas?

—No vinieron a morir por su insensatez, por supuesto.

—Entonces, ¿solo están aquí para participar en su intento de jugar a los soldados?

Belwin, que se encontraba a la derecha de Gwaharad se levantó de golpe, con las heridas del cuero cabelludo teñidas de un rojo brillante.

—¿Acaso pretende insultar a todos las personas aquí reunidas? —explotó, y algunos otros oficiales se levantaron con ella.

Loran se puso en pie e hizo una gran reverencia.

—Doscientas personas son las que se unieron a luchar por Kamori, mientras que en Arland no hay ni diez que luchen por la causa. Gesperos ejecutaba a todos los sospechosos, sin importarle si eran inocentes o culpables, por eso la gente no se podía unir a ninguna lucha. Kamori es, en efecto, una tierra de guerreros, pero yo no sabía de su existencia. Desconocía incluso sobre el rey Gwaharad, hasta que nos encontramos en el Bosque Dehan.

Algunas personas volvieron a sentarse tras unos instantes de duda y se escucharon carraspeos incómodos.

—El día que regresé a Arland, dos personas murieron en la plaza a manos del Ejército Imperial. Violentada por ello, destruí los cuatro tanques y maté al desalmado Gesperos. Si hablamos de vidas preciadas, entonces estamos hablando de las vidas de esas dos personas. Pero esas…

De pronto se acordó de su hija y su marido y la pierna izquierda le flaqueó por un momento. Debía de estar demasiado alterada. Se aferró a la mesa de piedra para recomponerse y prosiguió:

—Pero esas vidas iban a ser vendidas por unas cuantas monedas. No podía quedarme de brazos cruzados tras escuchar algo así. Por mucho que no sea hija de reyes y aunque muchos me consideren soberbia y ridícula por decir esto, yo *soy* la princesa de Arland y, como tal, no podía dejar que algo así sucediera.

Ambas piernas le fallaron y trató de agarrarse a la mesa para sostenerse, pero había perdido la fuerza. Solo pudo atrapar el mantel con las uñas mientras caía de rodillas al suelo, llevándose algunos platos con el tirón, que estallaron contra el piso. Intentó levantarse, pero su cuerpo no le respondía. Los susurros aumentaban a su alrededor e incluso escuchó gritos. De pronto, varios soldados se estaban acercando a ella con cautela. Eran cinco, no, siete. ¿Tal vez doce? La vista se le había nublado. Miró a Gwaharad, que la observaba de pie, paciente.

—¿Ha envenenado mi comida…? ¿Porque teme que el Ejército pueda tomar represalias contra su ejército? ¿Porque teme que no me vaya a entregar? ¿Qué maldita causa es la que defienden ustedes?

Ya le era difícil incluso hablar. Los soldados esperaban a que el veneno hiciera efecto por completo, mientras se acercaban a paso prudente. Emer había agarrado a Gwaharad por el brazo y le estaba gritando. El ojo izquierdo de Loran se prendió en llamas y la temperatura de su cuerpo comenzó a subir como si le hirviera la sangre por dentro. El veneno que circulaba por su sistema no pudo resistir y comenzó a disiparse. Le volvía la fuerza poco a poco, aun con los ojos anegados en lágrimas. Se puso en pie y los soldados que se le habían acercado retrocedieron a la vez. Ya no quedaba nadie sentado en el salón de banquetes, pues todos se habían levantado y la observaban. El veneno casi había desaparecido de su cuerpo, pero las palabras de Gwaharad seguían latentes. Apenas había derrotado a una de las tantas centurias. Eran seis cohortes

con diez centurias cada una. No había forma de que pudiera enfrentarse a ellas sola.

—Voy a entregarme al Ejército Imperial.

—¡Eso sería caminar voluntariamente hacia tu propia muerte! —gritó Emer—. ¡Princesa, no haga caso de lo que dice mi hermano!

—¡Cállate, Emer! —gritó enfurecido Gwaharad.

—Aunque no hubiera escuchado lo que ha dicho aquí hoy —dijo Loran con una amarga sonrisa—, tenía pensado hacerlo desde un principio. Tiene razón en que es la única manera de detener las represalias de la Legión 25 contra Arland.

La sala se llenó de murmullos de nuevo. Todos tenían una expresión indescriptible; una mezcla entre sorpresa, vergüenza y culpabilidad. Gwaharad, sin embargo, solo desconfiaba.

—¿Espera que nos creamos eso? ¿Que usted misma va a entregarse sabiendo que implica la muerte?

—Aquí hay muchos que han venido a sacrificarse para proteger a sus familias y vecinos —dijo la mujer—. Ellos entenderán lo que pienso en este momento, por mucho que usted no sea capaz de ello.

Gwaharad tenía dibujado en el rostro una mueca de completa incomprensión.

—Se lo explicaré de manera que pueda entenderlo —continuó Loran—. ¿Por qué iba a mentirle cuando podría perfectamente matar a todos los que están aquí ahora mismo y hacerme con su fortaleza? Ahora, déjenme marchar.

El veneno todavía no se había eliminado por completo de su sistema y sus pasos no eran firmes. Todos se apartaron lejos en cuanto desenvainó a *Urmas*. Loran salió al pasillo lleno de soldados que se pegaron a la pared para dejarle paso.

De repente, el lugar parecía demasiado estrecho y asfixiante, e incluso se sentía exhausta, quizá por el veneno. Volvió a guardar a *Urmas* en su vaina y echó a andar por los oscuros corredores de la fortaleza.

20
Caine

Sobre esa época, y de forma extraña, el invierno en la capital se volvía cálido. El embarcadero estaba repleto de trabajadores y carretas que aprovechaban la ocasión antes de que regresara el frío.

Ya se estaba poniendo el sol cuando Caine se sentó en un cajón de madera tirado en una esquina de la calle y vio un grupo de cinco niños que se acercaba a él. Se volvió a poner las gafas —que se había quitado en un intento de pasar desapercibido— y sacó unas monedas del saco.

—Hola —lo saludó la joven mayor y más inteligente del grupo.

Se llamaba Ayana y tenía unos catorce años. Tenía una cicatriz curiosa, en forma de espiral, en la mejilla izquierda. La joven era lo suficientemente lista como para hacer recados y negociar las condiciones con Caine, pero a él le sorprendía aún más el hecho de que le pidiera una cantidad que pudiera repartir fácilmente entre todos los niños.

—¿Todo bien?

—Primero, el dinero.

Caine ya tenía preparada una parte de la cantidad que le había prometido.

—Te daré la mitad ahora y el resto cuando me cuentes lo que habéis visto.

—¡Otra vez solo la mitad! —se quejó con franqueza un niño nativo del Imperio, de unos diez años, que estaba al lado de Ayana.

—No pasa nada, entonces nosotros también le diremos solo la mitad —lo tranquilizó ella.

Caine se ajustó las gafas con la punta del dedo y dijo:

—Deberías tener modales para los negocios o, si no, no te harán caso. Te daré el resto después de escuchar todo lo que tienes para mí.

—Mira quién habla —dijo la joven levantando una ceja—. Deberías tener los modales de darnos todo lo que nos prometiste. Ni que fuera la primera vez que negociamos.

A Caine no le quedó más remedio que aceptar. Sacó el resto de monedas y se las dio a Ayana, que las contó todo lo rápido que pudo y se las echó al bolsillo mirando a su alrededor. Después de comprobar que no había moros en la costa, se relajó y le explicó:

—Hice lo que me pediste y fuimos a mirar desde un lugar diferente al de la otra vez.

—¿Os vieron?

Ayana negó con la cabeza.

—Hoy fue más fácil porque no estaba el hombre que da miedo.

Caine había contratado a los niños para que vigilaran la casa de Gladis en el embarcadero durante los seis días anteriores. El tal Safani, como lo llamaba Dévadas, iba cada día de esa casa a la casa deshabitada, donde escondían el generador. Cuando los niños le informaban de que el hombre estaba en el domicilio de Gladis, Caine iba a comprobar que estaba el generador, pero el día anterior desapareció de pronto, como si nunca hubiera existido. Caine no podía imaginar qué sucedería a continuación, pero estaba seguro de que no le quedaba tiempo.

Le llevó casi veinte días de preparativos para infiltrarse en la casa de Gladis, pero fueron tantas las cosas que tuvo que hacer que apenas le alcanzó ese plazo. Debía convencer a los ladronzuelos del barrio de que su actitud sospechosa era inofensiva, además de negociar con los trabajadores portuarios y la patrulla y contratar a los niños para que vigilaran la casa de Gladis. Era la primera vez que tenía que poner tanto tiempo y esfuerzo en una investigación y cada una de sus partes, porque nada debía salir mal. Había mucho en juego.

Además, Caine no le dijo nada a los tres agentes del Servicio Secreto sobre el generador oculto ni las sospechas de que Gladis fuera a destruir la capital. Racionalizó su silencio diciéndose a sí mismo que no podía confiar por completo en lo que le había confesado el cadáver del mago y que, si se sabía de dónde había obtenido la información, Arienne estaría en un peligro mayor.

—Y hoy hemos visto algo que te podría interesar.

—¿El qué?

Ayana observó el rostro de Caine y extendió la mano. Este frunció el ceño.

—Ya te dije que os daría más si todo salía bien. Si prefieres recibir un poco más ahora y perder muuucho más después, pues, bien. Como tú quieras.

Ayana se mostró algo avergonzada.

—Hoy ha venido una señora con ropa cara.

¿Sería que por fin había regresado Gladis? Caine sintió algo de alivio. Mientras ella estuviera en la capital, no haría explotar el Circuito del Destino. O fuera lo que fuese que planearan.

—¿Cómo ha llegado?

—En carruaje.

—¿Tenía mucho polvo?

—Muchísimo. Tanto polvo como barro. Y las telas esas que cuelgan de los lados del carruaje…—dijo la joven ondeando ambas manos arriba y abajo.

—¿Las cortinas?

—Las cortinas estaban un poco rotas y tenían el mismo dibujo que el de la puerta principal.

—¿Qué hay del caballo?

—Cubierto de barro.

Todo apuntaba a que Gladis había hecho un largo camino. Quizá acabara de llegar de Lontaria. Si era así, entonces ese día era la oportunidad perfecta.

—¿Qué ropa llevaba?

—Una falda de color azul claro.

Esta vez, la joven imitó el volar de las faldas al viento sacudiendo sus manos y caderas de lado a lado. Parecía que estuviera bailando. Caine se acordó de cuando conoció a Fienna. Compensaron la falta de comunicación por no saber el idioma del otro con todo tipo de gestos y movimientos. Incluso después de que el muchacho aprendiera la lengua del Imperio, continuaron con la misma costumbre. Se acordó de cuando se concentraba en los labios de Fienna para entender la pronunciación.

—¿También la tenía rota?

—No, parecía nueva. No estaba nada sucia.

Una tela que no se ensuciaba ni le salían arrugas, debía ser seda de Kasia.

—¿Y los zapatos?

—Hmm… No vi que llevara… —dijo girándose hacia los otros niños, pero todos sacudieron la cabeza.

—Bueno, no importa.

Ayana continuó informándole sobre la vigilancia de la casa y la situación en las inmediaciones. Parecía que nada había cambiado mucho a pesar de que Gladis hubiera regresado. Eso era bueno.

—Muy bien. Buen trabajo. Volved aquí mañana y os daré algo especial —dijo Caine.

—Entonces, ¿hemos terminado?

—Sí.

—¿Y por qué tenemos que esperar a mañana? —preguntó Ayana un tanto decepcionada.

—Para que no se lo contéis a nadie hasta entonces.

—¿Y cómo vas a saber si se lo contamos a alguien o no?

—Porque, si se lo contáis a cualquier persona, yo estaré muerto antes de que acabe la noche.

Caine se sintió abochornado por dentro a pesar de que dijo aquello con una expresión seria. Estaba usando una especie de amenaza. Una manera vergonzosa y manipulativa de atemorizar a unos críos haciéndolos potenciales responsables de su muerte. Ayana y los otros niños habían hecho lo que él les había pedido y no

parecía que nadie se hubiera enterado de lo que estaba sucediendo; sin embargo, debía asegurarse de que siguieran manteniendo el secreto.

—De acuerdo —dijo Ayana, seria—. No diremos nada. No te mueras.

Caine mencionó un dicho de Vakrya:

—El silencio y el cuidado cazan leones…

Ayana sonrió y continuó la frase:

—..., pero las lenguas sueltas y la imprudencia dejan escapar búfalos.

Caine despidió a los niños y se levantó del cajón. Se quitó las gafas de nuevo, las guardó en su funda y salió en dirección al callejón.

Tras separarse de los niños, Caine se dirigió de nuevo a la tienda donde compró los enseres para Arienne veinte días atrás. Buscaba equipamiento para el allanamiento y el dependiente le estuvo recomendando sogas y ganzúas, como si no se hubiera dado cuenta de que era él a quien había vendido al Servicio Secreto o si no supiera la implicación de lo que había hecho. Hasta se despidió con un:

—¡*Buen* compra!

La casa de Gladis tenía una puerta delantera y otra trasera que estaban constantemente vigiladas. La única forma de entrar era a través de una abertura que había entre el muro y el granero, junto al edificio principal. Había conseguido esa información gracias a que Ayana se colgó del pico del campanario para ver la estructura interna de la casa. Le dijo que el muro era muy alto, por lo que necesitaría sogas y ganchos, pero, por fortuna, en la calle contigua no circulaban personas.

Como era la última entrega anual del aceite de oliva importado desde Dalocia, el embarcadero estaba ajetreado, por lo que los guardias de la patrulla se encontraban centrados en la zona de descargas. Si Caine llevaba un uniforme como el de los trabajadores

portuarios, nadie se extrañaría de que cargara un pesado saco. Además, no era la primera vez que entraba a hurtadillas de noche a una casa ajena. Antes de que Fienna lo ayudara a conseguir trabajo en la tienda de aceite, había probado todo tipo de fechorías al alcance de los niños. Como era más ágil y ligero que otros, ya había entrado a los primeros pisos de casas en alguna ocasión. Igual que hacía Ayana, él también había espiado para adultos que se dedicaban a robar. Sin embargo, de eso hacía cinco o seis años. No tenía confianza de poder pasar el muro sin ser descubierto. Si el hombre silencioso estaba allí, era muy posible que esa zona tuviera más vigilancia. Tampoco se sentía capaz de enfrentarse a la legionaria que lo atacó en el callejón si se encontraba en el interior de la casa. Podía resistir un ataque sorpresa, pero nunca había aprendido a pelear como es debido. Había demasiado margen de error. No obstante, nadie salvo él podía desempeñar ese trabajo.

Caine se acordó de Fienna.

Esa noche, el muchacho se escondió en el callejón junto a la casa de Gladis. Se había vestido como los trabajadores portuarios bajo el abrigo negro. Caine encontró la huella de la sandalia de Ayana en la base del muro blanco. Como era demasiado alto, no podía verlo, pero si cruzaba al otro lado, allí estaría el granero. Solo tenía que caer entre este y la pared para evitar ser descubierto. Fue tarea imposible para Ayana saber la posición exacta de los vigilantes, pero él pensó que lo más adecuado sería colarse por una ventana, aunque sería difícil que alguna estuviera abierta por el frío. Por eso venía preparado con una palanca, por si ninguna fuera fácilmente accesible.

Sacó una pequeña chapa de plomo de su saco y lo pegó a la farola, que parpadeó unos instantes y se apagó. Ya había comprobado con varias visitas en los últimos días que era una de las que se apagaba constantemente. Se ató las tiras del saco al hombro y lanzó la soga con el gancho acoplado en el extremo con todas sus fuerzas. Quedó sujeto entre las rejas que se levantaban sobre el muro, a una altura tres veces la de Caine, con un ruido más fuerte

del que esperaba. Se giró a comprobar que nadie lo había visto, se ajustó las gafas para que no se le cayeran y trepó por la cuerda. Subió veloz como un rayo hasta la cima y desenganchó la soga de entre las rejas. Luego se colgó del borde del muro con las manos y se dejó caer. Cayó con todo el peso que llevaba sobre el suelo —que no pudo ver por la falta de luz—, pero se encontró con una superficie mullida de tierra y malas hierbas; aunque había supuesto que el suelo sería más firme y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Las tablas de madera del granero estaban mojadas y olían a podrido. Le preocupaba emitir cualquier sonido, así que apartó una de ellas con mucho cuidado y se escabulló de lado hasta el interior. El jardín estaba en silencio. Las ventanas del edificio de tres plantas estaban cerradas a cal y canto, como había esperado, y la parte más alta estaba sumida en la oscuridad. La luz de la entrada principal estaba encendida y proyectaba las sombras de los vigilantes hacia donde se encontraba el muchacho. Había por lo menos dos.

Caine se acercó a una pared lateral de la casa, abrió y cerró un par de veces sus manos congeladas y se las frotó antes de comenzar a escalarla. Los salientes irregulares le sirvieron de apoyo para su misión. Parece que no habían pensado que un intruso pudiera llegar hasta allí, ya que el muro exterior era muy elevado y había personas vigilando el edificio constantemente. Al ser una residencia de tres plantas, seguramente la habitación principal estaría en el primer piso. Si la persona que había visto Ayana ese día era realmente Gladis, se encontraría en ese cuarto.

Cuando subió hasta allí, se aferró al marco de la ventana. Podía ver el interior del pasillo, aunque estaba tan oscuro que no distinguía nada. Pero eso solo podía significar que no había nadie en ese tramo. Sacó la palanca del saco que aún llevaba a cuestas y la encajó entre la ventana y el marco, empujando con suavidad. Como no tenía el cerrojo puesto, se abrió con un leve chirrido. Caine descorrió la cortina y se adentró en el edificio.

21
Arienne

Además del título, la tapa del libro mostraba un subtítulo en letras doradas algo cuarteadas. Leído todo junto, decía: *El mago de Mersia: La caída del desafortunado rey Eldred*. Al pensar que la memoria de Eldred estaba filtrándose en su mente, un escalofrío recorrió el cuerpo de Arienne. El libro era más viejo de lo que le había parecido en la habitación. Aunque estaba agotada después de atravesar el bosque y subir a la torre, no pudo contener las ganas de saber lo que decía y lo abrió por la primera página. Se disponía a leer cuando Eldred le habló:

—¿Dé donde sacaste ese libro?

Su tono escondía cierta sorpresa.

—Me lo traje de la habitación —respondió Arienne, sin inmutarse.

Lo dijo como la cosa más natural del mundo, pero no tenía la menor idea de cómo había podido hacer aquello. Simplemente pensó en traerlo y lo puso en práctica.

—No debes leerlo. Quémalo de inmediato.

—¿Y por qué? Estaba en mi mente, así que es mío —dijo Arienne, satisfecha de poner al mago en aprietos.

—Ese libro contiene aspectos personales de mi vida de los que ni tú ni nadie tiene por qué enterarse.

—¿Qué dices? —protestó ella, y leyó la portada—. Mira, aquí están el año de publicación y el nombre del autor.

El libro se había publicado hace ciento setenta años. Ahora se explicaba que estuviera tan viejo y gastado. Junto a la fecha

aparecía el nombre del autor y el cargo: «Lisandros, inquisidor del Imperio».

—¡Oh, lo escribió Lisandros!

Sin embargo, Eldred había dicho que la pareja que la vigilaba en el mesón estaba a las órdenes de Lisandros. Si fuera la misma persona que escribió el libro, ahora tendría más de doscientos años. Por otro lado, era un nombre bastante común. ¿Sería otro Lisandros? Al no obtener respuesta, miró en la habitación. Eldred estaba otra vez sentado en la cama con la cabeza gacha.

Arienne pasó la página, las letras se arrastraban como insectos oscuros. Asustada, bajó el libro. Eran como pequeñas sanguijuelas deslizándose por toda la hoja. Eldred no permanecía solo con la cabeza baja, sino que estaba pronunciando un encantamiento o algo parecido.

—¡Basta! —gritó Arienne.

Eldred dejó de murmurar y las letras volvieron rápidamente a su sitio.

—¿Desde cuándo puedes hacer esto?

—Eso no te importa.

Eldred sonreía alargando las comisuras de sus labios secos y mostrando los pocos dientes que le quedaban. Arienne podía adivinar cómo lo había hecho aunque no se lo dijera: era porque le había quitado las vendas de la cabeza.

Se acordó del esqueleto que estaba en el sótano de la escuela. Hasta entonces había imaginado y supuesto vagamente que el método que había usado Eldred para tirarlo por la escalera era produciéndole ceguera, haciéndolo tropezar o empujándolo. Ahora lo sabía con certeza, había usado un conjuro. De solo pensarlo, sintió náuseas.

Sin embargo, Eldred no se había metido en la mente de ese pobre estudiante como había hecho con Arienne. Lo había matado desde fuera, desde su ataúd de plomo. A ella no le habían enseñado lo que ocurría cuando un generador mágico se metía en la mente de alguien. Probablemente tampoco había nadie que se lo pudiera

enseñar. ¿No habría cometido un gran error dejando que Eldred se metiera en su mente? ¿Y si era un error irreparable? Sintió miedo. Por un instante se dejó llevar por el arrepentimiento, pero enseguida se repuso. Era mil veces preferible la incertidumbre de no saber lo que sería de ella que terminar sus días en la Academia Imperial. Pasara lo que pasase, eso era lo único que no cambiaría. Al llegar a esa conclusión, Eldred volvió a hablarle:

—¿Tienes que leerlo sí o sí cuando yo no quiero que lo hagas?

—¡Quiero hacerlo justamente porque tú no quieres! ¿Por qué no me dejas?

No le importaba que la considerara una cabezota. Era una tontería, pero, si dejaba de hacer algo por obedecer a Eldred, no se diferenciaría en nada del estudiante que se había roto la crisma rodando por la escalera.

Eldred se quedó callado un rato, pero volvió a abrir la boca:

—Si tanto lo deseas, léelo. De todos modos, no creo que te guste.

Arienne se desconcertó, pues no se imaginaba que tiraría la toalla tan rápido. Al verla vacilar, Eldred siguió diciendo:

—Eso sí, mientras leas ese librejo, recuerda que eres una maga como yo. Tú eres de los nuestros, no estás de parte de ellos. Eso no debes olvidarlo nunca. Antes de que el Imperio se adueñara de todo, el mundo era un lugar sublime y misterioso. Junto con los dioses y los monstruos, los magos reinábamos con nombres increíbles. Debes saber que lo que tienes en tus manos es tan solo una versión de la historia. La escribió aquel que fue el arma afilada del Imperio, cuando las aceradas espadas cubrieron nuestras praderas como una marea. Destruyeron todo poder auténtico o misterio que encontraron a su paso para convertir el mundo en un lugar mediocre, para poder apoderarse de él y manejarlo a su gusto. No olvides que por culpa del Imperio has perdido el derecho que te corresponde por nacimiento —dijo con la voz más suave que había usado hasta entonces, pero remató su larga perorata con una advertencia—: De todas formas, es mejor que ahora cierres el libro.

—¿Por qué lo dices?

—Porque los tipos que vimos en la posada se están aproximando a la torre. Puedo sentir el olor de Lisandros.

—¿Cómo han llegado hasta aquí?

—Han seguido tu rastro. Si no, el Tribunal de la Verdad no habría enviado tan lejos a su hombre más «gentil».

Arienne creía haber tomado suficientes precauciones, pero lo cierto era que no sabía cómo borrar sus huellas en el bosque. Simplemente había tratado de imitar lo que había leído en las novelas. No le había costado mucho eludir a Duff, el portero del colegio; pero, claro, tratándose de los inquisidores del Tribunal, era lógico que no consiguiera despistarlos.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

—¿De qué habría servido? Yo también creí que se concentrarían en buscar en los caminos principales. Que si nevaba esta noche, como todo parece indicarlo, la nieve borraría tus huellas. ¿Pero qué le vamos a hacer? Si hubiera sabido que esto iba a ocurrir, habría insistido en enseñarte mi magia.

—¡Cállate! Déjame pensar. Algo habrá que se pueda hacer…

Echó un vistazo a su alrededor para ver si había algo que pudiera servirle de arma. Lo único que encontró fue un atizador lleno de óxido enterrado en la chimenea. ¿Podría atajar una espada con eso? Aunque lo intentara, no serviría de nada. ¿Cómo podría hacer frente a los inquisidores del Tribunal de la Verdad, a esos perros sabuesos del Imperio entrenados para cazar magos?

Miró por la ventana. El hombre y la mujer que había visto en la posada se estaban aproximando. A pesar de lo apremiante de la situación, sintió curiosidad por conocer el olor de Lisandros. Además del cuchillo que ambos llevaban al cinto en la posada, ahora llevaban otras armas: el hombre traía un carcaj de flechas en la espalda y la mujer sostenía un hacha en la mano.

Los inquisidores entraron en la torre sin el menor titubeo. Vieron que no había lugar para esconderse, pero advirtieron que la puerta estaba abierta y subieron lentamente la escalera. No parecían tener

ninguna prisa. Si habían seguido las huellas de Arienne a través del bosque, debían saber de sobra que estaba arriba.

—¿Qué hacemos? —preguntó la joven.

—No tengo ni idea.

Arienne percibió la alarma en la voz de Eldred, pero no pudo leer ninguna expresión en su rostro reseco cuando miró en la habitación de su mente. De lo único que estaba segura era de que no estaba sonriendo.

Echó una ojeada a su alrededor en busca de un lugar donde esconderse, pero no había nada. Los pasos seguían acercándose a ritmo regular. En el piso de abajo había una especie de armario, pero ya no le daba tiempo a bajar. Por un segundo, pensó en salir por la ventana y colgarse del antepecho, pero no aguantaría ni cinco minutos agarrada a la fría roca. Aunque no la descubrieran de primeras, encontrarían señales de que alguien había estado en la estancia y no se marcharían de inmediato; mientras tanto, sus dedos no resistirían el peso de su cuerpo y se caería. Era inútil esconderse, había demasiados rastros de ella en todas partes. Se imaginó esposada con grilletes y cadenas de plomo y llevada a rastras por los inquisidores. La conducían por la calle ancha donde estaba la Academia Imperial y una multitud se agolpaba a su paso profiriendo insultos, mientras le lanzaban verduras y huevos podridos. Uno de los huevos le estallaba en la frente. El olor era espantoso y un líquido amarillo verdoso resbalaba por sus mejillas. Entre la muchedumbre estaba Duff, además de su antiguo novio Felix, el genio de abolengo Magnus e incluso Kaya, quien le había enseñado algunos encantamientos. También estaba Eldred.

De ninguna manera. Era preferible morir que ese destino. Muriendo se despediría por siempre de la Academia, del Tribunal de la Verdad y de los generadores, pero no podría volver a ver a Caine ni a Lucrecia... Se acercó de nuevo a la ventana y miró abajo. Si saltaba desde esa altura, se mataría seguro. Se acordó del esqueleto de la escuela, ese que se había roto el cuello por culpa de Eldred y no lo había encontrado nadie hasta que sus carnes se corrompieron

y las ratas se pasearon por las órbitas vacías de su cráneo... Pensó en ese estudiante desconocido que bajó al sótano atraído por los engaños del mago. Se lo imaginó como un chico de estatura mediana y algo rollizo, con gafas de montura de cuerno de búfalo color marrón y vestido con la túnica de la escuela. Un chico que decide volver sobre sus pasos al llegar a la sala de los generadores, donde no ha entrado nadie en muchísimo tiempo, y que comienza a subir la escalera. Solo un par de escalones lo separan del rellano y de la puerta que comunica con el exterior, pero una visión terrible le nubla los ojos y, lanzando un grito, rueda por la escalera hasta el último escalón. Tiene el brazo extendido, como si hubiera querido aferrarse a una inexistente barandilla, y muestra una expresión de perplejidad, de no entender qué ha pasado, de no aceptarlo de ninguna manera...

Arienne se acercó a la escalera de la torre con esa imaginación vívida en la cabeza, tan intensamente vívida como cuando creó su habitación en su propia mente. Con esa misma intensidad, recreó una y otra vez la muerte de ese estudiante que no conocía…

Con su arco y flecha ya dispuestos, el inquisidor terminó de subir la escalera y atisbó el lugar con una sonrisa de satisfacción, la misma que esbozaría un cazador al encontrar por fin el venado que ha estado persiguiendo.

Arienne borró al estudiante de la imaginación de su mente y metió dentro al inquisidor del arco. Al mismo tiempo, pronunció en voz baja el encantamiento para matar a alguien que le había enseñado Eldred en la cueva de Lucrecia.

La cara del inquisidor se contrajo de horror, como si hubiera visto un fantasma, y comenzó a retroceder. Arienne corrió hacia él y el hombre rodó por las escaleras de piedra hasta la planta baja. Al chocar contra el suelo, su cara tenía la misma expresión de perplejidad que la del estudiante.

—¡Nerius!

El grito hizo que Arienne reparase en la mujer. Subía por la escalera enarbolando el hacha y con un odio salvaje grabado en sus

pupilas. Arienne volvió a sustituir al estudiante de su imaginación por la inquisidora y repitió el conjuro que le había enseñado Eldred.

22
Loran

La nieve caía sobre el camino que se prolongaba recto hacia el oeste. Hacía días que Loran se había puesto en camino, llevando a *Urmas* en el cinto y abrigada con un manto de piel que había traído del castillo subterráneo y que cubría su armadura. No apresuraba el paso ni lo retardaba. Sin embargo, cada vez que se detenía un momento para comer algo o descansar las piernas, se preguntaba si no estaba dilatando la marcha a propósito porque tenía miedo.

Al dejar atrás el Bosque Dehan y entrar en territorio de Arland, el paisaje se le hizo mucho más familiar. Delante se divisaba vagamente la línea del horizonte a través de los suaves copos de nieve; por el este, el oeste y el sur se extendía una interminable planicie salpicada de pequeños bosques, semejantes a puntos oscuros; por el norte, se alzaba el volcán en la lejanía, que vomitaba, de vez en cuando, una estela de humo blanco. Aquí y allá, se divisaban pequeñas aldeas con casitas.

El camino que había abierto el Imperio atravesaba la Cuesta de Finvera en el límite sur de Lontaria, se adentraba en Kamori hasta la muralla de Karadis —que rodeaba la capital— y, desde allí, giraba al oeste hacia Arland. Tras cruzar el territorio arlaní, el camino bordeaba el Acantilado de Ébano que daba al océano y se dirigía ligeramente hacia el norte para pasar por Ledón y llegar a la costa. Antes de que terminara este camino, aparecería la fortaleza donde se estacionaba la Legión 25 destinada en Arland.

Loran cogió la cantimplora que llevaba colgando en la cintura y bebió un pequeño sorbo de agua fría. A un lado del camino, corría

un arroyo cubierto por una fina capa de hielo. Se puso de cuclillas y, con la mano enguantada, la quebró con un ligero golpe, dejando oír el borboteo del arroyo, y sumergió la cantimplora en el agua helada. Cuatro o cinco pececillos del tamaño de su dedo meñique rozaron su mano produciéndole un cosquilleo. Se quedó sentada a un lado contemplando cómo corría el agua, mientras aguzaba sus oídos para percibir los pasos de quienes la estaban siguiendo desde hacía un par de horas sin dejarse ver.

—¿Qué desean? —preguntó Loran en voz alta.

Los pasos se detuvieron. Al girar la cabeza, por fin aparecieron ante su vista las diez personas que la habían estado siguiendo. Iban vestidos con ropas invernales de campesinos, salvo una mujer. Esta tendría unos cincuenta años y llevaba un traje bastante elegante, aunque roto y manchado en muchas partes. Además, no era apropiado para la estación, por lo que temblaba de frío. No tenía el tatuaje *thlarán* de los arlaníes en el cuello, así que debía ser ciudadana del Imperio.

«¿Formarán parte de una banda de ladrones?», se preguntó Loran y se levantó, sacudiéndose la tierra y la nieve de las posaderas.

—¿Qué desean? —repitió, acercándose a ellos.

Los del grupo se miraron como titubeando.

—Esto… por casualidad… —dijo por fin el hombre que iba delante—, ¿es usted la princesa?

¿Qué debía responder? ¿Debía decirles que era la princesa de Arland y que se había puesto en camino para rendirse ante el Ejército Imperial?

—Parece que no es —sentenció la mujer que estaba al lado del que habló.

Con la cabeza gacha, la señora del traje elegante no decía nada. Seguía temblando, pero quizás no fuese de frío, sino de miedo. Loran la observó de cerca. Tenía las manos atadas con una cuerda y el hombre que iba delante tiraba de ella.

—Sí, yo soy la princesa. ¿Qué desean?

—Dice que sí… ¡Es la princesa! —exclamó el que tiraba de la cuerda.

—¿Qué hacemos? ¿Nos ponemos de rodillas? —murmuró otro, mirando al resto con expresión confusa.

Hacía ya veinte años que el rey de Arland había sido destronado y esas personas no eran más que campesinos. Era lógico que no supieran cómo comportarse. De hecho, Loran tampoco sabía nada de formalidades o protocolos.

—No es necesario. Pero ¿por qué llevan maniatada a esa mujer?

Una mujer joven y corpulenta que llevaba un largo bastón se adelantó desde atrás y obligó a la prisionera a arrodillarse, empujándole el hombro. Luego se puso frente a Loran hincando una rodilla en el suelo y le habló agachando la cabeza:

—Somos campesinos de Azali, la aldea que está un poco más abajo. Guardábamos en prisión a esta criminal para que usted la juzgara, pero nos enteramos de que alguien parecido a la princesa estaba en el camino y nos apresuramos a traerla ante su presencia.

—¿Qué crimen cometió?

—Se llama Metela. Es una terrateniente del Imperio, dueña de muchas tierras de la zona. Hace poco mató a golpes a Edmund, un vecino de nuestra aldea, con la intención de quedarse con su parcela. ¡Eh, tú, levanta la cabeza!

La mujer tenía la tez blanca, aunque algo enrojecida por el frío, y su nombre era típico del Imperio. Metela levantó la cabeza como le ordenaron.

Loran estuvo a punto de decirles que no era quién para juzgarla. No estaban en un tribunal, sino en medio del camino, sin siquiera un lugar donde sentarse. Además, se había puesto en marcha con el propósito de entregarse a la Armada Imperial y, probablemente, en unos días su cabeza colgaría en lo alto de una estaca. Sin duda, ni mucho menos estaba en posición de ser juez. Sin embargo, no podía dejar que se fueran sin más todas esas personas que habían venido a su encuentro.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Loran a la mujer hincada de rodillas.

—Me llamo Wilfrida, princesa.

—¿Es cierto lo que me ha dicho Wilfrida? —se dirigió esta vez a Metela.

—No lo maté a propósito… —se quejó ella—. Pagué la multa y un sirviente está haciendo trabajos forzados en una mina en mi lugar…

—¡Mientras tú te das la gran vida! —exclamó Wilfrida, pegándole en la nuca con su manaza.

—No le pegues —se interpuso Loran—. ¿No queríais que yo la juzgara?

Wilfrida volvió a hincarse de rodillas y agachó la cabeza.

—A mí ya me hicieron un juicio… —protestó la mujer, sollozando esta vez.

—Sobornaste al prefecto, ¿se puede llamar juicio a eso? — gritó alguien que estaba detrás, al tiempo que volaba una piedra y le daba en la espalda a Metela. Esta lanzó un chillido como si le hubieran clavado un cuchillo y se cayó de bruces.

—¡Silencio, por favor!

Loran estaba desconcertada. La prefectura había sido consumida por el fuego, el grueso de la Legión 25 aún no había llegado y la partida de avanzada no parecía querer salir de la fortaleza. Es decir, no había ningún representante del Imperio en Arland. Hacía solo unos días que estaban en esa situación, pero un sentimiento de liberación parecía embriagar a toda esa gente. No podía culparlos, pues lo que anhelaba tantísima gente, y en especial Loran, era precisamente la libertad. Sin embargo, ella había actuado con demasiada precipitación y su ligereza lo había echado todo a perder.

—Lo siento, no puedo juzgarla —dijo Loran.

Wilfrida alzó la cabeza y su sorpresa era evidente.

—Pero… ¿por qué no puede?

—Porque me dirijo a la fortaleza Imperial.

—Sabemos que dedica todo su esfuerzo a liberar nuestro territorio del enemigo —comenzó a decir Wilfrida, bajando de nuevo la cabeza—. Es por eso que hemos traído nuestras armas, para unirnos a usted —y al decir esto, aferró con más fuerza su bastón—. Pero el crimen de esta mujer es tan evidente que, si usted emite un veredicto, la justicia volverá a…

—No me entienden —dijo Loran, lanzando un suspiro—. Voy allí para rendirme. Maté al prefecto y a los soldados de la Armada Imperial. Si no me entrego, toda Arland corre peligro.

—¿Cómo dice? —exclamó Wilfrida, abriendo mucho los ojos. Al mismo tiempo, se levantó un murmullo en el grupo, como si estuvieran anonadados.

—¿De qué está hablando? La matarán si va allí. ¡Y el Imperio volverá a reinar sobre nosotros!

—Aunque me quede aquí, el Imperio volverá de todos modos. La Legión 25 está a punto de llegar y dicen que traen un gigaterion. Si sigo con vida, Arland lo pagará caro.

Desilusionados, algunos dejaron caer los hombros, otros comenzaron a llorar y hubo quien apretó los puños con rabia.

Metela echó un vistazo a su alrededor y aprovechó para ponerse de pie. Ya no debía sentir miedo, porque había dejado de temblar y parecía calmada.

—Oídme todos, reconozco que me porté mal, pero si está al llegar la Armada Imperial, no os conviene causarle daño a una ciudadana del Imperio. Prometo que compensaré generosamente a la familia de Esmund por la pérdida sufrida. Volvamos a la aldea y olvidaré todo lo ocurrido.

Las palabras de Metela eran conciliadoras, pero su actitud, totalmente opuesta a la de hace un rato, mostraba cierto aire de triunfo. ¿Alguien como ella, que le había arrebatado la vida a un vecino para robarle su propiedad, podía andar con la frente alta si se subía al carro del poder? A Loran la invadió una furia tan grande que sintió vértigo, pero no tuvo más remedio que asentir con la cabeza. No había otra alternativa.

El hombre que tiraba de la cuerda titubeó por un momento, pero acabó por liberar a Metela de sus ataduras. Ella le dio unas palmaditas en el hombro y regresó a la aldea acompañada de dos personas del grupo. En cambio, los siete aldeanos restantes no se movieron del lugar.

Disgustada de ver libre a Metela, Loran se dispuso a seguir su camino. Después de volverse, les dijo:

—Hace frío, volved a vuestras casas.

—¡No queremos irnos! —gritó Wilfrida.

—No os queda más remedio —respondió Loran con calma.

—¡Pienso quedarme viendo cómo se marcha!

Había protesta y decepción en la terquedad de Wilfrida, pero Loran no podía enfadarse ni obligarla a irse. Tampoco le habría hecho caso aunque se lo pidiese. Volvió a girarse y, mirando a Wilfrida, dijo:

—Haz lo que quieras.

Wilfrida se levantó del suelo y cuatro aldeanos se pusieron a su lado. Todos sostenían los instrumentos de labranza en alto como si fueran lanzas.

—Nosotros la acompañaremos.

Los otros dos aldeanos que traían rastrillos intercambiaron miradas, se despidieron de Loran con una reverencia y, saltando las piedras del arroyo, se fueron en dirección opuesta a donde se habían dirigido los otros.

—¿A dónde van esos? —preguntó Loran.

—Esos dos son de una aldea por la que usted ha pasado esta mañana —respondió Wilfrida—. Fueron los que nos informaron de su presencia. Ahora vuelven a sus casas.

Al llegar, les contarían a sus vecinos que la persona que había matado al prefecto arrogándose la misión de liberar a Arland se dirigía ahora a entregarse a la Armada Imperial; que había armado semejante alboroto para nada. Si así de decepcionados se sentían en esta comarca rural, ¡cuán grande sería la desilusión en la capital del

reino cuando se enteraran! Al imaginarlo, Loran apretó los dientes con fuerza.

Los cinco aldeanos iban detrás de ella, a cierta distancia, con una expresión entre compungida y resuelta. Faltaban aún dos días de camino para llegar a la fortaleza Imperial. Loran volvió a ponerse en camino. Detrás de ella, resonaban los pasos sin fuerza de los aldeanos.

23
Caine

Si bien, comparada con otras casas acaudaladas de la capital, la de Gladis era bastante más grande, su pasillo era muy oscuro. Por la ventana entraba la luz de la ciudad, pero apenas dejaba ver las puertas que había a izquierda y derecha. Afortunadamente, el suelo era de losas de mármol, por lo que no había que preocuparse por los chirridos. Caine caminaba pegado a la pared con todos sus sentidos en alerta, rezando para que alguna de todas esas puertas iguales fuera la del dormitorio de Gladis. Se detenía frente a cada una de ellas para ver si se filtraba la luz del interior y pegaba la oreja en un intento de captar algún ruido. Había recorrido la mitad del largo pasillo, pero no había oído siquiera un resoplido.

Sacó la daga que llevaba en el pecho y la cogió con la mano izquierda. La hoja de doble filo tenía más de un palmo de largo y el mango de madera adornado con hilos de cobre se ajustaba a la perfección a su puño. Llevaba el arma solo para intimidar a Gladis, ya que no se veía capaz de enfrentar a Safani o la mujer del callejón y salir vencedor. Para que esta incursión resultara exitosa, tenía que encontrar pronto a la rica comerciante, amenazarla con la daga y tomarla como rehén. Trató de pensar en lo que haría si las cosas no salían como esperaba, pero no se le ocurrió nada.

Al llegar a la sexta puerta, oyó un sonido breve como de agua corriendo. Alguien había vertido un líquido. Acercó la oreja a la puerta, con cuidado de no tocarla con la patilla de las gafas. Volvió a sonar el mismo ruido. Parecía que se estaban sirviendo vino en

copas metálicas. Debía haber al menos dos personas en la habitación. Caine contuvo la respiración.

—… No estoy segura de que lo pueda hacer, pero yo…

No se oía bien, pero podía reconocer aquella voz. Era la de esa mujer que supuestamente había sido legionaria, la que se había quedado mirando cómo lo molían a golpes en esa callejuela. Era una suerte que nadie estuviera vigilando el pasillo, pero eso significaba que los guardaespaldas de Gladis estarían dentro con ella.

—Tú tienes que ocuparte de protegerme. Todo tiene que salir bien.

Era la voz de una mujer madura que oía por primera vez. «¡Es Gladis!», pensó, y se le pusieron los pelos de la nuca de punta. Todos sus sentidos se concentraron en la conversación. Seguían sirviéndose vino, pero no parecían estar embriagadas.

— Tuvimos noticias de Branwen… —decía la legionaria.

—¿El mago funcionario? ¿Qué dijo?

—Que necesitaba más tiempo para introducir el generador en el Círculo, pues tiene que moverse a escondidas de los otros magos.

Gladis lanzó una exclamación de disgusto y añadió:

—¡Pero si ahora que hay recambio de legiones es el momento más adecuado! ¿Cuánto tiempo más necesita?

—Dos días.

—Ya estamos retrasados… Si tardamos más, la Legión 25 se instalará en Kamori. De solo pensar que esa Aurelia se adueñará de nuestro territorio…

—Si viene con la intención de reemplazar al prefecto de Arland, lo más probable es que se instale en la propia Arland, ¿no cree?

—No hay otro ejército en Lontaria y la capital está sumida en la confusión. No creo que Aurelia se contente con reemplazar al prefecto de Arland. Tenemos que llevar a buen término nuestros planes antes de que toda la Legión 25 entre en Lontaria. Es la única manera de que nuestro rey suba al trono.

—Tiene razón.

—No podemos dejarlo en manos de Branwen. La manera más segura de introducir un generador en el Circuito del Destino es hacerlo a través de un mago funcionario, pero no podemos permitir que su excesivo nerviosismo nos gobierne. Voy a hablar con ese hombre. Aunque haya que forzar la situación, tenemos que adelantar la fecha.

Se quedaron en silencio por un momento. El hombre al que se había referido Gladis debía ser Safani.

—¿Su Majestad Gwaharad goza de salud?

Caine oía por primera vez ese nombre, además de que ese apelativo de «Su Majestad» solo lo había visto en los libros.

—De salud está bien —respondió Gladis con tono de desánimo.

—Sigue en su fortaleza subterránea y no sale de allí, ¿verdad?

—Nos costó una fortuna hacernos con eso que sabes. Le rogamos que fuera al lugar y lo hizo, pero el que se movió y se encargó de todo fue Emer.

—Parece que el rey no quiere tomar la iniciativa.

—Estoy segura de que eso que estamos planeando lo sacará de la inercia. Cuando la capital del Imperio caiga en la confusión más absoluta, entonces habrá esperanza para Kamori.

—¿El rey está al tanto de nuestros planes?

—Se opondría si lo supiera, pero estoy convencida de que, cuando esto estalle, se hará cargo y tomará las riendas.

Hubo un momento de silencio. Caine sintió curiosidad por saber quién y cómo era Gwaharad. Seguro que el Servicio Secreto estaría al tanto. Fue entonces cuando Gladis volvió a hablar.

—Por cierto, hay una mujer llamada Loran…

—¿La que se hace llamar la princesa de Arland?

—¿Tú también oíste hablar de ella?

«Así que la princesa de Arland se llama Loran, igual que mi madre», pensó Caine.

—Mis compatriotas de Kamori no hacen más que hablar de lo que sucedió. Dicen que ella sola derribó a cuatro o incluso cinco soldados que llevaban armaduras alimentadas con generadores. Que

hasta se hizo con el generador mágico antes de que llegaran los soldados de la liberación. Ni yo que fui legionaria durante tantos años me explico cómo pudo hacer eso.

—Y después de que nos marcháramos, ella sola despedazó no sé cuántos tanques acorazados.

—¿Tanques nivel Escorpión de la Legión 25? —exclamó sorprendida la legionaria, levantando tanto la voz que Caine pudo oírla sin apoyar la oreja en la puerta.

Se acordó de Arienne. Había hecho bien en aconsejarle que escapara a Arland. Mientras Loran siguiera desplegando su actividad en la zona, la huida de un mago no despertaría demasiada atención.

—Nadie se ha percatado de nuestros planes, ¿verdad?

—Nadie en absoluto.

—¿Y Séptima y sus secuaces?

—No están detrás de nosotros.

—Eso es bueno. Y esa chica… —Gladis hizo una pausa como tratando de acordarse—. ¡Fienna! ¿Qué ha sido de ella?

—Yo misma me he ocupado de su entierro.

Por un instante, Caine se olvidó de respirar. Las oyó sorber el vino.

—¿Cuántas personas fueron al funeral?

—Unos cincuenta arlaníes, entre otros, según me dijeron.

—Si todo hubiera salido según lo previsto, ella hubiera formado parte de un buen grupo de apoyo. Pero la causa que defendemos es demasiado valiosa como para que importe una vida humana. No te culpes por lo sucedido.

Caine sintió el impulso de romper la puerta. Aferró con más fuerza la daga, tanto que los hilos de cobre se le incrustaron en la mano.

—Hay un muchacho que anda haciendo averiguaciones. Pero lo ahuyenté amedrentándolo…

—¿Quién es?

—Un chico de origen arlaní. Se llama Coine, creo. Parece que era amigo de Fienna.

—No causará problemas, ¿verdad?

—No ha hecho nada hasta ahora. Además, ya no importa, ya que lo planeado tendrá lugar en breve.

Otra vez se hizo el silencio. Caine despegó la oreja de la puerta y echó un vistazo alrededor. El pasillo seguía vacío, solo se oía el viento sacudiendo el cristal de la ventana de vez en cuando.

Dentro de un rato, la legionaria saldría de la habitación y él no tendría dónde esconderse. Pensó en trepar la pared y esperar pegado sobre la puerta, pero quedaría como un idiota si lo descubrían. Lo mejor era atacarla con la daga y luego entrar en la habitación para tomar como rehén a Gladis. ¿Y si la legionaria no salía? Entonces tendría que esperar a que ambas mujeres se durmieran. Como fuera, tenía que atrapar a Gladis antes del amanecer. Ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Sonó el chirrido de una silla, como si alguien se levantara. A la vez se oyó una copa rodar sobre la mesa de madera y luego caer al suelo con un tintineo metálico. Pero había algo que no le cuadraba. No había escuchado hasta ahora que apoyaran las copas sobre la mesa. Eso significaba que ambas tenían las suyas en la mano. ¿Qué era entonces eso que había rodado sobre la mesa y caído al suelo?

Caine se guardó las gafas contra el pecho y echó un vistazo a través del ojo de la cerradura. Efectivamente, una copa vacía rodaba en el suelo cuando ambas tenían las suyas en la mano. Eso significaba que había estado alguien más dentro de la habitación.

—¡Ay!

—Déjela, yo la recojo. Menos mal que estaba vacía.

—¿Por qué tardará tanto?

—Debe estar recorriendo todo el edificio.

Fue entonces cuando Caine se dio cuenta de que había alguien a sus espaldas que lo estaba observando. Sin volverse, dio una voltereta y, al tiempo que se giraba, hizo un cambio y aferró la daga con la mano derecha. Como si hubiera previsto el movimiento que iba a realizar, algo afilado se clavó en su muslo. Solo sentía un intenso dolor, como si algo ardiente le estuviera quemando, pero no

podía ver nada en la oscuridad del pasillo. De lo único que estaba seguro era de que había alguien un poco más adelante. No podía distinguir su cara ni oía nada. Sin embargo, tuvo la certeza de que era Safani, el hombre silencioso al que había seguido después del funeral hasta la casa vacía, el mismo del que le habían hablado los agentes del Servicio Secreto. Se llevó la mano al muslo izquierdo, donde tenía clavado una especie de pincho. De pronto sintió olor a miel. Se le dobló sin querer la rodilla izquierda y cayó de bruces al suelo. Dejó de sentir dolor en la herida y todo a su alrededor se sumió en la más absoluta oscuridad.

En ese momento se abrió la puerta de la habitación. Ardía una vela en su interior y pudo ver los rostros de Gladis y la legionaria, quien pareció reconocerlo. Safani lo miraba con una expresión muy seria. Entonces se apagó la vela. Mejor dicho, la vela seguía encendida, pero se le cerraron los ojos. Quiso abrirlos, pero los párpados no le obedecieron. Las tres personas decían algo en la habitación, pero, por más que se esforzó, Caine no pudo entender una sola palabra.

24
Arienne

Tras dejar atrás la torre, Eldred no paró de hacerle preguntas a Arienne. Quería saber cómo había empleado el encantamiento que le había enseñado con esos inquisidores cuando ella no tenía ninguna experiencia de matar. Arienne evitó contestarle, pues se imaginaba lo que le diría si le explicaba que se había concentrado en imaginar la muerte de esas personas, con la mente puesta en el esqueleto abandonado en el sótano de la Academia.

Si las indicaciones de Caine eran correctas, tardaría un día y medio en atravesar la Cuesta de Finvera y entrar en Kamori. Era un camino difícil, todavía más en invierno, pero afortunadamente ya no nevaba. El cielo estaba despejado y, salvo la brisa que movía las hojas de los árboles, todo estaba en silencio. El bosque espeso y oscuro que cubría las laderas de la cuesta le recordó las historias que había escuchado en su infancia sobre Finvera. En esas historias, la cuesta era un lugar donde siempre era de noche y soplaba una borrasca de nieve, y donde se oían el ulular de los búhos y los aullidos los lobos ocultos entre los abetos.

Solo había una posada abierta a los pies de la cuesta. Era bastante grande, pero estaba destartalada. Después de conquistar Lontaria, el Imperio había construido un puerto en la costa de Ledón, lo que había provocado el desuso de ese camino. Por esta razón habían cerrado la mayoría de las posadas y mesones, quedando solo los edificios abandonados. Arienne eligió una de esas posadas en ruinas para pasar la noche. Le hubiera gustado comer algo caliente en el único establecimiento abierto de la zona, pero,

ahora que había matado a esos inquisidores, tenía miedo de llamar la atención de la gente, a pesar de que todo había ocurrido en medio del bosque y nadie la había visto.

La posada parecía estar abandonada desde hacía diez años por lo menos. Por suerte, el fogón estaba intacto. Aprovechó los pedazos de un mueble roto para usarlos como leña. Luego tomó una olla abollada y salió fuera a coger un poco de nieve. Metió dentro trozos de pan duro y carne seca y lo puso sobre el fuego, con la esperanza de hacer algo parecido a unas gachas. El viento que se colaba por las grietas hacía oscilar las llamas, que dibujaban extrañas sombras en la pared.

—¿Qué tal si dejas de leer eso? —le dijo Eldred.

—Los libros están para ser leídos —respondió Arienne, sin quitar la vista de la página.

Ella leía *El mago de Mersia* cada vez que hacían una parada para descansar y ya le faltaba poco para terminarlo. Trataba acerca de cómo un joven inquisidor del Tribunal de la Verdad, llamado Lisandros, derrotaba a Eldred, el rey mago que había gobernado sobre Mersia valiéndose del terror y la muerte. El episodio había tenido lugar antes de la caída de la ciudad; es decir, antes de que el Imperio se apoderara de todo el territorio.

—Vaya, de verdad que fuiste malo. Ahora entiendo por qué no quieres que lea esto.

—¿Ya olvidaste lo que te dije? Ten presente quién lo escribió. Como buen agente del Imperio que era, Lisandros conquistó Mersia con mentiras.

—Pues no me parecen mentiras —dijo Arienne, lanzando un resoplido—. Se ve que el libro es fiel a los hechos.

—¿Crees que se puede conquistar un mundo sin una mentira que parezca auténtica?

Arienne se acordó de las clases de historia en la Academia. Ni los libros de texto ni los profesores hacían mención de Mersia o del mago Eldred, pero todos describían el mundo anterior al Imperio como un lugar salvaje, pobre y lleno de supersticiones. Ella sabía

que todo era propaganda del Imperio y que había que tomarlo con pinzas. Sin embargo, el rey de Mersia caído en desgracia añoraba intensamente ese período. Eso despertaba su curiosidad sobre cómo habría sido realmente la época anterior al Imperio. Arienne volvió a poner los ojos sobre el libro.

—¿Es cierto que te sentabas en un trono hecho con las calaveras de cien personas? —Eldred se quedó callado—. Aquí dice que raptaste al hijo de Lisandros y lo mataste.

—Yo no lo maté.

—Pero es cierto que lo raptase. ¿Lo tomaste como rehén?

—Quise tomarlo como mi discípulo.

—Pero si era un bebé.

—Supe de sus dotes desde que estaba en el vientre de su madre, por eso quise salvarlo.

En la habitación de la mente de Arienne, Eldred lanzó un suspiro, lo que levantó una pequeña nube de polvo.

—Ese niño no pudo crecer para convertirse en mago. Fue una gran pérdida. Hubiera sido un mago magnífico —añadió Eldred, tras quedarse en silencio—. Pequeña maga, hazme caso, los generadores mágicos son monstruosos.

—Lo sé —dijo Arienne asintiendo con la cabeza—. Es por eso que yo…

—A mí no me da miedo la monstruosidad —dijo Eldred, interrumpiéndola—. En cierta manera, todos los magos somos monstruos —esbozó una sonrisa, que enseguida se convirtió en una mueca de burla—. Pero los generadores mágicos son una afrenta para los magos. Lo más degradante no es que tengamos que morir y entregar nuestro cuerpo; el peor insulto es que tergiversan nuestras vidas para dar satisfacción a una caterva de seres vulgares y corrientes. Eso es lo que más me indigna. Y esto que te digo vale tanto para un mago anciano encerrado en un ataúd de plomo, como para un bebé que no pudo aprender un solo conjuro durante su corta vida. Es por esta razón que te elegí a ti, pues tú piensas igual que yo sobre esto.

Eldred iba a seguir hablando, pero se detuvo. Arienne se dio cuenta y echó un vistazo a su alrededor. No pudo ver nada, ya que todo estaba oscuro afuera. Solo se veía la luz de la posada abierta al otro lado del camino.

—Ten cuidado, puedo olerlos —cuchicheó Eldred.

Solo se oía el crepitar de las llamas y el viento soplando entre las paredes ruinosas. Arienne se guardó el libro en el pecho y se levantó, lo que hizo crujir la madera del suelo.

Un rato después se apagó el fuego del fogón, sin que quedara una sola chispa. Antes de que Arienne pudiera asustarse, le sobrevino una sensación de ahogo en el pecho, como si una mano invisible le estrujara los pulmones y el corazón. Miró en la habitación de su mente. Se estaba aplastando igual que una caja de papel: las paredes se doblaban, el marco de la ventana se rompía, el suelo se inclinaba y se caían todos los libros de la cómoda. Eldred seguía sentado en la cama. Por primera vez, asomaba una emoción en su rostro reseco y marchito.

—Está aquí, el maldito bastardo está aquí… —murmuró Eldred lanzando un gemido, pero Arienne no supo si era por la turbación o la emoción de volver a ver a su antiguo enemigo.

Ya no se encontraba en lo alto de la torre, así que no podía usar la misma estratagema que había usado para matar a los inquisidores. Y aunque pudiera volver a emplear el encantamiento, probablemente no funcionaría con alguien a quien hasta Eldred temía. Debía escapar de allí a toda costa. Corrió hacia la salida, pero, al llegar al pasillo que comunicaba con el exterior, la puerta se abrió con un chirrido, por lo que tuvo que detenerse. En el umbral apareció un hombre que llevaba en alto una linterna de luz azul, como la de los postes que iluminaban las calles de la capital Imperial. No, no era una linterna, sino un ojo que brillaba así. Llevaba un manto con capucha y una máscara metálica que ocultaba la mitad de su rostro. No, eso tampoco era una máscara. La mandíbula y el lado izquierdo de su cara eran totalmente de hierro. El hombre levantó la mano izquierda y se echó hacia atrás la

capucha, produciendo un ruido como el de las manecillas de un reloj, lo que dejó a la vista una cabeza casi calva.

—¿Eres Arienne, la estudiante fugitiva de la Academia Imperial? —preguntó el hombre, con una voz grave que no parecía humana sino la de una máquina—. ¿Dónde está Eldred?

Diciendo esto, adelantó un paso. La suela metálica de su zapato resonó en el suelo de madera. Al mismo tiempo, Arienne dio un paso atrás.

—Soy el Gran Inquisidor Lisandros. ¿Tú mataste a mis subordinados?

—No vayas a decirle que estoy aquí. Se enterará tarde o temprano, pero tenemos que ganar tiempo —susurró Eldred.

La habitación se vendría abajo si Arienne no hacía algo pronto. Intentó concentrarse y fortalecer la imagen cuando Eldred volvió a hablarle:

—Quítame las vendas de los brazos. Si no lo haces, será el fin de ambos. ¡Rápido!

Luchando contra lo que fuera que le estrujaba el corazón, Arienne preguntó:

—¿Qué piensas hacer si te las quito?

—¿Con quién hablas? —gritó Lisandros.

Una fuerza invisible golpeó a Arienne de frente y, sin poder oír la respuesta de Eldred, quedó tendida en el pasillo.

—Entrégame a Eldred y no te haré nada. Olvidaré todo lo sucedido y te llevaré de vuelta a la Academia —dijo Lisandros con una voz serena.

—¡Rápido! —gritó Eldred.

Le dolía la cabeza, pero no por el golpe recibido, sino por la exaltación que mostraba Eldred. Arienne extendió la mano hacia el interior de la habitación en su mente y desató las vendas que cubrían el torso del mago, lo que dejó a la vista su pecho y sus brazos escuálidos. Cuando separó las extremidades del torso, se oyó un ruido como de carne desgarrándose. Arienne frunció el ceño de la impresión que le produjo. Eldred agitó en el aire sus flacas manos y

de las vendas se desprendieron unas runas rojas, que se alinearon en el aire y adoptaron la forma de letras totalmente diferentes. Ella no había visto nunca esa escritura, pero de pronto supo cómo leerla y entenderla.

—No es algo que pueda enseñarte a través de las palabras. No tengo más remedio que traspasarte mi memoria.

—Al final tú no haces nada y me mandas a mí que lo haga todo —dijo Arienne, incorporándose.

Como si entendiera lo que estaba ocurriendo, Lisandros lanzó un bufido.

—Así que tienes a Eldred escondido en tu mente. No esperaba volver a encontrarme con sus ardides. ¿Sabes quién es realmente? ¿Lo sabes y aprendiste su magia de él?

—Es Eldred, el rey desgraciado, el que se valía de la magia negra. Hasta he leído *El mago de Mersia* que usted escribió.

Necesitaba entretenerlo para poder preparar el encantamiento que acababa de aprender; tenía que ganar tiempo a toda costa.

—Si eso es todo, no conoces más que la mitad de la historia. No sabes lo que ocurrió después por su culpa.

—Dígamelo usted, entonces.

Mientras hablaba, vio cómo la habitación de su mente se iba derrumbando por la energía que emanaba de Lisandros. Mientras retrocedía se imaginó que quedaba aplastada y arrugada como una bola de papel. A la vez, Lisandros avanzaba hacia ella.

—¿No te has preguntado por qué semejante monstruo estaba encerrado en el sótano de la Academia? ¿Por qué estaba abandonado en ese lugar un generador de nivel 1?

—¿Qué diablos estás haciendo? ¡Apresúrate! —gritó Eldred.

—Tras ejecutar a Eldred y convertirlo en un generador, lo conectamos al Círculo del Destino. ¿Sabes lo que es eso? — Arienne asintió con la cabeza—. El problema surgió después, hace ya cien años de eso.

Le hubiera gustado escuchar más acerca de esa historia, pero Lisandros estaba casi sobre ella y no podía perder más tiempo.

Arienne se concentró en la habitación que se derrumbaba en su mente. Las vigas se retorcían, el parqué del suelo se resquebrajaba, se caía el yeso de las paredes. Su conciencia se metió dentro y pudo oír el crujir de los tablones, oler el polvo y ver los fragmentos de madera y yeso que volaban por los aires. Superpuso esa imagen de derrumbamiento a la posada abandonada donde se encontraba e imaginó que no soportaba la presión y comenzaba a desplomarse. Al mismo tiempo, se acurrucó en el rincón del pasillo y pronunció el encantamiento que le mostró Eldred cuando le quitó las vendas del torso.

Lo primero en romperse en dos fue la viga principal, que cayó sobre la cabeza de Lisandros. El inquisidor se protegió del golpe levantando los brazos, lo que mostró que estaban hechos de hierro. El brusco ademán hizo caer el manto que lo cubría, dejando a la vista los pistones y los engranajes en movimiento dentro de su cuerpo. Salvo la parte superior de la cabeza y la mitad de la cara, todo el resto de su persona era de metal. En la espalda llevaba una caja de madera que desentonaba de un modo extraño con la maquinaria de su cuerpo. Era demasiado peso el que estaba soportando, pues el sonido mecánico —como de manecillas de un reloj— se convirtió en una vibración frenética. Junto con la viga principal, comenzó a desplomarse el techo. Lisandros trató de escapar, pero entonces se levantó el suelo y se vinieron abajo las paredes.

Un rato después se acalló el estrépito ensordecedor. También desapareció la presión que sofocaba el pecho de Arienne. La mitad de la posada abandonada había quedado destruida.

—No hay tiempo para esperar a que salga el sol. Tenemos que cruzar la cuesta ahora mismo —apremió Eldred.

—¡Pero si Lisandros está muerto!

—¿No viste que su cuerpo era todo de metal? No se morirá por tan poca cosa. Tenemos que apresurarnos para ganarle terreno.

Al otro lado del camino, se veían personas con faroles fuera de la única posada abierta. Seguramente se habían despertado por el

estrépito del derrumbe. Arienne se apresuró a coger la manta y se puso la mochila a los hombros para dirigirse a la Cuesta de Finvera.

25
Loran

—¡No podemos dejarla ir, princesa!

Tres personas estaban tendidas en el camino impidiéndole el paso. Una de ellas era un anciano que debía tener más de setenta años; las otras dos eran mujeres de mediana edad que parecían ser sus hijas. Detrás de ellos había una docena de personas de pie, con expresión resuelta.

—¿Por qué tenemos que rendirnos? —exclamó una de las mujeres tumbadas en el suelo, con la cara empapada de lágrimas, que pronto se convirtieron en hielo por el frío invierno de Arland.

Loran temió que esas personas enfermaran. Se acordó de un invierno de hace unos años cuando su hija pilló una terrible gripe, por el aire frío que se colaba por las rendijas de la casa, y de los difíciles momentos que pasó cuidándola.

Los que la seguían eran más de cien. Habían decidido acompañarla después de rogarle en vano que desistiera del propósito de entregarse; pero también muchos otros habían regresado a sus casas.

—Aunque digáis que no debo rendirme, yo empecé esta lucha a finales de otoño, es decir, hace apenas unos meses. Muy pronto se olvidarán hasta de mi nombre —dijo Loran, tratando de calmarlos y razonar con ellos.

—¿Apenas hace unos meses, dice? Nosotros hace diez años que esperamos que venga alguien como usted, princesa —alzó la voz una persona que hasta ahora había permanecido en silencio detrás del grupo.

—Yo vendo frutas y verduras en la capital del reino —dijo otra mujer—. ¿Sabe por qué vengo todos los inviernos a casa de mis padres? Porque el maldito prefecto mató a toda mi familia. Por eso, cuando llega el frío, no soporto estar sola en mi casa vacía.

Loran sabía muy bien lo que era sentirse así. Salvo por el hecho de que se había dirigido al volcán en lugar de a la casa de sus padres, el sentimiento era el mismo.

—El prefecto está muerto y tu familia ha sido vengada... —empezó a decir Loran, sintiéndose culpable, como pidiendo disculpas.

—Mientras exista el cargo, el Imperio mandará a algún otro a ocuparlo. A mí no me importa porque yo ya no tengo familia, pero ¿qué hay de las otras personas?

—Quizás el nuevo prefecto no sea tan malvado y despiadado —terció alguien.

—¿Cómo saberlo? ¿Y si viene alguien peor? ¿Quién lo detendrá? ¿Quién nos protegerá? ¿Por qué tenemos que vivir preocupándonos por eso?

Loran estuvo a punto de decirles: «¿Por qué me lo decís a mí? Eso lo tenéis que resolver vosotros», pero se contuvo. A fin de cuentas, ella misma había asumido la misión de convertirse en reina; nadie la había obligado. No podía decirles eso, de ninguna manera. ¿Qué otra persona podría convocar a la gente de Arland sino ella? ¿Cuántas vidas más debían ser sacrificadas para derribar a un soldado acorazado o un tanque de la Armada Imperial? Loran no dijo nada pero, en respuesta a su silencio, se levantó una ola de murmullos.

Entonces el anciano tendido en el suelo se incorporó. Poniéndose de rodillas y agachando la cabeza, se dirigió a Loran:

—Sabemos que usted no cambiará su decisión por mucho que le impidamos el paso, pero al menos piénselo un poco. Cuando nos enteramos de que usted había aniquilado a los soldados de la Armada y matado al prefecto, volvió a brillar la esperanza para nosotros y, desbordantes de alegría, salimos a su encuentro, al

encuentro de la nueva reina de Arland. Muchos de nosotros cogimos las armas blancas que teníamos escondidas y, después de aceitarlas y afilarlas, las trajimos con nosotros. Piense en toda esta gente que ha venido dispuesta a pelear, princesa.

Soplaba un viento fuerte y frío. Loran se acercó al anciano para incorporarlo, pero él se tiró al suelo boca abajo.

—Es que si yo no me entrego, muchas otras personas perderán la vida —trató de explicar Loran.

—¿Acaso a alguno de los que está aquí le importa morir? —preguntó Wilfrida alzando la voz.

Otra vez volvió a levantarse un murmullo, pero esta vez de negación.

—Vosotros sois apenas cien personas, ¿qué hay de los que no están aquí? —preguntó Loran alzando la voz, aferrando aún al anciano del brazo—. Estoy segura de que muchos están resentidos conmigo por lo que hice, porque tienen miedo de que el Imperio tome represalias contra ellos. No está bien que pongáis en peligro la vida de esas personas.

—¿Pero quién tiene la culpa de que nuestras vidas corran peligro? —preguntó el anciano, y Loran se quedó sin palabras, pues pensaba que ella era la única culpable—. No, no es así, princesa. Usted piensa que la culpa es suya, pero eso no es cierto. Los que ponen en peligro nuestras vidas son los que nos obligan a obedecer amenazándonos de muerte.

—Ese día que usted estuvo en la Plaza de la Liberación, mejor dicho, en la Plaza del Dragón de Fuego... —habló de nuevo la mujer que decía ser de la capital del reino—, ¿no vio a toda esa muchedumbre que salió armada con instrumentos de labranza y utensilios domésticos?

Loran no respondió. No era cuestión de convencerlos o ir en contra de esta gente. Lo importante era salvar sus vidas. Sin decir más, continuó su camino. Hubo muchos más que se arrodillaron y trataron de impedirle el paso, pero Loran siguió adelante y los dejó atrás. Alguien le gritó a sus espaldas:

—¡Espere, princesa, iremos con usted! Si no hacemos el intento de disuadirla a lo largo del camino, lo lamentaremos el resto de nuestras vidas.

Loran se sentía en deuda con todas estas personas, así que asintió en silencio y siguió andando.

Como eran muchos los que la seguían, el viaje se fue alargando. Loran no tenía necesidad de pasar la noche en una posada, pues, gracias a la fuerza que había recibido del Dragón, no sentía frío. Además, temía que se unieran más personas al grupo si se dirigía a un lugar concurrido. Por su parte, siguiendo el ejemplo de la princesa —que dormía al aire libre—, los que la seguían se negaban a pasar la noche en un lugar cómodo.

Esa noche en particular hizo muchísimo frío. A Loran le apenaba ver a todas esas personas que, tras extender esterillas de paja sobre los terrenos vacíos después de la cosecha, dormían apretujados para darse calor, tapados con simples mantas. La comitiva que la acompañaba había aumentado a unas trescientas personas, entre los cuales había ancianos y niños.

Loran no quería incomodarlos y se mantenía algo apartada, pero Wilfrida se acercaba a ella sin reparos. Por su personalidad o quizás porque tenía la corpulencia de un guerrero, hacía las veces de mensajera de la comitiva que la seguía. Incluso Loran había escuchado que la llamaban en broma «general Wilfrida».

—Princesa, hay muchos que tienen frío. Quisiéramos ir a por leña.

—Sí, claro —respondió Loran, preguntándose por qué le pedían permiso.

—Como puede ver, los campos están vacíos porque han terminado las labores de la cosecha, por eso queríamos ir a pedir algo de paja a algunas casas de los alrededores.

—Pero quemar paja...

—Es cierto que no dura mucho..., pero seguro que tienen en abundancia tras la cosecha de arroz.

Loran era de la ciudad, así que no sabía mucho sobre cultivos, pero había algo que le preocupaba.

—Pero esa paja tiene utilidad para los campesinos, ¿verdad?

—Nos estamos muriendo de frío, princesa. No puede ser que dar de comer al ganado o cambiar el techo de las casas sea más importante.

—Pero les pertenece. No podemos molestar a los lugareños cada noche. —Justo entonces se le ocurrió una idea—. Quizás yo pueda hacer algo por vosotros...

La princesa se acercó a los que estaban temblando de frío. Creyendo que ella tenía algo que decirles, todos la rodearon. Incluso despertaron a los que ya dormían. Entonces Loran sacó a *Urmas*, cuyo largo filo despedía una luz y un calor suaves. Se levantó un murmullo de admiración en la muchedumbre.

—Esta es la espada que me dio el Dragón de Fuego.

—Oh, ¿vio usted al señor Dragón? —preguntaron varios.

—Sí, lo vi.

Loran se extrañó de que lo llamaran «señor Dragón», pues en la capital nadie le llamaba así, pero quizás todos lo conocían de ese modo en el pasado. Ahora que lo pensaba, no le había dicho a nadie, salvo a Emer, dónde había conseguido la espada. Clavó a *Urmas* en el suelo y se quitó el parche del ojo izquierdo, que comenzó a inflamarse. Loran paseó la mirada por cada uno de los que estaban allí temblando de frío. Todos deseaban la liberación más que ninguna otra cosa, todos tenían la esperanza puesta en ella.

—Princesa, su ojo... —dijo uno en voz queda.

—No os asustéis aunque mi aspecto cambie un poco.

Su ojo izquierdo comenzó a arder con una tonalidad azulada y aumentó la temperatura de *Urmas*. De pronto, se incendió la maleza seca que cubría el suelo y la tierra helada se derritió. Se acordó de cuando descendió por el cráter del volcán. La temperatura empezó a subir tanto que la gente que rodeaba a Loran se apartó un poco de ella y de la lava que se formaba.

—¿Cómo es posible?

—¡Es un milagro!

—Entonces, ¡es cierto!

Las caras de todos, hasta hace un rato pálidas por el frío, ahora estaban rojas de calor como la lava. Extendieron las manos para calentarse. Sujetando con fuerza a *Urmas*, Loran cuidaba de que el hoyo de lava no se agrandara mucho ni se enfriara demasiado pronto. La espada también se aferraba fuerte a ella.

Surgió de pronto una claridad. La gente que se calentaba con la lava se levantó de sus lugares mirando el cielo. Loran también dirigió la vista hacia arriba. Una columna de luz blanca y roja salía de Loran y atravesaba las nubes. Igual que si ardieran al mismo tiempo todas las estrellas del firmamento, el mundo quedó iluminado como si fuera pleno día.

Al doblar la colina, avistaron la fortaleza donde se estacionaría la Legión 25 cuando llegara a Arland. Era un edificio de piedra revestido de yeso, a la manera imperial. Para los habitantes, el lugar era el símbolo del sometimiento que sufrían. Estaban a medio día de camino de la capital de Arland. Si Loran hubiera hecho sola el camino, habría llegado en tres días, pero, con ellos a su lado, le había llevado una semana.

Nadie de la Armada Imperial se imaginaría que ella misma vendría a la fortaleza para rendirse y entregarse, acompañada, además, de miles de personas que habían llegado atraídas por la columna de luz de aquella noche. En su mayoría eran campesinos, pero también había gente de la capital del reino.

Wilfrida se acercó a ella. Ya no llevaba un bastón, sino una lanza muy sólida. Habían llegado herreros y curtidores trayendo armas y armaduras de cuero y las habían repartido entre los que sabían pelear. Algunos hasta portaban equipos que habían pertenecido a la guardia de la prefectura. Quién sabe si habían sido guardias de verdad o si las habían robado de los arsenales, pero Loran pudo identificar a algunos vecinos y discípulos suyos de

esgrima. Sin embargo, cosa rara, ninguno de ellos parecía reconocerla.

—Princesa, ¿todavía piensa en rendirse? —le preguntó Wilfrida, con un deje de alegría.

Emer había dicho en alguna ocasión que bastaba verla para saber cuál era su destino; lo mismo podía ver Loran en todas las personas allí reunidas. Aunque el cuerpo de la Legión 25 destruyera Arland, aunque la Estrella de Mersia lo convirtiera en cenizas, quizás ese fuera el destino del reino.

—Ya no —respondió Loran, sonriéndole.

Luego se giró hacia la muchedumbre que la seguía y, desenfundando a *Urmas*, exclamó levantándola en alto:

—¡Vamos a atacar la fortaleza! Podéis iros si lo deseáis, pero si queréis acompañarme a liberar esta tierra de sus opresores ¡yo, la princesa de Arland, os doy la bienvenida!

Frente a ella, el rugido de sus seguidores se alzó hacia el cielo como un trueno.

26
Caine

Podía ver un candil cubierto con un velo, pero lo demás estaba borroso. Tenía las gafas en el bolsillo. Además, aunque él no podía moverse lo más mínimo, le parecía que el suelo se tambaleaba. Había dos personas delante —una de ellas remando—, cuyas siluetas percibía gracias a la luz velada del candil. En el aire frío solo se percibía el olor sucio del embarcadero. No conseguía pensar con claridad, pues el veneno que le había inoculado Safani circulaba por su cuerpo quemándole las arterias. Ya fuera por la sustancia tóxica o por el decaimiento que sentía, algo le oprimía el pecho y le impedía respirar.

—Caine...

Era la voz de Fienna… ¡Pero si ella estaba muerta! Todo a su alrededor era impreciso, excepto su amiga, como si ella sola recibiera la luz de la luna.

—Fienna…—musitó Caine, sin apenas mover los labios.

—Te estás muriendo.

—Lo sé.

—¿Sabes dónde estás?

—En el embarcadero, frente al mar. Por el olor, debe ser la zona de pescadores. En un bote.

—¿Sabes quiénes son ellas? —preguntó su amiga, señalando con el mentón.

—Gladis y la legionaria, su guardaespaldas, pero no sé cómo se llama.

—Así es. No dejes de pensar, no te desmayes.

—Yo quería descubrir por qué te mataron… No quería que tu muerte fuera en vano…

Fienna seguía asintiendo en silencio y le acariciaba la cabeza. Caine hubiera querido llorar, pero no pudo.

—Lo sé, lo hiciste bien. ¿Qué averiguaste?

Al muchacho le costaba hilar los pensamientos.

—Que con el dinero que recibías de Gladis, ayudabas a los arlaníes que viven en la capital… No sé si fuiste tú quien recurrió a ella o si fue Gladis la que se acercó a ti con algún objetivo… Supongo que ella deseaba que la resistencia de Arland se instalara en la capital para poder disponer de ellos en el futuro… pero concibió el propósito de destruir la capital con el Circuito del Destino…

—Así es —respondió Fienna con calma.

—No sé cómo Gladis decidió eso ni cómo tú lo descubriste, pero quisiste disuadirla… porque no querías que los numerosos arlaníes que viven aquí se vieran perjudicados.

—No solo los arlaníes.

—Como te opusiste con tenacidad, Gladis tuvo miedo de que el plan se filtrara y te silenció. Era sobre esto de lo que ibas a hablarme esa noche, ¿verdad? Pero ellos creyeron que ibas a contárselo al Servicio Secreto.

—¿Por qué no los denunciaste? Conociste nada menos que a tres agentes del Servicio Secreto. ¿Por qué no les dijiste nada?

—No me interesa la independencia, la liberación ni nada de eso, pero no quise impedir el trabajo de los que se dedican a esas cosas… Quise estar seguro antes de actuar.

—¿En serio? ¿Fue por eso? —preguntó Fienna, con una gran sonrisa.

De solo ver su sonrisa franca a Caine se le cayeron las lágrimas.

—No, no fue por eso.

—¿Entonces por qué no les dijiste nada?

—Porque quería vengarme con mis propias manos.

—Ahora sí, ¡ese el Caine que yo conozco!

Fienna se agachó y le dio un beso en la frente, lo que le hizo temblar.

En la proa del bote, Gladis se giró y preguntó en voz baja:

—¿No se acaba de mover?

La legionaria dejó de remar por un momento y miró hacia atrás, para luego encogerse de hombros:

—Imposible. Los venenos que usa ese hombre no son corrientes. Puede que incluso esté muerto.

—¿Tú crees?

—Usted quiso venir y no pude impedírselo, pero temo que alguien la vea. Si eso sucede, será difícil explicar su presencia aquí.

—No, ese muchacho no es un ciudadano del Imperio —la contradijo Gladis con tono solemne—. Vino aquí para vengar a su amiga y averiguar sobre su muerte. Aunque no merezca ser lanzado al agua por eso, no hay otro remedio. Me siento culpable por lo que pasó con Fienna, así que quiero estar presente al menos.

Al oírla decir eso, Fienna la miró fijamente.

—¿No te parece odiosa?

—Para ser alguien que va a matar a cientos de miles de personas, tiene muchos escrúpulos.

—Eso no.

—¿No qué?

—No va a matar a cientos de miles personas. Tú se lo vas a impedir —sentenció Fienna, con la expresión suave de siempre.

—Fienna, el veneno hasta me está haciendo ver alucinaciones. No puedo mover ni un dedo y tengo el cuerpo atado, no sé si con cuerdas o con cadenas. ¿Cómo puedes esperar eso de mí?

Acercándole su cara hasta casi tocarle la nariz, Fienna dijo:

—¿Te acuerdas de cuando te conocí en la calle? Te habían atrapado por robar mandarinas y tuve que rogarle al tendero, después de pagar por la fruta, que te dejara ir, ¿te acuerdas? Estabas gritando como un loco en arlaní —Caine asintió con la cabeza y el cuello se movió ligeramente—. ¿Por qué crees que hice eso por un chico de doce años? ¿Porque me sobraba el dinero?

—No.

—Y tú, lo que hiciste por esa chica… ¿cómo se llamaba?

—Arienne.

—Cuando le diste de comer a Arienne, ¿esperabas algo a cambio? ¿La ayudaste a escapar porque esperabas algo de ella?

—No, nada.

—Y el dinero que yo recibí de esa mujer —dijo, señalando a Gladis—, ¿lo repartí con los arlaníes esperando algo a cambio?

—No.

—¿Y por qué lo hicimos entonces? ¿Tanto tú como yo?

—Porque podíamos hacerlo.

Caine podía sentir las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Ahora que sabes lo que yo pensaba hacer, lo harás tú, ¿verdad? ¿Harás eso que puedes hacer? Te he dicho todo lo que tenía que decirte y tú eres un muchacho inteligente y bueno, mi querido Caine.

La mano de Fienna le acarició la mejilla. Sus párpados temblaron y sintió la fresca brisa nocturna sobre la cara.

El balanceo del bote estaba disminuyendo. La legionaria dejó de remar y dijo:

—Este es un buen lugar.

—Si tú lo dices.

Las dos mujeres se levantaron, pero Caine no se percató porque tenía toda la atención puesta en Fienna. Sus largas trenzas brillaban sobre su cabeza como una corona de luz, a pesar de que no había salido la luna y todo estaba lóbrego y oscuro como la brea.

—La capital del Imperio parece espléndida, pero quienes la habitan están sufriendo. Cuando todo acabe, te pido que cuides de todos ellos.

—¿De los arlaníes?

—De quien sea, de todos a los que puedas ayudar.

El calor regresaba poco a poco a su cuerpo, hasta sentía que le latían las sienes. Percibía la frialdad de las cadenas que lo envolvían. Parecía que se las habían puesto no para inmovilizarlo sino para

hundirlo. Además, no las habían asegurado con un candado. Le apretaban los brazos, pero las sentía flojas desde los codos hacia abajo.

—¿Y quién va a cuidar de mí?

Caine seguía viendo borroso, pero ya no era a causa del veneno, sino de las lágrimas, o quizás porque no llevaba puestas las gafas.

—Tú eres inteligente y bueno, te puedes valer por ti mismo. —Fienna volvió a acariciarle las mejillas—. Vamos, levántate y venga mi muerte. Vence a los malos y salva al mundo. Si no es al mundo, al menos a las personas a las que yo cuidaba.

—¿Como si fuera un héroe? —preguntó Caine, riéndose.

—Como si fueras un héroe —respondió Fienna, riéndose también.

Gladis se había acercado y lo estaba mirando con curiosidad. Caine la vio por primera vez: una cabellera entrecana enmarcaba su rostro pequeño y surcado de arrugas, y vestía una gruesa ropa guateada de seda de Kasia de color morado.

—¿Por qué tiene la cara mojada? —preguntó, tocándole los pómulos—. ¿Son lágrimas?

—Parece que sigue vivo. Yo me encargaré de él —dijo la legionaria, apartándose de los remos.

Fienna le tendió la mano a Caine y este se irguió tomándola, pero no era más que una alucinación debido al veneno. Lo que hizo en realidad fue levantarse como un resorte y chocar con Gladis, quien lanzó un breve grito. Con una serenidad pasmosa, la legionaria sacó la espada y la blandió contra Caine, pero el filo del acero solo rozó las cadenas, arrancándoles chispas. Caine aprovechó para estirar la mano a través de los eslabones flojos y cogió de un manotón el cinturón del traje de Gladis. Incluso con su mano congelada, sintió la suavidad de la seda de Kasia. Cualquier otra tela se hubiera roto, pero esa seda resistió el estirón y Gladis quedó pegada a él, como si la tuviera cogida de la cintura. Dio un giro sobre sí, a pesar de sus piernas encadenadas. El cuerpo viejo y

pequeño de Gladis perdió el equilibrio sin poder aguantar el peso de Caine y de las cadenas. Al ver que Gladis se le caía encima, la legionaria dio un paso atrás para evitarla. Sin soltar a la mujer, Caine se lanzó más allá de la proa del bote y, antes de que su cuerpo tocara el agua, oyó que la legionaria gritaba algo, pero no lo entendió porque lo dijo en kamorí.

El mar estaba tan helado que congelaba hasta los tuétanos. Las cadenas hundieron a Caine y a Gladis más y más al fondo. Gladis daba manotazos tratando de aferrarse a algo, pero pronto sus ropas guateadas absorbieron el agua. Un rato después dejó de moverse y cayeron juntos al fondo.

A Caine se le acababa el aire. Quería desprenderse de las cadenas, pero no podría aguantar la respiración el tiempo suficiente para liberarse de ellas y salir a flote. Había hecho un cálculo demasiado optimista. De todos modos, se sentía satisfecho. Había vengado a Fienna y, con la muerte de Gladis, los planes de hacer explotar el Circuito del Destino se suspenderían. Por fin se había liberado del peso que sofocaba su pecho desde la muerte de su amiga. Deseaba morir pronto, antes de que desapareciera la gratificante sensación de haber cumplido su propósito.

La última bocanada de aire que quedaba en los pulmones de Caine salió de su cuerpo convertida en una sucesión de burbujas que subieron hacia la superficie.

27
Arienne

Hacía rato que había pasado el mediodía, pero todavía estaba subiendo la Cuesta de Finvera. La ladera estaba cubierta de nieve virgen, señal de que nadie la había transitado. Continuamente bajaban ráfagas repentinas de viento que abofeteaban las mejillas de la muchacha y sacudían la nieve acumulada sobre los abetos.

Todavía no había salido el sol cuando dejó a Lisandros sepultado bajo los escombros del mesón abandonado y desde entonces no había descansado un momento. El sendero que subía la Cuesta era estrecho y escarpado. Hasta hacía poco no había hecho otra cosa que estudiar durante horas sentada en un pupitre, así que le costaba una barbaridad subir por la pendiente, pero tenía claro que no podía detenerse, pues Lisandros podía alcanzarla en cualquier momento. El que ella lograra llegar a Arland no garantizaría su seguridad, ya que, para el Gran Inquisidor del Tribunal de la Verdad, hasta el prefecto del reino vasallo sería solo un criado a sus órdenes. Sin embargo, por mucho que el miedo y el nerviosismo acicatearan el paso de Arienne, llegó a un punto en el que no pudo más y tuvo que tomarse un respiro. Eligió para ello una roca desde la cual se podía divisar con claridad el sendero por el que había subido. Tenía hambre y, sobre todo, mucha sed. Quedaba algo de comida en la mochila, pero no le había dado tiempo a coger la cantimplora cuando había salido corriendo de la casa derruida y tampoco había ningún arroyo en las inmediaciones; tragó saliva para humedecerse la garganta.

—¿Qué haces que no sigues andando?

Era Eldred. Ahora que tenía el torso libre de las vendas, estiraba la mano y toqueteaba todo lo que tenía a su alcance en la habitación, comportándose como alguien que ha descubierto que posee el sentido del tacto. Acariciaba el cubrecama y estrujaba la almohada, pero allí donde llegaban sus dedos quedaba una mancha oscura. No podía ser más desagradable, pero Arienne prefirió no saber qué era aquello.

—No puedo seguir de momento. Además, tengo mucha sed.

—Pues, derrite la nieve.

—¿No estará sucia?

—Si eso te preocupa, coge la acumulada en las ramas de los árboles.

Arienne bajó de la roca, se acercó a un abeto y, quitándose el abrigo, lo extendió debajo del árbol. El frío glacial se le coló por el cuello. Golpeó el tronco con la palma de la mano y la nieve cayó a montones. Cogió un poco y se la metió en la boca. La nieve se derritió al instante, al mismo tiempo que un dolor punzante le atravesaba las sienes. En realidad, había nieve por todas partes. Incluso había una gruesa capa de nieve limpia en el suelo que no había sido pisada ni por personas ni por animales. Era la misma nieve que la de las ramas de los árboles, pero no soportaba la idea de comer algo caído en el suelo. Cuando vivía en Arland como hija de campesinos, tomaba el agua del arroyo y comía los frutos que recolectaba de los matorrales del bosque. Se preguntó si habría pasado demasiado tiempo viviendo en la metrópoli del Imperio.

—Quítame también las vendas de las piernas —pidió Eldred—. No sabemos cuándo llegará el tipo ese. Ni siquiera completamente libre podré enfrentarme de igual a igual.

Arienne le echó una mirada de soslayo a las manchas negras que habían quedado en su cama y su almohada y dijo tajante:

—No quiero.

Eldred se encogió de hombros. Era un gesto que no le había visto hacer cuando tenía los brazos vendados.

—Lo harás cuando te des cuenta de que el único que puede salvarte soy yo. Espero que sea a tiempo.

Su torso sin las vendas tenía un aspecto todavía más deplorable que su cara. Tenía la piel desgarrada aquí y allá, y la carne pegada a sus huesos parecía cecina. Arienne se aguantó las ganas de saber si le dolía y, en su lugar, le hizo otra pregunta:

—El libro *El mago de Mersia* termina cuando Lisandros te mata y te convierte en un generador. ¿Qué pasó después?

—Tú no hagas caso de nada de lo que diga Lisandros. ¿Has visto lo que tiene en la espalda?

—¿La caja de madera?

—Es un generador de nivel dos.

—¿Por qué es tan pequeño?

—Porque el cadáver que hay dentro es de ese tamaño.

—¿Quieres decir que es el cadáver de un bebé?

Arienne se rio, pero enseguida se acordó de que Lisandros tenía un hijo que acababa de nacer y se puso seria. Eldred había querido convertir a ese niño en su discípulo…

—Mató a su hijo ahogándolo con sus propias manos porque yo había influido demasiado en él. Lisandros me llamó monstruo, pero él convirtió al hijo que asesinó en un generador y lo utilizó para prolongar su vida mecánicamente hasta ahora. Él es el monstruo, no yo.

Por alguna razón, Arienne supo que lo que decía Eldred era verdad, una verdad más fría que cualquier invierno boreal.

Arienne volvió a subir a la roca con el abrigo lleno de nieve. La luz del sol brillaba deslumbrante y no había una sola nube en el cielo. Un poco más arriba estaba la cima de la cuesta. Parecía que hubiera alguien allí, pues se veía elevarse un hilo de humo. También divisó una silueta humana subiendo, abajo a lo lejos. ¿Sería Lisandros? Era mejor no saberlo. Descendió de la roca y se apresuró a seguir su camino. Eldred no volvió a hablar.

Antes de la llegada del Imperio, los elfos vivían en la Cuesta de Finvera y se dedicaban a cobrarles peaje a los viajeros. Decían que

en las noches de invierno bajaban a las aldeas con sus perros cazadores para robar bebés humanos. También había oído que arriba, en la cima de la cuesta, había una gran explanada y que ese era el lugar donde antiguamente se levantaba el palacio de los elfos. Al marcharse de Arland, Arienne había tomado el barco en Ledón, por lo que no había estado nunca en lo que ahora se llamaba la Plaza de Finvera. Al conquistar Lontaria, el Imperio había exterminado a los elfos y había derribado el palacio y levantado la plaza en su lugar, además de construir un camino que la atravesaba de norte a sur. Solo los extraños caracteres de la escritura élfica que habían quedado grabados en los troncos de algunos árboles daban muestras de que ese lugar estuvo habitado por ellos alguna vez. Probablemente en todos los reinos conquistados por el Imperio debía de haber plazas como la de Finvera.

Al llegar a la cima de la cuesta, Arienne observó con atención el panorama que ofrecía la plaza. Había por lo menos medio centenar de personas armadas. Sintió el impulso de volverse y echar a correr. Se encontraba muy lejos de ese bosque en donde había matado a dos inquisidores, pero lo que había hecho todavía le remordía la conciencia. De todos modos, procuró respirar hondo y siguió andando, aguantándose las ganas de esconderse detrás de los abetos. Habían construido una empalizada, levantado tiendas de campaña y encendido fogatas aquí y allá. Sin embargo, no parecían soldados del Imperio. ¿Serían bandidos?

Al descubrir a Arienne, los hombres se pusieron a cuchichear entre sí en una lengua desconocida. Ella tenía la intención de atravesar la plaza y descender por el otro lado de la cuesta, pero le salieron algunas personas al paso. Al frente del grupo venía un hombre corpulento de unos treinta años. De toda la gente allí reunida, era el que iba mejor vestido, así que supuso que sería el jefe.

Se acordó del encantamiento con el que había derribado la vivienda abandonada esa misma madrugada. ¿Podría usarlo en este lugar? Allí no había techos, pero sí podía imaginar que los árboles

caían sobre las personas, tal como lo había hecho con las paredes del mesón. Al darse cuenta de que estaba pensando en matar a cincuenta personas a la vez, como si se tratara de coser y cantar, sintió un escalofrío. Pasar tanto tiempo con Eldred le estaba haciendo daño.

—Disculpa que te molestemos —le dijo el que parecía el jefe utilizando la lengua del Imperio, aunque con cierto acento—. No somos ladrones, así que no te preocupes. Solo queremos preguntarte algo. Cuando nos contestes, podrás irte.

Lo dijo con bastante amabilidad, pero Arienne estaba segura de que no la dejaría marchar si se negaba a hablarles.

—¿Qué son si no son bandidos?

—Somos soldados de la liberación de Kamori. Me llamo Emer y soy el hermano menor del rey Gwaharad.

Las únicas direcciones por las que se podía circular eran hacia atrás o hacia adelante. A los lados había muchos árboles y, más allá, se levantaban picos escarpados y cubiertos de nieve. No era posible dar marcha atrás ni huir por ningún lugar.

—¿Qué es lo que desean saber?

—No es gran cosa. Solo tienes que decirnos si has visto a alguna unidad militar del Imperio dirigiéndose hacia aquí.

—No, ninguna —respondió Arienne, dando un paso, pero Emer permaneció firme, como si no hubiese terminado de hablar.

—¿Está segura? ¿No has oído rumores acerca de la Legión 25?

Arienne quería bajar cuanto antes la cuesta. Le parecía que en cualquier momento Eldred le diría que podía oler a Lisandros.

—No he oído nada. ¿Es para preguntar eso que me impiden el paso todos ustedes? Además, ¿no saben que no hay rincón de Lontaria donde no haya soldados de la Armada Imperial?

—Va a haber un recambio del ejército, por eso hay muy pocos ahora. Están todos metidos en la fortaleza esperando a que llegue el grueso del ejército y no salen. Todo gracias a la princesa de Arland —dijo Emer, sonriendo.

Era la princesa de la que le había hablado Caine. Arienne sintió curiosidad.

—¿Qué es lo que hizo ella?

—Es largo de contar —explicó Emer, con una sonrisa de oreja a oreja—. Ella sola destruyó una base militar acorazada, mató al prefecto de Arland y ahora, con miles de arlaníes que la siguen, se dispone a atacar la fortaleza imperial. Seguramente en este momento sean muchos más. —Arienne no pudo evitar lanzar una exclamación de asombro—. Es natural que te sorprendas. Por eso estamos aquí vigilando para evitar que se infiltren delatores o espías, y también para reunir información sobre los movimientos de la Armada Imperial.

—¿Ha dicho que son del Ejército de Liberación de Kamori? —preguntó Arienne, dudosa—. ¿Kamori se ha unido a Arland para luchar contra el Imperio?

La sonrisa desapareció de la cara de Emer y en su lugar se dibujó una expresión de desconcierto. De todas maneras, nada de esto tenía importancia para Arienne. Lo único que quería en ese momento era bajar de la cuesta cuanto antes.

Eldred le cuchicheó al oído: «¡Arienne, siento su olor! ¡Mátalos de una vez y sigamos adelante!».

La chica echó un vistazo a las montañas a su alrededor; estaban cubiertas de abundante nieve. Aplicando el encantamiento que había usado el día anterior, podría provocar una avalancha, pero de ninguna manera podía causarle daño a toda esa gente solo para proseguir su camino.

—Yo no soy una espía, así que déjeme pasar.

—Bueno, ningún espía admite que lo es.

—No lo admito porque no lo soy.

—Entonces espera un momento a que lo comprobemos.

—¡Soy una fugitiva del Imperio y llevo mucha prisa! — protestó Arienne, furiosa—. Si no me dejan pasar, puede que mueran todos ustedes. Lo mejor será que se oculten cuanto antes.

—¿No has dicho que no viste ninguna tropa de la Armada Imperial? —preguntó Emer, frunciendo el ceño.

—Porque no es una tropa, sino una sola persona. Se trata del…

Emer y todos los que estaban a su lado estallaron en carcajadas.

—Señorita, somos cincuenta hombres. Estamos bien atrincherados y, como el camino es estrecho, podemos hacer frente a quienes vengan, aunque sean cientos. No tiene de qué preocuparse si la persigue uno solo…

Antes de que terminara la frase, Emer se llevó la mano al corazón. Arienne también sintió el sofoco en el pecho, el mismo que la había aquejado en el mesón abandonado. De pronto dejó de oírse el canto de los pájaros. A su alrededor, los hombres de Emer caían al suelo encogidos de dolor y abriendo mucho los ojos. Movían los labios como queriendo decir algo, pero no podían emitir ni siquiera un quejido.

Se oyó un ruido a espaldas de Arienne, en la dirección por donde acababa de subir. Acto seguido, las fogatas humearon y se apagaron todas a la vez.

28
Caine

Expulsó el agua a borbotones, como un grifo al que acaban de desatascar. Un acceso de tos le hizo vomitar la que aún quedaba en sus pulmones. Tenía la cara contra un suelo de madera, pero no podía precisar si estaba sobre un barco o en el embarcadero. Lo único de lo que estaba seguro era de que no estaba en el fondo del mar. A su izquierda estaba desparramada la cadena con la que lo habían enrollado.

—¡Ay, qué asco! —protestó el bajito rechoncho, limpiándose la cara con la manga.

El gordinflón había estado haciendo presión sobre el pecho de Caine para reanimarlo. Séptima, ataviada con su estola, estaba sentada en la proa del bote con un candil sobre las rodillas. De alguna manera, Caine se encontraba en el mismo bote que lo había transportado a la ida, junto al que flotaba otro similar, aunque vacío. Dévadas, completamente empapado, estaba sentado sobre unos trastos revisando el cuerpo de la legionaria tirada a sus pies, muerta o tal vez solo desmayada.

—¡Vaya, sobrevivió! —exclamó Séptima, con expresión de sorpresa.

—A veces se mueren un rato después o quedan inválidos para siempre —dijo el gordo, mirando a Caine—. Vi un montón de casos cuando era pescador.

El muchacho volvió a sentir la presión sobre el pecho. Era el gordo que otra vez estaba practicándole la reanimación. Caine quiso aferrarse a esas manos para incorporarse, pero no lo consiguió, pues

el veneno seguía circulando en su cuerpo. Séptima se levantó de donde estaba sentada y se acercó a mirarlo de cerca, cuando el gordo volvió a hablar:

—Dévadas te salvó a ti en lugar de a la mujer que estaba contigo. No hagas que lo lamente.

Por toda respuesta, Caine tuvo otro acceso de tos.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Séptima.

—¿Cómo... llegué… aquí? —preguntó a su vez Caine, articulando las palabras a duras penas—. ¿Cómo me sacaron... del agua?

—Tenemos nuestros recursos —respondió el gordo.

Al parecer, Dévadas no había encontrado nada en el cuerpo de la legionaria, pues sacudió la cabeza y las manos hacia sus compañeros. Mientras la inspeccionaba con esas manazas, había zarandeado el cuerpo a uno y otro lado como una bolsa de patatas. Fue entonces cuando Caine pudo ver que tenía hundida la zona bajo el pecho izquierdo, como si le hubieran pegado un fuerte martillazo. Dévadas cogió la cadena y, tras envolver a la legionaria con ella, tiró el cuerpo al mar, que se hundió con un chasquido y los salpicó a todos. Salvo algunas burbujas que se formaron en la superficie, todo volvió a quedar quieto.

—Te he preguntado qué fue lo que pasó —insistió Séptima.

Antes de responderle, Caine metió la mano en el bolsillo interior del abrigo y sacó sus gafas. Al ponérselas, vio todo mucho más claro y se sintió mejor. Antes de abrir la boca, caviló hasta dónde le convenía contar.

—Fue ese hombre... Safani… quien me inyectó veneno.

Hubiera querido mostrarle el muslo donde tenía la herida, pero decidió no bajarse los pantalones. Al escucharle decir aquello, Dévadas abrió los ojos como platos, pero el que habló fue el gordo:

—Tuviste mucha suerte. Hoy casi te mueres en dos ocasiones.

—Háblanos de Safani —interrumpió Séptima—. ¿Dónde está ahora? Creíamos que habría venido con ellas.

—Como sospechabais, ese hombre está de parte de Gladis.

Caine les dijo todo lo que sabía sobre Safani. No tenía razones para mentirles u ocultarles nada, puesto que no sabía exactamente qué trabajo hacía o qué rol tenía. Simplemente estaba allí en la casa de Gladis. Al llegar a ese punto de la historia, el gordinflón repitió con un tono burlón:

—¿De verdad lograste entrar?

Séptima le lanzó una mirada de soslayo que casi lo fulmina. Como queriendo desdecirse, el gordo cerró los labios con fuerza. Por la pregunta, Caine supo que no lo habían estado siguiendo todo el tiempo. ¿O sería que querían inducirlo a mentir? Era mejor no dejar volar la imaginación.

—¿Qué descubriste acerca de las intenciones de Gladis? —preguntó Séptima.

Caine caviló rápidamente. No había sido Gladis quien le dijo que planeaba hacer volar la capital del Imperio con el Circuito del Destino que estaba en el sótano del Senado, sino Eldred en la habitación de la mente de Arienne. ¿Se trataba de una información fiable? Aunque lo fuera, ¿debía decírselo a Séptima? Pero Gladis había muerto, así que ya no importaba.

—No estoy seguro.

—¿Qué es lo que sabes, entonces? —exclamó Séptima de mal humor—. ¿Qué has hecho hasta ahora?

—Pero esa mujer está muerta. Ya no importan los planes que tuviera.

—No te creas. Safani no se detendrá aunque haya muerto la persona que lo contrató.

Fienna le había pedido que salvara la ciudad donde vivían las personas que ella cuidaba. Aunque hubiera sido una alucinación provocada por el veneno, era la misma Fienna que él conocía tan bien. ¿No debía denunciar ese complot ahora si quería salvar la ciudad? Sin embargo, por alguna razón desconocida, dudaba si abrir la boca. Había conseguido vengar a su amiga, ¿por qué no hablaba? ¿Tal vez porque sus padres habían muerto a manos de la prefectura del Imperio?

Dévadas se sentó y comenzó a remar, haciendo que el bote se enfilara hacia al embarcadero.

Quizás Caine no hablaba porque en un rincón de su corazón anhelaba ver arder en llamas la capital. De hecho, algunos creían que los antiguos súbditos de los reinos vasallos estaban dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de llevar a la ruina al Imperio. «Quizás tengan razón», pensó Caine.

—No sé de qué hablaban, pero decían que faltaba poco. Que necesitaban un par de días más, pero que no podían esperar tanto, que tenían que hacerlo ya. Que de eso se encargaría Safani.

Caine no hizo mención del plan de hacer estallar la capital. Justificó su actitud diciéndose que la información que le había dado Eldred no era fiable. Sin embargo, no pudo explicarse por qué se guardaba para sí el dato importantísimo de haber encontrado un generador mágico escondido en esa casa abandonada.

—Lo que me estás diciendo no nos sirve de nada —se quejó Séptima.

—Conociendo la manera de operar de Safani, seguro que planea asesinar a alguien importante —opinó el gordo.

—Ojalá fuera eso, ya que no hay ninguna personalidad que sea irremplazable en el Imperio.

«¿Podrán reemplazar a cientos de miles de personas?», se preguntó Caine. «¿Traerán a gente de los reinos vasallos y llenarán los edificios vacíos con ellos, así como proveen de aceite de oliva a la ciudad?».

Mientras el bote surcaba el mar sumido en la oscuridad de la noche, Séptima y el hombre rechoncho intercambiaron toda clase de suposiciones y mencionaron nombres y sucesos desconocidos. Mientras tanto, Dévadas no apartó la vista un solo momento de Caine mientras remaba.

Al llegar al puerto, Dévadas subió primero la escalerilla y, después de echar un vistazo a su alrededor, les hizo una seña para indicar que no había moros en la costa. El segundo en subir fue el

gordo, dando pruebas de una gran agilidad. Al llegar el turno de Séptima, esta se dirigió a Caine:

—Tú nos acompañarás a la oficina central.

—¿Por qué...? Vosotros mismos lo habéis dicho, casi me muero en dos ocasiones.

—Eso no importa. Dos personas han perdido la vida y una de ellas era una comerciante poderosa con buenos contactos en el Senado. Algo tendremos que explicar en el informe.

Faltaban dos días para que explotara el Circuito del Destino, pero quizás fuera antes si Safani se apresuraba… Debía evitarlo a toda costa, pero no podía o no quería abrir la boca.

Al poco tiempo, apareció un coche negro que seguramente los había estado esperando. El cochero, que llevaba un abrigo negro, los saludó con un movimiento de cabeza. Un rato después sacudió las riendas y los tres caballos se pusieron lentamente en marcha, haciendo resonar sus cascos sobre el empedrado. Séptima se sentó en el pescante, al lado del cochero, y el gordinflón tomó asiento dentro del coche. Para fastidio de Caine, Dévadas iba detrás de él y no le quitaba los ojos de encima. A diferencia de Séptima o el gordo, el gigante se mostraba abiertamente desconfiado, como si tuviera miedo de que se fuera a escapar. Caine no quiso sentarse al lado del gordinflón, así que se sentó enfrente, seguido de cerca por Dévadas.

Como otros organismos gubernamentales, la oficina central del Servicio Secreto se encontraba en el casco antiguo de la ciudad. El coche se detuvo un momento frente al portón de la muralla que rodeaba la zona antigua, pues sin una autorización expresa, no se permitía el acceso por la noche. Los guardias hicieron una señal a los que estaban en la parte superior del portón y la puerta se abrió lentamente. Lo primero que atrajo la atención de Caine fueron los interminables faroles alineados a ambos lados de la calle. De noche el casco antiguo tenía una coloración totalmente diferente. En lugar del sol que alumbraba con su luz clara y blanca durante el día, al caer la noche las calles se iluminaban con la tonalidad pálida y

azulada de los generadores mágicos. El coche de caballos siguió andando a ritmo acompasado por el río azul creado por los faroles.

—¿Viniste alguna vez al casco antiguo? —preguntó el gordinflón.

—Sí, para entregar los pedidos de aceite de oliva —respondió Caine, mirando por la ventanilla.

Casi no se podía ver gente de los reinos vasallos en la parte antigua; de hecho, tampoco era fácil ver a personas provenientes de las otras seis ciudades que componían el Imperio. Allí se encontraban el Senado, la Asamblea de los Comunes, las oficinas gubernamentales y las casas matrices de las sociedades comerciales. En otras palabras, era el ombligo del mundo, el epicentro donde había nacido el Imperio. Los edificios eran monumentales, todo estaba brillantemente iluminado y las tiendas no podían ser más espléndidas. Incluso parecían relucir los árboles y los arbustos que adornaban las calles y los edificios.

—Disfruta del panorama, ya que no podrás ver la luz del sol durante un tiempo.

Si Eldred estaba en lo cierto, en pocos días iban a estallar al mismo tiempo los trescientos veintisiete generadores mágicos que componían el Circuito del Destino. Sería la Estrella de Mersia la que destruiría la totalidad del Imperio. Si lo encerraban en el Servicio Secreto, quizás no volvería a ver la luz del día.

Caine era perfectamente consciente de que Dévadas no le quitaba los ojos de encima. Como le incomodaba, apartó la vista, pero el gigante siguió mirándolo, de modo que no pudo menos que protestar:

—¿Tengo algo en la cara?

—Tú no estabas solo en ese bote, ¿no es cierto? —preguntó Dévadas, con su voz grave.

—Ya lo sabes, estaba con Gladis y la legionaria.

Algo cambió en la cara de Dévadas, pues afloró un sentimiento extraño, algo parecido a la tristeza.

—No, allí había alguien más. Algo me lo dice —afirmó el gigante, señalando el pecho de Caine.

Casi se le para el corazón al muchacho. ¿Cómo sabía que había visto a Fienna durante la alucinación provocada por el veneno? Caine se quedó callado.

—Tú tienes una misión, ¿no es cierto? —prosiguió Dévadas, bajando un poco la voz—. Tienes una responsabilidad que cumplir.

—¡Tenías que ser de Varata, Dévadas! —repuso el gordinflón, sentado enfrente—. Mira que si te pones supersticioso, pueden castigarte en el Servicio Secreto.

Sin decir más, Dévadas apartó la vista y cerró los ojos.

Caine pensó en las últimas palabras de Fienna. Le pidió que la vengara, que les diera su merecido a los malvados y salvara al mundo. Que si no podía salvar al mundo, que al menos salvara el lugar en donde vivían las personas que ella cuidaba. Ni que él fuera un rey todopoderoso. Sabía que la Fienna que había visto era producto de una alucinación, pero no estaba seguro de que sus palabras se debieran únicamente al veneno. Justo en ese instante tomó conciencia de por qué no quería hablarles a estas personas sobre el Circuito del Destino y el generador mágico que había encontrado. Eso no era competencia del Servicio Secreto ni tampoco del Imperio, sino una misión personal que él debía cumplir. Sin embargo, se había dado cuenta demasiado tarde. Debería haberse escapado antes de subir al coche, ahora era imposible porque el gordinflón y Dévadas lo tenían rodeado. Una vez dentro del Servicio Secreto, sería imposible fugarse de allí, pues era uno de los lugares más inexpugnables del mundo por la estricta vigilancia que lo protegía.

Por la ventanilla derecha del coche, se divisaba la colina del Senado. En la cima se alzaba un edificio de estilo clásico revestido de piedras blancas, el órgano de poder más importante del Imperio. Debajo de ese edificio, se encontraba el Circuito del Destino, el mismo que en cuestión de días devoraría la capital. Probablemente

Safani ya estaba dentro, poniendo en marcha la gran catástrofe que derribaría al Imperio. Se le hizo un nudo en el estómago.

De pronto la iluminación de la calle comenzó a parpadear, lo que hizo que hasta el impasible de Dévadas se agitara. El gordinflón frunció el entrecejo y miró por la ventanilla. En ese instante, todas las farolas de la calle se apagaron a la vez, como si alguien hubiera accionado un interruptor.

—¿Pero, qué diablos…?

Antes de que el gordo terminara la frase, las farolas estallaron echando chispas. Fuera de su cauce, la energía mágica se derramaba ahora bajo la forma de intermitentes rayos violáceos.

Séptima gritó desde el pescante:

—¡Agarraos fuerte!

Los caballos comenzaron a relinchar. Se oyó un ruido atronador proveniente de los edificios, que se sacudieron con fuerza. De pronto todos saltaron de sus asientos. El coche se inclinó hacia un lado y los ocupantes se precipitaron en esa dirección. El gordinflón lanzó un alarido. Justo cuando Caine iba a girarse para mirar a Dévadas, un gran peso le cayó encima.

29
Arienne

En la plaza, la parte más alta de la Cuesta de Finvera, la muchacha se giró y vio llegar a Lisandros. Ya no llevaba la capa, por lo que los complicados engranajes y pistones que se movían dentro de su cuerpo estaban a la vista. Había subido a una velocidad increíble, pero no mostraba signo alguno de agotamiento. Convertido en una máquina, no parecía saber lo que era el cansancio.

—¿Te has dado cuenta ya de que no puedes escapar? —dijo Lisandros, con una voz neutra y sin altibajos.

Arienne solo pudo tragar saliva.

—Será mejor que me sigas obedientemente. Me encargaré de que puedas volver a la Academia, como si nada hubiera ocurrido —la calmó Lisandros, acercándose a ella a grandes zancadas.

Según Eldred, esa caja de madera que llevaba a la espalda contenía el generador mágico que había obtenido matando a su propio hijo. Ahora que lo sabía, su aspecto monstruoso y su voz monótona le parecieron aún más horripilantes. Hasta le parecía escuchar el vago llanto de un bebé entre el sonido de maquinaria que emitía continuamente. Sintió de nuevo que se estrujaba la habitación de su mente, esta vez con una presión aún más fuerte y demoledora. ¿Qué pasaría con Eldred si se derrumbaba el cuarto? No quería ni imaginarlo.

—Te dije que no podrías vencerlo, ¿no? —dijo Eldred—. Suelta las vendas de mis piernas. Solo entonces podré disponer de toda mi fuerza.

Arienne no podía hacer eso. Se acordó de cuando empezó a leer *El mago de Mersia*. Sin las vendas de la cabeza, Eldred había hecho que las letras del libro se movieran como si fueran bichos. Y no había ejercido su magia en la tinta o el papel del libro sino en la vista de Arienne. Quién sabía de lo que era capaz ahora que tenía las manos y los brazos libres. De ningún modo iba a liberarle también las piernas.

—¿Por qué no contestas? ¿El maldito te está dirigiendo la palabra? —preguntó Lisandros, alzando la voz.

Arienne se limitó a asentir con la cabeza. Lisandros apartó la vista de la muchacha y, posándola en algún punto más atras de ella, se dirigió a Eldred:

—¿No te basta con haber sacado de la escuela a una estudiante con engaños? Por tu culpa, se ha convertido en una asesina. ¡No haces más que traer desgracias a tu alrededor!

La boca y la lengua de Arienne comenzaron a temblar y a moverse. Sintió un rechazo y una impotencia semejantes a cuando el dentista le tocó la encía con su instrumental para sacarle una muela. Quiso taparse la boca con las manos, pero no pudo levantar los brazos más arriba de su pecho. Acto seguido, Eldred comenzó a hablar a través de la voz de la muchacha:

—¿Y tú ya olvidaste lo que hiciste en Mersia?

—¿Lo que hice yo?

Lisandros no parecía sorprendido, como si supiera que Eldred hablaría a través de Arienne.

—Metiste cizaña entre mis súbditos y yo, su rey. Engañaste a toda Mersia convenciendo a mi pueblo de que yo debía desaparecer, que solo así podrían escapar del terror y alcanzar la libertad y el progreso. ¡Eso es lo que hiciste!

—¿Que yo los engañé? Mientras reinabas en Mersia, todos te llamaban tirano. Creaste un ejército con los cadáveres de tu gente. Te apoderaste de lo que te gustaba y destruiste aquello que te disgustaba. ¿Sabes cuánto agradeció Mersia al Imperio cuando por fin dejaste este mundo?

—¿Crees que Mersia sigue agradecida también hoy? ¿Acaso las cenizas te escriben cartas de agradecimiento?

—¿Cómo te atreves a decir eso, maldito monstruo?

—¿A mí me dices monstruo? ¿Y tú que tienes doscientos años? Convertiste a tu propio hijo en un generador mágico y reemplazaste tu cuerpo con máquinas para mantenerte con vida todo este tiempo. ¡Tú eres el monstruo! ¡Vosotros que transformasteis a Mersia en un desierto de polvo y cenizas sois los monstruos! Tu Imperio no hace más que oprimir y destruir todo lo valioso que encuentra a su paso. La Estrella de Mersia mostró claramente cuál es el destino que les espera a los reinos que se someten a la sed de conquista del Imperio. En aquella ocasión no pude detenerte, pero ahora tengo una segunda oportunidad y no pienso desperdiciarla.

Eldred y Lisandros siguieron discutiendo, pero Arienne no quiso escucharlos más. Abrió de un tirón la puerta de la habitación de su mente y entró a toda prisa. Eldred estaba sentado en la cama, como siempre.

—¡Devuélveme el control de mi cuerpo! —gritó Arienne.

—Cállate. No debes meterte cuando conversan los mayores. Suéltame las vendas de las piernas. Si no lo haces, te mataré.

Eldred seguía hablando por boca de Arienne y Lisandros le replicaba con su voz solemne. La chica no tenía el menor interés en oír nada de lo que decían. A su alrededor se estaban muriendo cincuenta y tres soldados de Kamori, pero eso tampoco le importaba ahora. Solo estaba aterrorizada de comprobar que no era dueña de su cuerpo.

—¡Te digo que me lo devuelvas! —volvió a gritar Arienne, mientras le daba un puñetazo en la cara. Fue como si le pegara a un tronco seco. Además, cayó una especie de polvillo del cuero reseco que recubría la mejilla de Eldred.

En la plaza, la boca de Arienne se detuvo y dejó de transmitir sus palabras.

—¡Me las vas a pagar, mocosa! —exclamó Eldred, levantándose de la cama.

Allí mismo, Lisandros se había quedado a un paso de Arienne. Ella hubiera querido retroceder, pero Eldred controlaba su cuerpo. Dentro de los brazos de Lisandros, la maquinaria se movía con velocidad produciendo un zumbido.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te callas, desgraciado?

Dentro del cuarto, Eldred había cogido a Arienne de los hombros.

—Te equivocas si piensas que no soy más que una momia reseca. Soy Eldred, el rey desgraciado. ¡No te atrevas a volver a ponerme las manos encima!

—¡No eres más que un cadáver apestoso! —gritó Arienne y trató de quitárselo de encima, pero las manos raquíticas de Eldred se incrustaron con más fuerza en sus hombros.

En la plaza, se oyó la voz grave de Lisandros:

—Joven, lo siento, pero no puedo seguir perdiendo el tiempo. Tendré que ejecutarte aquí mismo por haber escapado de la Academia y haber robado un generador. Ya sabías lo que te esperaba cuando lo hiciste. Perderé a Eldred contigo, pero al Imperio ya no le interesa hacerse con él.

Al decir esto, extendió su brazo mecánico con la velocidad del rayo y cogió a Arienne del cuello. Mientras tanto, dentro del cuarto de su mente, Eldred acogotaba a la chica con una fuerza igualmente bestial.

—Ya no importa que no me liberes las piernas… Una maga novata que ha perdido el control de su persona no tiene derecho a interponerse en mi camino. Me adueñaré de tu cuerpo antes de que te des cuenta. Primero mataré tu mente y luego me encargaré del maldito inquisidor. —Las manos de Eldred apretaban más y más el cuello de Arienne—. ¡Serás el recipiente en el que renazca el rey de Mersia!

Desapareció el paisaje de la ventana y, en su lugar, vio a Lisandros ahorcándola en la plaza. Como el metal cubría más de la mitad de su rostro, era imposible saber cuál era su expresión. La piel reseca de Eldred parecía mostrar una emoción, pero no era capaz de

leerla. Llegados a ese punto, daba lo mismo que terminara su corta vida acogotada en la realidad o en el cuarto de su mente, así que trató de concentrarse en algo únicamente suyo.

Se acordó de sus padres en su casa natal, aunque no guardaba ninguna añoranza por ellos. No les había escrito una sola vez desde que entró en la Academia y tampoco había recibido ninguna carta suya. Probablemente el cuarto de su mente había desaparecido hacía rato en la realidad. Quizás hubieran tenido otros hijos y ellos lo estuvieran ocupando ahora. Se acordó de sus compañeros de la Academia; de Magnus que se ofreció a hacerle la tarea, de su novio Félix, de los profesores y también del conserje Duff. Seguramente todos habrían sido sancionados por su huida. Sin embargo, estos recuerdos no le despertaron ninguna emoción. Por algo no había dudado un segundo en escapar de la Academia. Se acordó también de Caine. La había ocultado porque era de Arland, como él, le había conseguido todo lo necesario para el viaje arriesgándose y gastando dinero de su propio bolsillo y hasta le había indicado el camino a seguir. Pero no podría volver a verlo. Arienne se encontraba completamente sola y no tenía relación con nadie. Se había alejado de todo lo conocido y había cortado vínculos con todo el mundo, salvo con Eldred y Lisandros, pero, para su desgracia, ambos estaban tratando de matarla a la vez. Ya no quedaba aire en sus pulmones. Tanto dentro del cuarto como fuera, en la Plaza de Finvera, sus ojos estaban anegados de lágrimas.

De pronto la muchacha se acordó de la túnica de la Academia y del encantamiento que había usado. Creó un hilo inexistente, lo cortó y se deshizo de la prenda. Eso la había librado de Duff, que se quedó perplejo con la túnica en la mano. Y no era un conjuro que le hubiese enseñado Eldred. Entonces se dio cuenta de todo lo que había hecho hasta ahora y de qué era lo que sabía hacer. Pensó en la princesa de Arland, de la que le había hablado Caine: usaba una armadura brillante, blandía una espada que lanzaba llamas y volaba a lomos de un dragón. Salvo que la princesa llevaba en el cuello un tatuaje que la identificaba como de la realeza, Arienne se le parecía

bastante. En su imaginación, la princesa de Arland le entregaba con solemnidad su espada de fuego. La muchacha pronunció una única palabra, la misma que había olvidado al instante después de decirla en el mercado para cortar el hilo de la túnica. Una extraña fuerza comenzó a expandirse desde su boca y, por fin, blandió la espada contra los dos pares de manos que la estaban ahorcando. Tanto los brazos de Eldred dentro de la habitación de su mente, como los metálicos de Lisandros en la Plaza de Finvera cayeron al suelo cortados de un tajo. Eldred lanzó un aullido de dolor y retrocedió hasta caer sentado en la cama. De los muñones, a la altura del codo, se escapaba la energía mágica violácea como si fuera humo. Arienne salió de la habitación empuñando la espada.

Lisandros se observaba los brazos cortados, como si no pudiera entender lo que acababa de pasar. Sin darle tiempo a reaccionar, Arienne se concentró en el cordel mágico que conectaba la maquinaria de su cuerpo con la caja de madera sobre su espalda. Era de color violeta y estaba formado por cientos de miles de nudos microscópicos. Era imposible que existiera un cordel así y, por tanto, que pudiera verse. Sin embargo, con la espada de su imaginación cortó el cordel imaginario sin la menor vacilación. Al instante se detuvo la maquinaria del cuerpo de Lisandros y dejó de oírse el tictac que lo había acompañado hasta ahora. Como un juguete al que se le ha acabado la cuerda, se quedó tieso en su sitio. La mitad humana de su cara dejaba traslucir una indudable perplejidad. Sin la energía mágica que lo mantenía con vida, hasta le costaba respirar. Arienne le dio una fuerte patada con la que su cuerpo de metal se desplomó. La caja de madera sobre su espalda se hizo añicos y dejó escapar un pequeño ataúd de plomo.

30
Loran

Sentada sobre una gran silla, la princesa escuchaba las opiniones de la docena de personas allí reunidas. Deliberaban si debían resistir en la fortaleza o si debían defender la capital del reino, y discutían sobre cómo reclutar a más hombres o dónde obtener provisiones. Ninguna de las personas que debatían había sido elegida por ella. Eran representantes de las aldeas y de los gremios de la capital del reino, o personas que tenían experiencia de haber trabajado en el Ejército Imperial. Todas le habían solicitado ser sus vasallos y Loran los había aceptado. Uno de ellos en particular había trabajado durante muchos años como funcionario de baja categoría en la prefectura y parecía saber mucho sobre la capital del reino.

Loran se fijó en los *thlarán* que tenían tatuados en el cuello. Las complicadas figuras que los componían indicaban a qué clan o linaje pertenecía quien lo llevaba. Loran había olvidado el significado de los detalles, pero sí recordaba que el cuello y los estandartes de los antiguos reyes estaban adornados con la figura de un dragón. De los allí reunidos, solo dos personas tenían parcialmente ese diseño en sus gargantas. Al parecer, un par de generaciones los separaban de la familia real. Si bien el *thlarán* de Loran no tenía ningún dragón, nadie había hecho objeciones al respecto. Tampoco le habría preocupado que alguien lo hiciera, pero le pareció cómico que tuviera que ver el tatuaje de la familia real en otras personas para darse cuenta de que en realidad ella era de origen plebeyo.

Defender la fortaleza les costaría mucho más que el haberla conquistado. Wilfrida estaba al lado de Loran escuchando el debate

sin inmiscuirse, pero debió resultarle aburrido, pues le dirigió la palabra en un murmullo:

—Princesa, me parece que debe tomar una decisión. De lo contrario, esto no terminará nunca.

—¿Tú crees?

Loran no sabía de guerras ni de política. Lo único que había hecho toda su vida era enseñar esgrima en la capital del reino, por eso pensaba aprobar lo que decidieran estas personas que parecían tener más conocimiento de esos temas. El poder de la Armada Imperial era incontestable. Lo más probable era que ningún plan o preparativo que hicieran sirviera de mucho; más importantes serían las decisiones que se tomaran en el lugar de la batalla. La prueba era que nadie había hablado hasta ahora de los gigateriones. Por muchos hombres de carne y hueso con que contaran, ni un ejército entero podía hacer frente a un solo gigaterion movido con energía mágica. Todos lo sabían bien, pero nadie quería darse por vencido y cada uno pensaba y hablaba de lo que podía hacer en la medida de sus posibilidades. «Yo me encargaré de lo que todas estas personas no pueden hacer», pensó Loran con determinación.

Por otra parte, aunque no lo dijeran, la Estrella de Mersia estaba presente en la mente de todos los reunidos en la fortaleza. Emer le había contado que las verdes y prósperas praderas de Mersia habían desaparecido y fueron transformadas en un desierto. Quizás el Imperio también convirtiera Arland en un yermo. Sin embargo, no se trataba más que de un miedo a lo desconocido. Nadie, ni siquiera Loran, quería pensar en lo que podría o no suceder. Era la actitud correcta, como bien sabían todos. Sin embargo, había una cuestión que inquietaba a Loran y la comentó con Wilfrida:

—Me preocupa lo que dijeron los que regresaron ayer del patrullaje. Eso de que los salvajes de Ledón habían cruzado la frontera.

—Como solo hablan de los preparativos para afrontar el contraataque del Imperio, no lo han mencionado hoy… —respondió Wilfrida.

Antes de la llegada del Imperio, las tribus del norte de Ledón que saqueaban la región fronteriza eran el mayor dolor de cabeza para Arland. ¿Habrían vuelto a sus andanzas aprovechando que el Ejército Imperial de Lontaria había adoptado una actitud defensiva? Sin embargo, los que habían vuelto del patrullaje habían informado que los ledoníes se aproximaban trayendo una manada de bueyes almizcleros. Algo no encajaba. ¿Por qué traían ganado si venían de incursión?

El debate estaba perdiendo fuerza. No tocarían los granos almacenados en la Prefectura porque servirían para alimentar a los habitantes de la capital del reino, pero pedirían a las personas más acaudaladas de la ciudad y a los terratenientes del campo que colaboraran con alimentos; y, asimismo, enviarían reclutadores de hombres a todos los puntos del reino. Al ver que la discusión alcanzaba estas decisiones, Loran levantó la mano con el fin de cerrar la reunión.

—He escuchado con atención vuestras opiniones y creo que ha llegado el momento…

El juicio que emitiera Loran no era más que una formalidad. Si se ponían de acuerdo estas personas que conocían la situación de cada región y de sus habitantes, bastaba con que ella aprobase las decisiones alcanzadas. Al menos ese era su papel en ese momento, ya que no sabía mucho sobre gobernar. Sin embargo, antes de que Loran pudiera terminar la frase, la puerta se abrió de golpe y entró un soldado jadeando:

—¡Princesa, los bárbaros de Ledón se están aproximando a la fortaleza!

Se levantó un murmullo en la sala. ¿Qué hacían los ledoníes en Arland, tan lejos de sus hogares? Quizás se habían equivocado al subestimarlos y creer que el objetivo de estas tribus era la zona fronteriza. Tal vez la preocupación que Loran había compartido con Wilfrida se había hecho realidad.

—Ahora mismo iré a ver qué pasa —dijo la Princesa, levantándose de golpe—. ¡Wilfrida!

La mujerona cogió la lanza que había dejado apoyada contra la pared y siguió a Loran.

La fortaleza no era un buen lugar para defenderse. Desde un principio, no había sido construida como una auténtica fortificación militar, sino como un sitio para alardear de los adelantos de la civilización imperial, por lo que se asemejaba más a un monumento que a una fortaleza de verdad. Por esta razón, las construcciones eran altísimas y ofrecían vistas panorámicas espectaculares.

Loran se dirigió con Wilfrida al torreón central. Al noreste se divisaba la capital del reino. El castillo, otrora tan hermoso, se veía ennegrecido por el fuego que había provocado Loran. No sintió culpa alguna, pues era mejor que se hubiera quemado a que siguiera siendo la sede de la prefectura. Desplazó la vista hacia el noroeste. Era cierto que se estaba acercando una multitud de gente y animales. Wilfrida adelantó un poco el cuerpo, entornó los ojos y se puso a contar en voz baja:

—Son unas quinientas personas y, como mínimo, doscientos bueyes… Con el frío que hace, no sé por qué todos vienen con el torso desnudo. Y también cargan algo en la espalda.

—Deben ser espadas —dijo Loran, acordándose del bárbaro con el que se había enfrentado en una competencia de esgrima unos cinco años atrás.

—¿Por qué es tan larga?

—Creen que morirán en el combate si no matan a su enemigo en la primera estocada, por eso usan una espada muy larga y pesada.

—¿Es por eso que no usan coraza? —preguntó Wilfrida, sin apartar la vista de la muchedumbre de bárbaros.

—Así es.

—Pero estamos en invierno, podrían ponerse un manto de piel al menos…

—No sé tanto sobree ellos —dijo Loran, riéndose—. Esta fortaleza es bastante defectuosa, pero somos cinco mil personas. Seguro que habrá pérdidas de ambos lados si se produce un

enfrentamiento, pero no me parece que hayan venido a pelear. Saldré a hablar con ellos.

Loran no estaba acostumbrada a montar a caballo. Wilfrida se ofreció a andar junto a ella sosteniendo las riendas del animal, pero Loran rechazó su amabilidad. No quería que los ledoníes se mofaran de ella al verla aparecer así. En lugar de eso, salió de la fortaleza a caballo y escoltada por cien hombres.

Cien hombres… Cuando estaba en la fortaleza subterránea de Gwaharad, Loran había tenido que rogar encarecidamente para que le concediera la misma cantidad de soldados. Sin embargo, cuando esta vez bajó al patio, se ofrecieron cientos a acompañarla. Quizás ser reina consistía en despertar en la gente las ganas de hacer algo por su país.

Estaba pensando en esto y aquello cuando vio que la multitud de bárbaros se detenía. Los separaba una distancia de trescientos pasos. Loran alzó la mano para que se detuvieran los soldados y ella sola, junto a Wilfrida, se adelantó hacia ellos. Incluso a esa distancia podían percibir el olor repulsivo, aún más fuerte que el de estiércol de campo, que emanaba del mugriento rebaño.

Del grupo de ledoníes se apartó también una persona. Era un gigante de piel áspera, cabellos y barba desgreñados y canosos. Debía medir al menos siete pies de altura. Acorde a su estatura y amplitud de movimientos, llevaba una espada mucho más larga que la del resto. Tenía la cara pintarrajeada de rojo, que parecía sangre coagulada. Del nerviosismo, Wilfrida apoyó la lanza en el suelo con un golpe demasiado fuerte.

Loran y el gigante se detuvieron a unos diez pasos de distancia. El primero en hablar fue él con voz grave y resonante; no lo hizo en ledoní ni en la lengua del Imperio sino en arlaní:

—¿Se encuentra en la fortaleza el nuevo rey de Arland? ¿Es el que hizo trizas un tanque con la espada del dragón?

Las noticias corrían rápido en tiempos de peligro, puesto que hasta en las lejanas tierras norteñas sabían de Loran y *Urmas*.

—Todavía no soy reina, pero entiendo que habla de mí.

—Es mucho más pequeña de lo que imaginaba —dijo el gigante, lanzando una carcajada. Sus ojos azules eran tan claros que parecían blancos.

Loran se rio con el gigante. Wilfrida, sin poder ocultar su incomodidad, lanzó un gruñido.

—Soy Griogal, el jefe de guerra de las quince tribus de Ledón. Si usted no es reina, ¿cómo puedo llamarla?

—Puede llamarme princesa Loran —dijo ella con naturalidad, sin sentir verguenza por el título.

—A mí me puede llamar Griogal, a secas. He venido para transmitirle un mensaje.

—¿Y ha traído quinientos hombres y doscientos bueyes para eso?

—Los bueyes son un regalo —dijo Griogal, acercándose con los brazos abiertos.

Wilfrida, que seguía atenta a sus movimientos, levantó la lanza del suelo y la apuntó hacia el gigante. Loran la detuvo con un gesto y se bajó del caballo con cuidado.

—Nuestros barcos de viento divisaron al Ejército Imperial en dirección oeste. Vieron con claridad los estandartes con grifones azules de la Legión 25. Ahora ya deben haber desembarcado en la costa de Ledón.

Loran no sabía a qué se refería con «grifones». Seguramente eran los animales, mitad pájaro y mitad león, que se veían en los estandartes imperiales. Tampoco sabía lo que eran los «barcos de viento», pero suponía que eran buenas embarcaciones.

—Si ya están en la costa de Ledón…

—Llegarán aquí, como pronto, en cuatro días; y si se retrasan, en seis.

Griogal estudió la cara de Loran, pero ella hizo lo posible por no mostrar sorpresa ni inquietud.

—Desde que el Imperio se adueñó de todo, las quince tribus de Ledón hemos sido tratadas como animales… —siguió diciendo

Griogal.

Como Kamori o Arland, el sur de Ledón entraba dentro de los dominios del Imperio; en cambio, su región norte era considerada enemiga y trataban a sus habitantes como salvajes a los que había que subyugar o castigar. Como bien sabía Loran, el Imperio enviaba periódicamente a su ejército para matar a los habitantes y echarlos del territorio. El Imperio hacía un gran alarde de estas incursiones militares, por lo que había mucha gente, incluso arlaníes, que se alegraban de que hubieran puesto fin a los saqueos de los bárbaros norteños. De hecho, eso era lo que la misma Loran había pensado hasta ahora.

—Al escuchar que vuesa merced derrotó a la Armada Imperial, hemos venido para unirnos a usted. Como no había tiempo para enviar primero una embajada a explicarle sobre nuestros propósitos, hemos venido directamente. Espero que sepa disculparnos —explicó Griogal, extendiendo su enorme mano derecha.

Sin dudarlo un segundo, Loran se adelantó y se la estrechó efusivamente.

31
Caine

Pasado un rato, el muchacho recobró el conocimiento. El coche había volcado sobre el lado derecho y, además, debía haberse salido del camino, porque estaba muy inclinado. No podía ver fuera y sentía algo blando debajo de él. Era la barriga del gordinflón, que todavía seguía inconsciente. Afuera se oía un gran tumulto.

Caine creía que se había producido un terremoto, pero no estaba seguro, pues nunca había sentido ninguno desde que vivía en la capital. Recordó que las farolas de la calle se habían apagado a la vez antes de que todo se sacudiera. Eso solo podía significar que había surgido algún problema con el generador mágico de la zona. ¿Safani habría puesto en marcha el Circuito del Destino? ¿Estaría llevando adelante los planes de Gladis a pesar de que ella estaba muerta?

Caine no había sufrido daños en los brazos ni en las piernas. Los sentía embotados por el impacto de la explosión, pero podía moverlos. Miró hacia el techo del coche y vio una puertecilla cerrada con un pasador. Estiró el brazo y retiró el pasador, pero el armazón del vehículo había quedado tan contrahecho que la puertecilla no se movió un ápice. Le pareció sentir algo caliente en su costado. Se tocó el abrigo húmedo por el agua de mar y vio que era sangre. Lo extraño era que no sentía dolor alguno. Alzó la vista y descubrió una estaca que sobresalía del estómago de Dévadas. La sangre se escurría por la estaca y caía a goterones sobre el abrigo de Caine.

El corpulento gigante, que parecía ocupar todo el coche, seguía con los ojos abiertos y mirándolo fijamente. Tenía los brazos

extendidos y apoyados contra las paredes del vehículo, como si lo estuviera sosteniendo por dentro. Si no hubiera sido por él, quizás el coche habría quedado completamente destruido. Dévadas le habló por tercera vez desde que lo conocía; esta vez con una voz muy débil:

—Sal de aquí. Tienes algo que hacer, una responsabilidad que cumplir.

—¿A qué te refieres? —preguntó el muchacho, perplejo.

—Soy el último superviviente del santuario de los Amrit. Yo también cargo con un peso muy grande. Conozco muy bien esa expresión que tienes, pues la veo todos los días en mi espejo.

Debido al dolor que le provocaba la estaca, Dévadas hablaba contrayendo mucho sus facciones. A continuación, retiró la mano izquierda de la pared del coche y, al tiempo que lanzaba un extraño grito de dolor, alzó el puño y golpeó con toda su fuerza en la puertecilla del techo, que salió despedida por los aires como un pájaro.

Después de echarle una última mirada a Dévadas y al gordinflón, Caine se arrastró hacia la abertura. Tras varios intentos, por fin pudo sacar fuera las dos piernas. Al ponerse de pie, vio que el coche había caído dentro de un gran socavón. Se apoyó en las piedras que sobresalían de las paredes y salió a duras penas del agujero, que era mucho más profundo que la altura de un hombre.

Al llegar a la superficie, divisó focos de incendios en toda la ciudad. El más cercano era el de una lujosa tienda de ropa que ardía como una hoguera ante sus ojos. En alguna ocasión había leído que eran inevitables los incendios después de un terremoto, pero seguramente eran más probables durante la noche, cuando todos encendían velas y candiles para iluminarse. Además de las frenéticas campanadas de los coches de bomberos, se oían los gritos de miedo y estupor de los heridos. Las calles habían quedado completamente destruidas, por lo que los vehículos ya no tenían ninguna utilidad.

Caine se recompuso como pudo y miró hacia la colina donde se alzaba el Senado. En lugar de la edificación brillantemente

iluminada, ahora se veía una oscuridad más completa, como si no hubiera nada allí. En cambio, a los pies de la colina las construcciones ardían en llamas y despedían un humo violáceo. El muchacho volvió de nuevo la vista al socavón donde había caído el coche y vio en el fondo a los tres caballos, que se removían en el suelo gimiendo y relinchando, como si tuvieran las patas rotas y no pudieran levantarse. El coche había quedado deformado, pero los animales seguían enganchados al vehículo y los correajes los aprisionaban. Caine se quedó mirándolos con expresión ensimismada. Él había estado inmovilizado como esos caballos, pero ahora era libre, puesto que ya no estaba bajo la vigilancia de los agentes ni nadie lo utilizaba para su provecho. El sofocante peso en su pecho había desaparecido. Iba a dirigir sus pasos hacia el Senado cuando escuchó a alguien que lo llamaba a sus espaldas:

—¡Caine! —Era Séptima, con los pelos revueltos y la ropa desgarrada, que lo miraba desde el otro lado del socavón—. ¿A dónde te crees que vas?

En lugar de contestarle, Caine dio medio vuelta y empezó a correr con toda la fuerza de sus piernas. Ahora que había conseguido su libertad, no pensaba dejarse atrapar por nada del mundo.

Allí donde la calle se había levantado, se agolpaba una muchedumbre de personas y coches. Querían escapar de la ciudad asolada por la repentina catástrofe, pero había obstáculos en todas partes que les impedían el paso. Caine se preguntó cuál sería la situación en las callejuelas del casco antiguo y comenzó a trepar por las paredes de un edificio de piedra de tres pisos. Se giró en algún momento para mirar a atrás y vio que Séptima lo perseguía a paso rápido. Sorteaba las ruinas agachando el torso y llevaba algo en la mano derecha que brillaba al reflejar las llamas. Parecía alguien completamente diferente de la mujer que había conocido.

Al llegar a la terraza del edificio, Caine contempló desde arriba la capital del Imperio. Todo el casco antiguo ardía en tonos rojos y amarillos. Quería ver cuál sería el mejor camino para llegar al

Senado, pero no había manera de eludir los edificios en llamas. Séptima lo había visto subir a ese edificio, así que no podía permanecer mucho más tiempo allí. El muchacho respiró hondo y, tras retroceder unos pasos, corrió a toda prisa y saltó hacia el edificio vecino, que estaba incendiándose.

Al caer en la terraza de al lado rodó varias veces por el suelo. Gracias a que tenía la ropa mojada por el agua del mar, no se le pegaron las llamas, pero el aire era irrespirable. El siguiente edificio era un piso más alto, así que tuvo que saltar hacia una ventana protegida por rejas. Se golpeó la cara y el cuerpo contra los barrotes y gritó de dolor, pero pudo aferrarse con fuerza. Si bien la reja no estaba tan caliente como para quemarlo, el humo le sofocaba los pulmones a pesar de que estaba fuera del edificio. Hasta las patillas de las gafas le asaban las sienes. Apretando los dientes, apartó una mano de la reja y se metió las gafas en el bolsillo. Luego se agarró de los barrotes y comenzó a trepar por la pared. Al alcanzar la terraza, volvió a escuchar la voz de Séptima:

—¡Vuelve inmediatamente!

Caine se giró para mirarla. Estaba en la terraza del edificio en llamas que acababa de dejar atrás.

—Si te quedas ahí, morirás quemada. Como funcionaria del Imperio, ¿no deberías estar apagando incendios o ayudando a los ciudadanos a escapar del fuego?

—¿No tendrás tú algo que ver con todo esto?

En lugar de pensar que lo ocurrido era producto de un desastre natural, Séptima parecía creer que Caine estaba implicado. Si se lo hubiera dicho otra persona y en otro momento, seguramente lo habría descartado, pero, al igual que Dévadas, parecía darse cuenta por un sexto sentido de que Caine les había ocultado algo importante.

En lugar de responderle, el muchacho corrió hacia el siguiente edificio en llamas. Séptima le gritó algo inteligible, pero Caine ya estaba saltando por los aires. En el último edificio, se deslizó por el conducto de desagüe de la lluvia y llegó sano y salvo a la callejuela.

El tubo estaba tan caliente que había tenido que quitarse el abrigo para envolverse las manos, lo que le permitió bajar a toda velocidad sin quemarse.

Al salir a la calle principal, todo era un mar de fuego. El cuerpo le ardía aquí y allá, como si tuviera quemaduras en todas partes. Tratando de evitar el calor de las llamas, avanzó por el centro de la calle, que presentaba un color ligeramente diferente, una tonalidad violácea en medio del rojo y amarillo de las llamas y el negro del humo.

Llegó a los pies de la colina del Senado, en cuya cima se levantaba una construcción monumental desde antes de que se instaurara el Imperio. Allí, en los sótanos, se conectaban trescientos veintisiete generadores mágicos que conformaban el Circuito del Destino. Caine estaba seguro de que debía haber algo más que el Circuito del Destino ejerciendo su influencia sobre las placas terrestres y los demás generadores mágicos. No sabía nada sobre magia o generadores, pero Eldred, la momia cadavérica que vio en la habitación de la mente de Arienne le había dicho que el Circuito del Destino iba a estallar y que volverían a ver la Estrella de Mersia en el cielo, lo que destruiría a todos los seres vivos en el territorio del Imperio. Si eso era cierto, el terremoto y los incendios no eran más que avisos de lo que sucedería a continuación.

Siguió subiendo por la colina de la calle principal. No se veía una sola alma en los alrededores. O bien habían muerto todos o habían escapado. Los edificios de piedra sobre la ladera se consumían bajo un fuego de extraños colores, mientras las llamaradas se escapaban de las ventanas dando largos lengüetazos. Las construcciones despedían tanto humo y calor que Caine apenas podía respirar, pero se tapó la nariz y la boca con el abrigo, que ya casi estaba seco, y siguió avanzando. Afortunadamente, a medida que subía, el aire se fue haciendo cada vez más respirable.

Estaba prohibido construir edificios en las inmediaciones del Senado para no menoscabar su majestuosidad. En compensación, habían erigido un número incontable de estatuas de antiguos

senadores en la plaza que rodeaba al edificio del Senado. Caine cruzó la maraña de estatuas en dirección al vestíbulo.

Era lógico que no hubiese ningún senador a esa hora de la noche, pero le extrañó no encontrarse con un solo soldado legionario, pues lo normal sería que el edificio estuviese fuertemente vigilado. Antes de que pudiera sentirse agradecido por ello, encontró a una mujer con uniforme de guardia desplomada en el suelo. Siguió avanzando con cuidado, escondiéndose detrás de las estatuas, hasta que se topó con los cuerpos de otros dos soldados. Tragó saliva y se aproximó a ellos, pero ninguno respiraba. Extrañamente, se percibía un ligero olor a miel en el aire. Antes de que pudiera recordar dónde lo había olido antes, vio que ambos tenían una herida en el cuello. Se trataba de un punto oscuro, rodeado de una mancha morada como si fuese un cardenal. Eran producto de los dardos envenenados que lanzaba Safani. Más adelante había otros cuerpos con el mismo tipo de herida en el cuello, pero sin los dardos, como si hubieran sido heridos desde muy cerca. Se acordó del dardo que él mismo había recibido en el muslo antes de darse cuenta de que Safani estaba detrás de él.

Llegó ante el vestíbulo del Senado. Los altos portones estaban entreabiertos, de modo que empujó una puerta y entró. Estaba oscuro, pero se oía una vibración de ritmo irregular que provenía de algún lado. Siguiendo ese sonido, atravesó el corredor en sombras. Volvió a sentir olor a miel, esta vez más intenso y pegajoso. Fue en ese instante cuando algo le sujetó el tobillo. Caine estuvo a punto de lanzar un grito, pero se contuvo. Un guardia tumbado en el suelo le había agarrado la pierna y susurraba algo inteligible. Caine acercó su oído para escuchar mejor.

—¿Quién… eres… tú?

—Soy el agente Caine del Servicio Secreto —mintió el muchacho con descaro—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Un hombre… vestido de negro… apareció de la nada…

—¿A dónde se fue?

—Por las escaleras… al subsuelo… —dijo el guardia, soltándole el tobillo y señalando hacia esa dirección.

A pesar de la oscuridad, Caine vio la mancha amoratada en el cuello del guardia. La herida se estaba pudriendo en forma de anillo, pero volvió a mentirle:

—Se pondrá bien pronto. Quédese descansando.

Luego tomó la espada que el guardia llevaba en el cinto. Como resistiéndose, el soldado estiró la mano para volver a sujetarle la pierna, pero su brazo cayó sin vida antes de que pudiera siquiera tocarlo.

Caine se dirigió hacia donde le había indicado el guardia y encontró una puerta. Volvió a sacar las gafas del bolsillo interior de su chaqueta y acercó la vista a la placa que había en la parte superior. Debajo del gran ojo abierto que era el símbolo del Tribunal de la Verdad, se leía la frase «Prohibido el paso».

32
Arienne

La muchacha podía percibir que Emer le tenía miedo. Era normal que la gente común sintiera temor de los magos, pero él había visto cómo Arienne rebanaba con una espada invisible la monstruosa maquinaria que era Lisandros. Sea como fuese, no le disgustaba ser temida. Por otra parte, gracias a que Emer había presenciado la escena de principio a fin, ahora se ofrecía a escoltarla hasta Arland. Arienne se quitó la bufanda y le mostró el tatuaje de su clan, a lo que Emer respondió instándole con entusiasmo a que se encontrara con Loran.

—¿Por qué lo dice, Emer?

—Porque la princesa está a punto de enfrentar un grave problema.

—La nueva Legión del Ejército Imperial que está a punto de llegar, ¿verdad?

—Así es. Como ella, usted también es un dolor de cabeza para el Imperio, así que sería bueno que ambas unieran sus fuerzas.

Era cierto que la perseguían, pero Arienne dudaba que su persona llegara a ser tanto como «un dolor de cabeza para el Imperio». Por un instante pensó en todo lo que había hecho y vivido. Emer tenía razón, no podía decir que su existencia fuese común y corriente. Tenía escondido en su mente un generador anómalo que había sido un tirano como pocos, acababa de matar al Gran Inquisidor del Tribunal de la Verdad y se había hecho con un generador de nivel 2. Ya no había manera de negar que era una ladrona, asesina, insurgente y fugitiva, es decir, una enemiga del

Imperio. Y eso que solo tenía dieciséis años. Sin embargo, no le disgustó esta nueva imagen suya; todo lo contrario, hasta le arrancó una sonrisa.

Durante todo el tiempo que la muchacha estuvo atravesando la Cuesta de Finvera, Eldred continuó sentado en la cama sin decir nada. De sus brazos cortados emanaba un leve humo violáceo. Arienne tampoco le dirigió la palabra, pues iba pensando en lo que haría con el mago. No podía perdonarle que hubiese intentado adueñarse de su persona, pero tampoco estaba segura de que lo mejor fuese echarlo de su cabeza. Podía hacer el intento, pero quién sabe de lo que sería capaz en el mundo real si lo sacaba de la habitación de su mente. Por otra parte, había salido derrotado en el enfrentamiento con Arienne, así que quizás ahora se mostraría más dócil y conciliador.

La fortaleza que había pertenecido al Ejército Imperial tenía el aspecto típico de los edificios administrativos de la capital. No se correspondía con lo que uno se imaginaba de una fortaleza, puesto que no estaba rodeada de una muralla sólida sino de un simple muro y, en cambio, la torre de vigilancia y el palacio real eran desproporcionadamente altos. Salvo la ruinosa torre del bosque, era la primera vez que Arienne veía una construcción de más de dos pisos desde que había huido de la capital del Imperio. De pronto, el viento le trajo un olor repelente, como el de un establo sucio.

Había tardado seis días completos en llegar hasta allí. En su mente, la princesa de Arland no se llamaba Loran. Al recrearla vívidamente para utilizarla en su encantamiento, ella tenía un aspecto, una actitud y hasta una voz muy definidos. Tan clara era esta imagen que hasta hubiese preferido no conocer a la princesa real, pues no quería modificar la figura imaginaria que se había creado.

El guardia no parecía conocer a Emer, pero, en cuanto supo quién era, les abrió paso inmediatamente. Salieron algunos hombres a recibirlos y los condujeron al interior de la fortaleza, donde les asignaron habitaciones con buenas vistas en la primera planta.

Según lo que les dijeron, la princesa Loran había salido a entrevistarse con el jefe del ejército aliado de Ledón, que estaba acampando en las inmediaciones, y volvería al caer la tarde.

Arienne ordenó sus cosas; en especial, sacó la caja de plomo que guardaba en la mochila. Se trataba de Tycon, el generador de nivel 2 que Lisandros llevaba en su espalda. No podía ser más pesado, pero Arienne no quiso abandonarlo en la Cuesta de Finvera, no tanto porque fuese un generador, sino porque había sido un niño, un niño que había muerto a manos de su propio padre. Desde que había conocido a Eldred, ya no podía pensar en los generadores como simples cadáveres.

Entrar en territorio de Arland no le hizo sentir que se encontrara en su terruño, pero ahora que estaba en esa habitación, cayó en la cuenta de que su largo viaje había terminado. Y eso que la fortaleza tenía un estilo muy imperial, tanto como el dormitorio de la Academia o el establecimiento de Lucrecia. Pensó en descansar un rato y se acostó. Cuando se despertó por el golpe de unos nudillos en la puerta, ya había caído la tarde.

—¿Quién es?

—Soy Loran. ¿Puedo pasar?

Aún somnolienta, se preguntó quién era Loran, pero enseguida recuperó sus sentidos y se sorprendió de que la propia princesa hubiera venido a verla.

—Un momento... ¡Un momento, por favor! —exclamó.

Se puso rápidamente las prendas que se había quitado. Estaban sucias y olían mal; lo mismo su cuerpo y su cabello. En medio de la prisa, se preguntó si estaría bien recibir a alguien de la realeza con ese aspecto, pero, como no podía ponerse a lavar la ropa con la princesa esperando en el pasillo, no tuvo más remedio que abrir la puerta.

La princesa de su imaginación era una jovencita de unos veinte años ataviada con una armadura brillante y una corona dorada en la cabeza. Sin embargo, la princesa real era una guerrera de casi cuarenta años que vestía una armadura de cuero gastado. De rostro

amable, aunque serio, llevaba un ojo tapado con un retazo rojo y una espada en la cintura, y tenía el pelo corto, aunque bien peinado. Como la princesa de su imaginación, lucía en el cuello el tatuaje clánico de los arlaníes, pero no tenía ningún dragón, el símbolo de la realeza.

Loran sonrió con embarazo y fue a sentarse ante la mesa, cerca de la ventana. Arienne se sentó frente a ella.

—He oído que vienes de la capital del Imperio —comenzó diciendo Loran.

—Sí.

Arienne no sabía cómo tratar a la princesa. Se sentía igual que cuando hablaba con sus profesores en la Academia. Al fin y al cabo, solo había leído acerca de reyes y príncipes en los libros.

—También he oído que eres maga.

—Sí —respondió Arienne con otro monosílabo, pues no se le ocurría qué más decir.

—¿Cómo te sientes de volver a tu tierra después de tanto tiempo? —preguntó la princesa, con sincera curiosidad.

—Ya casi no me acordaba de cómo era.

—Cuando te encuentres con tu familia, te acordarás mejor.

—En realidad... no tengo muchas ganas de verlos.

Loran se sorprendió, pero enseguida puso una expresión de tristeza:

—Me imagino que debes de tener tus razones.

Se produjo un momentáneo silencio entre ambas.

—He oído que pronto se enfrentará al Ejército Imperial —dijo Arianne, cambiando de tema.

Loran levantó ligeramente las cejas. Arianne pensó que había cometido una falta de delicadeza, pero la princesa recuperó enseguida su expresión amable.

—Así es.

—¿Cree que podrá vencerlos?

—Al parecer, es una Legión compuesta de diez mil soldados —repuso Loran, mirando hacia la ventana—, pero en realidad son unos

seis mil, ya que no todos son soldados de combate. Parte de la Legión 25 está repartida entre Ledón, Kamori y Arland; y el resto está en camino por mar. Si lo pensamos en números, no son tantos. Además, cada día llegan más hombres a esta fortaleza dispuestos a unirse a nosotros. Seguramente ya sepas que hay un ejército aliado de Ledón acampando fuera. Pero hay un problema...

—¿Cuál?

—Los soldados acorazados que se mueven con energía de generadores. En especial, los gigateriones... —dijo Loran, mirándola fijamente.

Arianne había visto un par de gigateriones cuando se celebraba un desfile en la capital por alguna victoria del ejército. Eran tan enormes que no podían entrar en la ciudad y permanecían en las afueras, como si se tratara de esculturas gigantescas. Uno era tan alto que casi tocaba las nubes y el otro parecía una bestia de cuatro patas.

—La Legión 25 cuenta con el gigaterion Clarius, al que transportan en un barco grande, según nos han dicho. Quizás ya hayan desembarcado en Ledón —prosiguió Loran.

—Entonces llegarán pronto aquí.

—Así es, por eso tengo un favor que pedirte... Tal vez puedas ayudarnos.

Arienne sintió temor, pero no de que le pidiera luchar con ella, sino de no poder servirle de ayuda.

—Es que yo no sé nada de guerras ni combates...

—No te pido que salgas a pelear. Aprendiste magia en la Academia Imperial, ¿verdad? Me imagino que te han enseñado acerca de la magia que emplea el Imperio.

—Sí, algo... —respondió Arienne insegura, ya que solo sabía lo básico sobre generadores mágicos.

—¿Has visto unas cadenas que tienen grabados?

—Sí, son cadenas rúnicas y sirven para controlar los generadores —respondió, más segura esta vez.

—¿Ah, sí? No sabía que servían para eso.

Arienne sentía curiosidad por saber cuál era el favor que quería pedirle, pero Loran se mostraba dudosa, como si no se decidiera a hacerlo.

—Para luchar contra el gigaterion de la Legión 25, necesitamos contar con algo.

—¿Con qué?

—Con el Dragón de Fuego. Es lo único que puede vencerlo. En este momento el Dragón está encerrado en una cueva y atado con cadenas. Necesitamos que tú las rompas. Ahora que no está el Ejército y no hay nadie del Imperio gobernando Arland, es el momento más adecuado para actuar.

—¿Pero... por qué me encarga a mí algo tan importante?

—Antes yo era profesora de esgrima en la capital de Arland. Les enseñaba el arte de la espada a quienes querían aprenderlo por afición o como ejercicio, y a otros que deseaban entrar a formar parte del Ejército Imperial o la Prefectura. Aunque sea una experta en el manejo de la espada, no puedo cortar esas cadenas hechas con la magia del Imperio —explicó Loran, sacando a *Urmas* del cinto y dejándola sobre la mesa con la funda puesta—. Con esta espada, he destruido a soldados acorazados y tanques movidos por la magia de los generadores. Es una espada hecha con un colmillo del dragón, pero debido a que el dragón no puede romper las cadenas que lo sujetan con sus propios dientes, *Urmas* tampoco puede hacerlo. Tú eres la única que tiene conocimientos sobre la magia del Imperio.

Arienne estuvo a punto de decir que no tenía la menor idea de cómo hacer eso que le pedía, pero le había cortado los dos brazos a Eldred y también a Lisandros. Hasta había matado al Gran Inquisidor, que era una máquina y no un ser de carne y hueso, cortando una cuerda inexistente con un encantamiento de su propia cosecha. Cayó entonces en la cuenta de que lo que mejor sabía hacer era cortar cosas mediante métodos que nadie había utilizado antes. Armándose de valor, asintió con la cabeza y dijo:

—Está bien, lo intentaré.

Loran lanzó un suspiro de alivio.

—El volcán está un poco lejos. Me da pena pedirte este favor cuando acabas de llegar de un viaje tan largo, pero no podemos esperar porque está en juego el destino de Arland. Prepárate para partir. Te acompañarán cincuenta hombres y el propio Emer.

Quizás desde un principio el destino de Arienne era llegar a ese lugar; quizás todo lo que vivió desde el momento en que dejó la Academia no habían sido más que preparativos previos para lo que iba a hacer ahora. Imbuida con este sentimiento de misión, se levantó de la mesa. Loran también se puso en pie y cogió su arma:

—Esta espada se llama *Urmas*. Me la dio el dragón a cambio de la promesa que le hice. Hay dos caminos que conducen a la cueva del volcán, pero uno de ellos no es bueno —explicó Loran, esbozando una sonrisa, como si se acordara de algo—. Pero para ir por el otro, debes llevar esta espada. Cuídamela mucho.

—Pero ¿y si ataca el Ejército Imperial mientras yo no estoy? ¿Cómo podrá hacerles frente sin la espada?

—Ya no me hace falta —respondió Loran, con una sonrisa.

Arienne recibió a *Urmas*, cuyo filo sintió caliente. Se acordó de cuando se imaginó en la Cuesta de Finvera a la princesa de armadura reluciente y corona dorada que le entregaba la espada. Aunque la situación era diferente, la embargó la misma emoción que entonces.

33
Loran

Se encontraba en el campo de ejercicios militares para oficiales, en la parte más alta de la colina donde se alzaba la fortaleza. Ella no había participado antes en ninguna guerra; aunque, si no se hubiese casado tan joven, quizás se habría convertido en oficial del Ejército Imperial.

El campo de ejercicios era un espacio amplio y cuadrado con el suelo recubierto de ásperas losas de granito. No tenía paredes, pero sí un delgado techo sostenido por veinte pilares que bordeaban el perímetro. A un lado había un soporte para distintos tipos de lanzas y espadas. Aunque ella no había dado la orden, alguien había quitado del lugar la escultura del Imperio que representaba a dos halcones y que colgaba del techo con unas cadenas.

Era una noche de luna llena. Aunque no había siquiera una antorcha prendida, gracias al astro nocturno había suficiente luz. Loran se encontraba sola porque había mandado a descansar a todos sus hombres. Quería practicar un poco de esgrima, ya que sus muchas ocupaciones se lo habían impedido. Salvo los días anteriores y posteriores al parto de su hija, nunca había pasado tanto tiempo sin entrenar.

Desenfundó lentamente la espada, que notó muy diferente a *Urmas*. Por su peso más liviano en la punta se parecía a las que usaba antes, cuando daba clases de esgrima. Adelantando el lado izquierdo de su cuerpo, apuntó con la punta del arma, ligeramente ladeada, al entrecejo del supuesto enemigo que tenía delante. Dado que tenía una estatura menor a la media, nunca podía pelear con

alguien de su tamaño, por lo que había adquirido el hábito de alzar la espada por encima de lo que estipulaban los preceptos de esgrima. Tanto su abuela como su madre le habían señalado que no estaba bien, pero Loran sabía por experiencia que esa era la única manera de contrarrestar la desventaja que suponía su baja estatura.

Realizó un tajo hacia abajo, de izquierda a derecha; adelantando un paso, lanzó una estocada; y al tiempo que retrocedía medio paso para defenderse, efectuó un corto ataque de lado. Era la técnica de ataque compuesto que enseñaba en sus clases de esgrima. Repetir estos movimientos hasta entrar en calor era su método de entrenamiento. En el pasado había hecho practicar también a su hija con una espada ligera de madera, pues quería dejarle la escuela de esgrima en herencia. Había deseado que la pequeña tuviera gusto y talento por el arte de la espada y se convirtiera en profesora, como ella; y en el caso de que no fuera así, había pensado buscarle un marido con esas condiciones para que se encargara de la escuela, pero el Imperio había echado al traste todos sus proyectos.

El aire era tan frío que secaba el sudor al instante. Loran se enjugó la frente con la manga y se dirigió al límite del campo de entrenamiento para mirar abajo. Había antorchas encendidas aquí y allá. También se oía cantar una canción antigua a coro. En dirección noreste, se divisaba un sinnúmero de fogatas encendidas en el campamento de los ledoníes. Loran los había invitado a entrar en la fortaleza, pero Griogal había rehusado cortésmente aduciendo que no quería causar fricciones y había preferido acampar fuera.

—Veo que lo estás disfrutando…

Era una voz apenas audible. Al escuchar eso, el ojo izquierdo de Loran entró en calor. Sabía muy bien de quién era. Se quitó el parche y, a través de su ojo izquierdo, pudo percibir vagamente al Dragón de Fuego:

—¿Por qué no te me apareciste hasta ahora, cuando podías hacerlo?

—No conozco bien el mundo de los humanos, por eso no quise inmiscuirme en tus acciones.

—Esperé con ansias escucharte durante mis noches de insomnio después de matar al prefecto.

A pesar de que sus palabras sonaban a reproche, Loran no deseaba recriminarle nada al Dragón. Mientras decía esto, se dirigió al centro del campo de entrenamiento. Allí arqueó las cejas y tomó la posición de ataque. Tal como había dicho el Dragón, lo estaba disfrutando.

—Pero fue gracias a esas noches de insomnio cuando decidiste dejar la fortaleza subterránea. Eras tú quien debía tomar la decisión, no otro en tu lugar.

—¿Sabías que las cosas se desarrollarían de esta manera?

—Supe desde el primer instante en que te vi que llegarías a ser reina, pero no tenía la menor idea de cuál sería el camino que tomarías.

Emer le había dicho en la fortaleza subterránea que era el destino quien elegía a los reyes, no el pueblo. Quizás el Dragón había visto en ella el mismo destino que vio Emer.

—Pero todavía no soy reina. Quizás muera antes de serlo, junto a las cerca de seis mil personas que hay aquí reunidas.

Loran realizó varios movimientos al aire con la espada, también adelantó un paso dos veces y retrocedió otras tantas.

—Ayer envié a una maga, armada con *Urmas*.

—Todo lo que sabes, lo sé también. Pero ¿estás segura de que esa jovencita podrá romper mis cadenas?

—Yo creo que sí.

—Al igual que Emer, sabes leer el destino de otras personas.

Quizás el Dragón tuviera razón, pero, en lugar de contestarle, Loran le hizo una pregunta:

—¿Vendrás a ayudarnos si ella rompe las cadenas? No tenemos ninguna forma de enfrentar a los gigateriones del Imperio.

—¿Y quién soy yo para desobedecer a la reina?

Loran se rio y, levantando en alto la espada, dijo:

—Ya te he dicho que no soy la reina.

El Dragón se rio también, con una risa que no parecía tal.

—Cuando viniste a verme dijiste que no eras una princesa, pero adquiriste el derecho a serlo desde el momento en que te lanzaste al interior de la boca del volcán. También adquiriste el derecho de hablar conmigo. Ahora dices que no eres reina, ¿cuándo sabrás por fin quién eres de verdad?

—Pero nadie me llama reina ni tampoco hubo una ceremonia de coronación.

—Tú, que te llamas princesa sin ser hija de reyes, ¿no consideras absurdo no poder llamarte reina porque no llevas una corona dorada en la cabeza? Escucha bien lo que te digo, Loran —la silueta del Dragón que se reflejaba en el ojo izquierdo de la princesa se hizo aún más nítida—: tú eres la reina, no ese topo que se esconde en el subsuelo de los bosques de Kamori. Para ti la vida de dos de tus súbditos vale tanto que, sin poder soportar perderlos, mataste al prefecto. Luego, temiendo las represalias contra tu pueblo, decidiste entregarte. No soy yo quien reconoce tu sacrificio, sino los habitantes de Arland. Todos los que este invierno temblaban de cobardía en sus casas por la inminente llegada del Ejército Imperial, se desprendieron del miedo y se levantaron en armas confiando en ti. Todas esas personas a las que les diste calor cuando estaban tiritando de frío están ahora contigo en esta fortaleza. ¿Y aun así vas a decirme que no eres la reina?

—Así y todo, nada ha cambiado —respondió Loran, con voz grave—. Cuando llegue el Ejército Imperial, lo más probable es que seamos vencidos.

—¿Aunque yo salga en vuestra ayuda?

Loran estuvo a punto de recordarle que fue derrotado por los gigateriones del Imperio veinte años atrás, pero decidió tragarse las palabras. Después de todo, el Dragón de Fuego conocía mejor que nadie la razón por la que había sido encadenado.

—Aunque logremos ganar la batalla, el Imperio posee cien legiones. Se nos echarán encima dos, tres, cuatro legiones y

también…

Loran iba a decir «la Estrella de Mersia», pero se calló la boca.

—Veo que piensas que Arland va a perder la guerra, que no va a poder sacudirse el yugo del Imperio. ¿Por qué peleas, entonces? —preguntó el Dragón con auténtica curiosidad, no con el ánimo de reprenderla.

—Porque es lo que desea el pueblo de Arland. Es nuestro destino luchar contra el Imperio.

—¿Y el ser derrotado también lo es?

—Aunque nos venzan, quedará en pie el hecho de que les hicimos frente. Entonces, habrá una próxima vez y luego otra y otra… En cambio, si no peleamos ahora, nunca habrá una próxima oportunidad. Mientras Arland exista y no logren doblegarnos, habrá una esperanza de que esto termine algún día.

—¡Eso es, Loran! —exclamó el Dragón, sorprendido—. Pero justamente por eso tienes que ser consciente de que eres la reina. Tienes que hacer honor a ese nombre para que el que venga después de ti, quienquiera que sea, esté a tu altura; para que, aunque mueras en la batalla, el pueblo de Arland siempre te recuerde. Puede que el destino elija a los reyes, pero los que convierten a esas personas en reyes de verdad son su pueblo. —Hizo una pausa y prosiguió—: A mí no me parece que el combate acabará como dices. Puedo ver a tu pueblo a través de tu ojo verde y algo me dice que les espera otro destino distinto a la derrota. Y tú no morirás en esta batalla.

Loran sabía que las palabras del Dragón eran mucho más que una expresión de buenos deseos. Sin embargo, no dijo nada y continuó con sus ejercicios de esgrima. Después de repetir varias veces la estocada que estaba practicando, el Dragón volvió a dirigirle la palabra:

—¿Podrás pelear sin la espada… sin mi colmillo?

—Cuando me enfrenté en el bosque a esos soldados del Imperio con armaduras alimentadas con generadores, pude darme cuenta de que *Urmas* apenas contiene un poco de tu poder. Tal como me

dijiste al principio, esa espada no es más que un símbolo. Lo que tú me diste es mucho más grande aún.

Loran se concentró en su ojo izquierdo, lo que hizo que su visión se aclarara. Su cuerpo entró en calor, sus nudillos se cubrieron de escamas y le crecieron uñas afiladas; al mismo tiempo, la espada que tenía en la mano se inflamó y comenzó a despedir humo. Loran cerró los ojos y procuró calmarse. De inmediato, la espada se enfrió y las escamas de sus manos desaparecieron. Finalmente, su ojo izquierdo volvió a cubrirse de tinieblas.

—Y si como dices, soy la reina, con más razón no necesito esa espada.

—Yo no te he dado ese poder que tienes. Lo adquiriste tú sola a medida que te convertías en reina. Lo único que te he dado yo es la oportunidad —dijo el Dragón, con satisfacción—. Suelo dormir en invierno, pero veo que este año será imposible, y todo es por tu culpa. Iré a dormitar aunque sea para que la joven maga no se asuste demasiado cuando me encuentre.

—Espera un poco. Dijiste que podías ver mi destino y el destino de mi pueblo. ¿Qué fue lo que viste hace veinte años cuando el Imperio se adueñó de Arland?

—Pues… —empezó a decir el Dragón, algo dubitativo— que cuando yo los venciera, no se atreverían a aventurarse de nuevo por Arland.

—Entiendo —respondió Loran, riendo.

—Es que entonces yo era más joven. ¡Ja, ja, ja!

Tras esta broma, el Dragón desapareció de la vista de Loran. Ya no podía ver nada con su ojo izquierdo, así que lo ocultó bajo el parche. Luego se acercó al soporte de armas y escogió una espada corta que usaba el Ejército Imperial para su mano izquierda.

34
Caine

Los escalones sobresalían de la pared del profundo túnel vertical, formando una larga escalera de caracol. Estaba muy iluminado, aunque no se podía precisar de dónde provenía la luz. Abajo de todo se encontraba la sala del Circuito del Destino. Se le ocurrió que alguna vez había visto una escalera igual, pero como una especie de recuerdo o un sueño vago y ajeno. Quién sabe por qué se imaginó que debía de haber un cadáver muy antiguo al final de los escalones.

La escalera de caracol parecía interminable, igual que la pared del túnel, que era lisa y blanca, sin marca alguna. No podía precisar cuánto había descendido, pero a partir de cierto momento se quitó los zapatos y los llevó en la mano. Temía que Safani descubriera su presencia al oír sus pasos, pero, sobre todo, no soportaba escuchar sus propias pisadas. Lo malo era que ahora oía el ruido de su respiración.

Llevaba en la mano derecha la espada del legionario que acababa de morir. Era la primera vez que sostenía un arma militar y le pareció pesada e incómoda. Echaba de menos su daga, pero era lo único que tenía para hacer frente a Safani.

Por fin llegó al final de la escalera. Tenía una puerta de hierro delante y el candado que la aseguraba estaba roto en el suelo. Lo cogió y lo observó con atención. Lo habían abierto golpeándolo con algo cortante, pues tenía una marca ancha y profunda, como hecha con un hacha, más que con una espada. ¿Llevaba Safani un hacha en la casa de Gladis? Se esforzó por recuperar la figura que vio

antes de caer desmayado, pero solo logró recordar su expresión seria y glacial. Debía ser por culpa de esa escalera tan silenciosa por lo que todos sus recuerdos estaban ahora borrosos.

Abrió con sigilo la puerta de hierro y miró dentro. Había una estancia completamente blanca, tan blanca que no se diferenciaban las paredes del suelo. Pero allí no estaba Safani. Caine se ajustó las gafas y entró. A sus espaldas, la puerta se cerró sola. Dentro reinaba un silencio todavía mayor que en la escalera, si eso era posible. No solo oía su propia respiración, sino que, cuando contenía el aire, el latido de su corazón le martilleaba los oídos. Al girarse, vio la tosca puerta de hierro que había franqueado, como si fuera lo único que existiera en esa habitación, que no se sabía dónde empezaba ni dónde terminaba. Al acostumbrarse a la blancura del recinto, descubrió que había algo delante. Era una especie de velo delgado, similar a una pompa de jabón. Cuando lo tocó, se abrió solo, como si fuera un acceso.

Dejó en el suelo los zapatos que llevaba en la mano y se los puso. Luego introdujo tres dedos por debajo de las gafas y se tapó el ojo izquierdo para acostumbrarse antes a la oscuridad. No quería que le pasara lo mismo que cuando entró en la habitación, que no pudo ver nada en esa blancura deslumbrante. Si al otro lado del velo todo estaba oscuro el tiempo que le tomara habituar sus ojos podía decidir su vida o muerte. El truco de taparse un ojo lo había aprendido de un marino viejo y curtido por el mar.

Apartó el velo y pasó al otro lado. Había imaginado que sería un lugar oscuro, una cámara de la muerte donde se apilaban los trescientos veintisiete ataúdes, en hileras, unos sobre otros. Sin embargo, no estaba oscuro ni tampoco era una habitación corriente. Sobre un suelo de tierra desierto y rojizo, flotaba un gran número de algo semejante a capullos de seda sobre un cielo cubierto de manchas violáceas. A Caine no le hizo falta contarlos para saber lo que eran. Dejó de cubrirse el ojo y se fijó atentamente en la escena que se presentaba ante él. Los trescientos veintisiete generadores se mantenían en el aire, con los cuerpos vendados mirando hacia

abajo, como espectadores contemplando un espectáculo. Cada uno de ellos emitía una vibración irregular, pero poco a poco iban acompasando su sonido.

Lo que los generadores parecían estar contemplando eran los cajones de plomo que estaban en el suelo. Allí abajo, desentonando con ese paisaje, había un hombre de espaldas que llevaba un abrigo negro, parecido al de Caine, y tenía la vista levantada al cielo.

Caine se aproximó con sigilo. La espada del legionario le pesaba y le incomodaba. Le dolían la espalda y la cintura por haberse golpeado cuando el coche de caballos se precipitó por el socavón, y las manos por haberse raspado contra las paredes al escalar los edificios; también le habían salido ampollas, aquí y allá, por atravesar los incendios que llenaban las calles y ahora le ardían porque se habían reventado. Sin embargo, nada de esto le molestaba tanto como todos esos cadáveres flotando en el aire que parecían estar mirándolo de reojo.

Las vibraciones de los generadores se acompasaron por completo y se transformó en una especie de murmullo emitido al unísono por cientos de voces. Caine tuvo la sensación de que algo iba a suceder y se detuvo, pero Safani seguía mirando el cielo como si no se hubiera dado cuenta del cambio en el sonido. En el instante en que Caine volvió a moverse, Safani abrió la tapa de uno de los cajones, que cayó al suelo rojo resonando como una campana gruesa y pesada. Un humo violáceo subió del ataúd y se abrió como una flor de verano.

—¡Ahora podré vengarme!

Era la primera vez que escuchaba hablar a Safani. Su voz no era ni muy grave ni aguda, era la típica de un hombre de mediana edad, pero en ella se percibía un odio añejo, a la vez que el júbilo de la inminente venganza. Caine sintió un escalofrío. Dejó de dolerle el cuerpo magullado y se olvidó de la extraña e irreal escena que tenía ante sí. Lo único importante era detener a Safani como fuera.

En ese instante, los cientos de voces dejaron de murmurar. Los trescientos veintisiete cadáveres que formaban el Circuito del

Destino se volvieron hacia Caine y dijeron algo, pero el muchacho solo logró entender una frase en medio del confuso cuchicheo: «... Ha llegado quien será el rey».

Dándose cuenta del cambio en los generadores, Safani se giró hacia Caine; un momento que el muchacho aprovechó para correr hacia él. Algo relampagueó y un dardo se estrelló contra una lente de sus gafas, pero Caine no se detuvo y se abalanzó con la espada en alto. En el instante en que Safani iba a sacar la suya del cinto, el muchacho lo atacó y algo rojo y caliente le salpicó la cara.

El primero en levantarse fue Safani. Se sostenía la articulación del hombro izquierdo con la mano mientras la sangre corría abundante por sus dedos. Caine tenía clavada entre las costillas la espada de Safani, aunque no había soltado la suya. La sangre le había salpicado las gafas, así que veía todo rojo.

Mirándolo muy serio y sin manifestar ningún dolor, Safani daba patadas a diestro y siniestro. Caine se acordó del encuentro en el callejón cuando le pegaron los hombres de Gladis, pero esta vez no sería suficiente con hacerse un ovillo. En lugar de eso, rodó sobre sí mismo para esquivar los golpes. A pesar de que el cuchillo se hincó aún más en sus costillas, se aguantó las ganas de gritar. Safani le lanzó una patada, pero la punta de su zapato apenas le rozó la espalda.

—¡Pero si eres el mismo de anoche! No puedo creer que sigas vivo.

Caine no podía estar de acuerdo con lo de «anoche», pues habían pasado demasiadas cosas en ese corto tiempo. Como había dicho el gordinflón del Servicio Secreto, estuvo a punto de morir dos veces, pero contando el vuelco del coche de caballos, ya eran tres. Y si no se moría por el cuchillo que tenía clavado en las costillas, serían cuatro.

—¿Sabes cómo quedó todo fuera? ¡Hubo un terremoto! —exclamó Caine—. Los generadores están explotando todos a la vez. Hay incendios en toda la capital.

Rompiendo su mirada seria, Safani se echó a reír a carcajadas.

—¡Vaya, qué divertido! Buena forma de anunciar el juicio final que llega.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que el Imperio se merece. Para equiparar la cantidad de personas que murieron o de vidas que quedaron truncadas por culpa del Imperio, tendría que destruir diez ciudades del tamaño de la capital.

No era momento de estar escuchando ese palabrerío. Caine trató de incorporarse y sintió las miradas de los cadáveres y el cuchicheo ininteligible sobre su cabeza.

—Si te levantas, te mataré —lo amenazó Safani, pero su voz sonaba apremiante y débil. No quedaba nada de la seguridad que le vio en la casa de Gladis.

Sin hacerle caso, Caine se puso en pie. El cuchillo que tenía clavado se le metió más adentro, pero aguantó lanzando un quejido. Por el contrario, Safani se desplomó al suelo casi a la vez. El golpe que le había dado en el hombro había sido mucho más efectivo de lo que parecía.

—No entiendo lo que quieres lograr con esto —dijo Caine, limpiando la sangre que manchaba sus gafas con la manga del abrigo—. ¡Dime lo que tengo que hacer para detenerlo!

—¿Por qué quieres pararlo? Cuando se desmorone la capital, todos se levantarán en armas. Será el fin de la tiranía del Imperio. Las legiones diseminadas en todo el mundo no aguantarán mucho tiempo sin la ayuda de la capital. Además, la mayoría de los legionarios provienen de los reinos vasallos. ¡La rebelión es inminente! ¿No entiendes lo que eso significa? —El esfuerzo que le provocó decir estas palabras se reflejó en su cara, que perdió la impasibilidad que lo caracterizaba y se retorció de dolor—. Piénsalo, ¿vas a dejar escapar esta oportunidad de destruir el Imperio?

—Me importa un comino el mundo —espetó Caine, aproximándose a Safani—. Este es el reino de Fienna y ahora está bajo mi responsabilidad. Por eso estoy aquí.

—¿Quién diablos es Fienna?

Ni siquiera sabía quién era su amiga. Caine esbozó una sonrisa amarga. Para este desalmado, Fienna no era más que un nombre, al igual que lo había sido para el Imperio y la capital.

Cojeando, Caine avanzó hacia Safani, quien retrocedió un poco arrastrándose en el suelo. Al apartar la mano del hombro herido, le brotó la sangre todavía con mayor fuerza. Por la cantidad que estaba perdiendo, debía haberle cortado una arteria importante.

—¿Reino? —musitó Safani con sus últimas fuerzas, pues se estaba muriendo—. ¿De qué reino me hablas?

—El que tú no quieres ver —respondió Caine y le clavó la espada en el corazón con todas sus fuerzas.

35
Arienne

La muchacha cruzaba el valle sobre un caballo zaino. Siguiendo el consejo de Emer, se había puesto una armadura ligera. Llevaba en su mochila a Tycon, el generador de Lisandros, que colgaba a un lado del lomo del animal. A lo lejos se divisaba el humo blanco que salía del volcán y también se oía una vibración constante, muy parecida a la de un generador.

Arienne se detuvo a la orilla de un arroyuelo. Seguramente porque se estaba aproximando al Dragón o quizá porque se le escapaba la magia a Eldred, vio en el reflejo del agua que sus ojos despedían un color violáceo y se echó agua fría en la cara. En ese momento llegaron los cincuenta soldados que la escoltaban, capitaneados por Emer. Se detuvieron a unos diez pasos de distancia, como si le tuvieran miedo, pero eso no representaba una molestia para ella. Según las indicaciones de la princesa, faltaba poco para llegar a la cueva.

—Esa espada es un colmillo del Dragón —comentó Eldred, hablando por primera vez desde que dejaron la Cuesta de Finvera.

Arienne echó un vistazo hacia atrás para asegurarse de que los hombres estaban lo suficientemente lejos como para no escucharla y respondió:

—Lo sé, me lo dijo la princesa.

—Esa princesa no es una persona corriente.

—Yo tampoco lo soy.

Ahora Arienne lo sabía con certeza. La habían obligado a estudiar en la Academia Imperial para ser maga y por la misma

razón había tenido que escapar, esconderse y ser perseguida; pero ser mago no era una marca de esclavitud. La magia era un poder extraordinario y los magos eran quienes manejaban ese poder. Eso era lo que había aprendido durante el viaje.

—Yo tampoco lo soy —replicó Eldred, con una especie de risita.

—Tú no eres un ser humano.

Aún salía humo violáceo de los brazos cortados de Eldred, que colgaban inertes a ambos lados. A esas alturas, la habitación debía estar llena de ese humo, pero no era así. Después del ataque de Lisandros, el marco de la ventana continuaba torcido y los libros seguían desperdigados por el suelo.

De pronto, Emer lanzó un grito y agitó la mano.

—¡Arienne, encontré la marca! No hay junturas y no parece una entrada, pero...

La muchacha apretó las piernas y acicateó a su caballo, que se acercó a paso ligero al lugar.

Emer había bajado de su montura y estaba examinando la pared de la cueva. Tal como había dicho la princesa, había varias marcas de espada bastante profundas en la roca. Arienne se bajó también de su cabalgadura y se colgó la mochila a los hombros, que se hundieron bajo el peso del generador.

—Gracias, Emer. Espéreme aquí con sus hombres. Entraré sola.

—¿Estarás bien?

Arienne asintió con la cabeza y sacó a *Urmas* de su funda azul. Bastó que la acercara a la roca para que esta se abriera. Al poner los pies en el interior de la cueva, la roca volvió a cerrarse como estaba al principio. Adentro estaba oscuro, pero *Urmas* se había calentado y emitía una suave luz roja. La muchacha apresuró sus pasos y llegó a un corredor sin salida. Acercó la espada a la pared como había hecho antes y la roca desapareció. Ante ella se mostró una estancia de piedra mucho más grande que cualquier aula de la Academia. En el centro había algo echado en el suelo, algo que veía por primera vez en su vida. Era el Dragón, que estaba dormido y encadenado.

Al verlo pensó: «¿Cómo puede existir un ser vivo tan grande?». Estaba recubierto de escamas del color de la sangre, era enorme, tan grande como una casa, y de su boca sobresalían unos dientes afilados como lanzas. Tenía los ojos cerrados, ocho ojos grandes como ventanas. Si abriera las alas, seguro que cubriría todo el techo. Las garras de sus patas delanteras, sobre las que tenía recostada su cabeza, eran muy largas, del tamaño de la joven. Arienne no podía creer que un ejército humano hubiera sometido a semejante criatura.

—Parece que está dormido —comentó Eldred.

—Parece que sí —respondió Arienne, quien se acercó un poco más, impulsada por la curiosidad.

—¿Sabes por qué está encadenado?

—¿No lo encadenó el Imperio porque no pudieron matarlo?

—No fue por eso. Los dragones son como generadores vivos. El Imperio creó la tecnología de los generadores con los secretos que robó de distintas partes del mundo e hizo los gigateriones tomando como modelo el corazón de los dragones. Dejaron vivo al Dragón de Fuego de Arland por si les fuera útil más adelante.

Arienne supo entonces que la vibración que se sentía en las proximidades del volcán provenía del corazón del Dragón.

—¿Dejaron con vida a un ser tan grande por si les servía de algo en el futuro?

—¿Tú tendrías miedo de un ser al que ya has vencido antes?

Arienne se quedó mirando las cadenas que envolvían el monumental cuerpo del Dragón.

—Yo no te estorbaré, así que rompe esas cadenas ya —dijo Eldred.

La muchacha ensayó en voz baja el encantamiento para cortar que conocía, concentrando toda la atención de su mente en las cadenas. Imaginó que se rompían, tal como lo había hecho con los brazos de Eldred y de Lisandros, y evocó también el momento en que cortó el cordón invisible que unía a Lisandros con el generador Tycon. Por fin, pronunció en voz alta el encantamiento. Las cadenas

echaron chispas, pero la espada invisible salió despedida, pasó como una ráfaga junto a Arienne y chocó con fuerza contra la pared, donde quedó una profunda marca en la roca. El encantamiento no servía.

—¡Qué pena! Inténtalo de nuevo —dijo Eldred con sorna.

Arienne volvió a repetir el encantamiento, pero en lugar de imaginar una espada, sacó a *Urmas* de su funda y la blandió con fuerza. El filo se clavó en la cadena y un estremecimiento le atravesó el brazo, dejándole un dolor punzante en la mano. Aún dormido, el Dragón emitió un quejido. Arienne tiró de *Urmas*, pero la espada no se movió un ápice. Volvió a intentarlo, con tanta fuerza que se le resbalaron las manos de la empuñadura y cayó al suelo de culo.

—Esa cadena fue fabricada por los cerebros más brillantes de la Academia Imperial. No conseguirás cortarla con ese encantamiento.

—¡Pero si es tu magia!

—En primer lugar, ese encantamiento lo inventaste tú a partir de lo que te enseñé y no es más que el gorgorito de un bebé. Segundo, una novata como tú no podrá nunca conocer a fondo la profundidad de mi magia.

—Pero con ese gorgorito te corté los brazos.

—Entonces, deberías saber que pudiste hacerlo gracias a lo que te enseñé. Por ende, el único capaz de romper esa cadena soy yo, así que quítame de una maldita vez las vendas de las piernas.

Había llegado demasiado pronto el momento que tanto temía Arienne. Tendría que elegir entre acceder a lo que quería Eldred o volver a la fortaleza, derrotada y con las manos vacías.

—Ya me ganaste una vez. ¿De qué tienes miedo? —la instó el mago.

Aunque Arienne no sentía que Arland fuese su verdadero hogar, desde el momento en que conoció a Loran, asumió como suya la tarea de liberar al Dragón. Todo lo que había hecho hasta ahora era huir, había llegado el momento de hacer algo que valiera la pena. Debía cortar esas cadenas si quería dejar de escapar. Si eso significaba luchar con Eldred fuera de la habitación de su mente, lo

haría, le gustara o no. Le echó un vistazo al cuarto. Seguía torcido y dañado, a punto de desmoronarse en cualquier momento. Eldred se había incorporado de la cama y la observaba. A través de la rasgadura de su boca, se podían ver sus dientes ennegrecidos. Arienne se metió en la habitación y le quitó las vendas de las piernas. Le recorrió un escalofrío cuando le desgarraba la piel pegada a ellas.

—Bien hecho. Cumpliré mi palabra —dijo Eldred.

Al soltarlas, las vendas flotaron en el aire y dibujaron un círculo. Pronto empezaron a dar vueltas, creando un remolino violeta. Con un andar tambaleante, puesto que era la primera vez que caminaba en ciento setenta y pico de años, Eldred se dirigió hacia el remolino. Un repentino remordimiento asaltó a Arienne, quien estiró la mano para detener al mago. En ese instante, algo explotó y su conciencia salió despedida de la habitación de su mente.

Aguantando el terrible mareo y el dolor de cabeza que le sobrevino, Arienne miró adelante. Allí estaba el dragón encadenado. Y también Eldred, de pie sobre sus dos piernas. Detrás de él, el remolino violeta refulgía brillante. Inexplicablemente, le habían vuelto a crecer los brazos. Adivinando lo que quería decir la mirada inquisidora de la muchacha, explicó:

—¿Mis brazos? Me los cortaste en el cuarto de tu mente, todo ocurrió en tu imaginación. Ahora ya no dependo de tu conciencia —dijo, sonriendo con satisfacción ante el dragón dormido. Luego, volviendo la mirada hacia Arienne, agregó—: Ahora ya puedo vengarme.

Ella había visto esa cara y oído esas palabras antes, quizás en sueños.

—¿Y las cadenas? —protestó.

—Se cortarán solas cuando yo haga mi tarea. No te preocupes, jovencita, no pienso dejar encadenada a esta bestia gigantesca. Ahora que soy libre, el mundo se liberará de sus cadenas y volverán a renacer el misterio y la magia. Y como lo hice hace mucho tiempo, yo seré el rey que lo gobierne.

Arienne se acordó de lo que dijo Eldred antes de que llegaran los inquisidores a la torre del bosque: «Fue una época magnífica y misteriosa, en la que nosotros, los magos, gobernamos junto a los dioses y monstruos bajo los nombres más increíbles».

Eldred puso la mano sobre la cabeza del Dragón dormido y pronunció un largo conjuro. A continuación apareció un segundo remolino violeta al lado del primero.

—La mente del dragón es más simple de lo que imaginaba, pero tiene profundidad —dijo Eldred—. Es ideal para crear una habitación.

—¿De qué estás hablando?

Eldred no respondió y se metió dentro del segundo remolino. Mientras Arienne dudaba entre seguirlo o no, desapareció. De pronto el Dragón levantó la cabeza y lanzó un alarido. Su cuerpo colosal tembló y desplegó las alas; se hizo tan enorme que el recinto de rocas le quedó pequeño. Una suerte de niebla violeta le cubría los ocho ojos. Arienne dio unos pasos atrás, pues empezaron a caer pedazos de roca del techo. El Dragón se levantó sobre sus cuatro patas y plegó las alas. Acto seguido, habló con una voz demasiado grave y pesada para ser humana:

—¡Por fin he conseguido un cuerpo a la altura de mi condición de rey!

Agitó un ala y luego la otra, lo cual levantó un torbellino tan fuerte que Arienne pudo mantenerse en pie a duras penas.

—¡Siente la fuerza de este cuerpo colosal que posee el poder mágico de un generador! ¡Mira, esto es ser un mago de verdad!

Eldred pronunció el encantamiento a través de la boca del Dragón, levantando una vibración tal que desgarraba los tímpanos. Era el mismo encantamiento para cortar que había usado Arienne, pero incomparablemente más poderoso. Las negras cadenas que envolvían al Dragón refulgieron y, acto seguido, resbalaron por su cuerpo recubierto de escamas y cayeron inertes al suelo, rotas.

—Gracias por todo, querida. Como recompensa, serás la primera víctima de sacrificio en mi honor. Ahora sabré por qué los dragones disfrutan tanto comiendo seres humanos.

El Dragón se relamía, sacando su larga lengua trífida, roja como la lava.

36
Loran

El cielo era claro y el aire frío. En la cima de la torre más alta, ondeaba la bandera con el Dragón de Fuego de Arland.

—¿Cuáles son sus planes, princesa? —preguntó Griogal. Loran estaba encaramada al muro de la fortaleza, contemplando cómo avanzaba a lo lejos la Legión 25 del Ejército Imperial. La nieve había empezado a derretirse y la llanura amarillenta se veía manchada aquí y allá de blanco.

«¡Aurelia, la comandante en jefe de la Legión 25, hace saber a la traidora Loran que jamás podrá vencer el poder y la autoridad del Imperio!».

Era la voz solemne de una mujer madura que, ampliada por un generador mágico, reverberaba en la atmósfera como un trueno. Se trataba de la misma voz que había escuchado en la capital y repetía el mismo mensaje desde que Loran había llegado a la fortaleza.

—Salvo un regimiento de caballería, nuestros enemigos parecen tenerlo todo —señaló ella.

Ellos, en cambio, no solo no disponían de caballería, sino que casi no tenían arqueros. Habían comenzado a toda prisa los entrenamientos desde que llegaron a la fortaleza, pero no habían logrado mejorar mucho.

—Al menos, llegamos a ser tres mil en número —comentó Griogal.

«¡Has engañado a los súbditos de Arland para que se rebelen contra el legítimo gobierno del Imperio!».

Aunque era ensordecedor, comparado con el fragor de la batalla inminente, no era más que un ruido molesto.

—Disponen también de varios tanques. ¿Por qué motivo no atacan?

Se divisaban cuatro filas de cinco tanques movidos por generadores mágicos del mismo nivel Escorpión que ella había destruido en la capital.

—Seguramente porque no saben cuál es el poder del que usted dispone, princesa.

—Parece que quieren esperar hasta que lleguen los gigateriones.

—¡Entonces, hay que darles batalla antes de que eso suceda! —exclamó Griogal, golpeándose con fuerza el pecho con el puño derecho.

—Seguro que lo tienen previsto, pero no tenemos otra alternativa.

«¡Griogal de Ledón, escucha bien: Colaborar con un traidor es también traición. Si traes prisionera a Loran, prometo que seremos piadosos con tus tribus!».

Al oír eso, Griogal se rio lanzando un bufido.

—Las quince tribus de Ledón nos colocaremos en la vanguardia. Discúlpeme que le diga esto, pero la mayoría de las personas que componen el ejército de Arland no han tocado un arma en su vida. Difícilmente podrán romper la línea de los legionarios.

—Tiene razón, pero la vanguardia recibirá de lleno los disparos de los tanques y las flechas. Los quinientos ledoníes morirían antes de llegar siquiera a la línea del Ejército Imperial. Es mejor que esperéis y ataquéis por los lados, como acordamos.

—Pero si no logramos abrirnos paso al primer intento, perderemos la batalla antes de que lleguen los gigateriones —insistió Griogal, que confiaba en el manejo de la espada de sus compatriotas ledoníes.

«¡Clarius, el gigaterion invencible, está a punto de llegar. No tenéis ninguna posibilidad de conseguir nada!».

Loran hubiera querido gritarles que se callaran, pero se contuvo porque sabía que no podrían oírla.

—Yo ocuparé la delantera —afirmó Loran.

—Hum, ¿ha dirigido alguna vez un ejército? —inquirió Griogal, dudoso.

—No, nunca.

—Como bien ha dicho, la artillería del Ejército Imperial lloverá sobre la vanguardia y morirán muchos antes de tocar siquiera la línea enemiga. Los guerreros de las quince tribus de Ledón hemos venido dispuestos a dar la vida, pero no estoy tan seguro de que los campesinos y comerciantes de Arland sepan que pueden morir.

«¡Si tiráis las armas y os entregáis, os prometo que no habrá represalias contra los dóciles y honrados súbditos de Arland y que solo serán castigados los cabecillas!».

Loran se rio con sorna al escuchar aquello. Precisamente esos dóciles y honrados súbditos de Arland habían sido quienes evitaron que ella se entregara y quienes luego promovieron la creación del ejército. Miró abajo. Ninguno de los reunidos en la fortaleza mostraba visos de conmoverse con la propaganda de la Legión 25. Muchos de ellos la habían acompañado en el camino cuando pensaba entregarse y, gracias a la tenacidad que habían mostrado en hacerle cambiar de idea, ella había desviado el rumbo de su destino.

—Si han venido hasta aquí es porque lo saben.

—Entonces, ordene el ataque, princesa —la instó Griogal, asintiendo con la cabeza—. Los quinientos ledoníes la obedeceremos.

Cuando Loran iba a dar la orden, vio que un soldado agitaba una bandera roja desde otro punto de la fortaleza. A continuación, la trompeta resonó largamente dos veces. Era la señal de que ocurría algo.

Loran bajó por la escala. Tuvo que preguntar qué era lo que pasaba a tres personas con las que se encontró hasta que por fin alguien le dio la respuesta:

—Un ejército se aproxima por el este.

Era imposible que el Ejército Imperial se aproximara por ese lado en forma de pinza para atacarlos. Había patrullas formadas por cazadores que vigilaban los bosques y colinas de los alrededores y hubieran enviado señales de humo en caso de que el enemigo se acercara por ese flanco.

Los soldados con los que se encontró la saludaron, pero Loran tenía tanta prisa que no les devolvió el saludo. Al llegar al otro lado de la fortaleza, comprobó que realmente se acercaba un ejército. Loran se quitó el parche del ojo izquierdo y aguzó la vista. En lugar de la masa informe, pudo distinguir a los hombres que componían el ejército. Eran unos mil y portaban un estandarte con un león verde, el símbolo de Kamori.

—¡Preparadme un caballo! —ordenó Loran—. ¡También cien soldados para salir a recibir al ejército de refuerzo!

Debía de ser Gwaharad. Dejando atrás lo ocurrido, acudía en ayuda de Arland con mil hombres del Ejército de Liberación de Kamori. ¿Habría cambiado de opinión al enterarse de que Loran se había adueñado de la fortaleza? Montó en un caballo y salió por la puerta antes de que se reunieran los cien hombres. Aunque hubiera querido ir a todo galope, se contuvo y se giró varias veces con impaciencia para ver si los soldados la seguían.

Por fin divisó al ejército de Kamori y también al hombre a caballo que lo dirigía. Llevaba una cota de malla y portaba una lanza larga. Pareció reconocerla en cuanto la vio porque él también se acercó a toda carrera. Sin embargo, algo no cuadraba. No era Gwaharad ni ninguno de los hombres que había conocido en la fortaleza subterránea. ¿Se trataba de alguien nuevo? Aunque no fuese Gwaharad, era igualmente de agradecer esta ayuda, pero no pudo evitar sentirse algo decepcionada.

—¿Es usted la princesa de Arland? —inquirió el hombre en la lengua del Imperio, aproximándose a ella.

—Sí, soy yo.

El hombre se bajó del caballo, apoyó la lanza en el suelo y se hincó doblando una rodilla.

—Mi nombre es Gwedion y enseño a pelear con la lanza y a tirar con el arco en Kamori. Al oír que había surgido un héroe en Arland dispuesto a enfrentarse al Imperio, reuní a toda prisa a mis compatriotas para venir en su ayuda. Queremos pelear junto a usted. Aunque no somos muchos, le pido que nos permita luchar a su lado.

Loran se bajó rápidamente del caballo.

—Venís de un reino hermano para ayudarnos. Por favor, no debéis arrodillaros —dijo, tendiéndole la mano para levantarlo del suelo y sacudiéndole la tierra—. Por cierto, ¿el rey Gwaharad goza de buena salud?

—¿Gwaharad? —inquirió Gwedion, desconcertado—. No sé a quién se refiere.

Hasta se giró hacia sus hombres, como preguntando si alguien lo conocía, pero todos no hicieron más que mirarse sin decir nada.

La decepción de Loran se esfumó rápidamente. Entendió con claridad lo que estaba ocurriendo. Gwaharad no era el rey de Kamori, sino de su reino personal en las cuevas subterráneas del bosque.

—Olvídelo. Fue una pregunta tonta. Le doy las gracias por haber venido. Acompáñenme a la fortaleza. El enemigo ya…

Sonó una especie de silbido estridente. Sin poder terminar la frase, Loran se giró hacia la fortaleza, donde se había levantado una polvareda. Volvió a oírse el silbido y, al mismo tiempo que sonaba un fuerte estruendo, un ala de la fortificación se desmoronó como un castillo de arena. Se trataba de un arma desconocida. Se habían preocupado únicamente por los gigateriones, pero el Ejército Imperial contaba con armamento capaz de destruir la fortaleza desde lejos.

Los mil cien hombres de Arland y de Kamori se quedaron mirando con expresión de estupor hacia el oeste, donde se encontraba la fortaleza. Loran volvió a montar en su caballo y lo

espoleó antes de sentarse. El animal salió disparado al mismo tiempo que soltaba un relincho.

El cuerpo de Loran se recubrió por completo de escamas. Como la armadura de cuero le molestaba, se desprendió de ella por partes mientras galopaba. Su ojo izquierdo se aguzó incomparablemente más que el derecho. Mientras corría, volvió a oír el silbido un par de veces más, así como también el grito de guerra de los ledoníes. Sin poder quedarse de brazos cruzados ante semejante ataque, Griogal había salido a la batalla sin esperar a Loran. A través de los muros destruidos, vio también a los soldados arlaníes que salían a toda carrera detrás de los ledoníes.

Comenzaron a caer las balas de cañón, las mismas que habían hecho estremecer de miedo a Loran en la Plaza del Dragón de Fuego en la capital de Arland. También caían las flechas sobre los que iban adelante. Solo Griogal y unos pocos guerreros ledoníes lograron llegar a la línea enemiga, aunque peleaban como leones enfurecidos con sus enormes espadas. Mientras tanto, los soldados de Arland se movían de aquí para allá desorientados ante la lluvia de proyectiles y flechas.

Faltaba poco para llegar a la línea enemiga, pero el caballo de Loran desaceleraba el paso, jadeando con fuerza. Lo espoleó de nuevo, pero fue en vano, pues había llegado al límite de sus fuerzas. Para colmo de males, llegó volando una flecha que se clavó en un hombro del animal. En el instante en que el caballo caía de bruces, Loran retiró los pies del estribo e, impulsándose con sus manos sobre la silla, saltó hacia adelante. En el aire, cogió la espada larga con la mano derecha y la espada corta de los legionarios con la izquierda. En un instante, ambas se volvieron blancas e incandescentes.

La princesa cayó en medio de los enemigos, como un meteorito, y comenzó a girar ágilmente, a la vez que blandía las espadas. Todo a su alrededor se cubrió de un fuego azul. Los soldados imperiales aullaban de dolor, pero los gritos quedaron tapados por los clamores y el entrechocar de las lanzas y espadas. A través del fuego y el

humo sulfuroso, Loran buscaba afanosamente a Griogal. Se le estaba incendiando la túnica de algodón que llevaba debajo de la armadura, pero no sentía calor alguno. Entonces escuchó los gritos de los soldados de Arland:

—¡Es el fuego del Dragón!

—¡Ha llegado la princesa!

Loran quería alentar a sus hombres, pero era más urgente encontrar y ayudar a Griogal. Poseía el poder del Dragón, pero era más baja que los soldados imperiales, por lo que no podía ver dónde se hallaba el jefe de los ledoníes. Blandiendo las dos espadas a diestra y siniestra, siguió abriéndose camino entre el enemigo, dejando a su paso una estela de humo sulfuroso. De pronto, se le apareció un tanque en el camino. Una de las pinzas del carro blindado le asestó un golpe en el hombro. Sin apartarse, Loran cortó la pinza de un tajo con la espada corta y luego partió por el medio el cuerpo del tanque con la espada larga. El vehículo quedó inmóvil como un bicho muerto.

Los soldados imperiales comenzaron a alejarse de Loran. Al despejarse el entorno, pudo ver que a unos veinte pasos de distancia luchaba denodadamente un corpulento gigante ensangrentado. Quién sabe cuántos enemigos habría tajado con su espada, pues chorreaba la sangre de su filo. Blandiendo su arma a sobre cuanto enemigo se le interponía, Loran se fue acercando a él:

—¡Griogal!

Loran se sorprendió de su propia voz, pues sonó como el rugido de una bestia feroz. Griogal se giró al oír su nombre y, al descubrir a la princesa, abrió los ojos como platos. El guerrero era capaz de luchar al mismo tiempo contra docenas de soldados que lo rodeaban, pero no pudo evitar sentirse sobrecogido de miedo y asombro al ver a Loran.

—¿Es usted..., princesa?

—Disculpe que haya tardado —respondió ella, al tiempo que lanzaba llamas para alejar a los soldados que atacaban a Griogal.

—Pero... usted... ha cambiado...

Loran se echó un vistazo. Su cuerpo estaba cubierto de escamas color sangre que la protegían como una armadura. No encontró nada nuevo, pero entendió la reacción de Griogal, que nunca la había visto de aquella manera.

—Olvídese de mi aspecto. Retirémonos por un momento, que...

Antes de terminar la frase, sintió un impacto tan fuerte en el costado que se quedó sin respiración. Debían de haberla golpeado con un pesado mazo. No era una de las armas oficiales del Ejército Imperial, pero recordaba haber oído que en la Legión 25 había muchos bárbaros provenientes de la región norte de Faidi. Intuyendo que alguien capaz de darle semejante golpe no sería un contrincante fácil, Loran se giró rápidamente.

Por alguna razón, los soldados imperiales estaban retrocediendo. Tenían la boca abierta, como asombrados por algo, y algunos hasta dejaban caer su espada. Entonces cayó una bola de hierro del tamaño de uno de los enormes puños de Griogal. Un tanque con forma de escorpión y movido con energía mágica apuntaba hacia ellos con el cañón aún humeante.

—¡Es un monstruo! —gritó una voz temerosa de entre los legionarios.

—¡Soy Loran, la reina de Arland! ¡Vosotros no podéis hacerme ningún daño y no tenéis ningún derecho a pisotear mi reino!

Su rugido resonó por todo el campo de combate como amplificado por un generador mágico. Loran percibió con su ojo izquierdo que el miedo había cundido entre las filas del Ejército Imperial. Las ondas verdes de su ojo llegaban al enemigo y afectaban su moral. El corazón de Loran batía con fuerza, como un tambor. En ese instante, oyó el clamor de los soldados arlaníes que venían detrás de ella:

—¡Sigamos a nuestra reina!

—¡Allí está la reina Loran!

—¡Viva la nueva reina de Arland!

Dirigiéndose a Loran, Griogal exclamó:

—¡Enhorabuena por su entronización, reina de Arland! El enemigo escapa atemorizado. Si nos apresuramos, podremos vencerlo antes de que llegue el gigaterion.

Fue en ese momento cuando Loran se dio cuenta de que acababa de referirse a sí misma como reina. Pero no se sintió incómoda ni avergonzada.

Por encima de sus cabezas volaban las flechas. El ataque provenía de la fortaleza, así que tuvo la certeza de que eran Gwedion y sus arqueros. Alcanzados por ellos, los soldados imperiales caían al suelo. Los miles de milicianos de Arland se lanzaron sobre la Legión 25. Blandiendo las dos espadas, Loran iba al frente, abriendo camino. En medio de la encarnizada colisión de los dos ejércitos, los disparos de los tanques ya no representaban ninguna amenaza. De continuar así, había posibilidades de que lograran ganar la batalla.

De pronto sonaron los estridentes sones de un cuerno y se oyó de nuevo la voz de mujer que los había instado a rendirse. Sonaba muchísimo más airada que antes de la batalla:

«¡Ha llegado Clarius, así que no sois más que cadáveres sin nombre! ¡Toda Arland se convertirá en un gran cementerio sin lápidas! ¡Os di la oportunidad de vivir, pero vosotros la despreciasteis y elegisteis morir!».

A lo lejos, la gigantesca maquinaria se acercaba a cuatro patas. La mitad inferior y las extremidades inferiores eran las de un buey, pero la mitad superior se asemejaba a un ser humano, excepto que tenía cuatro brazos, y lo coronaba una cabeza con forma de cuerno. Su cuerpo negro, alto como la torre de una fortaleza, brillaba como la obsidiana. Era de un tamaño colosal, mucho más grande que el Dragón de Fuego.

Todo el ejército de Arland miraba a Loran, quien tenía la vista fija en el volcán. Rogaba con todas sus fuerzas que Arienne hubiera llegado a la cueva y conseguido cortar las cadenas del Dragón.

37
Caine

Safani tembló un instante y cayó de bruces contra el suelo. La sangre le manó a borbotones del pecho y del hombro izquierdo, hasta formar un charco y desbordarse en varios regueros que se expandieron siguiendo el relieve del suelo. Contemplando en silencio la escena, Caine cayó en la cuenta de que había matado a dos personas en el transcurso de una sola noche. En alguna ocasión se había peleado a puñetazos en alguna callejuela y había dejado malherido a su contrincante, e incluso había puesto en peligro de muerte a alguien; pero esa era la primera vez que le quitaba la vida a un ser humano con sus propias manos. Sin embargo, por la atmósfera de irrealidad que reinaba en el lugar, casi ni se lo creía.

El cuchicheo de los generadores mágicos fue en aumento hasta el punto de convertirse en una canción sin letra. Los trescientos veintisiete cuerpos que flotaban en el cielo violeta contemplando a Caine, se liberaron de sus vendas y estas empezaron a caer al suelo rojizo a modo de copos.

Caine se encontraba ahora en una llanura cubierta de nieve que comenzaba a derretirse. Por alguna razón, el paisaje le resultaba conocido. Delante de él, miles de personas peleaban mezcladas entre sí; también había entre ellas varios tanques como los que había visto en algún desfile triunfal del Imperio. Un incendio de llamaradas verdes se expandía por el campo, mientras una mujer recubierta de escamas color sangre peleaba blandiendo dos espadas a la vez. Un poco más lejos, se aproximaba un gigantesco monstruo metálico de cuatro patas y cuatro brazos.

Hacia la izquierda, un volcán que se alzaba solitario en la lejanía dejaba escapar un humo blanquecino. Caine podía ver lo que ocurría dentro del cráter. De pronto, se encontró en el interior de una cueva rocosa. Un enorme dragón de cuyos ojos emanaba un brillo violáceo se erguía gigantesco y, a sus pies, estaba Arienne. La muchacha llevaba la ropa de color verde que él le había comprado. Las arrugas y la tonalidad desvaída daban cuenta del largo viaje que había hecho.

Los cadáveres marchitos, los generadores que formaban el Circuito del Destino, también contemplaban la escena. Caine iba a aproximarse a Arienne cuando escuchó una voz que le era familiar.

—¡Bienvenido, Caine!

Al girarse, vio a Fienna, de pie, bajo los trescientos veintisiete cuerpos resecos. Su larga trenza ondeaba al viento. Sin embargo, Caine supo al instante que esa aparición no era la auténtica Fienna.

—¿En dónde estamos? —preguntó.

—Si te refieres a dónde están nuestros cuerpos, estamos en la sala del Circuito del Destino, en el sótano del Senado. Pero lo que estamos viendo es la cueva en el interior del volcán de Arland, donde estuvo encerrado el Dragón.

—¿Estuvo?

—Sí, porque ahora está libre de sus cadenas...

Caine divisó la cadena negra desparramada en el suelo.

—Dentro de ese dragón estamos nosotros... —siguió diciendo la falsa Fienna—. Es decir, lo que fuimos antes. También está la persona que fue nuestro rey.

—¿Es lo que está ocurriendo ahora en Arland?

—No ahora... —respondió Fienna, ladeando la cabeza—. Pero ocurrirá pronto, aunque para nosotros es como si fuera ahora.

Caine no entendió qué quería decirle y preguntó:

—¿Por qué te muestras bajo el aspecto de Fienna?

—Porque sabemos que te sentirás más cómodo así.

La Fienna que no era Fienna extendió la mano para tocarle la cabeza. Caine hubiera querido retroceder, pero no lo hizo y los dedos

de Fienna pasaron entre sus cabellos.

—Veo que no preguntas nada. Y eso que has venido hasta aquí porque querías saber.

—No me gusta esto.

—¿Qué no te gusta? ¿El panorama de tu tierra?

Otra vez volvió a cambiar el entorno y ahora Caine y Fienna se encontraban de nuevo en el campo de batalla. Ante ellos peleaba la mujer de escamas rojizas. Luchaban los soldados uniformados del Ejército Imperial contra los milicianos de Arland, pero los primeros estaban perdiendo terreno. De todas formas, el gigaterion que se aproximaba decidiría el destino de todas esas personas.

—¿Esto también es el futuro?

—Sí —dijo Fienna asintiendo—, es lo que ocurrirá pronto.

Caine sintió que se contraía ese músculo antiguo de su corazón que ni siquiera sabía que tenía. Nunca antes se había preocupado por el futuro de la tierra donde había nacido. Además, eran Loran y Arienne quienes estaban librando esa guerra que se desarrollaba muy lejos de allí. Mirando a Fienna, a quien no podría volver a ver cunando saliera de ese lugar, Caine respondió a su pesar:

—Aunque sea el lugar donde nací, ya no tiene nada que ver conmigo ahora. Es tiempo de que me vaya.

—No es tan fácil —respondió Fienna, con expresión sombría—. Todavía hay algo que tienes que hacer.

—¿Qué?

Fienna se giró hacia donde se desarrollaba la batalla y, extendiendo el brazo, señaló al gigantesco gigaterion:

—Ese es Clarius, el gigaterion movido con el generador mágico de nivel 2 Hadiya. Los milicianos del ejército de Arland no podrán con él. Si no intervenimos, demolerá la fortaleza ocupada por Loran y destruirá por completo el reino.

—¿Hay alguna forma de evitarlo? —preguntó Caine, tragando saliva.

—Tú no podrás, pero la reina Loran peleará hasta la muerte con él.

El entorno volvió a cambiar a la cueva del volcán. El Dragón de Fuego, en cuyos ojos brillaba una neblina violácea, rugía como una bestia abriendo sus enormes fauces ante Arienne. Caine casi lanzó un grito del susto.

—Eldred, quien fue uno de nosotros, quien fue nuestro rey... —siguió diciendo Fienna— se encuentra ahora dentro del Dragón de Arland. El gran mago se ha adueñado de su cuerpo y Arienne lo está enfrentando para tratar de conducirlo al campo de batalla.

—¿Cómo puedo ayudarla? —preguntó Caine, lanzando un suspiro.

—Tú no puedes hacer nada. Arland está muy lejos de aquí.

—Entonces, ¿por qué me muestras todo eso? —preguntó de nuevo, mordiéndose el labio.

—Porque nosotros sí podemos hacer algo. Podemos destruir Arland y también hacer que se retire la Legión 25. Pero no lo podemos hacer solos.

Por encima del techo de la cueva, la música que creaban los cientos de generadores mágicos se hizo aún más fuerte, lo que obligó a Caine a elevar la vista.

—Esas dos personas se encuentran en una encrucijada —siguió diciendo Fienna—. No solo sus vidas están en juego, sino también las de muchísima gente. A las personas que se enfrentan a su destino de ese modo, nosotros las llamamos «reyes». Nosotros mismos estamos hechos de esos momentos... Tenemos poder y conocimientos, pero no somos el futuro, sino la historia. Alguien tiene que asignarnos un propósito, alguien como tú.

—¿Me estás pidiendo que yo decida por vosotros? —preguntó Caine, tomando una gran bocanada de aire.

—Sí, toma nuestra mano —dijo Fienna, extendiendo el brazo—. Entra dentro de nosotros. El trono está listo. Tus súbditos serán todos esos momentos decisivos. Tú mereces ser el rey. Puedes salvar la tierra donde naciste y también a tu gente...

La voz había cambiado a un tono de un ruego. Sin embargo, la auténtica Fienna nunca le habría hablado así y Caine percibía la

discordancia.

—¿Quieres decir que se cumplirá lo que yo diga?

—En la medida que el destino lo permita, en la medida que la causalidad señale hacia esa dirección...

—Entonces, ¿fue el destino el que permitió lo que ocurrió en Mersia? —preguntó Caine, esbozando una sonrisa amarga.

—Eso... no fue nuestra culpa —respondió Fienna, con expresión apesadumbrada.

Caine sabía que no era la verdadera Fienna, pero no soportó verla así y prefirió no seguir preguntando. Tampoco valía la pena hacerlo.

—¿Qué pasará con Arland si dejamos las cosas como están?

—No lo sabemos, pues es la encrucijada a la que se enfrenta un rey. Puede que Arienne salga del volcán acompañada del Dragón o que la reina de Arland derrote ella sola al gigaterion. También puede ocurrir que todos mueran y el reino de Arland se convierta en un enorme cementerio.

—Lo que yo deseo —respondió Caine, sin titubear—, lo que me duele porque no está en mis manos, no es el destino de mi tierra de origen, que abandoné hace tiempo, sino el del reino de Fienna. Es tiempo de que cuide de él. Pero no pienso arrebatarles el destino que les corresponde a esas personas que están luchando.

—Eres un rey dormido. Todavía no estás preparado, pero algún día despertarás —dijo Fienna con tristeza, y desapareció.

Caine ya no estaba en Arland, tampoco en la sala de cielo violáceo y suelo rojizo. Se encontraba en una habitación estrecha y oscura con las paredes llenas de nichos. Tanteando el camino con las manos, salió del lugar.

Tras subir por la escalera de caracol, Caine llegó al pasillo del edificio del Senado. Afuera estaba saliendo el sol. Viendo que el cielo estaba libre de humo, se imaginó que los incendios estaban bajo control.

Al salir, vio a Séptima que se acercaba desde el bosque de las esculturas de piedra. La acompañaban el gordinflón, que caminaba

tambaleante, y Dévadas, que venía detrás. Los tres traían la ropa sucia y la cara manchada de hollín. Solo brillaba el broche que llevaba Séptima en su abrigo.

—¡Tú! —gritó ella, acercándose a grandes zancadas.

Caine se enderezó y se detuvo en el umbral del Senado.

—Pero...

Por alguna razón, Séptima no pudo terminar la frase. Caine se echó un vistazo a a sí mismo. Estaba todo manchado de sangre. Tenía que darles una explicación.

—Safani está en el sótano del edificio, en la habitación llena de nichos.

—¿Safani? —preguntó Dévadas con su voz gruesa y grave.

—Lo maté yo. Caso resuelto.

Los tres se miraron, pero el que habló fue el gordinflón, que se acercó a Caine con los puños cerrados:

—Eso es imposible. A Safani le seguimos el rastro durante diez años y nunca lo logramos localizar. ¿Cómo es posible que un tejón como tú, un monigote bueno para nada, haya conseguido lo que no pudimos hacer nosotros?

—Para vosotros solo era trabajo. Yo me jugué la vida —replicó Caine, adelantándose y mirándolo a los ojos.

El gordinflón abrió la boca como si fuera a decir algo y luego la cerró. Esquivando la mirada de Caine, dio un paso atrás relajando los puños. Por un momento, se hizo el silencio sobre la colina del Senado.

La mirada de Caine se cruzó con la de Séptima. En lugar de la furia de hace un rato, había algo parecido a admiración en los ojos de la mujer, quien enseguida desvió la vista. Sin atreverse a decir nada más, el gordinflón se miraba la punta de los zapatos. Dévadas mantuvo un momento la cabeza baja en señal de respeto y luego miró a Caine. Su rostro, normalmente inexpresivo, mostraba asombro. Caine se sorprendió por el cambio de actitud de los tres agentes. No tanto por el cambio en sí, sino porque era lo que había previsto que pasaría. Finalmente, Séptima rompió el silencio y dijo:

—Pero… ¿qué pasó? ¿Qué es lo que ocurrió allí dentro?

—Seguí a Safani, luché con él y terminé matándolo. No sé qué hacía allí. Espero que no sea un problema el que me haya metido en el Senado.

—Bueno… si no tocaste nada… no creo que lo sea.

—Cualquier desorden que se haya producido allí, podéis achacárselo al tipo.

—Así lo haremos.

—¿Qué tal el incendio?

—Los generadores mágicos que estaban funcionando mal han vuelto a la normalidad. El fuego está controlado, y se han producido menos muertes y heridos de lo que se preveía.

—Me alegro —dijo Caine y empezó a bajar los escalones. Todavía seguían allí tirados los cuerpos de los legionarios muertos.

—Igual tendrás que acompañarnos… —dijo el gordinflón, extendiendo la mano para sujetar a Caine, pero no pudo terminar la frase, pues Séptima lo detuvo del hombro. Como si no entendiera lo que estaba pasando, el gordo miró tanto a Caine como a Séptima y luego se hizo a un lado.

Caine dejó a los tres agentes a sus espaldas y empezó a bajar de la Colina del Senado. Por entre la negra humareda que aún se elevaba aquí y allá sobre la ciudad, divisó el humo blanco que salía de una chimenea.

Tal como querían los compatriotas de Arland que estuvieron en el funeral de Fienna, colocaría una buena lápida en la tumba de su amiga; les daría más dinero a Ayana y a los niños que habían vigilado la casa de Gladis; y continuaría la labor de Fienna apoyando a las personas que ella había ayudado. También tendría que encontrar un nuevo trabajo. Asimismo tuvo el presentimiento de que volvería a encontrarse con los tres agentes del Servicio Secreto. Le esperaban días ajetreados.

El viento invernal subía por la ladera de la colina. Caine se subió las solapas del abrigo y apresuró el paso.

38
Arienne

La muchacha no podía apartar la vista de la ondulante lengua del Dragón. Hubiera querido retroceder, pero la dominaba un terror instintivo y las piernas no le obedecían. No era por miedo a Eldred, a quien ya había vencido una vez, sino por el temor que le inspiraba el Dragón de Fuego. Además de que tratarse de un ser legendario, era la divinidad protectora de Arland y había peleado de igual a igual contra los gigateriones del Imperio. No podía siquiera imaginar medirse con él.

El Dragón levantó una de sus garras y Arienne cerró los ojos, creyendo que había llegado su hora; pero el animal la bajó de inmediato, limitándose a arañar el suelo, como si solo estuviera jugando con ella. Entonces se escuchó la queja malhumorada de Eldred:

—¡Esta bestia se me resiste inútilmente!

Arienne podía sentir la colisión de fuerzas mágicas. El Dragón se había despertado de su sueño y luchaba contra Eldred con un poder superior. Sin embargo, Eldred se había asentado como un parásito en la habitación que había creado en lo más profundo de la mente del Dragón y, atrincherado en ese espacio como en una fortaleza, peleaba por dominar la resistencia de su anfitrión. Libre de sus ataduras y en la plenitud de sus fuerzas, quería apoderarse poco a poco de su voluntad. Hubiera bastado una bocanada de fuego o un golpe de sus garras para matar a Arienne antes de que pudiera siquiera lanzar un grito. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, la muchacha retrocedió unos pasos.

—¿A dónde crees que vas? ¡No podrás salir viva de esta cueva!

La entrada del valle por la que había ingresado a la cueva se había cerrado y *Urmas*, con la que había movido las rocas que le bloqueaban el paso, se había quedado incrustada en las cadenas del Dragón. Arienne estaba encerrada. No obstante, se le ocurrió que no tenía necesidad de salir de la cueva. Como aún estaba abierta la puerta que había usado Eldred para salir de la habitación de su mente, se metió allí sin perder un segundo.

Arienne había estado varias veces en la habitación de su mente, pero era la primera vez que entraba su propio cuerpo. El lugar seguía desbaratado por el ataque de Lisandros. Fue corriendo a la ventana y se acurrucó debajo para echar un vistazo fuera. En lugar de la campiña de Arland, se veía el interior de la cueva.

—Así que has escondido tu cuerpo en tu mente… —dijo Eldred, relamiéndose—. Tengo que reconocer que tienes talento. La mayoría de mis discípulos perdieron la vida cuando hicieron lo que acabas de hacer… ¿Pero cuánto crees que podrá resistir tu mente dentro de esa paradoja? ¿Sabes lo que te pasará si permaneces allí? Piensa, eres como una maleta que se mete dentro de sí misma, ¿qué crees que ocurrirá?

Eldred no podía alcanzarla, pero Arienne tuvo que reunir valor para espiar por la ventana. Los movimientos del Dragón eran lentos y torpes, como si continuara luchando con Eldred.

Arianne sintió una presión semejante a la que experimentó cuando se acercaba Lisandros. La habitación de su mente se estaba derrumbando. Las jambas se quebraron con un ruido seco y la puerta se torció aún más. Eldred estaba haciendo exactamente lo mismo que había hecho Lisandros. Aprovechándose del poder que había adquirido, quería adueñarse de la mente de Arienne.

Ella tenía que hacer algo cuanto antes o sería el fin para todos: ella moriría, Loran y los habitantes de Arland serían aniquilados por el armamento del Imperio sustentado con energía mágica y Eldred volvería a dominar en el mundo con cuerpo de dragón. El cuarto de

su mente era el último reducto desde donde poder evitarlo, pero se estaba viniendo abajo.

—Parece que tú y yo seguimos unidos todavía de alguna manera —dijo Eldred—. Puedo ver que estás temblando de miedo metida en ese cuarto que huele a boñiga. ¡Ya estoy harto de ti! ¿Has aprendido a temerme ahora que estoy libre? ¡Mira por la ventana!

Arienne se asomó y, en lugar del interior de la cueva, vio a Eldred en una estancia negra de obsidiana, sentado sobre un trono blanco hecho de calaveras. Vestía una túnica también negra y lucía sobre la cabeza una corona de oro adornada con huesos. Aunque seguía teniendo los ojos hundidos y la cara reseca y consumida, se veía más lleno de vida que nunca.

Al verlo con ese aspecto de auténtico mago, la invadió una oleada de miedo. A pesar de todo, buscó a su alrededor algo que le pudiera servir de ayuda. Si bien el cuarto estaba viniéndose abajo, había vivido en ese lugar desde joven y lo conocía bien. Allí leía libros echada en la cama, mientras bebía leche; allí había llorado toda la noche cuando recibió la orden de ingresar a la Academia Imperial...

Había algo sobre la cama, algo envuelto en vendas. Arienne se incorporó y se acercó. Notó ligera la mochila de su espalda y se preguntó qué habría sido del generador mágico, pero encontró la respuesta al observar de cerca el bulto. Más pequeño que la almohada, parecía una especie de capullo. Las vendas que lo cubrían estaban llenas de runas. No había duda, era Tycon.

—Oye, Tycon... —le susurró.

Fuera de la habitación se oían rugidos de dolor, mezclados con las carcajadas de un demente.

Arienne comenzó a quitarle las vendas. Poco a poco fue apareciendo el cuerpo de un recién nacido, reseco como una momia. El bebé no se movía. Había sido raptado por Eldred y Lisandros, su propio padre, lo había convertido en un generador mágico. Sobre la cama, junto al bebé, estaba la orden de ingreso a la Academia Imperial con el nombre de Arienne.

Cuando le quitó la última venda, se había convertido en un bebé rollizo de ojitos brillantes que parpadeaba mientras la miraba. Las vendas se habían transformado en una manta de color celeste con una flor blanca bordada. Arropado en ella, el niño respiraba tranquilo, como si estuviera durmiendo. Arienne se preguntó quién habría sido su madre, pues no se la mencionaba en el libro *El mago de Mersia*.

En las pupilas negras del bebé flotaba una energía de tonalidad violácea. Una de sus manitas estaba fuera de la manta y Arienne la tocó con el dedo índice. El bebé se agarró a él con fuerza y algo empezó a fluir hacia ella. La cabeza le dio vueltas y la habitación comenzó a llenarse de luz violeta.

Grandes llamaradas lamían la ventana de la habitación. Era el fuego que lanzaba el Dragón, pero no podría dañarla mientras ella estuviese dentro. Sin embargo, la presión que Eldred estaba ejerciendo sobre su cabeza terminaría por destruir el cuarto, si antes no terminaba aniquilada por la contradicción que resultaba del hecho de que su cuerpo estuviese metido dentro de su mente.

Arienne supo lo que tenía que hacer. Tomó en brazos al bebé, estrechándolo contra el pecho como hubiera hecho su madre, y salió de la habitación.

Debido al reñido combate que estaban entablando el Dragón y Eldred, las paredes de la cueva se habían llenado de rasguños y hollín, y el aire era irrespirable por el sulfuro. Arienne llevaba en su pecho la caja de plomo con Tycon.

—Espera un poco, Arienne. Enseguida llegará tu turno — rugió Eldred, mirándola de reojo.

Luego golpeó la cabeza del Dragón contra la roca como si fuera un látigo. Aunque se tambaleó, recuperó el equilibrio y lanzó un extraño grito. Eldred respondió con una carcajada llena de soberbia, pues se había adueñado por completo del cuerpo del Dragón.

—Ahora te toca a ti. Tienes talento, pero no me sirves si no puedo controlarte. ¡Deberías haber sido más obediente, joven!

El Dragón abrió sus fauces y dejó ver el fuego incandescente que ardía en el interior de su garganta.

Arienne se giró y miró de nuevo la habitación de la que acababa de salir. Todo estaba revuelto y desordenado. Sin entender lo que estaba ocurriendo, su madre le hubiera dado una buena reprimenda si la hubiera visto.

—¡Eldred! —exclamó Arienne, mirando las llamas que ardían en la garganta del Dragón—. ¿Recuerdas mi habitación? ¿Allí donde estuviste maniatado y sin poder moverte durante mucho tiempo?

—¡Ja! ¿te crees que echo de menos ese cuarto de jovencita con olor a boñiga? —respondió Eldred, echando vaho ardiente por sus narices.

—Yo tampoco lo echo de menos.

—No te preocupes, una vez muerta, no echarás de menos nada.

El Dragón volvió a abrir sus fauces. Eso implicaba una muerte segura y Arienne cerró los ojos. Tenía con ella a Tycon, quien en su habitación había sido un bebé envuelto en una manta y ahora era de nuevo el cadáver de un recién nacido en un pequeño ataúd de plomo. Sin embargo, todavía podía sentir la manita que le agarraba el dedo, así como la energía mágica que le transmitía. Los profesores de la Academia le habían dicho que los magos no podían usar la energía de los generadores, que ningún ser humano era capaz de hacerlo. Sin embargo, aunque era incomprensible, Arienne podía sentir que se había establecido una indudable relación de correspondencia entre ella y Tycon.

Arienne evocó el recinto donde había visto a Eldred hacía un rato, así como la túnica negra, la corona de oro y huesos, el trono de calaveras y las brillantes losas de obsidiana. A esta imagen, superpuso su propia habitación destartalada y, extendiendo su mano izquierda, pronunció en voz baja un encantamiento que nunca había usado. La habitación de su mente, el cuarto de la planta superior de su casa donde había pasado la infancia y que quizás aún existiese, se retorció y encogió visiblemente.

—Pero…, pero... —protestó Eldred, desconcertado, a través de la boca del Dragón.

Esta vez Arienne pronunció el encantamiento en voz alta, a gritos. Todo se retorció y contrajo de manera extraña: los libros, la cama, las muñecas de trapo que le hizo su padre, la cómoda que le fabricó su madre, el documento que ordenaba su ingreso a la Academia...

Arienne estaba extrayendo de la habitación de su mente los últimos recuerdos valiosos de su niñez. Así como una maleta no puede meterse dentro de sí misma, el cuarto no podía salir del cuarto. El derecho se volvió del revés, pero como no había nada fuera, se contrajo cada vez más hasta desaparecer. Lo mismo ocurrió con la habitación de obsidiana que Eldred había creado en la mente del Dragón. Arienne podía sentir la energía de Tycon fluyendo a través de ella, quemándole las arterias y las terminaciones nerviosas, hasta alcanzar a Eldred.

Eldred lanzó un alarido. No lo hizo con la voz del dragón sino con la que tenía cuando ocupaba la habitación de la mente de Arienne. El grito no fue prolongado y la gigantesca mole color sangre del Dragón se desplomó como una avalancha de tierra. Como si el cielo se hubiera precipitado al suelo, sus alas cubrieron todo el interior de la cueva.

La habitación de la mente de Arienne se había vuelto del revés, el todo se había tragado la nada. Le sobrevino una arcada. Aunque no pudo vomitar nada, se sintió ligera como si se hubiera desembarazado de un gran peso. Acariciando la caja de plomo contra su pecho, dijo en un susurro:

—Bien hecho, bebé. Ten paciencia que pronto te haré una habitación nueva.

Desplomado en el suelo, el Dragón no parecía tener fuerzas para levantarse. Tenía los ocho ojos abiertos, pero había desaparecido la energía violácea de sus pupilas. Cosa extraña, uno de esos ojos se parecía a Loran.

Arienne se levantó. Algo había cambiado dentro de ella. Ya no tenía miedo del Dragón. ¿Era porque había vencido a Eldred o porque había logrado despojarse de sus viejos recuerdos? No sabía la razón, pero sin titubear ni sentir temor, se aproximó al legendario ser protector de Arland.

39
Loran

En un origen, los gigateriones no habían sido creados para enfrentarse a seres humanos, sino a seres extraordinarios, como dragones o dioses. Sin embargo, al prolongarse el dominio del Imperio durante doscientos años, esos contrincantes formidables habían desaparecido de la faz de la tierra. Por ese motivo, los gigateriones ya casi no eran utilizados en combate, aunque seguían cumpliendo el papel de símbolos del poder incontestable del Imperio.

Cuando Loran se enteró de que estaban trayendo un gigaterion a Arland, se preguntó si el Imperio, o al menos Aurelia —la comandante en jefe de la Legión 25—, la consideraba a ella un ser equiparable a los dragones o dioses. Eso le hizo plantearse una hipótesis: si la creían un ser tan especial como para medirse con un gigaterion, entonces se enfrentaría a él.

Sin embargo, las ínfulas de Loran se esfumaron al ver a Clarius. El gigaterion de la Legión 24 era una fortaleza ambulante: cada uno de sus cuatro brazos y cuatro piernas era tan grande como una torre. Loran volvió a sentir el mismo miedo que cuando vio por primera vez al Dragón de Fuego en el volcán. Seguro que el ejército de milicianos de Arland estaría temblando de terror.

Sin embargo, lo cierto era que los soldados del Imperio escapaban aterrorizados, sin pararse siquiera a ayudar a sus compañeros. Incluso los tanques se estaban replegando. Loran no podía desfallecer, debía recuperar sus ánimos y seguir adelante; de lo contrario, sería el fin de todos los arlaníes.

«¡Alejaos de Clarius!», se oyó de nuevo la voz de la comandante en jefe del Ejército Imperial.

Aun retrocediendo, los legionarios no quitaban la vista del gigaterion. Era evidente que los soldados no lo habían visto nunca en acción en una batalla. En ese momento resonó por los aires la voz estruendosa de Wilfrida:

—¡No escapéis, arlaníes! ¿Impedimos que la princesa —mejor dicho, que nuestra reina—, se entregara para ahora rendirnos tan fácilmente? ¡No podemos abandonarla porque si ella está aquí es por nosotros!

Loran hubiera preferido que todos escaparan, pero no podía darles esa orden. El que se mantuvieran firmes en sus lugares influiría mucho más en el futuro que si ganaran la batalla. Era una decisión que debían tomar ellos mismos, no Loran.

Se giró para mirar atrás. Los mil kamoríes de Gwedion ya no lanzaban flechas desde la fortaleza, pues ya no había soldados imperiales a tiro. Tampoco valía la pena dispararle al gigaterion, pues sería como estrellar huevos contra una roca. En lugar de sus arcos, estaban desplegando las lanzas, aunque no sabían muy bien qué hacer con ellas. Por otra parte, habían muerto muchos por la lluvia de flechas que había lanzado el Ejército Imperial en la acometida inicial. Los supervivientes kamoríes estaban socorriendo a los heridos y lo mismo empezó a hacer Wilfrida con los suyos en el campo de batalla.

Loran siguió avanzando en dirección a Clarius, pues no quería dar muestras de flaqueza cuando sus seguidores habían decidido no escapar y mantenerse firmes en sus puestos.

—¡Su Majestad! ¡Su Majestad!

Era Wilfrida. Loran se giró y vio que una herida de espada bastante profunda cruzaba la cara de la mujerona. Si no se limpiaba y vendaba pronto, podría infectarse.

—¿A dónde se dirige, Su Majestad?

—Tengo que hacer algo con ese monstruo.

—¡Si nuestro destino es morir, muramos todos juntos!

Wilfrida era de origen campesino y semejantes palabras heroicas no correspondían a su condición humilde. ¿Qué la había transformado de esa manera? ¿Loran? ¿El Imperio? ¿O alguna otra cosa?

—No puedo obligaros si no queréis retroceder, pero soy yo quien debe enfrentar a ese monstruo. Cuando yo muera, haced lo que os parezca.

—¿No vendrá el Dragón de Fuego en nuestra ayuda?

—No lo sé, pero no puedo quedarme esperando a que aparezca.

El campo de batalla estaba cubierto de cadáveres. Algunos eran legionarios que habían muerto calcinados por el fuego de Loran, pero también había arlaníes que habían sido abatidos por las flechas del Imperio. También había ledoníes cuyos cuerpos habían quedado irreconocibles por los disparos de los tanques. Por todas partes había desperdigados fragmentos de espadas, estandartes y flechas. El humo violáceo, mezclado con el humo sulfuroso, creaba una niebla espesa que cubría el lugar.

A cada paso que daba Clarius, el suelo retumbaba como sacudido por pequeños sismos. Loran dejó atrás a Wilfrida y siguió su camino. Ante ella estaba el destino; el destino de una reina, como había dicho Emer. Se daría por satisfecha si pudiera cumplirlo.

Loran ya no caminaba sino que corría a toda velocidad. El campo de batalla cubierto de sangre y la tierra amarilla con manchones de nieve se fundían en un solo paisaje en su campo de visión. Por fin, ante sí vio únicamente a Clarius.

El gigaterion comenzó a lanzar proyectiles que parecían flechas. Era como si disparara cientos de ballestas al mismo tiempo. Con su ojo izquierdo, Loran los vio como detenidos en el aire. No eran flechas, sino pequeñas bolas de hierro. Se hizo a un lado para esquivarlas, pero una de ellas le dio de lleno en el pecho. Sintió un fuerte dolor, aunque no llegó a perforarle las escamas. Si ella no se hubiera adelantado, la andanada de proyectiles hubiera recaído sobre los arlaníes. Eso la animó a seguir adelante sin disminuir la velocidad.

Cuando solo la separaban unos veinte pasos del gigaterion, vio una roca asomando del suelo. La pisó para tomar impulso con fuerza y abalanzarse sobre Clarius. Llegó otra andanada de proyectiles, pero le fue imposible esquivar todas las bolas, que se le incrustaron en el costado derecho, el cuello y el brazo izquierdo. Otra le rozó la parte de la mejilla que no le protegían las escamas, rasgándole la piel. No importaba, había sufrido con frecuencia ese tipo de heridas en los entrenamientos de esgrima. Atravesando la cortina de proyectiles de hierro, clavó el par de espadas incandescentes que llevaba en la rodilla izquierda del gigaterion.

No trataba de hacer daño al gigaterion con ese ataque, sino subir por el cuerpo de Clarius apoyando los pies en los mangos de las espadas clavadas. Debía tener un punto flaco en algún lugar, alguna abertura por donde introdujeran el generador mágico que lo alimentaba. Cuando lo encontrara, podría destruir el generador, lo que lo detendría.

Si de lejos el gigaterion le había parecido pesado y lento, se debía únicamente a su enorme tamaño. Pegada como estaba a su cuerpo, cada vez que el gigante movía una pierna, Loran oscilaba como colgada del péndulo de un reloj. Mientras escalaba agarrándose con uñas y dientes de los tornillos y las juntas de Clarius, estuvo a punto de caer al suelo varias veces.

Sin poder evitarlo, Loran miró hacia el volcán, del que emanaba un hilo de humo blanco, como de costumbre. El Dragón le había dicho que vendría en cuanto lo llamara, que no se atrevería a desobedecer la orden de una reina. ¿Acaso Arienne había fracasado en su misión? Solo la había visto en una ocasión. Sabía que era una maga, pero no conocía su capacidad. Así y todo, ese día tuvo la certeza de que Arienne lo lograría, y aún seguía confiando en ella.

Movida por la fuerza del dragón, Loran siguió escalando el cuerpo del gigaterion sin descanso. Un instante de respiro que se tomase podía decidir la victoria o la aniquilación de su pueblo, por eso no se detuvo hasta que llegó a uno de los hombros de la bestial maquinaria. Echó una mirada a su alrededor desde allí arriba. Quizás

porque no encontraba la manera de desembarazarse de Loran, el gigaterion se encaminaba hacia los arlaníes. Con un par de andanadas de los pequeños proyectiles de hierro, provocaría una masacre.

Loran hubiera querido que Wilfrida ordenara la retirada, pero la mujerona era una generala tozuda y el grueso de su ejército seguía allí donde ella lo había dejado, a excepción de algunos hombres de Griogal que se ocupaban de trasladar los heridos a la fortaleza.

Vio que había letras e indicaciones en el hombro de Clarius y trató de encontrar alguna que dijera «generador mágico». Al aguzar la vista de su ojo izquierdo, descubrió una tenue onda expansiva de color violeta en el aire, así que se dirigió hacia su punto de origen.

Clarius se había puesto en movimiento y eso creaba un fuerte viento. El lugar donde se originaba esa onda expansiva era la nuca del gigante. Loran se arrastró hasta allí, agarrándose a las junturas de la maquinaria para no caerse, cuando de improviso el gigaterion se detuvo. A continuación se oyó el sonido de un cuerno, tan ensordecedor que reventaba los tímpanos. Loran no pudo evitar lanzar un grito. El paisaje ante sus ojos se sacudió y vibró como la superficie de un lago. Algo invisible salió volando, más rápido que una flecha, e hizo estallar toda una ala de la fortaleza.

Allí había más de cien personas, entre niños y heridos. Loran se quedó perturbada contemplando sus muertes. Sonó un chisporroteo en su ojo izquierdo al evaporarse las lágrimas que le brotaron. No podía detenerse. Apartó la vista de la fortaleza y siguió arrastrándose hasta el origen de la onda expansiva.

Por fin encontró lo que buscaba. Era una tapa redonda de metal en la que se leía: «Generador mágico de nivel 2». Debía romperla si quería destruir lo que había dentro. Cerró con fuerza el puño derecho y lo lanzó contra la tapa, pero algo desvió el golpe antes de que pudiera siquiera tocarla.

Allí donde se había parado su puño flotaba una runa e —igual que cuando el sol se refleja en la superficie del agua—, generaba una onda expansiva de un color violeta intenso. Probó a pegarle con

el puño, a clavarle las uñas como garras, a arañarla y a darle patadas, pero la runa siguió brillando inalterable, protegida por la onda expansiva. Debía tratarse de una barrera protectora mucho más sólida que la de la armadura del centurión Marius en el bosque Dehan.

Loran sintió que la fuerza de su brazo desfallecía. Ya no podía hacer nada más. ¿Era este el destino de una reina? ¿Debía aceptar que esto era todo? Mientras tanto, el gigaterion seguía avanzando, totalmente ajeno al desaliento de Loran.

Justo en ese instante, sonó una explosión que resonó en su corazón. Se giró y vio a lo lejos el volcán. Expulsaba una columna de humo negro con tanta fuerza que dispersaba las nubes blancas y cubría por entero la cima de la montaña. Sonó entonces un rugido atronador que detuvo los pasos del gigaterion. Se produjo una segunda explosión y esta vez la lava desbordó el cráter.

A través de la humareda que cubría el volcán, divisó algo rojo, casi negro. Al aguzar la vista de su ojo izquierdo, vio que era el Dragón de Fuego. Había algo más, un ser humano encaramado a una de las protuberancias de su lomo. Era Arienne, con *Urmas* en su cinto. El Dragón se aproximaba rápidamente hacia el gigaterion. Con cada aletazo ganaba tanta velocidad que parecía peligrar la estabilidad de su jinete.

Clarius se giró sobre sí mismo y Loran tuvo que agarrarse del asa que había en la tapa del generador. El Dragón se abalanzó sobre el gigaterion con todo el empuje de la velocidad que traía. El impacto hizo que Loran soltara la manija y se precipitara al suelo desde el hombro de la horrible máquina.

—¿Se encuentra bien?

Era la voz de Arienne. Loran había caído de espaldas y sentía dolor en los omóplatos, pero, considerando la altura desde la que se había despeñado, se encontraba prácticamente ilesa.

—¿Eres tú, Arienne?

—¡Sí, y traje al Dragón, princesa! —respondió Arienne, saludándola con una inclinación de cabeza.

Había algo diferente en la muchacha. Cargaba un peso sobre su espalda y de ella emanaba la misma onda expansiva que había sentido en el hombro del gigaterion.

Loran presenció desde el suelo la fiera lucha que entablaron Clarius y el Dragón de Fuego. Recordando la pelea de veinte años atrás, el Dragón no lanzaba llamaradas sino que atacaba ferozmente con sus garras, alternando avances y retiradas, con una agilidad que no se correspondía con la magnitud de su mole. Por su parte, Clarius había perdido uno de sus brazos. Aunque movía los tres que le quedaban como un molinete, no lograba hacer mella en su contrincante.

—¡Te has levantado, reina de Arland! —la saludó el Dragón desde arriba con voz de trueno.

—¡Nunca he estado dormida! —respondió Loran a viva voz.

—La joven maga ha cumplido su trabajo de maravilla. Yo estoy libre y he venido a cumplir las órdenes de mi reina —dijo el Dragón, con alegría.

Hasta ahora solo lo había visto encerrado en la cueva, pero ahora que lo veía libre y volando, se parecía más a un pájaro que a un monstruo. Por fin era un dragón de verdad.

—Princesa, apártese —dijo Arienne—. Dejemos que estos titanes...

—¿Qué pasa? —preguntó Loran al ver que la muchacha se interrumpía y abría mucho los ojos.

—Princesa, detrás de usted...

Loran miró por encima de su hombro derecho. Se había desplegado una especie de velo de color rojo. Miró por encima de su hombro izquierdo y descubrió otro velo igual. Eran alas que salían de sus omóplatos doloridos.

—¿Tengo alas?

Era la primera vez que le ocurría. Probó a moverlas, pero sin resultado.

Arienne miraba el cuerpo de Loran con curiosidad. Nunca la había visto así, enteramente recubierta de escamas. Las prendas

que vestía se habían quemado y se había despojado de su armadura de cuero.

—Yo no puedo irme de aquí. Apártate tú, Arienne —dijo Loran.

—Pero es peligroso, princesa.

—Soy la reina de Arland. Convoqué al Dragón y debo luchar a su lado.

—Pero esta pelea sobrepasa la fuerza humana...

—Hazme caso, Arienne, apártate cuanto antes. El gigaterion lanza un sonido que rompe los tímpanos. Es peligroso estar cerca.

Arienne miró primero a Clarius y luego a Loran y asintió.

—Entiendo, este es el lugar que le corresponde, el lugar de la reina de Arland. Espero tener la oportunidad de verla de nuevo.

Después de decir esto, se quitó a *Urmas* del cinto y se la entregó con las dos manos a Loran, quien la recibió sonriendo y asintiendo con la cabeza. Acto seguido, Arienne se alejó corriendo del lugar con la pesada mochila sobre su espalda.

Sosteniendo en alto a *Urmas* con la mano derecha, Loran se irguió y presenció el combate. Clarius demostraba poseer una fuerza demoledora, pero el Dragón era mucho más ágil y veloz. A diferencia del contrincante que había enfrentado hace veinte años, este gigaterion no podía volar. El Dragón atacó con sus garras el brazo izquierdo de Clarius, que se dobló y quebró con un estruendo metálico. Había perdido otra extremidad. Cayeron las planchas de blindaje y quedó al descubierto la maquinaria que llevaba dentro.

Al ver eso, Loran pensó que quizás ganaran la batalla, que tal vez el destino de Arland no fuese la derrota.

El Dragón giró sobre sus patas y atacó a Clarius por la espalda con un ímpetu aterrador, como dispuesto a arrancarle la cabeza. En ese momento, volvió a sonar el ensordecedor cuerno del gigaterion.

—¡Cuidado! —gritó Loran, sin darse cuenta.

Manteniendo inmóviles sus piernas, Clarius giró su torso hacia el Dragón. Un ser vivo no hubiera podido realizar semejante torsión. El Dragón quiso evitarlo, pero Clarius estaba muy cerca y fue más rápido. La estrecha distancia que mediaba entre ambos se redujo y

salió un disparo de la cabeza de Clarius que dio en el pecho del Dragón, con la misma potencia con la que había reducido la fortaleza a polvo y escombros. Fue como un golpe de honda. El Dragón dio vueltas sobre sí mismo y se desplomó a los pies de Clarius. El gigaterion levantó una de sus enormes patas y aplastó el hombro del Dragón con todo su peso, arrancándole gemidos de dolor.

Dándole la espalda al Dragón herido, Clarius fijó la vista en la fortaleza. Más bien miraba más lejos, miraba la capital de Arland.

Loran se dijo que, sin duda, el Imperio era invencible. Era imposible negar su poderío. Había derrotado por segunda vez al Dragón de Fuego, a la divinidad protectora de Arland. Era inútil abrigar esperanzas, pero tampoco había lugar para la frustración. Tenía que seguir adelante y cumplir con su deber, como lo había hecho cuando dejó su casa y se dirigió al volcán. Con *Urmas* apuntando al suelo, Loran iba a correr hacia Clarius cuando escuchó una voz que le resultó familiar:

—¡Su Majestad! ¡Loran!

Era Wilfrida y no venía sola. Con ella venía el ejército de Arland. No eran pocos. Exceptuando a los heridos, estaban todos allí. Loran estaba tan concentrada en el combate que no se dio cuenta de que se acercaban. También estaba Arienne, entre los soldados, aunque seguro había sido ella la que los había traído.

—¿Qué hacéis aquí? Vuestras vidas peligran. ¡Iros inmediatamente! —rogó Loran, pero se oyeron varias voces negándose con énfasis.

—¿A dónde podemos ir cuando la Legión 25 ha amenazado con convertir a Arland en un gigantesco cementerio? —repuso Wilfrida.

—Es absurdo pensar que morir es más honroso que vivir. Volved sobre vuestros pasos para que pueda haber una próxima vez.

—Arland no desaparecerá porque muramos nosotros. Nuestros hijos proseguirán esta guerra, pero para eso hay que poder decirles con orgullo que no dejamos sola a nuestra reina y que permanecimos peleando a su lado. Si escapáramos ahora

abandonándola a usted, ¿quién de las generaciones futuras querría erigirse en rey de Arland?

Loran se acordó de cuando se dirigía a entregarse al Ejército Imperial. Entonces escuchó palabras semejantes de los arlaníes que le hicieron desistir de su propósito. Si estaban allí era porque ese era su destino. Loran también estaba allí para obedecer a su destino. Ahora comprendía por qué le habían salido alas y qué era lo que podía y debía hacer.

—¡Wilfrida!

—¡Sí, su Majestad!

—No hemos emprendido esta guerra para derribar al Imperio. Quizás algún día sea posible, pero no es ahora.

—Pero...

—No quiero decir que abandonemos la lucha. Aunque ganemos esta batalla, siempre habrá un mañana para el Imperio. Debemos prepararnos para ese futuro. Si queremos ganarles definitivamente, tenemos que enfrentarlos con algo más que las armas.

—¿Podremos ganarles? ¿Eso cree?

—¿Es lo único que has escuchado de lo que dije? —exclamó Loran, riéndose—. Más allá de lo que pase aquí, no olvidéis esto: yo siempre estaré con vosotros. Y quiero que el Imperio también lo sepa. Wilfrida, ¿sabías que antiguamente existieron caballeros en Arland?

—Sí, lo he oído.

—Los reyes nombraban a sus caballeros en el campo de batalla. Ponte de rodillas.

Wilfrida obedeció. Loran tocó con la parte plana de su espada el hombro derecho y luego el hombro izquierdo de su generala:

—Por el poder que me ha conferido el pueblo de Arland y el Dragón de Fuego del volcán, os nombro caballero. Los caballeros son leales a su rey y pelean para proteger a su gente y su país. Levantaos, sir Wilfrida —pronunció.

Wilfrida se puso de pie y Loran se dirigió a su gente:

—¡Mis queridos súbditos, soy vuestra reina, la reina de Arland! —exclamó, asumiéndose plenamente como tal.

—Eso lo supimos desde la primera vez que la vimos —respondió Wilfrida, con un sollozo, como adivinando lo que diría a continuación.

—Sir Wilfrida, si por alguna razón, yo no vuelvo con vida, os encomiendo este reino. Aunque el Imperio nos vuelva a pisotear, que este combate no sea en vano, que la voluntad de todos vosotros tenga algún sentido...

—Su Majestad... —dijo Wilfrida, tratando de sonreír.

—Os aseguro que haré lo posible por volver sana y salva —diciendo esto, clavó a *Urmas* en el suelo y el calor comenzó a expandirse bajo sus pies.

Como aquella noche particularmente fría en el camino, volvió a elevarse una columna de luz blanca y roja hasta el cielo que envolvió a Loran. Era una energía tal que parecía que el volcán hubiese estallado. Todos se sintieron arropados por ese calor, como si hubieran sumergido sus cuerpos en aguas termales. El corazón de Loran batía como un tambor. Se parecía al sonido vibrante que se oía desde el volcán cuando dormía el dragón.

Loran extendió sus alas y las movió a su antojo, como si las hubiera tenido siempre. Las agitó con suavidad y remontó el vuelo. El corazón le latía cada vez más fuerte, como si fuera a salirse de su pequeño cuerpo humano. A través de la deslumbrante columna de luz, Loran se vio a sí misma llorando sobre los cuerpos de su hija y su marido, y luego asomada al borde del cráter del volcán. Volvió al origen de toda su tristeza, de todos sus actos. Se vio a sí misma acostada en la cama con su bebé en brazos, con su marido feliz por el nacimiento de la pequeña y a la vez preocupado por su mujer que acababa de dar a luz. Por primera vez en muchísimo tiempo, Loran susurró los nombres de esos dos seres que tanto quería.

«¿Todo lo que he hecho hasta ahora conduce a esto?», se preguntó.

Clarius, el Dragón de Fuego, Wilfrida, Arienne, la gente de Arland, todo quedó tapado por la brillante columna de luz.

40
Arienne

Había pasado un año, un año lleno de confusión.

Las reparaciones de la fortaleza de Arland estaban terminando y Arienne había recibido una habitación con una buena vista. No era mejor que el cuarto del mesón donde había estado hasta entonces, pero ahora tenía privacidad y podía concentrarse en su trabajo.

El invierno pasado, al final de la batalla, se formó una Comisión Ciudadana en la que trabajaba Arienne, porque Arland tenía muchos otros problemas, además de la opresión del Imperio: como los conflictos entre los gremios que había en la capital del reino, las disputas desde hace siglos entre las aldeas por el agua de riego o las riñas entre las familias por las tierras de labranza.

Estaba atardeciendo. Al día siguiente asumiría su cargo el nuevo prefecto de Arland y esa noche se celebraría un banquete en su honor. Cedric, que trabajaba en el taller de costura, había hecho para ella un vestido verde que se pondría para la fiesta. Él era una de las personas que habían estado presentes el día de la batalla y habían visto a Loran en acción.

Muchos otros de los que habían estado allí trabajaban con Arienne en la Comisión Ciudadana. Algunos descubrieron que les gustaba la vida militar e ingresaron en la milicia, pero la mayoría volvieron a sus hogares. De todos modos, se sentían unidos por la experiencia y hablaban de lo ocurrido cada vez que se les presentaba la ocasión. Incluso uno de ellos había compuesto una canción sobre la batalla y se dedicaba a recitarla como un juglar.

Según quién lo contase, la historia de cómo la reina Loran había vencido al gigaterion Clarius y había salvado al Dragón de Fuego cambiaba, a veces un poco; otras, mucho. Miles de personas habían presenciado la batalla, pero, a un año del suceso, convivían numerosas versiones de lo ocurrido. Por supuesto, Arienne no podía entender que se contaran historias tan diferentes sobre lo que todos habían presenciado.

Cuando estaba pensando que ya era hora de que llegara, se oyó un golpe de nudillos en la puerta.

—¡Hola, Wilfi! —exclamó Arienne con alegría, corriendo a abrir la puerta.

Wilfrida estaba vestida con el uniforme de gala del Imperio. Eran suntuosos tanto el abrigo negro como los adornos dorados de la falda, pero aún lucía en la cara la larga cicatriz, premio de la batalla. Parecía cansada por el largo viaje, pero saludó a Arienne con un afectuoso abrazo:

—¿Todo bien?

—Lo mismo de siempre. ¿Qué te pareció la capital del Imperio?

—Los ancianos del Senado siempre cuentan las mismas cosas aburridas; todo lo contrario de la Asamblea de los Comunes... ¡La capital me pareció enorme! Tú viviste mucho tiempo allí, así que me imagino que este lugar te parecerá pequeñito en comparación. ¡Nunca me imaginé que existiesen personas con aspectos tan diferentes!

—¿Pudiste comunicarte sin problemas?

—Sí, me ayudaron nuestros compatriotas. No sé cómo se enteró, pero un joven llamado Caine vino a recibirme a mi llegada. Intercambié noticias con mucha gente. Algunos quieren volver a Arland, sobre todo después de oír hablar de la reina Loran.

—¿Caine? ¿Un chico con gafas de unos veinticinco años?

—Sí, ¿lo conoces?

—Sí, una vez me ayudó.

Arienne ya no se acordaba bien de su cara. Al destruir la habitación de su mente durante la pelea con Eldred, había olvidado

muchas de las cosas ocurridas antes de su llegada a Arland.

—Es joven, pero conoce a muchísima gente. No solo de Arland, sino también del Servicio Secreto, según me contaron. Necesito consultar algunas cosas con la Comisión Ciudadana. ¿Me ayudarás después con eso?

—Prefecta, su trabajo comienza a partir de mañana, no hoy.

Wilfrida se rio a carcajadas:

—No tengo nada que hacer mañana ni pasado mañana. ¡No soy más que un títere! —dijo Wilfrida riéndose con ganas y abriendo los brazos como un muñeco—. Las decisiones importantes las toma la Comisión. Más allá de mi opinión, lo que importa es que se cumpla la voluntad de nuestra reina.

Wilfrida se acarició uno de los hombros, allí donde Loran la había tocado con *Urmas* cuando la nombró caballero.

—Lo que deseo consultar con la Comisión Ciudadana es una petición que me ha hecho el diputado arlaní en la Asamblea de los Comunes.

—¿Hasta cuándo estará en el puesto?

—Hasta el verano del año que viene.

—Tendremos que pensar en el siguiente representante de Arland.

—Caine me hizo algunas sugerencias —dijo Wilfrida, sacando un documento.

—¿Estás de broma? Con lo que nos costó que el Imperio aceptara que la Comisión Ciudadana proponga al candidato.

—Por eso mismo voy a pedir que la Comisión Ciudadana recomiende a Caine. Me ha caído muy bien. Está en contacto con muchos inmigrantes de los reinos vasallos. Opina que ese cargo de diputado es importante también para los compatriotas de la capital, por eso pide que tengamos en cuenta el parecer de todos ellos. Me pareció que tenía sentido.

—¡Traidora! —exclamó Arienne, entrecerrando los ojos con picardía.

Wilfrida dejó escapar una risotada. Recibiendo el documento que le entregaba, Arienne dijo:

—Saca el tema mañana en la reunión de la Comisión.

—Sí, gracias.

Wilfrida había cambiado mucho durante el último año. De ser una simple campesina de la zona rural, se había convertido en «generala» bajo el mando de Loran. Luego de haber sido nombrada oficialmente como «caballero», se había puesto a estudiar y hasta se vestía de otra manera. Decía también que Loran le había encomendado Arland.

—¿Se ha dejado ver su Majestad Loran mientras yo no estaba? —preguntó Wilfrida.

—No, no desde que desapareció ese día —respondió Arienne, negando con la cabeza—. Tampoco hemos vuelto a ver al Dragón de Fuego.

—Me gustaría volver a ver a nuestra reina —dijo Wilfrida, apesadumbrada.

Arienne pensó para sus adentros que era mejor que las cosas fuesen así. Si Loran siguiese aún en Arland, el Imperio hubiera mandado un ejército más grande y no hubiera parado hasta aniquilarla; y una vez muerta, no hubieran necesitado llegar a una solución de compromiso. Si bien fue una suerte para el Imperio que ella desapareciera, como no podían quedarse tranquilos sabiendo que la reina de Arland —que había derribado a su gigaterion— seguía viva en algún lado, no tuvieron más remedio que negociar con el reino.

Las negociaciones fueron breves. El Imperio achacó todos los errores y desaciertos a la Legión 25 y al exprefecto Gesperos; y Arland continuó siendo un reino vasallo, aunque en la práctica obtuvo su autonomía. ¿Habría adivinado Loran que todo terminaría así?

—A veces no estoy segura de que estemos haciendo las cosas bien, de que esto sea lo que su Majestad deseaba... —contestó Wilfrida, con expresión triste.

—No hubo más combates, la Legión 25 fue trasladada muy lejos —al sur—, tú fuiste nombrada prefecta y podemos elegir libremente a nuestro representante en la Asamblea...

—Pero todavía no somos independientes. Tenemos que enviar al Imperio los impuestos que recaudamos... Claro que eso no es nada si lo comparamos con lo que antes nos robaba Gesperos... Aunque yo tenga el cargo de prefecto, si el Imperio exige algo, no podré hacer nada para impedirlo

—Sí, pero la lucha no ha terminado. Habrá una próxima vez tanto para el Imperio como para nosotros.

—La nueva Legión estacionada en Arland no representa ningún problema, ¿verdad?

—¿La Legión 82? Salvo que suceda algo fuera de lo normal, ya sabes que prometieron no salir de la fortaleza. Casi no se los puede ver. Es lo mejor para todos.

—Pero he visto que los restos del gigaterion siguen allí donde cayó.

—Acordamos que no los retirarían. Solo se llevaron el generador mágico y otras piezas importantes.

—Sé que no te gustó nada que le devolviéramos el generador al Imperio. Lo siento mucho —se excusó Wilfrida, percibiendo un tono de disgusto en las palabras de Arienne.

—¿Qué se le va a hacer? Fue una decisión de la Comisión Ciudadana. Además, el Imperio nunca hubiera aceptado que nos quedáramos con él.

El Imperio seguiría reclutando niños con poderes mágicos para llevarlos a estudiar a la capital. La Comisión había dicho que de momento no se podía hacer nada al respecto, pero Arienne no podía quitarse de la cabeza la sensación de que el tema de la magia no era más que una baza de negociación para Arland. «Lo más insultante es que nuestras vidas han sido rediseñadas para satisfacer a todos esos seres vulgares y corrientes», dijo en alguna ocasión Eldred refiriéndose al destino de los magos: convertirse en generadores.

A veces cuando se desanimaba y le parecía que no habían ganado ninguna batalla, Arienne recordaba las palabras que Loran les había dicho ese día: «Aunque ganemos esta batalla, siempre habrá un mañana para el Imperio. Debemos prepararnos para ese futuro».

Arienne pensaba prepararse. Cuando estudiaba en la Academia Imperial, había aprendido aquel encantamiento que le había enseñado una compañera de un curso superior, quien a su vez lo había aprendido a escondidas de una bruja de su tierra natal. Ella sería como esa bruja en la sombra y les enseñaría a los niños de Arland con aptitudes mágicas todo lo que sabía, tanto su magia como la de Eldred. Lo primero era encontrar a esos niños; y lo segundo, buscar un espacio donde poder enseñarles. Sin embargo, no podía hablar de esos planes con nadie, ni siquiera con Wilfrida, así que cambió de tema.

—La Comisión de Ciudadanos quiere crear un parque conmemorativo en el lugar donde cayó el gigaterion, pero no me parece que valga la pena hacer un parque en ese sitio tan alejado de la población —empezó a decir Arienne hasta que, acordándose de repente, dio una palmada y exclamó—: ¡del gusto que me ha dado verte, me he olvidado de ofrecerte algo de beber!

—No te preocupes —dijo Wilfrida, riéndose y negando con las manos—. Tengo que seguir con mis visitas para saludar a la gente.

—Si hubiéramos sabido que llegarías tan tarde, habríamos pospuesto el banquete para que pudieras descansar un poco.

—En realidad, podría haber llegado antes, pero Griogal salió a mi encuentro cuando pasé por Ledón. Me agasajaron durante tres días. Ya estoy bastante harta de fiestas y banquetes, ¡ja, ja, ja!

—Ledón no logró condiciones tan ventajosas como nosotros en la negociación...

—Tampoco Kamori.

—Es que allí sigue el mismo Prefecto —opinó Wilfrida—. Al menos, el Imperio ya no envía expediciones para aniquilar a las tribus ledoníes.

—Hablando de Kamori, Emer va a sustituir a su hermana.

—¿Quieres decir que tomará el lugar de su hermana en la Asamblea de los Comunes en representación de Kamori?

—Sí, su hermana ya es muy mayor... Va a dejar en Kamori a Gwedion, que conoce bien la ciudad, para que se las vea con el Prefecto.

—¿Y qué es del hermano de Emer? ¿Cómo se llamaba?

—¿Era Gaharad o algo así? Es que la gente de Kamori tiene nombres difíciles de recordar.

—¿Sigue en su fortaleza subterránea debajo del Bosque Dehan?

—No lo sé, Emer nunca habla de él.

—Bueno, ya es hora de que me vaya —dijo Wilfrida, levantándose—. Nos vemos esta noche en la fiesta.

—Hoy no bebas mucho y retírate a descansar temprano.

En lugar de responderle, Wilfrida se despidió con un abrazo.

Como todavía faltaban algunas horas para la fiesta, Arienne se sentó un rato a descansar en la mecedora. Quería echarle un vistazo a la nueva habitación que había creado en su mente. Era igual que el cuarto del establecimiento de Lucrecia donde había pasado su última noche en la capital del Imperio, excepto por las pinturas y esculturas eróticas porque no le parecieron adecuadas para un niño.

Junto a la cama grande y esponjosa del centro, había una cuna de bebé, donde dormía Tycon. Ese también era uno de sus pequeños secretos. Aunque había pasado un año, el niño seguía igual que la primera vez que lo había visto. Envuelto en una manta, hacía gorgoritos. Al acercarle el dedo, se lo agarró fuerte con la manita. Quizás no creciera nunca y no llegara a ser un joven ni tampoco un adulto, pero al menos allí estaría seguro y nadie se aprovecharía de él. Cualquier cosa era mejor que convertirse en un generador mágico y acabar guardado en un ataúd de plomo.

Mientras jugaba con el niño, se hizo tarde. Era hora de arreglarse para la fiesta. Arienne miró el ocaso a través de la ventana. El nuevo estandarte de Arland brillaba bajo los últimos rayos del sol. Eran dos dragones rojos sobre un fondo blanco: uno

de ellos simbolizaba al Dragón de Fuego de la montaña y el otro a Loran, la reina de Arland.

Arienne se puso el vestido verde que le había hecho Cedric. Se soltó el pelo, se lo cepilló y se lo recogió en un moño; incluso se maquilló y se puso perfume. No había muchas ocasiones para arreglarse, pero ese día vendrían amigos a los que no veía desde hacía tiempo, así como delegaciones de otros reinos, así que se esmeró por arreglarse. Además, antes de que empezara la fiesta, llegaría un invitado muy especial. Aunque fuera por esa única persona, quería estar presentable para dedicarle los honores que se merecía.

El sol se ocultó por completo. Fuera de la ventana, se veían las luces de la ciudad y las estrellas adornaban el cielo. Era un paisaje nocturno muy diferente al de la capital del Imperio, siempre iluminada con la luz azulada de los generadores mágicos. Abrió la ventana y dejó entrar el aire frío.

Por un instante, las estrellas se apagaron y volvieron a encenderse. Como si alguien la hubiera traído, una fuerte ráfaga de viento penetró en el cuarto.

Había alguien con las manos apoyadas en el marco de la ventana. Dirigiéndose a esta persona, Arienne hizo una reverencia y se hincó de rodillas, mostrando el mayor de los respetos.

—Su Majestad, la estaba esperando. Entre, por favor.

El Imperio sangriento nº 1 - La sangre de los antiguos reyes

La edición original coreana fue publicada como «에르시아의 별»
por el autor Sung-il Kim
Copyright © Sung-il Kim, primera publicación en 2016
Todos los derechos reservados.

Esta edición se ha publicado a través de un acuerdo con
Greenbook Agency
This book is published with the support of the
Literature Translation Institute of Korea (LTI Korea).

Traducción: © Cristina Molina y Sunme Yoon, 2025
Ilustración de cubierta: © Dominik Mayer
Mapa interior: © Emily Langmade
Adaptación de portada y revisión: dtm+tagstudy

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664,
08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente
edición. Reservados todos los derechos.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2025

ISBN: 978-84-450-2072-2 (epub)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en:
www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es